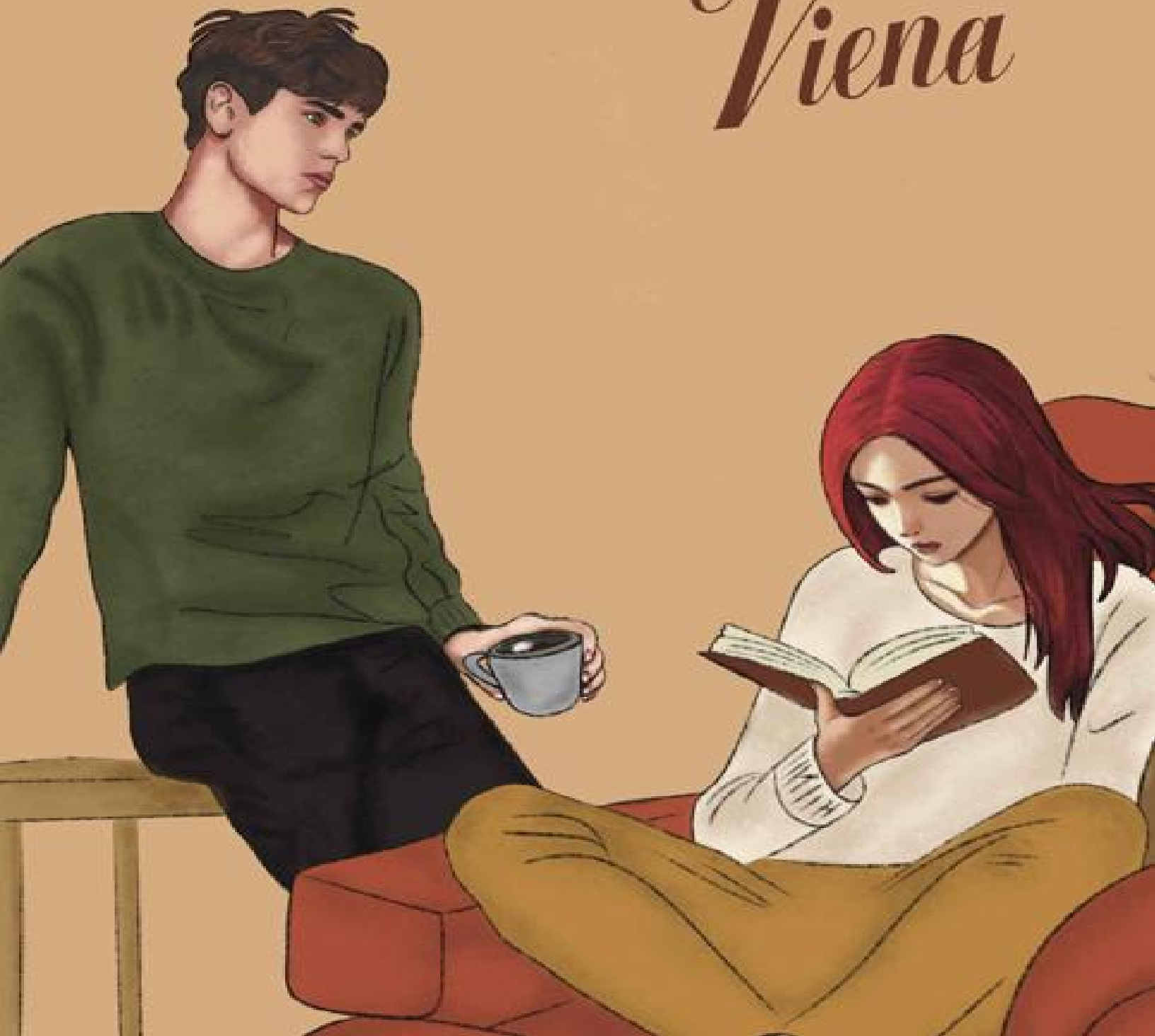
GRISEL ZAMARRÓN

Destino a Viena



Destino a Viena

GRISEL ZAMARRÓN



Título original: Destino a Viena
Autora: Grisel Zamarrón
Fecha de publicación: Septiembre, 2024
Diseño de portada: Charito Arroyo El Taller ©
Maquetación y diseño: Belu Elein

Sello: Independently published
Todos los derechos reservados ©

ISBN: 9798339889991

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

A quienes nos ha visitado la ansiedad.
Reconozcámosla, aceptémosla como algo
que nos enseñará muchas cosas,
y démosle una patada juntos.



Playlist

Te comparto una lista de música inspirada en esta novela. Puedes escucharla mientras lees para entrar en ambiente. O, si eres como yo, que no puedo poner música mientras leo porque me distraigo, puedes reproducirla en otros momentos.



P. D. Si encuentras otra canción que quede bien con la historia, me encantaría que me la hicieras llegar a mi cuenta de Instagram:

@grisbooks

¿Cómo empezó todo?

ANÓNIMO

El día que conocí a mi esposa estaba siendo un día horrible.

Vi al autobús irse sin mí, así que llegué tarde al trabajo, mojado de pies a rodillas después de esperar bajo la lluvia resguardado por un paraguas que no me protegía del todo. Durante mi descanso, el microondas del comedor se descompuso, por lo que la comida se fue a mi estómago dura y fría. Al terminar mi turno, mientras caminaba por la banqueta, un auto me empapó de lodo.

En ese momento me detuve a maldecir. Era el colmo. Seguí caminando, envuelto en una gran mancha café esparcida en mi piel y en mi ropa, hasta que llegué a una tienda. Nunca había entrado, pero recordaba haber visto un letrero en el que anunciaban que rentaban un baño.

En cuanto crucé la entrada, visualicé la puerta medio abierta del baño en una esquina. Solté un «buenas tardes», malhumorado y sin mirar a nadie, mientras caminaba directo hacia esta. Pero vaya sorpresa me llevé cuando entré y vi que no había papel. Frustrado, maldije por eso, por mi día, por todos… Hablaba para mí mismo, pero la joven que atendía la tienda me escuchó.

—Cada vez que quiera quejarse así, primero cuente hasta diez, respirando en cada número.

Me giré para verla. Debía tener más o menos mi edad y me miraba con paciencia.

—¿Disculpe?

—Supongo que ha tenido un mal día —habló a unos metros de distancia, recargada en el mostrador—. Es normal molestarse, pero los que no tienen la culpa no tienen por qué recibir esas palabras.

—Pues también es culpa suya. ¿Por qué tiene un baño público sin papel? ¿Qué clase de servicio al cliente es ese?

Sin inmutarse ante mi mala actitud, señaló algo detrás de mí.

—Bajo el lavamanos.

Me di la vuelta y me agaché un poco para abrir la pequeña puerta de madera. Dentro del mueble color caoba se encontraba un rollo a medio usar junto al resto del paquete de papel higiénico. Incluso había otros productos de higiene.

La vergüenza me cayó como balde de agua fría. Tomé el papel con una mano y cerré la puertecita con la otra.

Con la mirada gacha, me disculpé y me encerré para asearme. Aunque me estaba quitando todo el lodo que podía con el papel humedecido, en ese momento habría aceptado que me bañaran en tierra hasta que esta me tragara. Quería marcharme y no volver a ver a esa mujer después de la escena que había creado.

No sabía que esa sería solo la primera lección que aprendería con ella.



1

Etienne

–No puedo creer que te mudes –dije con pesar, aunque también con orgullo.

Lo seguí hacia su camioneta. Verlo cargar la última caja dolía más de lo que quería admitir, pero me sentía feliz por él, por lo que estaba a punto de hacer.

–Viviremos a quince minutos de distancia.

–Lo sé, pero… –Me llevé las manos a las bolsas del pantalón–. Has sido mi compañero desde que iniciamos la universidad. Sé que has crecido y es hora de que comiences a formar tu familia y…

–Ya, papá –se burló, antes de cerrar la puerta de la cajuela, girarse y ponerse serio frente a mí–. En serio, amigo, seguiremos viéndonos seguido. Y sabes que siempre serás bienvenido en nuestra casa.

–Antes, cuando decías *nuestra casa*, quería decir tuya y mía.

Lanzó un grito exasperado, pero tenía las comisuras de los labios elevadas.

–Ahora te comportas como mi madre.

Solté una carcajada mientras él me sonreía negando con la cabeza, antes de darnos un abrazo.

–¿Cómo vas con la búsqueda del nuevo compañero? –preguntó, encaminándose hacia el lado del conductor.

–Hay varios interesados. Empezaré a hacer las entrevistas la semana que viene.

–Genial. –Entró a su camioneta–. Nos vemos el viernes.

–Claro. Salúdame a Sara.

Nos despedimos y regresé a casa.

Seis años antes habíamos comenzado a vivir juntos. Después de trabajar y ahorrar cada centavo, me había comprado mi propia casa en la ciudad; sin embargo, a mí me venía bien rentar la habitación extra y, a Oscar, vivir más cerca de la universidad. Así que nos mudamos juntos.

Ahora, la casa parecía muy grande para mí solo… Sin mencionar el gasto de los servicios.

Necesitaba conseguir un nuevo compañero. Un par de semanas atrás había puesto un anuncio en internet, y esta semana vendrían los cinco interesados.

Una vez cerré la puerta de la entrada, me estiré y suspiré, resignado.

El lunes llegó un hombre que aparentaba estar en la treintena. Lo invité a sentarse en la sala y comenzamos la entrevista. Me contó que se llamaba Esteban y que acababa de divorciarse. No quise meterme en ese asunto personal, así que pregunté solo lo necesario.

–¿Tienes hijos? Pregunto por si vendrán seguido a visitarte.

–Eh… Sí, tengo un hijo –contestó, apartando la mirada–. Pero mi exesposa se quedó la custodia completa y no puede venir a visitarme.

–Oh, de acuerdo. ¿Y mascotas? La verdad yo no tengo problema con…

–No –me interrumpió–, también se la quedará ella.

–Está bien –contesté, un poco incómodo–. En la cochera solo cabe un auto, pero…

–También se quedó con el auto.

Apreté los labios. ¿Qué respondía a eso? No sabía cómo proseguir. Traté de pensar en ideas, debía haber algo que pudiera preguntar sin que lo volviera aún más incómodo. Pero antes de que pudiera formular algo, apretó los puños y golpeó la mesa de centro con ambas manos. La libreta con mis anotaciones y los vasos con agua repiquetearon.

Abrí mucho los ojos, sorprendido. Ahora con más dudas sobre qué decir o hacer.

–¡Maldita sea! ¡Todo es su culpa! –gritó–. Esa maldita es la que debería estar buscando dónde vivir, no yo. Ni siquiera le hice moretones, no sé de qué se queja.

Tragué saliva.

Primer candidato descartado.

Después de unas horas de la primera entrevista, llegó la segunda. Le abrí la puerta a un joven estudiante de arquitectura, que entró con gran confianza. Lo invité a tomar asiento mientras cerraba la puerta, pero antes de que yo me sentara frente a él, el chico ya tenía los tenis sucios sobre la mesita y la mochila tirada en el suelo.

Había tenido su edad, me había comportado así antes, pero ahora no podía evitar pensar en que tendría que limpiar después.

Le eché un vistazo a mis notas antes de iniciar.

–Bien. Eres Elliot, ¿verdad?

Asintió.

–Tú Etienne, ¿verdad? –contestó, imitándome.

–Sí. Vamos a empezar con unas preguntas, ¿de acuerdo? –Asintió de nuevo–. ¿Tienes mascotas? –Negó con la cabeza–. ¿Qué te llevó a buscar un lugar para vivir?

–Vivir más cerca de la universidad.

–Okey, eso está muy bien. ¿Y pasas mucho tiempo ahí?

–Más o menos, depende del día. Y los fines de semana siempre me quedo con un amigo.

–¿Vive cerca de aquí?

–No, pero eso no es problema. Aunque… –agregó, bajando los pies para recargar sus codos en sus rodillas–, quería preguntarte si él podría venir aquí algunas veces.

–Claro, no tengo problema con las visitas.

–¿Y te molestaría quedarte en tu habitación la mayor parte del tiempo esos días? ¿O salir? No sé si salgas con alguien y quieras aprovechar…

–Espera, espera –lo detuve, frunciendo el ceño–. ¿Por qué me pides eso?

–Bueno, es que… tenemos un negocio un tanto… controversial.

Me llevé las manos a la cara, frustrado. No quería saber más.



El martes por la tarde me sentía con la esperanza de tener una entrevista con un resultado diferente. En cuanto escuché que tocaron, abrí la puerta con una sonrisa, esperando atraer así algo bueno.

Una chica alta y delgada de cabello rojo cereza me regresó la sonrisa.

–Hola. Etienne, ¿verdad? Soy Dalia.

–Hola... –saludé, sin entender quién era ella.

–Vengo por la entrevista, para la renta.

–¡Ah! Disculpa, es que… esperaba a un chico llamado Raúl.

–Sí, es mi jefe –explicó, sacando su celular–. Me ayudó para evitar que alguien quisiera aprovecharse de una mujer buscando casa.

Me mostró su chat con la persona con la que yo había hablado, y una fotografía con la identificación de su jefe. Debía reconocerlo, era una buena estrategia. Sin embargo…

–Entiendo. Pero… –Me miró expectante, guardando su celular de vuelta en el pequeño bolso del mismo color que su cabello–. Lo que pasa es que esperaba tener un compañero hombre.

Abrió la boca por la sorpresa y sus hombros se encogieron un poco.

–¡Oh! Ya veo. Sí. Disculpa.

Se giró de inmediato y se alejó a paso rápido.

–Oye, espera –la llamé, pero no me escuchó o decidió ignorarme.

Bajé la mirada y cerré la puerta.

Las siguientes dos entrevistas tampoco salieron bien.



2

Etienne

–Por los novios! –brindamos por nuestros amigos, quienes nos miraban con una sonrisa de oreja a oreja y un brillo en los ojos, sentados uno junto al otro.

Llegó el viernes y nos reunimos para celebrar que dos de nuestro grupo iban a casarse y ya habían conseguido su propia casa.

Nos encontrábamos en un restaurante-bar que habían descubierto por accidente mientras recorrían el área en busca de una mueblería, y que les había llamado la atención. Al llegar fue muy fácil identificarlo, pues se encontraba encima de una cafetería, con unas escaleras laterales cubiertas por una tira de luces azul neón que te guiaban al segundo piso. Del lado de la pared, se leía el nombre escrito con unas tiras iguales: Linz.

Adentro había música, pero el volumen no era tan alto, por lo que podíamos charlar sin problema.

–No puedo creer que se casen. Quiero decir, claro que me lo veía venir, pero aún recuerdo el día en que comenzaron a salir como si fuera ayer –dije.

Oscar rodó los ojos con una sonrisa, seguro pensando que volvía a actuar como su madre.

Me alegraba mucho por él. Era mi mejor amigo y había conocido a su novia cuatro años atrás; y luego de algunos meses, comenzaron una relación digna de presumir.

Excepto que lo habían evitado hacer el último año.

Por mí.

–Ya todos se están casando o haciendo su vida con sus parejas, amigo. Nos dejan atrás –comentó Miguel con el cuerpo hacia mí, ya ebrio.

Mónica, quien estaba a mi lado, y Romeo, al lado de Miguel, lo miraron con mala cara antes de cambiar a una expresión atenta a mí.

–Tranquilos –les dije–, estoy bien.

Y era verdad. Más o menos.

–¡Otra ronda por los novios! –gritó Miguel y bebió otro *shot* de tequila antes de ponerse de pie y tambalearse.

Era el único ebrio de la mesa. Mientras que los demás se habían enfocado en pedir comida y acompañarla con bebidas, él tenía toda su atención puesta en la botella.

–Creo que debería llevarlo a casa –concluyó Romeo. Nadia, su novia, asintió mirando a Miguel preocupada.

Un mesero, que dudaba que fuera mayor de edad, se acercó a nuestra mesa y tomó los platos desocupados y las botellas de cerveza vacías, colocando todo en una bandeja.

–¿Qué? No. Todavía es temprano –se defendió Miguel, arrastrando las palabras.

–Lo sé, pero… –Todos vimos cómo el menor del grupo se llevaba la botella de tequila a la boca–. Ya. Basta. –Se la quitó–. Precisamente por eso ya nos vamos. No quiero terminar limpiando tu vómito en el auto y en la sala, otra vez.

Romeo se levantó firme, tomando a su hermano de un hombro para retirarlo de la mesa.

Nadia recogió su bolsa y se la colocó en el hombro, no sin antes darle unos billetes a Mónica para pagar su parte de la cuenta. Se despidieron de nosotros, acordando vernos pronto, mientras arrastraban a Miguel entre quejas que no se entendían del todo.

Unos segundos después, se escuchó un fuerte estruendo y el sonido del vidrio al quebrarse, una y otra vez.

Me giré, seguro de que vería a mi amigo en medio de una escena, y ya esperando el problema que nos traería. Pero entonces vi al joven mesero frente al desastre, con la cara roja mientras todos en las mesas de alrededor lo observaban.

Una mesera se apresuró a ayudarle cargando una escoba y un recogedor. Llevaba puesto un delantal negro, el cabello recogido en un moño y la boca en una línea tensa mientras se encargaba del desastre. Estaban solo a un par de metros de nuestra mesa y, en realidad, casi todo eso era nuestro, por lo que me levanté para ayudar.

Agradecí tener una excusa para retirarme un momento de la mesa. Solo quedaban Mónica y Valeria, la nueva pareja enamorada; Sara y Oscar, los comprometidos; y junto a mí el asiento vacío, que hacía un año estaba ocupado.

Me agaché para recoger los platos y cubiertos que habían salido volando, con cuidado de no pisar los trozos de vidrio ni los pequeños charcos de cerveza.

–Gracias, pero no tienes que hacerlo –dijo la chica de cabello rojo, desviando la vista un segundo de los vidrios que barría con cuidado.

–Lo sé, pero quiero hacerlo.

El chico, que se había retirado un momento, regresó y se veía aliviado de tener más ayuda para que la escena terminara pronto.

–Muchas gracias –me dijo, entre apenado y agradecido, mientras fregaba el piso con un trapeador.

–Por nada. –Intenté mostrarle una sonrisa tranquilizadora.

Un momento después, parecía que nada hubiera pasado y todos los presentes estaban concentrados en sus mesas.

El chico se fue corriendo con la evidencia y atravesó una puerta para empleados.

–Es su primer día –explicó la chica–. Ha estado nervioso desde que abrimos.

–¿Estás segura de que tiene edad para trabajar aquí?

–La verdad no –respondió con una media sonrisa.

–No seas dura con él –pedí.

–No lo soy. Por eso vine rápido, mi jefe se lo habría comido vivo si lo hubiera visto.

Miré de nuevo a mi mesa. Nos habíamos alejado un poco, pero podía ver cómo ahora parecía una cita doble.

–Has sido muy amable, ya puedes regresar con tus amigos.

–Eh… En realidad, creo que me quedaré en la barra un rato. No quiero incomodar a las

parejitas.

Siguió mi mirada sin disimular.

–Uy… Sí, creo que sería un poco incómodo –acordó con una mueca–. Pues vamos, soy la *bartender*. –La seguí hasta que entró por un lado de la barra para ir a su sitio. Casi todos los bancos estaban desocupados, por lo que me senté en uno frente a ella–. ¿Te sirvo algo?

–Depende. ¿Tendré el paquete completo del trago y la *bartender* que escucha mi mal de amores? –bromeé.

Se rio, apoyando una mano en la barra brillante.

–Claro, no puedo trabajar en esto sin dar el servicio completo.

La tira de luz rojo neón sobre las repisas detrás de ella hacía que su cabello brillara en una mezcla de fuego y cereza. Después de reír, me miró con una pequeña sonrisa, y entonces la reconocí.

–Espera, ¿no fuiste a mi casa hace unos días para una entrevista?

Su expresión relajada se desvaneció y bajó la mirada. Tomó unas copas limpias antes de agacharse para colocarlas bajo la barra.

–Sí. Lo siento de nuevo por eso.

–No, tú discúlpame a mí. Debí ser más específico en el anuncio. Me sentí mal cuando te fuiste. ¿Conseguiste un lugar?

–Sí, al día siguiente encontré un departamento. La convivencia con la chica es… interesante –dijo, ladeando la cabeza–. Pero no está mal y es barato.

–Me alegra oír eso.

Al menos había encontrado un lugar, lo cual me hacía sentir mejor.

Dalia

Conversamos de todo un poco y nos reímos de las torpezas de los más ebrios disimuladamente mientras atendía a los clientes y me encargaba de mantener en orden mi lugar.

Aunque recordaba su nombre, fingí no hacerlo cuando volvió a presentarse. Lo había visto de espaldas al dirigirse a su mesa. Su alta estatura y complexión media no me parecieron familiares, pero entonces se giró para tomar asiento y reconocí su cara de tez aperlada bien afeitada, enmarcada por un cabello castaño y ojos verdes. Actué como si nada cuando se acercó a ayudar, pero casi me inundó la vergüenza cuando él me reconoció a mí. Sin embargo, platicar con él resultó agradable.

No me contó sus desgracias amorosas, pero descubrí que no bebía alcohol. Que cuando se reunía con sus amigos se adueñaba del refresco y que esa noche habían ido por el compromiso de dos de ellos. Por su sonrisa amable y esa aura que transmitía confianza, también le conté un poco sobre mí.

Después de guardar una botella de vino que se había terminado, miré el reloj que colgaba de la pared.

–Oye, me temo que ya casi cerramos.

–¿Qué? ¿Qué hora es?

–Ya casi es la una.

–Pero hace un momento eran las once. –Paseó la mirada por el lugar, ya casi vacío–. En estos momentos agradezco no trabajar mañana.

–Pero puedo ver en tus ojos que tienes sueño.

–Claro que no. –Alcé una ceja–. De acuerdo, un poco.

Sonreí en señal de victoria y sus comisuras se elevaron un poco mientras hundía la cabeza entre sus brazos, recargados en la barra.

–Bueno, Etienne, ha sido un placer hablar contigo, pero ya tengo que cerrar la barra –avisé–. Y no es que quiera correrte, pero tienes diez minutos para salir o seguridad te lo pedirá.

–Claro, sí. Gracias –dijo mientras se ponía de pie–. Que tengas linda noche.

–Gracias. Linda noche.

Lo vi caminar hacia la salida. Un rato antes nos habíamos percatado de que sus amigos se habían ido sin que nos diéramos cuenta, así que se fue directo a la puerta, sin mirar atrás.

Solté el aire, dispuesta a terminar con mis funciones antes de ir al dichoso departamento.



3

Etienne

Al día siguiente tocaron a mi puerta. La abrí y vi a Migue parado frente a mí.

–¡Perdóname por lo de ayer! –dijo y, apenas me vio, me envolvió en un abrazo.

–Hola también a ti –saludé con sorna.

–No debí decir eso del matrimonio.

Su actitud dramática me sacó una sonrisa, por lo que me fue más fácil actuar.

–Descuida. –Le di unas palmadas en la espalda–. No hay problema, ya pasó mucho tiempo de eso.

Me soltó y me miró, estudiando mi respuesta. Me encogí de hombros para restarle importancia. Como si once meses atrás él no hubiera estado tratando de calmarme en esa misma sala. No se le veía muy convencido, pero asintió y su expresión volvió a ser juguetona.

–Bueno… ¿Entonces puedo decir que somos un equipo? ¿El *team* solteros?

–Sí. –Asentí, divertido ante la idea–. Está bien.

Su actitud relajada y alegre siempre era contagiosa.

–¿Y haremos un trato sobre que nos casaremos a los cuarenta si no tenemos pareja?

–¿Qué? ¡No!

Bueno, casi siempre.

Se llevó una mano al corazón, como si se lo hubiese roto, antes de dejarse caer en el sillón.

Fui a la cocina por un refresco y una cerveza del paquete que Oscar había olvidado. Después regresé a la sala para sentarme junto a él. Le tendí la cerveza y tomé el control de la televisión. Después de pasar unos cuantos canales sin encontrar nada interesante, nos quedamos mirando un programa de concursos.

–Pero es verdad –habló de pronto–. Romeo tarde o temprano se casará con Nadia. Se irá de casa y tendré toda la atención de mis padres para que me presionen con eso de que debo saber qué hacer con mi vida y bla, bla, bla… Aunque podrías…

–No viviré contigo, ya te lo he dicho.

Lanzó un suspiro.

–Vamos. –Se incorporó, sentándose de frente a mí–. Tú estás buscando un compañero y Romeo nunca ha tenido problemas con vivir conmigo.

–Porque es tu hermano. Y viven en casa de sus padres. –Di un trago al refresco.

–Espera un momento. –Puso una expresión preocupada–. ¿Y si comienzan a salir en plan de parejas? Ya sabes, que hagan cosas solo entre ellos como si pertenecieran a un club de matrimonio.

Di otro trago. Parecía un cachorrito perdido y no sabía cómo decírselo.

–Me temo que es posible. El viernes terminé solo en el bar por eso.

Se derrumbó en el sillón.

–Qué triste. –Suspiró–. Tal vez debiste irte con nosotros.

–No tanto –comenté, recordando el resto de la noche–. En realidad, conocí a la *bartender*.

–¿Te ligaste a la *bartender*? ¿Justo cuando oficializamos el *team*?

–No estaba ligando. Estaba charlando con ella porque los demás estaban de tórtolos.

Suspiró.

–La próxima vez seguiremos bebiendo en mi casa.

–Querrás decir que seguirás bebiendo en tu casa y yo limpiaré tu desastre.

–¿Y me cargarás hasta mi cama?

Le lancé un cojín a la cara.

Tuve otra entrevista con un joven de mi edad, recién egresado de una ingeniería. Parecía una persona decente y responsable. Cada una de las preguntas que respondía me hacía aumentar mi esperanza, y la charla que iba surgiendo era amena. Por lo que pasamos a la segunda parte, que era recorrer la casa para que la conociera. Ya podía vernos dándonos la mano, preguntando cuándo se mudaba.

–¿Entonces te interrogaron por no llevar pareja a la fiesta, frente a todos? –pregunté después de ver el patio trasero, donde sugirió que era un buen espacio para dejar su asador, aumentando mi entusiasmo.

–No parecían entender que me centré mucho en mis estudios. Y aún no saben qué haré una maestría –contestó divertido.

Una imagen de Miguel feliz, diciendo que el *team* solteros crecía, me pasó por la mente.

Avanzamos por el pasillo.

–Este es el baño. Es amplio y tiene un mueble grande para guardar toallas, papel, un botiquín y más cosas que se puedan necesitar.

Miró a nuestro alrededor.

–¿Solo hay un baño?

–Sí –respondí, y lo vi mecer la cabeza de arriba abajo, pero frunció la boca con algo parecido al desagrado–. ¿Hay problema con eso?

–Oh, no. –Relajó la expresión–. Está bien. Ya nos arreglaremos con eso.

Asentí y dimos unos pasos.

–Aquí está mi habitación y esta sería la tuya. –Señalé a las respectivas puertas.

La de la habitación vacía estaba entreabierta, así que la abrió por completo para asomarse. Las cortinas estaban cerradas, pero eran delgadas y entraba la luz suficiente para echarle un ojo al espacio, la cama y el clóset.

–Podrías amueblar y decorar como gustes.

–Es la habitación con vistas a la calle.

–Sí, a mi amigo le gustaba estar más al pendiente de lo que pasaba afuera, por si acaso. La verdad yo no suelo estar tan atento.

Terminamos el recorrido en la cocina.

–El comedor está aquí mismo –observó.

–Sí, es una cocina muy amplia. También usamos la barra que conecta con la sala.

Caminé de vuelta a la sala, con él detrás de mí.

–Y bien… ¿Qué opinas?

–Seré sincero contigo… No me convence.

Me desinflé.

–¿Qué? ¿Por qué no?

–Esperaba una casa más… No me malentiendas, pero… creí que tendría más privacidad en las áreas. Entiendo que vivías con alguien cercano a ti, pero yo quisiera tener más espacio para mí y aquí no parece que pueda tenerlo.

–Pero, tal vez los horarios…

–Tenemos el mismo horario laboral –me cortó. Era cierto.

–Bueno, pero…

–Me agradas, pero no creo que nos llevemos bien viviendo juntos aquí. Me gusta mi espacio, mi privacidad.

–Entiendo –dije, resignado.

–Muchas gracias de todos modos, amigo. Y ya tienes mi número, hay que salir a tomar algo un día de estos –comentó mientras se dirigía a la salida.

–Sí, un día de estos.

–¡Suerte con la búsqueda!

Una vez que se fue, me senté en un banco junto a la barra. Apoyé los codos y suspiré. ¿Qué tan difícil podía ser conseguir un compañero?

Todas las entrevistas habían sido un fracaso.

Bueno, todas menos una.

Había hecho que esa chica, Dalia, saliera corriendo sin darle siquiera una oportunidad. Y resultó ser muy agradable y tener cosas en común conmigo. Tal vez habría sido una buena compañera después de todo.

Segunda lección

ANÓNIMO

La chica de la tienda se había robado mi lugar para aparcar.

Hacía un sol abrasador mientras recorría el estacionamiento. Estaba tan lleno que había tenido que dar varias vueltas antes de encontrar un lugar vacío, y que, por fortuna, se encontraba cerca de la entrada. Sin embargo, en el último momento, otro auto me ganó. La reconocí de inmediato. No había podido olvidarla después de que mi mente repitiera una y otra vez ese momento de humillación.

–¡Oye, tú! ¡Era nuestro! –le gritó mi hermano de mala manera desde el asiento del copiloto.

Una mano salió de su ventana, con un dedo muy específico hacia el cielo.

Respiré.

Resignado, me dispuse a seguir buscando un espacio libre, mirando nuestro alrededor mientras mi hermano se inclinaba y tocaba el claxon con enfado.

Ella bajó del auto y enseguida abrió la puerta del pasajero. De ahí le ayudó a salir a un hombre de mediana edad con muletas y una pierna enyesada.

Habíamos avanzado solo unos metros, por lo que pudimos ver con claridad cómo batallaba un poco para caminar hacia la entrada.

Regresé la mirada al espacio que ocuparon, esta vez posando la vista más arriba. Entonces vi el letrero de color azul. Ese que marcaba que era un espacio reservado a quienes de verdad lo necesitaran.

Volteé hacia mi hermano, quien tenía los ojos puestos en esa dirección. Entre el estrés de encontrar un sitio para aparcar y el enojo por perder el único disponible, no observamos bien.

Intercambiamos una mirada de arrepentimiento mientras dábamos vuelta para ir a otra sección, sintiéndonos unos idiotas.

No juzguen antes de saber, mis queridos lectores.



4

Etienne

Romeo organizó la despedida de soltero de Oscar después de hacer una lluvia de ideas y que la suya resultara ganadora. Miguel quería encargarse, pero Oscar le dio un contundente «no». Quería algo tranquilo, pero memorable; así que, luego de pedir días libres en el trabajo o fingir enfermedad, terminamos viajando a la playa.

Comimos algo de camino al hotel, al cual llegamos cerca de las dos de la tarde. Desde ahí, los ventanales nos dejaban ver el cielo despejado tocando el mar y, con el calor que se sentía, no podíamos esperar para entrar al agua. Nos dirigimos a nuestras habitaciones, nos cambiamos de prisa y salimos jugando a las carreras hasta llegar a la arena, caliente por el sol.

Pasamos varias horas nadando o jugando en la playa. Cuando empezó a caer el sol, Romeo y yo creímos que era hora de descansar un poco. De lejos, vimos a algunas personas retirarse, por lo que corrimos para evitar que nos ganaran las tumbonas que habían dejado disponibles, colocadas bajo un par de sombrillas.

Oscar se había ido a comprar unas piñas coladas y Miguel se había alejado hacía un rato, después de estar coqueteando con cada mujer que le pareciera atractiva, hasta que al parecer una le siguió el juego.

–Oye, Romeo –lo llamé. Estaba recostado con los ojos cerrados y musitó algo para dar a entender que me escuchaba–. ¿Tienes pensado casarte con Nadia?

Abrió los ojos y volteó a verme.

–Sí, amigo. Aún no, pero lo hemos hablado y, sí, es el plan.

Giré la cabeza hacia el cielo.

–Son unos suertudos. Me alegro mucho por ustedes.

–Vamos, no digas eso. En algún momento…

–De verdad estoy bien con eso –interrumpí–. Mi pregunta era por tu hermano. Está asustado.

Lanzó una carcajada y volvió a recostarse, relajado.

–Estará bien solo.

–Más vale. Eres el único que lo soporta todo el día, todos los días del año.

Después de escucharlo reír de nuevo, se hizo el silencio. Cerré los ojos y, por un momento,

disfruté el sonido de las olas del mar.

–¿Y… piensas volver a abrirte a…? –Lo miré y noté que buscaba cómo formular la pregunta–. Ya sabes, ¿cuándo te darás la oportunidad de intentarlo con otra persona?

Cerré los ojos de nuevo, ahora con una sensación muy diferente.

–¿Para que pase lo mismo?

–No sabes si así será.

Negué con la cabeza y abrí la boca para contestar, pero una voz me interrumpió.

–¿Qué hay de la chica del bar? –escuché a Oscar unirse a la conversación.

Abrí los ojos y lo vi regresando con una bandeja improvisada, cargando tres vasos grandes con pajillas de colores y mini sombrillas.

–¿Qué hay con ella? –pregunté, tomando la piña colada que me tendió. No necesitaba preguntar para saber que era sin alcohol.

–Cuando nos fuimos del bar aquella vez, te vimos muy atento platicando con ella.

Después de ofrecerle un vaso a Romeo, dejó la falsa bandeja junto a la tumbona a mi derecha y se sentó en ella dando un sorbo a su bebida. Mientras tanto, Romeo se había enderezado con la boca abierta y los ojos fijos en mí.

–¡Así que *sí* estás de vuelta! –Me meció el brazo, emocionado.

–No es lo que creen, solo conversamos. Es agradable –aseguré antes de probar mi bebida.

–Ajá –se burló mi mejor amigo.

–Y no la he vuelto a ver.

–Pues ve, sabes dónde encontrarla.

Negué con la cabeza.

–No hay necesidad. Además, probablemente tenga novio. O novia.

–¿Por qué? ¿Mencionó algo?

Romeo miraba emocionado la escena mientras nuestro amigo me atacaba con ese tema. Suspiré.

–No. Pero es muy bonita y agradable como para no tener pareja.

Romeo soltó un gritito.

–Calla –me quejé–. ¿Acaso decir que una chica es bonita ya significa que me gusta?

Vi que estaba a punto de contestarme, cuando Miguel se nos unió con una gran sonrisa de suficiencia.

–Hoy no me esperen en el hotel –anunció con una sonrisa engreída.

–Romeo estará encantado –bromeé, ganándome una mirada entrecerrada.

–Adivina qué… –Romeo se dirigió a Miguel–. Debemos volver al bar de la otra vez.

Le di una mirada de advertencia

–¿Por? –quiso saber, mientras le quitaba la bebida a su hermano para robarle un trago.

–Etienne tiene que volver a ver a la *bartender* –respondió con una sonrisa emocionada, sin importarle el robo.

Me miró indignado.

–¿Qué hay de nuestro trato de los cuarenta años?

–¡Que no! –Me senté, antes de hablar con voz firme–: Escuchen, estamos aquí para festejar que nuestro amigo se va a casar, así que vamos a enfocarnos en *esa* vida amorosa, no en la mía. ¿De acuerdo?

Los tres asintieron como si estuvieran regañados y Romeo volvió a tumbarse.

Miguel le pidió a su hermano que le hiciera espacio, pero no cabían los dos, por más delgados que fueran.

–Toma la mía, quiero estirar las piernas.

Me levanté, vaso en mano, y él tomó mi lugar, antes de que me encaminara hacia el hotel, ignorando sus llamados para que volviera.



Desde que vivía solo me había formado una rutina. Despertaba a las 8:00 a. m., disfrutaba unos minutos del silencio, de la paz y la tranquilidad, antes de levantarme a prepararme el desayuno, el cual solía consistir en café y unas galletas o algo parecido.

Después recogía la casa mientras escuchaba la televisión de la sala. Ese era un hábito que Oscar me había dejado. Luego tomaba un baño y me preparaba para ir a la recicladora, donde trabajaba hasta las seis de la tarde. Al volver a casa me preparaba algo y cenaba mirando una película. Por último, terminaba mi noche jugando videojuegos hasta irme a dormir.

Al inicio era muy agradable.

Pero con los días se volvió aburrido.

Por primera vez, pasaba mi vida cotidiana completamente solo y, si bien me empezaba a gustar el silencio, extrañaba tener a alguien con quien hablar.

Mi rutina era muy similar los fines de semana, es decir, mis días libres. Aunque esos días veía a mis amigos, o me quedaba en casa a hacer los quehaceres o jugar videojuegos.

Era sábado por la tarde. Sabía que en cualquier momento llegaría Miguel. Luego Oscar y Sara pasarían por nosotros para irnos juntos. A Romeo y a Nadia los veríamos en el bar.

Porque sí, después de todo, sí volveríamos. Luego de bromear sobre eso con el resto del grupo, decidimos que iríamos por el simple hecho de que nos había gustado el lugar y era más barato que los lugares que solíamos frecuentar.

Me pregunté por qué Miguel no llegaba hasta que, pasadas las 7:00 p. m., tocaron a mi puerta y vi a los tres juntos. Los dejé pasar mientras saludaba a uno por uno. Sara me veía con sonrisa orgullosa.

–Me alegra tanto lo que hayas superado –dijo con ternura mientras me tomaba de los brazos con entusiasmo.

No había pasado ni un minuto.

Les lancé una mirada molesta a mis amigos antes de dirigirme a Sara. Al parecer se habían visto antes y habían hablado de mí.

No era justo molestarme con ella, no tenía la culpa y sabía que lo que había dicho había sido sincero.

–¿Qué te dijeron estos tontos?

–Ay, ¿la regué? –Miró a los demás con una mueca de culpa.

Antes de que pudieran continuar con el tema, tomé mi celular, cartera y llaves, y los hice salir.

El sol se estaba poniendo cuando encontramos a los demás en una mesa en la zona izquierda del bar, casi en las puertas que conectaban con la parte del restaurante. El lugar estaba más lleno que la otra noche y nos atendió una mesera diferente, alta y con unos lentes sobre sus pecas. Pedimos una botella de tequila, un refresco de toronja de dos litros y botana. Para cenar me pedí una orden de alitas picantes, pero no escuché las demás órdenes, pues volví a concentrarme en mi misión.

Desde el momento en que llegamos, miré hacia la barra una y otra vez, pero no estaba quien buscaba. En su lugar había un hombre con un tatuaje de serpiente que le rodeaba el brazo. Al ver

su cara lo reconocí, se trataba de quien en un principio creí que era uno de mis candidatos para rentar.

Verlo me recordó la idea que había rondado por mi cabeza en los últimos días. Y que ese día había cobrado más fuerza.

Recorrí todo el lugar con la vista, tratando de encontrar un cabello color cereza entre el gentío divirtiéndose en sus lugares o bailando con la música de fondo en la pequeña pista. Por un momento creí haberla encontrado, hasta que se giró y vi un rostro totalmente diferente. A quien buscaba no se le veía por ningún lado.

La chica de lentes regresó con lo que pedimos. Tomé un vaso rojo para llenarlo de refresco antes de volver a mirar hacia la barra. Unas personas se atravesaron y tuve que hacer la cabeza a un lado para poder ver si el hombre seguía en el lugar de Dalia.

Sí, seguía ahí.

¿Habría renunciado? ¿Cuál era la probabilidad?

La mesera, que se había pasado a limpiar la mesa de al lado recién desocupada, me vio y aparté rápido la mirada, tratando de disimular. Aunque un segundo después la vi de reojo encaminarse al baño.

Volví a enfocarme en mis amigos, que estaban atentos leyendo desde un celular las instrucciones de un juego de tragos. Tomé un puñado de cacahuates salados, resignado.



5

Dalia

La mancha no se iba. Siempre les dije que traer una camisa blanca de manga larga no era buena idea si trabajabas con vino, pero no escucharon mi sugerencia. Ahora, tenía una enorme mancha roja a lo largo del brazo, gracias a un ebrio que quiso comenzar una pelea y lanzó su copa llena.

Y, justamente, tenía que ser hacia mi dirección.

Dejé de tallar cuando se me cansaron en los brazos y lancé un resoplido. Veía más factible que desgastara la tela.

–¡Dalia!

Escuché la voz de Maya en cuanto entró al baño.

–Si es otra pelea, para eso está Raúl ahí.

Mi jefe me había dejado ir a intentar lavar mi camisa, la cual ya estaba dando por perdida, y había tomado mi lugar por si surgía otro problema.

–El tipo volvió.

–¿Volvió? ¿Lo dejó entrar seguridad? Para algo le pagan.

Levanté la camisa empapada para echarle un vistazo. El brazo rojo seguía casi igual.

–Ese no –respondió, alzando la voz con emoción.

–¿El tipo…? –Bajé los brazos para verla–. ¿Te refieres al de la otra noche, con el que hablé?

–¡Sí! Y no deja de voltear a la barra, creo que te está buscando.

La verdad era que me había agradado, y hacer amigos no era mi fuerte. Pero en ese momento, con la prenda en las manos, chorreando sobre mis pies, no me sentía más sociable.

–¿Qué esperas? Es tu oportunidad para hacer amigos, no puedo ser tu única amiga por siempre.

–Yo estoy muy bien así.

–Eso quieres creer. Anda, dile a Raúl que ya se puede ir a su oficina.

–Pero… –Levanté la humillante camisa.

No llevaba otra, solo la blusa de tirantes que usaba debajo y que me había salvado en ese momento.

–Cierto.

–Raúl no me dejará salir así.

–Pues, tomando en cuenta lo concurrido de hombres borrachos e idiotas que está ahí afuera –dijo, señalando la puerta–, yo tampoco te dejaría, por tu propio bien.

Bufé, lanzando la camisa al lavamanos.

–Te presto la mía –ofreció.

–Y entonces tú no podrás salir del baño –dije–. Ni siquiera usas una interior debajo.

La puerta se abrió y una mujer con vestido corto y el cabello perfectamente peinado entró a un cubículo, no sin antes lanzarme una mirada, que se volvió burlona cuando me vio los pies ahora también mojados por el agua que chorreaba.

Me giré hacia Maya buscando otra solución, pero su boca se hizo una línea recta. Noté en sus ojos que tampoco sabía qué hacer.

La verdad era que no me interesaba salir a hablar con ese chico tanto como el poder salir sin un camisa remojada. Lancé un quejido mientras dejaba caer la prenda en el lavabo con un sonido húmedo.

Maya, mi compañera y mejor amiga, me llevó en su auto hasta su casa. Nos despedimos mientras ella se dirigía a su puerta y yo a la calle. A partir de ahí, solo tenía que caminar un par de cuadras y cruzar el puente peatonal de una avenida para llegar a mi nuevo departamento. Era muy tarde para caminar sola sin sentirme insegura, pero era eso o subirme a un taxi a altas horas de la noche con un conductor de dudosas intenciones.

Cuando por fin subí los escalones al segundo piso y abrí la puerta, encontré a mi nueva *roomie* viendo una serie tirada en el sofá, junto a un cuenco con sobras de palomitas de maíz.

Ni siquiera volteó a verme.

Tres semanas viviendo juntas y aún no me hablaba más que para lo necesario, y yo estaba bien con eso. Con lo poco que sabía de ella era suficiente para saber que, si hablábamos, seguramente terminaríamos peleando.

Me adentré en mi habitación, abrí el cajón de la cómoda con un chirrido para tomar ropa limpia y me dirigí al baño. Reprimí un suspiro al ver el suelo lleno de agua, otra vez. Al parecer, mi compañera, cuyo nombre ya ni recordaba (¿Alexa?, ¿Alejandra?), creía que la cortina era solo de decoración.

Fui por el trapeador, limpié un poco el piso y, por fin, me dispuse a tomar un baño.

Me retiré la sudadera que Raúl había tomado de la caja de cosas perdidas y me miré al espejo, con expresión derrotada y la pintura descascarada en la pared detrás de mí. Abrí la regadera y me deleité con el sonido del agua. Necesitaba que el agua caliente se llevara todo lo malo de mi día.



6

Etienne

El domingo por la mañana nos reunimos en casa de Oscar y Sara. Era la primera vez que nos invitaban oficialmente y, aunque ya la habíamos visto cuando la compraron, todos queríamos ir a conocer su nuevo hogar ya instalado. Era de dos pisos, de color gris claro, con patio al frente y un barandal negro.

Sentados en la sala, mientras veíamos la repetición de un partido y comentábamos por qué creíamos que debió haber ganado el otro equipo, escuchamos a las mujeres de nuestro grupo hablar entre ellas desde el otro lado de la barra. Estaban armando un plan solo para mujeres.

–¿Por qué no estamos invitados, señoritas? –preguntó Miguel, con una mano en el pecho fingiéndose el ofendido.

–Porque queremos ir a desayunar –contestó Nadia, apoyada en la barra.

–Lo sé, lo escuchamos, y la pregunta sigue siendo la misma.

–¿A los hombres les gustan ese tipo de salidas? –preguntó, cruzándose de brazos, sin creérselo.

–¡Sí!

–¡Claro!

–Suena muy bien.

Todos hablamos al mismo tiempo.

Ninguno había salido a desayunar en su vida.

–De acuerdo. Pues levántense, vamos todos –retó Sara. Las demás nos veían con expresión divertida.

–¿Cómo dices? –preguntó su prometido.

–Aún es temprano, vayamos.

Oscar nos miró como buscando ayuda, pero los demás nos miramos entre nosotros, antes de asentir con expresión triunfal porque, creíamos, habíamos ganado.

Salimos y nos dirigimos a un restaurante no muy lejos de casa. Pasamos por muchos en el camino, pero ellas querían ir a uno en específico para después pasear por el centro comercial en el que se ubicaba. Le llamaron a Mónica para invitarla, pero tenía un compromiso con la familia de su novia y no podrían unírsenos.

Al llegar, nos percatamos de que estaba lleno, así que nos dirigimos a la única mesa grande disponible, en el área exterior. Ahí el ambiente era tranquilo, estaba techado y el viento de la mañana soplaba agradable. Comenzaba a ver por qué a mis amigas les gustaban ese tipo de salidas.

Un mesero nos dio los buenos días y nos dejó varios menús. Apenas estaba abriendo uno cuando escuché a Miguel dar un grito ahogado.

–¿Cómo que no venden cerveza por la mañana?

–Miguel, es un desayuno.

–¡¿Y?! –exclamó.

–Pídete un café.

Negué con la cabeza mientras él seguía quejándose ante las sugerencias y volví mi atención al menú.

–Pediré unos chilaquiles verdes y un jugo de naranja –informé segundos después.

–Yo no me decido entre unos chilaquiles o unos huevos con tocino –habló Romeo–. ¿Estaría mal si pido ambos? –Soltó una risita.

–Si me compartes, no –respondió su hermano.

Oscar y Sara se pusieron de acuerdo para comprar cosas diferentes y compartir entre ellos.

Una vez que todos teníamos decidido nuestro pedido, buscamos con la mirada al mesero a través de las paredes de cristal que daban al interior.

Pero primero encontré a alguien más. Una cabellera roja iba cruzando la puerta principal junto con una chica y se dirigieron hacia una mesa para dos personas ubicada en una esquina. A su acompañante la reconocí del bar en el que trabajaba, era la mesera que me había atrapado buscándola.

Un mesero se acercó a ellas sin menús. De inmediato, ellas lo saludaron y me pareció ver que ordenaron sin necesidad de revisar las opciones.

–¡Etienne!

–Tierra llamando a Etienne.

Me giré hacia mis amigos.

–¿Sí?

–Te fuiste por un momento –dijo Nadia, con una cara burlona–. Decíamos que nuestro mesero está por allá, platicando con otro. –Señaló al interior–. Pero no voltea hacia acá.

–Yo voy –me apresuré a decir y me levanté.

No presté atención a lo que respondieron y fui hacia el joven vestido de blanco y negro, recargado junto a la caja, inmerso en una conversación.

–Disculpe, ya estamos listos para ordenar –informé, señalando con una mano a mi mesa.

–Oh, claro, disculpen. –Se encaminó hacia mis amigos y me giré para seguirlo, pero no pude evitar mirar de nuevo a la esquina.

Entonces hice contacto visual con Dalia. Tras un segundo, me saludó con la mano, haciendo que su amiga volteara, primero confundida y luego con un gesto de reconocimiento al verme. Ella me saludó con más entusiasmo y me pidió acercarme.

Dudé un segundo, luego mis pies avanzaron hacia ellas.

–¡Hola, Etienne! Soy Maya, no nos habíamos presentado.

–Hola, es un gusto. –Le sonreí.

Pasé mi mirada a Dalia, quien me dio una sonrisa que dejaba entrever una disculpa. Aunque no entendí por qué.

–¿Qué haces por aquí?

–Vine a desayunar con mis amigos.

–¿En serio? –preguntó Dalia.

–¿Lo hacen seguido? –cuestionó de nuevo su amiga.

–Claro, me gusta venir a desayunar algo diferente a lo que normalmente desayunamos en casa. –Sonreí algo nervioso.

Quería agradarles. Tal vez si tuviera algo en común con ellas, tendría un poco de ventaja.

–¿De verdad? –preguntó entornando los ojos tras los cristales–. Porque nosotras venimos cada semana y nunca te habíamos visto por aquí.

Titubeé.

–Bueno… Me gusta desde hoy. –Bajé la mirada un segundo tratando de ocultar una risa nerviosa, sintiéndome atrapado de nuevo por esa chica–. La verdad es que es la primera vez que salgo a estas horas. Pero me parece agradable.

Asintió aún con la mirada entornada, pero con una sonrisa, aprobando mi respuesta.

–¿Y qué harán después?

–Maya –la reprendió Dalia.

–Eh, no estoy seguro –respondí, notando cierta tensión–. Las chicas quieren pasear por el centro comercial.

Le lanzó una miradita rápida y extraña.

–Nosotras vamos a ver una película más tarde en el cine que está aquí arriba.

–¿Sí? ¿Cuál verán?

Vi a Dalia apoyar los codos en la mesa y enterrar la cara en las manos.

–La nueva película de terror. ¿Cómo se llamaba? La de la muñeca. Iremos a la función de las 3:10 p. m., porque tenemos que ir a trabajar después… Por si gustan acompañarnos.

–¡Nos encantaría!

Me sobresalté al sentir que gritaban junto a mi oreja.

Di un paso a un lado y vi a Oscar, que había estado parado justo detrás de mí.

–No tienen que… –comenzó Dalia, antes de que la interrumpieran.

–¡Genial! –alzó la voz su amiga, alegre–. Entonces cuando terminemos aquí nos vemos fuera del restaurante.

–De acuerdo, nos vemos. Buen provecho, señoritas –se despidió mi amigo, empujándome para llevarme con él bajo la vista de los demás comensales.

–¡Provecho! –respondieron al mismo tiempo, una más animada que la otra.

Una vez que cruzamos las puertas de cristal automáticas que daban al exterior, me soltó y preguntó en voz baja, divertido:

–¿No que no, picarón?

–¿De qué hablas?

–Nada, nada… Me alegra que ya hayas superado…

–Solo fui a saludar –corté en tono firme.

Me lanzó una mirada cómplice y negué con la cabeza.

–Como digas.

Volví a mi silla, pero apenas me acomodé, noté que todas las miradas cayeron en mí.

–¿Qué sucede?

–Tú dinos. Volaste hacia esa chica –respondió Sara.

–Por supuesto que no.

–Amigo, tenías la vista perdida en ella y luego te quedaste allá. Tuvimos que mandar a Oscar por ti.

–Solo quise saludar.

–Y ahora tenemos planes con ellas para ir al cine más tarde.

Todos explotaron en comentarios y bromas.

–Ordenamos por ti –avisó Oscar, acercándose un poco a mí para que lo escuchara.

–Gracias –le dije–. Y oigan, en serio, si vamos a pasar tiempo con ellas necesito que se comporten, parecen niños. Lo único que pasa es que ella estaba buscando un lugar para vivir y saben que yo estoy buscando un compañero. Quiero convencerla. Es todo.

–Ay, qué aburrido.

–De acuerdo.

El resto de la mañana fue divertida, relajante y con comida deliciosa. No sabía que unos huevos revueltos pudieran verse tan apetitosos. El tema de conversación se había alejado de Dalia y su amiga hasta que salimos y nos encontramos con ellas.

Tal vez había fingido muy bien al respecto de cómo me sentía en las últimas semanas, lo cual era lo que quería, pero ahora jugaba en mi contra.

Al menos, para mi alivio, mis amigos no siguieron con sus bromas.

Descubrí que Dalia era más agradable de lo que pensaba. Si bien era algo seria y se mantenía callada cuando conversábamos en grupo, cuando intervenía era divertida e interesante. Traté de hablar con ella en varias ocasiones y tocar el tema de la renta de una manera sutil, pero congenió de inmediato con Sara y no se despegaban mientras entraban a cada tienda a la que nos acercábamos.

Después de unas horas, y de varias compras, el aroma a palomitas y caramelo característico de los cines me invadió. Mientras unos se formaron para comprar las entradas, otros hicimos fila para la comida. Había varias personas por delante mientras mirábamos fijamente a las pantallas.

–¿Qué tantas cosas deberíamos comprar? –preguntó Oscar.

–Podrían ser varios combos –sugerí y mi amigo asintió.

–Yo quiero el que tiene nachos, con queso extra, pero no me voy a comer ni la mitad de las palomitas –informó Dalia–, así que lo comparto con alguien.

–Supongo que con Maya –dijo Oscar, a modo de pregunta.

Unas personas terminaron su compra y avanzamos unos pasos.

–No, ella siempre pide todo picante y no me gusta estar tosiendo o moqueando durante la película.

–Entonces pueden compartir ustedes. Etienne nunca se las acaba tampoco.

–¿Te parece bien? ¿Compartimos el combo? –me preguntó.

–Claro.

Y así, minutos después, me encontraba sentado con Dalia en la butaca de al lado, con nuestro combo en medio de nosotros, mientras se reproducían los comerciales.

Dalia

Le reclamaría más tarde. Claro que lo haría.

Maya sabía lo difícil que era para mí socializar, en especial con grupos de amigos, y me había arrastrado a esa situación.

«Necesitas hacer más amigos», me había dicho luego de que nos dejaran solas en el

restaurante.

Al menos, por suerte, no resultó como yo esperaba. Sorprendentemente, me la estaba pasando bien.

Mientras la pantalla mostraba avances de las próximas películas y los demás charlaban o empezaban a comer, Etienne se inclinó hacia mí.

–¿Y cómo te va en tu nuevo departamento? Creo que no te pregunté dónde conseguiste.

–En un edificio en la séptima.

Abrió mucho los ojos.

–¿Te refieres a la avenida?

–Sí –respondí, confundida ante su tono.

–Pero si está horrible esa zona.

–Fue lo que pude conseguir. Además, tampoco está tan mal.

Podría ser peor. Al menos mi compañera no había resultado ser una asesina en serie o hacer rituales sádicos.

–Escucha, he estado pensando mucho al respecto y… me gustaría que fueras a ver mi casa.

Guardé silencio un momento, dudando.

–Dijiste que querías un compañero hombre.

–En realidad no era una decisión premeditada, solo la costumbre. Pero creo que podría funcionar. De hecho, Sara vivió en mi casa un tiempo y todo marchó bien.

Me lo imaginé y, si era como aparentaba, y tomando en cuenta a mi actual compañera, convivir con él me parecía factible. Sin embargo, seguía sin estar segura.

–No lo sé. Además, ya me instalé en el departamento.

–¿Diste un depósito?

–Bueno… –En realidad, la falta de este requisito era uno de los motivos por los que me había quedado ahí–. No, pero ya vivo ahí.

–Por favor –insistió, juntando sus manos frente a mí.

–Es posible que ni siquiera seamos compatibles para ser *roomies*. Tal vez por algo me corriste de tu casa esa vez. Así tenía que ser.

–Primero que nada –dijo, levantando un dedo–, mi intención no era correrte. –Rodé los ojos mientras levantaba otro dedo–. Segundo, solo ve a echarle un vistazo, que sea una de tus opciones. –Dudé, pero siguió hablando–: Será como si aquella vez sí hubieras tenido la entrevista. Mírala, hablemos al respecto, y si no te gusta, lo entenderé y no volveré a mencionar el tema.

Me mordí el interior de la mejilla. Tomé un nacho, lo remojé en queso y me lo llevé a la boca para ganar un poco de tiempo. No dejaba de mirarme con expresión suplicante, así que al final respondí:

–De acuerdo.



7

Etienne

Me pasé la mañana entera limpiando la casa para que luciera lo más presentable posible. Si quería que se mudara, tenía que quitarle motivos para decir que no.

Sara había vivido con Oscar y conmigo por un par de meses cuando se comprometieron, mientras comenzaban con los preparativos y conseguían su propio hogar. Nos había enseñado muchas cosas sobre cómo manejar una casa desde el punto de vista femenino. Gracias a ella ya no me gustaba ver la suciedad, lo cual a veces no sabía si era un premio o una maldición de por vida que afectaba mis horas de descanso. Pero debía admitir que ahora la casa se veía mucho mejor y era más cómoda.

También, una mañana había tenido que ir a comprar tampones, ya que Oscar estaba en su trabajo. Por esos motivos, cuando me cuestioné el tener una compañera mujer, descubrí que en realidad me sentía capacitado para eso. Podría funcionar.

Y por eso me encontraba ahí, ensayando lo que le diría para convencerla.

En los próximos días tendría que trabajar turnos un poco más largos para reponer mi falta y llevarle un paquete grande de galletas a mi jefe por el favor, pero no podía arriesgarme a esperar hasta el fin de semana y que cambiara de opinión. Sin embargo, si lo lograba, habría valido la pena.

Aún faltaba un rato para que llegara, por lo que tenía tiempo para darme un baño. Un recuerdo de Sara, reclamándome por acostarme en la cama limpia con la ropa sucia, me llegó a la mente. Tal vez a Dalia no le importara, pero, por si acaso, su posible nuevo *roomie* también debería verse decente.

Cinco minutos antes de las 2:00 p. m., la hora que acordamos, me dejé caer en el sillón. Suspiré y paseé la vista por la casa, feliz con el resultado. Apoyé un brazo en el cojín más cercano y vi la esquina descosida. Lo tomé y lo escondí en mi habitación, entre la ropa del clóset. Entonces escuché tocar la puerta y corrí a abrirla.

–¡Hola! ¿Cómo estás? Pasa. –Me hice a un lado para invitarla.

–Hola, gracias –respondió mientras se adentraba.

Cerré la puerta de nuevo, algo nervioso, y la vi tomar asiento justo donde estaba sentado un

minuto antes. Me alegré de quitar ese cojín.

–Y bien… ¿cómo es esto?

–Oh, sí. –Me senté en el sillón frente a ella–. En realidad, es sencillo; en especial porque ya nos conocimos. Te haré unas cuantas preguntas para saber si podríamos llevarnos bien viviendo juntos; tú también puedes hacerme preguntas a mí, claro. Después te doy un recorrido por toda la casa para que veas si te gusta, si te sientes cómoda… Y si aceptas, veremos lo de la renta y los gastos de servicios. Y está bien si necesitas pensarlo antes de firmar.

–¿Tengo que firmar algo?

–No es tan serio, solo es preventivo. Mi firma también podría ayudarte a ti en algún momento si se diera la necesidad.

Pareció pensarlo un momento.

–De acuerdo, comencemos.

Respiré profundo y me mentalicé. No podía tener otra mala entrevista.

–¿Hijos o mascotas? –pregunté rápido.

Lanzó una carcajada.

¿Por qué empecé así?

–No. –Negó, aún riendo–. No tengo mascotas y, en definitiva, no tengo hijos.

Reí, aliviado de que al menos sirviera para romper la tensión, y continué.

–¿Eres vegana o vegetariana?

–No. ¿Y tú?

–Tampoco. –Negué, feliz porque podríamos compartir la despensa–. ¿Cuáles son tus horarios?

–No salgo mucho, así que mis horarios son algo fijos –inició–. Trabajo de jueves a domingo, desde las seis de la tarde hasta pasada la medianoche –dijo, enumerando con sus dedos–. Salgo con Maya los domingos y pasamos el día juntas antes de ir al trabajo. También la veo los martes, pero solo un rato.

Al notar que era todo, asentí.

–De acuerdo. Los jueves y viernes casi no nos veríamos, ya que yo regresaría del trabajo cuando tú ya estés en el tuyo. En realidad, de lunes a viernes, durante el día este lugar sería prácticamente tuyo. ¿Sueles invitar gente a casa?

–No –negó rápido y sin parpadear.

–¿Solo familiares?

–No. A nadie. ¿Tú?

–Sí, a veces, a mis amigos.

Abrió mucho los ojos.

–¿A todos tus amigos? ¿Todos vienen?

¿Cómo le decía que era nuestro punto de reunión?

–Prometo que no hacen un desastre –traté de calmarla, pero noté que asintió con un atisbo de duda–. Son buenas personas, gente de fiar. La mayoría somos amigos de toda la vida y suelen venir con sus parejas. Además, ahora que Oscar se fue, puede que este ya no sea el punto de reunión, así que ya no se quedarán a dormir.

–Está bien –respondió, con una expresión más confiada.

–¿Alguna otra pregunta?

–¿Tienes novia? ¿O traes chicas a casa? Quiero saber si un día me levantaré, iré al baño y me encontraré con una desconocida.

–Eso nunca –respondí con cierta sorna.

Desde hacía tiempo que solo amigas pisaban mi casa y así quería que se mantuviera. Pero ella abrió mucho los ojos, como si hubiera caído en cuenta de algo.

–Ay, perdóname, no debí dar por hecho que eras heterosexual.

–¿Qué? ¡No! –Ahora yo abrí mucho los ojos–. Mira, no tengo citas, ¿de acuerdo?

Levantó las manos en señal inocente.

–Está bien, está bien. Tampoco yo.

–Bien, siguiente pregunta –apresuré.

–¿Hay algo por lo que deba preocuparme? Dime la verdad. –Se cruzó de brazos–. Hasta ahora has intentado hacerme creer que es la mejor opción para mí, pero sé que muchas veces te dicen todo lo bueno, y luego de que te mudas descubres que al lado vive un psicópata.

–Pues, hasta donde yo sé, no hay nada de lo que debas preocuparte por aquí. –Asintió de nuevo–. ¿Quieres que te muestre la casa a detalle? –Sin esperar respuesta, me puse de pie e hizo lo mismo que yo–. Como ves, esta es la sala. No tiene gran cosa… –Miré mis sillones, la mesita y la televisión en la pared–. Pero serías libre de poner más muebles o decoraciones.

–¿Estás seguro? ¿Y si quiero colgar cuadros de ponis y unicornios? –bromeó.

–Solo si tienen brillantina.

La escuché soltar una risita a mi espalda mientras la dirigía a la cocina, separada por una pequeña barra.

–La cocina es amplia, así que aquí mismo está el comedor. Procuro tener limpio para evitar cucarachas y compro la despensa una vez a la semana, generalmente los domingos por la mañana… Si eso afecta en tu salida con tu amiga podemos llegar a un acuerdo.

Al ver que no tenía comentarios ni preguntas, la conduje a la parte trasera. Me detuve frente a la puerta corrediza de cristal e hice a un lado la cortina color verde.

–Aquí atrás hay un patio. De este lado está la lavadora –informé mientras le indicaba la zona techada–. No tenemos secadora, así que... –dije y señalé unas cuerdas colgadas en donde daba la luz del sol–, ahí se tiende la ropa. Y en la esquina están unos contenedores para separar la basura. Trabajo en una recicladora, yo me encargo –expliqué de inmediato ante sus cejas alzadas.

Se acercó para ver a través del cristal y de los barrotes del protector corredizo. Esperaba que dijera algo, pero guardó silencio y me miró esperando a que continuara. Así que la llevé de regreso, pasando primero por el baño.

–El baño… –Me detuve al recordar al último hombre que entrevisté–. ¿Te molesta que solo haya uno?

Mi miró un poco confundida.

–No. ¿Por qué me molestaría?

–Genial. Por nada. –Seguí avanzando–. Esta es mi habitación. –Señalé a mi puerta cerrada sin detenerme–. Y esta sería la tuya –dije mientras abría para que le echara un vistazo.

Se adentró despacio y miró de esquina a esquina. Seguía sin decir nada, lo que comenzaba a ponerme nervioso.

–Bueno, sin contar el colchón, Oscar se llevó todas sus cosas cuando se mudó. Pero, obviamente, podrías amueblar y decorar… y poner tus ponis y unicornios como gustes.

Tomó asiento en la cama, cuyo colchón estaba cubierto solo por una sábana verde claro. Seguí su vista hacia el clóset vacío, y después a la mesita de noche junto al respaldo.

–¿Las paredes son de papel? ¿Voy a escuchar tus ronquidos todas las noches? –preguntó.

–No ronco –me defendí, cruzándome de brazos mientras me apoyaba en el marco de la puerta–. Y no. Quiero decir, sí se escuchan las cosas, pero no como en otras partes que escuchas hasta el día a día de los vecinos. Supongo que… ¿lo normal?

El miedo me tocó la puerta. Después de lo del baño, me negaba a que me rechazara por el grosor de las paredes.

Se levantó, mirando y repasando cada rincón, hasta llegar a la ventana. ¿Por qué miraba tanto las paredes y el techo? Les presté atención por si había algo extraño, pero estaban limpios.

La vi recorrer un poco la cortina gris para mirar hacia afuera.

–Entonces… –Me enderecé–. ¿Qué dices?

Me miró, sin apartarse de la ventana.

–Lo voy a pensar.

Me desinflé.

–¿Qué?

–Dijiste que lo podía pensar.

–Sí, pero…

–Es una decisión importante, necesito pensarlo.

–Pero donde vives es horrible. Roban cada semana y…

–Pero está más cerca de mi amiga.

–Pero…

–¿Podrías llevarme a casa? –Volvió a asomarse al cielo–. Creo que pronto lloverá.

Me resigné.

–¿Viniste en autobús?

–No todos podemos costearnos una camioneta, ¿sabes?

Aunque lo dijo de buena manera, me sentí un tonto.

–Claro. Yo te llevo.

Me aseguré de tener mi celular y mis llaves en el bolsillo y salimos.

Le eché un vistazo al cielo antes de que subiéramos al auto.

–No creo que llueva, solo es una nubecita.



8

Etienne

Una tormenta azotaba la camioneta.

–Con que nubecita, ¿eh?

–No estaba pronosticado que lloviera.

–Pero la nube era muy grande… y gris… y el ambiente estaba húmedo…

–Sí, sí, ya entendí. Tenías razón.

Sonrió con suficiencia.

Vi una camioneta avanzando hacia mí y entorné los ojos. Esa calle era de una sola dirección. Me hice hacia la orilla y seguí adelante, pero me detuve cuando vi al auto que nos había rebasado momentos antes.

–¿Qué sucede? –me preguntó.

–Esos autos vienen en contra.

–¿Y?

–Están regresando por algo.

–¿Y? –insistió.

–Tenemos que regresar.

La miré, tenía el ceño muy fruncido y se le marcaba una arruga en la frente.

–¿Qué? No.

–Sí. La calle debe estar inundada. Si trato de avanzar así, podríamos quedar atorados ahí.

–Bueno, déjame aquí y tomaré el autobús.

–El autobús tiene que tomar esta misma ruta.

–Entonces tomaré otro.

Un relámpago iluminó el exterior y enseguida se escuchó un fuerte estruendo.

–Dalia, te seré sincero: no me sentiría cómodo dejándote sola en la calle con esta tormenta. Creo que deberíamos volver a mi casa y esperar a que se calme.

La miré, esperando una respuesta antes de dar la vuelta. Ella miró por su ventana, luego al cielo oscurecido por las nubes y el agua que no dejaba de caer, y, por último, a mí.

–Está bien, tienes razón. Ni siquiera traigo paraguas y solo me ganaría un buen resfriado.

Conduje de regreso mientras las calles y avenidas se llenaban de charcos cada vez más grandes, y los relámpagos y los truenos nos acompañaban.

–Espera aquí, iré por un paraguas –avisé en cuanto me estacioné.

Corrí a abrir, entré directo a mi habitación y saqué un paraguas color verde del cajón bajo la televisión. Corrí de vuelta mientras lo abría y lo coloqué sobre la puerta del copiloto. Dalia la abrió y yo la cerré cuando estuvo afuera, resguardándose bajo el paraguas junto a mí.

Una vez en mi casa, me relajé y me sequé las gotas de agua del cabello.

–¿Quieres algo mientras tanto? Tengo galletas.

Volteó a verme antes de sentarse de nuevo en el sillón. Pude notar que esta vez con más confianza.

–Sí, estaría bien, gracias.



Lección aprendida: revisar el clima todos los días.

Y, por lo visto, lo mismo para Dalia.

Después de ver la televisión un rato, cambiamos a las noticias y descubrimos que… a) sí habían pronosticado lluvia, y b) sería hasta el día siguiente al mediodía.

Nos esperaba una noche de tormenta eléctrica. El cielo no dejaba de iluminarse por los rayos y los truenos sonaban uno tras otro. En las noticias mencionaban que muchas calles y avenidas estarían cerradas por inundación, mientras mostraban un auto siendo arrastrado por el agua. Recomendaban no salir si no era necesario.

–Bueno, es necesario que regrese a mi casa –dijo de pronto.

–¿De qué estás hablando? Ya anocheció y las calles están peor.

–Pero no puedo quedarme aquí.

–¿Por qué no? De todas formas, tal vez vivas aquí. ¿O de veras no te convenciste para mudarte?

Guardó silencio un momento.

–No lo sé. Tal vez. Es que… –Tambaleó los pies sentada en un banco–. Es complicado.

Por su expresión, noté que lo decía en serio. No sabía a qué se refería con exactitud, pero tampoco pensaba forzarla.

–Entiendo, entiendo. –Pero entonces me surgió una duda–. Espera, ¿cómo terminaste en ese departamento horrible si lo piensas tanto para tomar una decisión?

–Fue la urgencia. Tenía que conseguir un lugar esa misma semana y fue la única que me dio la oportunidad. –Se pasó las manos por el rostro–. De acuerdo, hagamos esto… –Se enderezó, con las manos firmes en las piernas.

–Dime –contesté desde mi lugar en el sillón, mostrando toda mi atención.

–Me quedaré esta noche como prueba para decidir si me mudo o no. Con la puerta cerrada con llave. Y me das las llaves.

–Claro. –Asentí con fuerza, tratando de ocultar mi alegría–. Como te sientas más tranquila.

–Genial.

–Buscaré una almohada y una manta para ti.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, me levanté para ir por las cosas. De una caja en mi clóset saqué una funda y una colcha limpias. En mi cama tenía dos almohadas, por lo que tomé la

que no solía usar y le cambié la funda.

–Aquí tienes –dije cuando regresé–. ¿Necesitas algo más? ¿Te presto algo de ropa para dormir?

–Emm… –Se miró el cuerpo–. ¿Te molestaría si te pido un pijama? Mi blusa es cómoda, pero el pantalón...

–Claro, no te preocupes.

–Gracias –dijo con las comisuras un poco elevadas.

Después de cenar, y gracias a Dios no era vegetariana, porque solo tenía una charola de carne molida y una papa, la dejé acomodar la cama y cambiarse la ropa. Cuando abrió la puerta me acerqué al umbral. La encontré sentada en la cama, tecleando en su celular.

–¿Todo en orden? –quise saber.

–Sí, solo le avisaba a Maya dónde estoy.

–Está bien. Bueno, te daré tu privacidad. Si necesitas algo más…

Entonces, un gran trueno me interrumpió y se apagó la luz.

–¿Algo como electricidad?

Vi la media sonrisa burlona gracias a la luz que emitía su celular.

Me apoyé con cansancio en la puerta y cerré los ojos, sin poder creerme lo que estaba pasando.

–Lamento esto.

Lo decía en serio. Así no era como debía suceder. Seguramente lo estaría tomando como señales para irse lo más pronto posible y no volver a pisar esta casa. Esta calle. Este lado de la ciudad.

No contestó nada y abrí los ojos. La luz de su teléfono se había apagado, por lo que tampoco podía ver su expresión.

Debía tratarse de un apagón general, pues también se había ido la luz de las farolas de la calle, y lo único que se percibía era el sonido tenue de la lluvia.

–Creo que mejor te daré privacidad. –Saqué mi llavero del bolsillo del pantalón y, a tientas, deslicé fuera del aro la llave de la puerta–. Toma.

Me acerqué a tientas, extendiendo la mano con la que sujetaba el pedazo de metal. Agradecí en mi mente cuando encendió de nuevo la pantalla y pude visualizar su mano, que se estiraba hacia mí.

–Gracias –dijo al cerrar los dedos en torno a la llave.

–Que descanses.

–Tú también.

Salí cerrando la puerta. Y cuando estaba cruzando la mía, la escuché atrancar el cerrojo.

Dalia

Por la mañana, me asomé por la ventana. Seguía lloviendo y el cielo estaba totalmente cerrado por las nubes, pero parecía más tranquilo. Me puse de nuevo el pantalón, abrí la puerta y me encontré con Etienne cambiando los canales de la televisión desde un banco junto a la barra. Iba vestido con un pants color gris y líneas azules a los costados, parecido al que me había prestado.

–Buenos días –me saludó.

–Buenos días.

–¿Dormiste bien?

–Lo bien que puede dormir alguien en una casa desconocida –respondí, caminando hacia él.

–Esta podría ser tu casa si quisieras. –Al parecer no encontró nada que le interesara, porque apagó la televisión–. ¿Quieres desayunar? Hay cereal.

–Sí. Eh… –Me giré hacia la cocina, tratando de adivinar dónde guardaba las cosas.

–Yo me encargo. –Se levantó y lo vi caminar hacia una alacena–. Las calles ya son transitables de nuevo. Me iré al trabajo en dos horas, pero podemos salir antes para primero llevarte a casa.

–No, descuida, tomaré el autobús.

–Sabiendo dónde vives, no me siento tranquilo con la idea de que dejes mi casa y ya no regreses a la tuya.

Rodé los ojos.

–Exageras con eso. Tengo semanas viviendo ahí y no es para tanto. De verdad, tomaré el autobús.

Se lo pensó antes de contestar.

–Está bien, pero te dejaré en la estación –dijo mientras me pasaba el cereal.

–Gracias.

Mientras él se preparaba, me di la libertad de curiosear. La pintura y todo en esa casa estaba en mejores condiciones, y definitivamente tenía mejores hábitos que mi compañera de departamento. Sin embargo, no estaba segura de que fuera buena idea vivir con un hombre al que apenas conocía. En un inicio, lo había tenido como una opción por la urgencia, pero una parte de mí se había sentido aliviada cuando encontré a Alexa. Aunque no contaba con que resultaría ser tan desesperante.

La verdad era que había dormido mejor de lo que esperaba. Etienne tenía una esencia que irradiaba confianza, y era cómodo estar con él. Aun así, había preferido encerrarme a mí misma por seguridad y le había compartido a mi mejor amiga la ubicación por si acaso. Pero, debía admitirlo, no la estaba pasando mal.

Tomé una bocanada de aire y noté de nuevo ese aroma a… ¿pino? No, era otra cosa. Me imaginé cómo sería estar por ahí todos los días, sin tanto estrés ni el olor a sobras de comida por toda la casa... Negué y me forcé a sacar esas ideas de la cabeza. Yo ya tenía dónde vivir, no necesitaba tomar ninguna decisión.

Nos despedimos cuando me dejó en la estación de autobuses. Estuve de pie esperándolo un cuarto de hora. Viajé de la misma forma todo el trayecto y caminé sacándole la vuelta a los charcos hasta llegar a mi edificio, con un nuevo grafiti amarillo chillón en la colección de la barda de al lado.

Subí los escalones grises y abrí la puerta. En la sala había una caja de pizza abierta, con las orillas de las rebanadas. A un lado, en el suelo, había un charco café y seco junto a una botella de refresco destapada. Me habría quejado, pero eran más mis deseos de tirarme en *mi* cama que decidí ignorarlo.

Hogar, dulce hogar, ¿no?

Al menos había mucho silencio y me alegró la idea de estar sola un rato. Pero eso se esfumó cuando entré a mi habitación y encontré a una chica dormida en la cama.

Con la boca abierta y el ceño fruncido, me acerqué hacia la desconocida para verle la cara. Entonces me di cuenta de que, en realidad, no era tan desconocida. La había visto varias veces con Alexa. No nos caíamos particularmente bien.

Me dirigí a su habitación y abrí de un portazo. Se incorporó de golpe.

–Ah, Darla, eres tú.

La habría corregido si no fuera porque había algo más importante.

–¿Qué hace tu amiga en mi cama? –reclamé.

–Se quedó a dormir y tú no regresaste –contestó, como si no fuera nada, mientras se limpiaba las lagañas de los ojos.

–Pero es mi habitación.

–Solo la tomó prestada por una noche, no pasa nada.

–Es mi espacio. ¿No crees que deberías consultarlo conmigo primero?

–Ay, ya, cálmate. –Se volvió a recostar.

–¿Que me calme? –Me ignoró–. ¡Alexa! –alcé la voz, pero ni se inmutó.

Quería gritar.

Salí de su habitación y del departamento.

Me senté en el primer escalón y tomé mi celular del bolsillo de la sudadera, pero estaba apagado. Debió terminarse la batería luego de compartir mi ubicación durante tantas horas. Lo dejé a un lado y me pasé las manos por la cara y el cabello, con un pie moviéndose arriba y abajo en el escalón por las emociones contenidas.

De acuerdo. Era demasiado.

No podía vivir más tiempo ahí.

Los motivos

ANÓNIMO

Una mañana, mi esposa se levantó tarde y no me preparó el almuerzo.

Yo tenía la costumbre de no preocuparme por eso e hice mi rutina sin pensar en nada más; así que hasta que era hora de irme caí en cuenta de que ella no se había levantado con la alarma. Pude haberla despertado, pude haberme quejado de que me iría al trabajo sin nada para comer para las próximas nueve horas.

En cambio, decidí no decir nada. Me acerqué a ella para darle un beso en la frente, cubierta por algunos cabellos, y la dejé dormir. El reloj marcaba las 6:45 a. m. Si hacía una parada rápida en una tienda, podría comprarme cualquier cosa y aún llegaría a tiempo al trabajo.

Salí cuidando de no hacer ruido y me subí al auto. Pensé en el motivo por el cual mi esposa se había quedado dormida, pues a pesar de que siempre sé que daba unos minutos más en la cama, se despertaba con la alarma. Entonces recordé que el día anterior había ido a casa de mi hermana para cuidar a mi sobrino enfermo de varicela, desde la mañana hasta la noche; además, tuvo que ir caminando de ida y vuelta.

Debía de estar cansada y, si no lo hubiera recordado, habría interrumpido su descanso para reclamarle el no tener energía después de ayudar a mi hermana.

Extrañaría su comida ese día, pero estaría bien, y ella también.



9

Etienne

Desperté por unos ruidos que parecían provenir de la cocina. Por un momento dudé y me preocupó que alguien hubiese entrado a la casa, aunque no entendía por qué alguien le interesaría saquear mi cocina. Entonces recordé a mi nueva compañera.

Cuando me recosté aquella noche en que nos quedamos sin luz, la esperanza me había abandonado. Me dormí seguro de que no querría aceptar ser mi *roomie*. Sin embargo, para mi sorpresa y buena suerte, algo debió convencerla, pues por la tarde me llamó para preguntar cuándo podría mudarse.

Miré la hora, que me decía que aún podía dormir un rato más. Justo habían cesado los ruidos, por lo que me giré y me acomodé sobre la almohada, que por alguna razón en las mañanas se sentía más suave, en especial cuando llegaba el otoño y la temperatura comenzaba a bajar en las madrugadas.

Me estaba volviendo a quedar dormido, hasta que una voz desafinada me interrumpió y me hizo abrir los ojos de golpe.

Se había mudado la tarde anterior y me emocionaba el hecho de tener a alguien más por aquí. Sabía que habría cambios y no podía estar seguro de cuáles ni qué tantos serían; sin embargo, había comenzado a disfrutar de la paz que me daba el despertar en silencio y levantarme con calma. Sin duda esa temporada ya se había acabado.

Y sí, había preguntado por sus horarios, pero nos habíamos enfocado en las horas en las que solía estar fuera. Olvidamos por completo las actividades de la vida cotidiana, pero no esperaba que comenzara su día antes de las siete de la mañana. Menos que a esa hora cantara como si estuviera sola.

En realidad, ya espabilado, recordaba haberla escuchado despierta pasada la medianoche. ¿Qué hacía levantada tan temprano entonces?

Después de escucharla intentar llegar a una nota aguda, lancé un bufido, resignado. De todas formas, tenía cosas que hacer. Podría empezarlas antes y ganar un tiempo extra de mi día. Me senté en la orilla del colchón, me coloqué las pantuflas color verde y salí de la habitación. De pronto guardó silencio y no la vi por ninguna parte, así que avancé directo al baño.

Me miré al espejo mientras me lavaba las manos y me di cuenta del aspecto que tenía. Abrí el grifo para echarme agua a la cara, me acomodé un poco el cabello alborotado, y estaba a punto de salir cuando me detuve a comprobar mi aliento.

Tomé el cepillo de dientes de su lugar en una mini repisa junto al espejo y me los lavé. Una vez estuve presentable, salí.

Dalia se encontraba desayunando cereal en la barra de la cocina, mientras veía un video en su celular. Lo tenía tan bajo que, cuando me acerqué, no alcancé a distinguir el sonido o las voces de lo que fuera que estuviera viendo. Negué con la cabeza tratando de aguantar una risita incrédula. Era como si no quisiera hacer ruido. Como si antes no hubiera cantado más fuerte que eso.

Vestía un pijama blanco con estampado de pandas y una playera blanca lisa.

¿Quién combina la ropa con la que duerme?

Volteé a ver por un segundo mi vestimenta, comprobando que para nada era digna siquiera de llamarse «pijama».

–Buenos días –saludé luego de pasar junto a ella.

–Buenos días. ¿Te desperté?

–No te preocupes –dije e hice un gesto con la mano, restándole importancia.

–¿Vas a desayunar? Traje este cereal, pero no sé si te guste.

Agradecía que, al mudarse, trajera consigo la mitad de la despensa sin que nadie se lo pidiera. Y sí, ese cereal me encantaba. Pero al pensar en comer algo sentí que era muy temprano para las costumbres de mi estómago.

–Gracias, pero primero haré algunas cosas.

Asintió luego de llevarse una cucharada a la boca.

Regresé a mi habitación, tendí la cama y, mientras volvía a debatirme entre aprovechar ese tiempo extra para adelantar pendientes y quehaceres de la casa, o descansar un poco más tumbado en la cama, Dalia se acercó a mi habitación con una mano en alto.

–¿Usaste mi cepillo? –preguntó desde el umbral, con aire de acusación.

–Uso peine –respondí, mirándola de reojo mientras me sentaba en la silla del escritorio y encendía la computadora.

–No, tonto. El de dientes.

–¿Qué? Claro que no, ¿por qué lo haría?

–Dímelo tú. Porque sí, lo usaste. –Al escuchar que su tono avanzaba hacia la molestia, giré la silla para verla de frente. En la mano llevaba el dichoso cepillo–. Si no, ¿por qué está mojado?

–Porque es el mío –me defendí.

–No. Es el mío, yo lo dejé anoche en el baño.

–Pero yo… –Me detuve al recordar que, la noche anterior, había dejado el mío en la cocina cuando se adueñó del baño por media hora cuando se metió a bañar–. Ay, no…

–¡Ay, sí! –se quejó.

Pude notar su exasperación, pero al menos ya no se veía enojada al dejar de negar que, efectivamente, había usado su cepillo dental.

–Pues, pues… ¡son iguales! –Levanté las manos con gesto inocente.

–Sí, ya vi, pero los cepillos no aparecen en otros lugares por arte de magia y el tuyo lo dejaste en la cocina, el mío era el del baño.

–Lo olvidé –traté de excusarme, aunque sabía que era inútil.

–Pues ponle una marca –sugirió, dándose la vuelta para retirarse–. Qué asco.

–¡Hey! –me quejé.

–¡Es un cepillo de dientes! Tiene mi saliva. Y ahora también la tuya. ¿Acaso compartes tu cepillo con tus amigos?

Miré el gemelo de mi cepillo en su mano y lo pensé un momento.

–Qué asco –acordé, haciendo una mueca de disgusto.

–Exacto.

Volvió a girarse y regresó al baño con pasos fuertes.

Excelente comienzo.



Dalia

En mi primer día oficial con mi nuevo *roomie*, me levanté cuando la luz del sol entró por la ventana. Llevaba un rato despierta, pero solía descansar un poco más hasta que el sol saliera.

Tendí la cama, hice unos cuantos estiramientos como cada mañana y abrí la ventana para que se ventilara la habitación. A algunos parecía no importarles, o no darse cuenta, pero a mí nunca me había gustado cuando el aire se sentía encerrado.

A pesar de que ansiaba la tranquilidad casi todo el tiempo, el silencio era demasiado para mí. Busqué mis audífonos y me coloqué uno en cada oreja antes de entrar a la última *playlist* que creé. Pulsé el botón de reproducir y dejé que la música me acompañara a iniciar mi día mientras me pasaba los dedos por el cabello para acomodarlo.

Me dirigí a la cocina y busqué un plato hondo para prepararme cereal mientras tarareaba. Abrí la primera puerta de la cocineta y encontré condimentos, un frasco de miel, chocolate en polvo… La cerré y pasé a la siguiente, la cual volví a cerrar en cuanto supe que tenía más víveres. Tal vez debí haber insistido en guardar la despensa que compré, o al menos haberme quedado para ver dónde iba cada cosa.

Me moví hacia el otro extremo de la cocineta. Bingo. Tomé un plato hondo de plástico color limón, de la pila de platos de diferentes tonos de verde.

¿Por qué esa obsesión con el color verde?

Lo siguiente fue más fácil. Como todo buen mexicano, Etienne había dejado la caja de cereal junto a las cosas sobre el refrigerador, y el bote de leche solo podía estar en un lugar.

Mi canción del momento empezó a sonar y canté mientras echaba el cereal de colores al plato, luego mientras vertía la leche. Pero entonces comenzó el estribillo y canté más fuerte mientras regresaba la caja a su lugar. Hacía un par de meses había descubierto que cantar en las mañanas me ponía de buen humor. Fui hacia el primer cajón, debajo del microondas, pero no había ningún cubierto. Busqué en los demás y pasé a otra canción cuando encontré las cucharas.

Ya me iría familiarizando con la organización de la casa.

Aunque había tenido mis dudas, en definitiva, era mejor que el departamento. Etienne parecía una buena persona y con un estilo de vida más parecido al mío. Y no quería decir que Alexa fuera mala, pero nuestra compatibilidad era nula y no iba a soportar mucho más tiempo viviendo con ella. Además, su departamento parecía un basurero. En cambio, esta casa era más cómoda.

El otro día me permití darme mi propio recorrido detallado y la comparación era enorme. Cuando entré al baño, me fue muy satisfactorio encontrar el suelo seco y limpio, con todo en su lugar.

De pronto escuché a través de los audífonos que su batería estaba por acabarse. Pausé la

música, regresé a mi habitación un momento para guardarlos en su estuche, luego volví a la barra y me dispuse a desayunar.



Llegó la noche.

De acuerdo, el primer día no había sido perfecto.

Etienne respetaba mucho mi privacidad, lo cual agradecía, pues sí era un asunto que me ponía un poco de los nervios al vivir con un hombre que recién conocía, pero sin querer ya habíamos compartido algo muy personal como un cepillo de dientes.

¿Y si también aparecían problemas con él? Tal vez no los mismos que con mi anterior compañera, pero sí otros. Tal vez no tendría respeto por las pertenencias ajenas, o quizá fuera más descuidado de que lo parece.

En cuanto me vi en la necesidad de conseguir un lugar para rentar pensé en indagar quiénes buscaban un compañero. No había contemplado la idea de vivir sola porque nunca lo había hecho y no me sentía capaz de hacerlo ahora… ni económicamente hablando, ya que estamos. Sin embargo, tal vez era lo mejor para mí. Debía haber opciones baratas por ahí que no había visto cuando busqué la primera vez.

Había pasado mi día desempacando y agradeciendo a Maya por ayudarme a llevar algunos de mis muebles desde la casa de mis padres. También disculpándome con ella por lo que tuvo que lidiar. Así que ahora no quería pensar en tener que deshacer la mudanza para comenzar de nuevo. Me dije que terminaría mi día, me iría a la cama y tomaría una decisión con la almohada.

Tomé una ducha y regresé a la habitación por mi cepillo de dientes. Pensaba dejarlo en un cajón, pero decidí que era mejor que también le pusiera una marca, solo por si acaso. Abrí el cajón inferior de la cómoda, el cual tenía de todo menos ropa, y tomé un marcador permanente de mi pequeña bolsa de papelería. Le escribí una «D» en el mango y, satisfecha, caminé hacia el baño para lavarme los dientes con mi único y original cepillo.

Encendí la luz, estiré la mano para tomar el dentífrico, y entonces no pude reprimir el asombro cuando vi a su gemelo en el portacepillos. Lo tomé para verlo mejor y confirmarlo: tenía una «E» grabada con pluma en una cinta blanca que rodeaba la parte inferior.

Suspiré, sin dejar de mirarlo.

De acuerdo. Él lo estaba intentando.

Después de lavarme los dientes, posé los dos cepillos en su lugar, uno junto al otro en los huecos del mini estante. Me pareció curioso verlos, pero una parte de mí pensó que estaba bien.

Tomé un respiro y asentí a mi reflejo.

De acuerdo. Iba a intentarlo.



10

Dalia

Antes de empezar, vi a mi compañero sentado en el sofá, con un bol con palomitas de mantequilla cubiertas de salsa a medio comer en el regazo. Iba a la mitad de una película de suspenso, y al parecer la escena tenía demasiada tensión, pues parecía no querer perderse ningún detalle.

Cerré para evitar que se ensuciara el resto de la casa por lo que estaba a punto de hacer. Moví una de las cajas más pesadas y lo dejé junto a la puerta para que no me estorbara. La cama ya estaba cubierta con una sábana para que no se llenara de polvo. Etienne me había dicho que podía amueblar y decorar a mi gusto, así que me puse a trabajar.

Medí algunos puntos de la pared con una cinta métrica, visualicé el resultado y, una vez supe dónde las quería exactamente, dibujé unas marcas con un lápiz. Me puse los lentes de seguridad y encendí el taladro inalámbrico.

Hice el primer agujero y sonreí entre el polvo al ver que lo estaba haciendo bien. No era la primera vez que hacía algo así, mi padre me había hecho aprender a hacer ese tipo de cosas cuando colocamos juntos las repisas que tenía en mi vieja habitación, cuando nuestra relación aún era buena.

Di un paso a la izquierda y fui a la siguiente marca. Saqué el taladro de la pared justo cuando escuché que algo se movió detrás de mí.

–Pero… ¿qué? –oí murmurar detrás de mí.

Vi a Etienne detrás de la puerta entreabierta, recorriendo con la vista todo el espacio, antes de detenerse en los trozos de madera barnizada que descansaban junto a la cama.

–Ah, disculpa. –Giré medio cuerpo hacia él, taladro en mano–. ¿Se escucha mucho? Se supone que este taladro hace menos ruido, pero creo que esa parte fue una estafa.

–Sí… Los personajes de mi película se asustaron ante una aparente revelación, pero no supe cuál era porque de pronto un ruido extraño los interrumpió –dijo, pero por su tono noté que estaba más confundido que molesto–. ¿Qué estás…? –Intentó entrar, pero la puerta ya no abrió más. Se asomó y frunció más el ceño al ver las cajas, incluyendo la que obstruía la puerta.

–Estoy poniendo unas repisas para mis libros. Dijiste que podía hacer lo que quisiera con mi

espacio.

–Sí, está bien. Es solo… –Meneó la cabeza–. ¿De dónde sacaste todo esto?

–Tengo mi propia herramienta. Y no sé si sepas que cerca de aquí hay una gran tienda que se dedica, de hecho, a vender cosas para el hogar, como estas repisas. –No supe descifrar su mirada–. ¿Hay algún problema?

Seguía mirando nuestro alrededor extrañado.

–Eh, no –habló por fin–. Tienes razón, te dije que podías hacer lo que quisieras con tu espacio, así que… adelante –concluyó, levantando una mano hacia la pared agujereada.

–Genial, gracias –agradecí, sincera. Había temido por un momento haber cruzado una línea.

–¿Necesitas ayuda?

–No, estoy bien.

–Bien.

Cuando no hubo nada más que decir, me giré de nuevo. Sabía que seguía ahí, mirándome mientras pasaba la punta del taladro a otra línea dibujada en la pared, con dos puntos marcados en lugares estratégicos. Presioné el botón y el ruido regresó mientras perforaba la pared, al tiempo que una nube de polvo gris me envolvía.

Etienne

Mi primer pensamiento fue que debían ser los vecinos, pero se escuchaba muy cerca. Entonces recordé que Dalia había corrido la cama hacia un lado hacía un rato, cuando me contó que dedicaría ese día a darle personalidad a su habitación.

Dejé el bol en la mesita para ir con ella. La puerta estaba cerrada y toqué, pero supuse que no me escuchaba por el ruido. Abrí despacio y enseguida pude ver el suelo lleno de polvo, una sábana encima de la cama, bolsas cubriendo algunas otras cosas, y luego, a mi compañera haciendo hoyos en la pared con un taladro inalámbrico.

Era consciente de los permisos que le había dado, solo que no esperaba que agujereara mis paredes. Y me sorprendía que, en vez de comprar un mueble como una persona normal, decidiera montar ella misma unas repisas. ¿Había algún problema? Sí, y no. No estaba seguro.

Cuando volví a cerrar la puerta, solté el aire. Me repetí que era consciente de que habría cambios. Que solo era amueblar, podría ser peor.

Sí, todo estaba bien.

Pasé las siguientes horas escuchándola «personalizar» su habitación.

Por la noche, me encontraba a mitad de partida en un videojuego cuando escuché a Dalia cantar, otra vez. Al parecer, esa mujer amaba cantar mientras hacía su vida cotidiana.

Me concentré en la pantalla con el mando en mis manos, pero conocía esa canción y sucedió lo que esperaba que no hiciera: intentar cantar las notas altas de esa canción de desamor.

¿Quién le había hecho tanto daño?

Revisé la hora en la parte inferior de la pantalla. Llevaba más de una hora en la misma posición. Le puse pausa, me levanté y me estiré para descansar un poco los músculos de la espalda. Salí hacia la cocina y tomé un vaso para servirme un poco de agua.

Mientras el vaso se llenaba del líquido transparente, no pude evitar mirar hacia la puerta ahora abierta de Dalia. A través de esta pude verla. Ya había limpiado todo y sacaba libros una y otra vez de las grandes cajas de cartón. Algunos ya estaban colocados en las repisas, decoradas con enredaderas falsas, llenándose poco a poco de lomos de todos los colores.

Después de beberme el agua y enjuagar el vaso, me dirigí hacia ella.

–Son muchos libros –comenté desde la puerta.

Dejó de cantar y se giró a verme.

–No son todos los que tengo. La mayoría tuve que dejarlos en casa de mis padres. Pero me traje mis favoritos y los que aún no leo.

–Si estos no son muchos para ti, debes tener una biblioteca con tus padres.

Soltó una pequeña risita. Era un sonido agradable y caí en cuenta de que era raro que lo escuchara.

–¿Tú no lees? –quiso saber.

–No. –Me acomodé en el marco.

–¿*No*? ¿Nada?

–No es lo mío. –Me encogí de hombros–. Me parece aburrido.

–¡¿Aburrido?! ¿No me has visto emocionarme y, y reír y llorar y… enojarme y…?

Solté una risita ante su expresión y su tono, como si le hubiera dicho que odiara los dulces. En realidad, sí la había visto. Aunque era algo seria durante el día, sí que era muy expresiva mientras leía. En el poco tiempo que llevaba ahí, ya lo había presenciado varias veces.

–Lo intenté. Leí unos cuantos, pero en serio me aburría.

–¿Qué leíste? –Cambió su postura, decidida. ¿En qué me estaba metiendo?

–Em… La primera vez fue en la secundaria, creo. Una profesora nos hacía leer algunos libros para redactar un resumen y dar nuestra opinión. Fueron las tareas más tediosas que he tenido –dije con expresión cansada, recordando ese tiempo–. Después volví a intentarlo, en la universidad, pero regresaba los libros a la biblioteca sin haber leído ni una tercera parte.

–Ahí está. –Juntó las manos y sonrió con suficiencia–. No te aburre, sino que esos no eran los libros para ti. Y estoy segura de que esa maestra te dio lecturas que yo también habría abandonado en tu lugar.

–¿Eh?

–Ven, pásate –me invitó con un gesto de cabeza. Entré y me senté en la esquina de su cama, a metro y medio de donde ella estaba de pie con su tarea–. Ahora dime, ¿cuáles intentaste leer en la universidad?

–Pues, eran de esos que toda la gente dice que son muy buenos e indispensables, pero no me terminaron de gustar. –Hice una pausa, pero me volteó a ver para hacerme saber que me ponía atención–. Entonces supuse que, si no disfruté los libros más recomendados, quería decir que la lectura no era para mí.

–No creo que esa sea la respuesta. Y creo que deberías darle otra oportunidad.

–Dudo que funcione –admití, con temor a que me arrojara a la cabeza uno de esos libros de pasta gruesa que tenía cerca.

–¡Vamos! Solo inténtalo. ¿Sabías que leer también tiene beneficios para la salud?

Eso me pasaba por vivir con alguien que cubría sus paredes con libros e imágenes que estaba seguro de que, si preguntaba, serían de esos mismos libros.

–Bueno… ¿Cómo piensas lograr que me guste leer?

–¿Sabes? A muchos de los lectores nos molesta eso. –Fruncí el ceño, cosa que vio–. ¡No lo tuyo! –aclaró– Lo de tu maestra. Tú estabas en todo tu derecho a no disfrutar de esos libros. A lo que me refiero es que muchas personas creen que la gente, para llamarse lectora de verdad, debe leer ciertos libros. Y lo peor es que quieren que los leas para comenzar con este hábito. Pero no te deberías sentir obligado a leer un clásico súper culto que los maestros analizan para sus clases de literatura. Es más, si quieres un libro de dibujitos, comienza con los dibujitos. –Sacó de la caja un libro que debía tener como mil páginas–. Por ejemplo, si nunca has leído un libro por diversión y de pronto llega alguien con uno de este tamaño, obviamente lo vas a dejar, por más bueno que sea.

Asentí. Tenía sentido.

–¿Entonces tú qué me recomiendas, lectora experta?

Rio de nuevo, y una parte de mí se alegró de haberle sacado dos risas en tan poco tiempo.

–Pues, primero que nada, descubre qué tipo de libro te llama la atención. ¿Qué te gusta?

Me detuve a pensar por un momento. Entonces recordé la película que estaba viendo hacía unas horas.

–¿El suspenso? –respondí, aunque sonó más a pregunta que afirmación.

–Suspenso –repitió mientras se dirigía hacia la repisa de la izquierda, que estaba casi llena–. Mira, no es mi género favorito, pero tengo algunos. –Seleccionó tres, mucho más delgados que el que había tomado de ejemplo minutos antes, y me los pasó–. Revísalos y, si alguno te llama la atención, te lo presto.

–¿De verdad?

–Confío en que lo vas a cuidar. Pero si le haces algo, será el primero y el último –amenazó.

–Sí, claro.

Los puse en la cama, uno después de otro, y miré primero las portadas. Una era oscura con el rostro de una mujer detrás de una persiana, el segundo libro tenía una portada con una adaptación de una pintura famosa, y el último era todo amarillo.

El primero me llamaba más la atención y, después de leer las sinopsis de cada uno, me decidí por ese.

–Tomaré este –dije y lo levanté.

Asintió.

–Buena elección. –Me dio una mirada con las comisuras elevadas, como si hubiera tenido una decisión importante y estuviera orgullosa de haber escogido lo correcto–. Y no hay prisa, disfrútalo.

Me levanté y regresé los otros a su lugar, mientras ella seguía sacando libro tras libro. Debía admitir que la habitación lucía muy diferente. Oscar la había llenado de muebles, pero con decoraciones minimalistas; ahora, el espacio se veía tan amplio y limpio, como tan lleno de vida a la vez.

–Es agradable verte relajada y sonriendo para variar –dije.

Rodó los ojos con un bufido y colocó algunas decoraciones en las repisas.

–Me tomaste de buenas. Los libros son mi lugar seguro.

–Cuando nos conocimos estabas así y no había libros.

–Porque es, literalmente, mi trabajo tratar bien a los clientes –dijo con una pequeña risa, la cual me contagió.

–Okey, es cierto –respondí–. Bueno, gracias por prestármelo.

–De nada –respondió sin voltear a verme, de nuevo atenta a su tarea.

Miré el libro que tenía en las manos mientras salía de la habitación, algo escéptico sobre ese nuevo pasatiempo. Cuando me senté en mi cama y lo hojeé de nuevo, ella volvió a cantar sin música.

Sin duda habría muchos cambios.



11

Etienne

Llegó el viernes en la noche. Cuando regresé del trabajo Dalia ya estaba en el suyo, así que volví a hacer mi rutina en solitario.

Me sorprendió ver nuevos muebles en la casa: una mesita alta cerca de la puerta, con un portallaves y un pequeño cajón en el que encontré un paraguas y algunas cosas más; un organizador en la encimera de la cocina, que, sinceramente, sí hacía falta; también había artículos nuevos en el baño y la lavandería. Y su puerta estaba cerrada, pero algo me decía que vería nuevas cosas ahí si la abría.

Un par de horas después, luego de jugar un rato en la computadora, cenar y lavar los platos, fui a mi habitación para descansar. Mi idea era poner una película en la computadora que me había perdido en el cine, pero entonces mis ojos fueron hacia el libro que descansaba en el escritorio y aún no comenzaba. Hice una mueca. Le había dicho a Dalia que le daría la oportunidad.

Me puse en pie, lo tomé y me recosté en la sala, donde la iluminación era mejor. Lo abrí y me encontré con una leyenda de colores. Este libro, como muchos otros que vi cuando los acomodaba, tenía muchas tiras de colores en las páginas. Y al parecer, en la primera, esa que está en blanco, dejaba nota de lo que significaba cada color: el amarillo decía «frases»; el azul, «momentos que me emocionaron», el rosa, «me identifico». Abrí más los ojos mientras seguía leyendo el resto de los colores con diferentes situaciones.

Me pareció interesante. Sin querer, tendría una ventana a los pensamientos de mi compañera. Una parte de mí añoraba la cercanía que tenía con mi anterior compañero, y Dalia no parecía ser una persona que se abriera con facilidad. La otra parte dudó, pues se sentía como un intruso invadiendo su privacidad; sin embargo, ella se había ofrecido a prestármelo, por lo que estaba de acuerdo con ello.

Me puse más cómodo en el sillón, fui hacia la primera página de la historia y comencé a leer.

Desperté de golpe. Mi habitación estaba completamente a oscuras, así que me estiré para tomar mi móvil y revisar la hora.

Apenas se había encendido la pantalla cuando escuché un ruido al otro lado de la pared, como si algo se hubiese caído con un golpe seco.

Sin soltar el teléfono, con la otra mano retiré la sábana y me puse de pie. Abrí la puerta despacio, en caso de que hubiera alguien intentando robar, cuando escuché otro ruido, esta vez más bajo.

Pero sonaba diferente, como murmullos.

Presté atención y me acerqué a la puerta de Dalia, donde los murmullos se volvieron más claros.

¿Con quién estaba hablando?

Toqué a su puerta, pero no contestó. Intenté de nuevo. Estaba a punto de llamarla cuando la escuché ahogar un grito.

Asustado, me permití abrir rápido y la encontré sentada en su cama, con la cara hundida en una almohada. Gracias a la luz que se colaba desde la ventana abierta y las cortinas corridas, pude ver la fuerza que aplicaba con las manos para presionar la almohada contra su cara.

–¿Dalia?

Alzó la cabeza hacia mí.

–Oh, lo-lo siento –tartamudeó–, no quería despertarte.

No podía verla con claridad, pero su voz sonaba como si hubiera estado llorando.

–¿Sucedió algo?

–No, eh... –Colocó la almohada en su lugar y la alisó con una mano–. No, solo... una pesadilla.

–¿Solo una pesadilla?

Me acerqué hasta quedar a un lado de la cama.

–Sí. –Asintió con la cabeza, pero vi cómo retorcía las manos.

–Dalia, está bien si no quieres decírmelo, pero no creo que haya... –Y entonces rompió a llorar. Me apresuré a sentarme frente a ella, algo preocupado–. No sé qué esté pasando, pero sácalo, desahógate.

Le acaricié ambos hombros por un momento con gesto preocupado, hasta que se dejó caer en mi pecho y lloró más fuerte. Me quedé en silencio mientras le frotaba la espalda.

–Hay un... una caja de tés de lavanda... en mi cómoda, último cajón –dijo un momento después, entre el llanto.

Despacio, me separé, encendí la luz y me dispuse a buscarlos. Encontré la caja y corrí a la cocina.

Luego de unos minutos, estaba de vuelta con ella, esperando a que se terminara el té de lavanda. No sabía lo que estaba pasando ni qué tanto podría ayudar una taza de té. A pesar de que en la caja decía ser relajante, también decía solo ser de lavanda, manzanilla y toronjil. Me quedé a su lado hasta que la vi más tranquila, aunque con la luz encendida podía ver sus ojos oscuros enrojecidos y húmedos.

–¿Te sientes un poco mejor?

Asintió despacio.

De pronto, fue como si toda la energía se le hubiera ido.

–¿Estarás bien si regreso a mi habitación?

Tardó unos segundos, pero volvió a asentir.

–Dudaste. Entonces me quedó.

Me miró de una manera extraña, pero luego intentó esbozar una sonrisa que salió triste.

–Gracias.

Nos quedamos en silencio hasta que dejó la taza vacía en su mesita de noche. En ese momento vi que algunas cosas estaban en el suelo. Eso era lo que debió despertarme.

–Gracias –volvió a decir, antes de dejarse caer en la cama, sin dejar de verme–. Y lo siento, ya puedes volver a dormir.

No me sentía seguro. Por otro lado, se veía más tranquila.

Me levanté.

–Si necesitas cualquier cosa, no dudes en hablarme, ¿de acuerdo?

Asintió de nuevo.

–Está bien.

Miré hacia la ventana, desde la cual entraba el viento que a esa hora se sentía un poco frío.

–¿Dejo la ventana así?

Negó despacio con la cabeza.

–Sentía que no podía respirar. Necesitaba aire –su voz sonaba sin vida–. Pero ahora me está dando frío. Por favor, antes de irte, ¿podrías…?

Antes de que terminara la pregunta, la cerré casi por completo, dejando solo una rendija para que se ventilara el espacio, y corrí las cortinas.

Me dirigí hacia la puerta. Cuando volteé a verla mientras posaba una mano en la manija, vi que sus ojos ya se habían cerrado.

Suspiré. Apagué la luz y fui hacia mi habitación, dejando mi puerta entreabierta.

Dalia

¿Cómo lo vería a la cara?

Debería tener más cuidado. Aunque tampoco es que pudiera pensar mucho en esos momentos.

Traté de retrasar el toparme con él, pero necesitaba ir al baño. Caminé rápido y entré sin interrupción, sintiendo un alivio por mi pequeño logro. Sin embargo, cuando salí me estaba esperando afuera.

–Hola –me saludó.

–Hola, buen día.

Tal vez, si hablaba como si nada hubiera pasado, podríamos dejar pasar…

–¿Te sientes mejor? ¿Quieres otro té? –Me siguió hacia la cocina.

Genial.

–No, gracias, estoy mejor.

–Bueno, me alegra eso.

–¿Tienes planes hoy? –quise cambiar el tema.

–Es día de lavar ropa.

Eso significaba que estaría en casa todo el día, genial.

Tomé la caja de cereal y mi tazón favorito recién llegado a mi nueva cocina. Me dio un pequeño vuelco en el estómago al recordar lo del día anterior, pero también me gruñía desde

hacía una hora, y el hambre le ganó.

–Dalia, no quiero molestarte, pero... ¿qué pasó anoche? ¿Recibiste una mala noticia?

–Ya te lo dije, fue una pesadilla, no importa –mentí.

Me lanzó una cara que quería decir, claramente, que no me creía. Dejé caer el litro de leche en la mesa con más fuerza de la que pretendía. Por suerte, el envase era de cartón.

–No quiero hablar de eso –admití.

Su boca se hizo una línea tensa.

–Está bien. Entiendo, no hablaremos.

Pero no se marchó. El ambiente se volvió incómodo. Mientras vertía la leche en el cereal, lo vi debatirse entre decir algo más o no. No quería que hablara sobre el tema, pero, por otro lado, ya me había visto y no podía asegurar que fuera la única vez. Alexa dormía como un tronco y nunca se había dado cuenta, pero Etienne era diferente. Tal vez era mejor tener la menor cantidad de incomodidad posible. Que estuviera enterado del asunto y así, quizá lo dejara estar en vez de preocuparse y preguntar cada vez que ocurriera.

Suspiré.

–De acuerdo. Te contaré.

–No, no quiero obligarte...

–Lo haré –insistí, un poco borde y se quedó callado, pero tomó asiento, mirándome. –Eso que viste fue un ataque de pánico. Padezco ansiedad desde hace mucho tiempo, de ahí mi insomnio, pero a veces... Digamos que, por temporadas, tengo estos ataques. Por eso siempre tengo una caja de tés calmantes, por si acaso. Me ayudan a que se pase más rápido.

Guardó silencio, pero hizo un gesto para que continuara.

–Estoy bien ahora. Son momentáneos; por la mañana vuelve todo a la normalidad. Te agradezco la preocupación, pero en serio, no es necesario.

–Escuché golpes anoche.

–Bueno, a veces aparecen sin motivo aparente, pero otras veces surgen por algo que me afecta, y me altero un poco. También me pasa que tiemblo demasiado, y se me caen las cosas. Anoche sentí que me faltaba el aire y, por accidente, tiré un par de cosas cuando me levanté para abrir la ventana. Eso fue todo.

En resumen, al menos.

Había estado sacando mis cosas de casa de mis padres cuando sabía que no estaría nadie en casa, ya fuera que acudiera con Maya o yo sola. Pero no contaba con que contrajeran una infección estomacal y todos se encontraran en casa cuando aparecí con una gran camioneta, dispuesta a tomar mis muebles.

Una buena hija y hermana se habría angustiado por su enfermedad, pero cuando ni esa vulnerabilidad los detiene para atacarte con docenas de comentarios sobre la horrible persona que eres, y que volverás en una semana porque no puedes valerte por ti misma, se te pasa.

Maya tampoco salió librada de recibir malos comentarios y me pareció injusto para ella. Se tragó todo lo que se le pudo haber cruzado por la cabeza y, una hora después, el padre de Maya ya había amarrado todo con cuerdas y cartones. No hizo preguntas cuando vio a su hija furiosa y a mí, llorando. Y terminó el favor ayudando a meter los muebles a casa de Etienne.

Por supuesto que eso no se lo conté. Con lo que dije había sido suficiente para verlo procesar la información.

No pude evitar sentirme un poco nerviosa. ¿Y si decidía que ya no quería vivir conmigo? ¿Y si creía que estaba exagerando? Pero entonces algo pareció hacer clic en su mente.

–Gracias por compartirlo conmigo –contestó y me dio una leve sonrisa.

Me tomó por sorpresa. Le sonreí de vuelta, aliviada de que no me juzgara o que, como muchas personas, dijera algún comentario estúpido e innecesario sobre cómo creían que debía actuar o que solo era cuestión de pensar en otra cosa.

–A ti –respondí, procesándolo todavía.

–Entonces, ¿quieres que lave tu ropa o prefieres hacerlo tú? Voy a estar utilizando la… –siguió hablando, y traté de ocultar la emoción y el alivio porque tampoco me cuestionó sobre lo que le acababa de confesar y cambió de tema.

De acuerdo. Me caía bien.



12

Dalia

Estaba estrenando mi nueva lámpara de lectura, a mitad de capítulo, leyendo cómo el protagonista se daba cuenta de quién era la chica con la que se mensajeaba, cuando noté que alguien se paró en el umbral de mi puerta.

–Lo terminé –anunció.

Sostenía en alto el libro que le había prestado hacía menos de dos semanas.

–¿En serio?

–Ajá –respondió con aire de satisfacción–. Me gustó.

–¿En serio lo leíste? Me había mentalizado a insistirte en unos días.

–Pues, ya lo terminé. –Se adentró para dejarlo sobre la cómoda–. ¿Y ahora?

Ladeé la cabeza.

–¿A qué te refieres?

–Pues, ¿cuál sigue? ¿Cuál me prestarás ahora?

Con algo de duda, tomé mi celular, que descansaba a mi lado, para colocarlo sobre la hoja y así no perder la página al cerrarlo. Me levanté e inspeccioné el libro que me había regresado.

–Está sano y salvo, tranquila. Lo cuidé como a un bebé para que a Doña Libros Perfectos no le dé un patatús.

Lo miré con los ojos entrecerrados, pero la verdad era que eso no me ofendía. Tenía razón y me agradó que sí lo cuidara. Asentí una vez y caminé hacia las repisas.

–Bueno, si quieres, puedes tomar el que gustes –respondí de espaldas, mientras lo colocaba en su lugar.

–¿El que sea?

Me giré para responder, pero de pronto estaba justo a un paso de distancia. Me sentí extraña, por lo que me moví hacia el otro lado.

–Sí. El que te llame la atención –respondí. Lo dejé recorrer los lomos con los dedos, leyendo los títulos con atención con unos ojos que no había notado que eran de un café claro. Juraba que los había visto verdes–. Eh, esos son de romance –avisé, cruzándome de brazos y apoyando mi peso en una pierna–. Toda esa sección.

Los miró de nuevo, pero ahora con una mirada diferente.

–Tienes muchos… Vaya, querida *roomie*, ¿quién diría que eres tan fan del romance? –bromeó con una ceja alzada.

Rodé los ojos, ocultando lo que pensaba de verdad.

–No significa nada. Solo son libros.

–Con historias que te gustan. ¿Quisieras vivir una de esas?

–¿Entonces cuál vas a querer? –respondí, tajante.

Su expresión cambió de golpe. Su nuez de Adán se movió y regresó su atención a los libros, pasándose a una repisa más alejada. Tomó uno de fantasía y se detuvo unos segundos a leer la sinopsis. Lo había leído el año anterior y me había gustado mucho.

–Este. –Lo levantó.

Quise decirle. Sentí el deseo de comentarle lo asombroso que es el universo que existe dentro de ese libro, pero no lo hice.

–Está bien. Que lo disfrutes.

Bajé los brazos y regresé a la posición en la que estaba hacía unos minutos. Abrí mi libro y di por terminada la conversación.

Sentada frente a Maya en la cafetería, no paraba de darle vueltas a la crema batida de mi malteada llamada «Explosión de chocolate» mientras ella esperaba mi respuesta.

–Bueno… Es que no es la misma –respondí por fin.

–¿A qué te refieres con que no es la misma? ¿Te la cambiaron?

–Bueno, podría decirse que sí.

Di un sorbo con la pajilla biodegradable.

Recargó los codos en la mesa y fijó la vista entrecerrada en mí, posando el mentón en sus manos entrelazadas.

–Dime que no lo hiciste de nuevo –habló con cautela.

–Esta malteada está muy buena.

–¡Dalia! –me reprendió.

Por eso había tardado en decírselo, no quería que me regañara. De nuevo.

–Esta psiquiatra me gusta más. Me siento más cómoda y…

–Y te cambió el medicamento –me interrumpió, con clara molestia–. Dalia, no puedes cambiar así nada más cada vez que no te gusta lo que te dicen. Por algo te lo dicen, ¿sabes?

–He leído que para que el tratamiento funcione, el paciente debe sentirse cómodo –me defendí.

–Sí, pero es obvio que habrá momentos en los que no te sentirás así. ¿Cómo esperas que haya cambios en ti si no quieres dejar tu zona de confort? Y si se te ocurre cambiar de mejor amiga solo porque te digo esto, te baño en malteada.

–De acuerdo –acepté, alzando las manos en señal de derrota. Sabía que tenía razón, pero no era tan fácil–. Esta será la permanente… A menos que de verdad haga un mal trabajo y sí deba cambiarla.

Hizo una mueca.

–¿Y qué opina tu psicoterapeuta? ¡Ay de ti donde me salgas con que también la…!

–Tranquila, tranquila –la calmé–. Sigo con la misma. Y ya me sermoneó en la sesión, así que no tienes que hacerlo tú también.

Bufó, mirándome mientras sopesaba mi respuesta. Luego asintió una vez y bajó los codos.

–De acuerdo. Entonces, ¿qué tal te va con la nueva medicación?

–Me estoy adaptando.

–¿Pesadillas?

–Esta vez no, aunque tampoco es que duerma mucho.

Tomó un largo trago de su malteada de fresas con crema mientras miraba la mía.

–Creo que esa malteada no era la mejor opción para ti.

–Me ayuda a tener energía durante el día luego de no dormir bien.

Abrió mucho los ojos y dejó caer los brazos a los costados.

–¡Dalia!

El resto del día continuó con normalidad. A menos que tuviera un detonante, durante el día me controlaba mejor, manteniendo la ansiedad a raya para ser una adulta funcional. No solía tener problemas más allá de la sensación de estar cansada, pero las malteadas de chocolate y el café ayudaban, aunque Maya tuviera una opinión diferente. En el bar, la noche estuvo más tranquila, debido a una reservación de despedida de soltera en el restaurante, al que decoraron de blanco y dorado.

–¿Tú harías tu despedida de soltera aquí? –preguntó en voz baja, recargándose en la barra.

Mientras yo había estado tras la barra, sirviendo las bebidas, ella iba y venía para llevarlas a la novia y sus amigas. El lugar estaba casi desierto, así que me recargué en la barra frente a ella.

–Definitivamente no –respondí en el mismo tono.

–Decoraron bien, quedó decente y privado, pero a mí no me convencería. Aunque igual nos falta mucho para eso –dijo con un ademán largo y una risita–. ¿Dónde será la despedida de tu amiga?

–¿Eh?

Claro que sabía a quién se refería, pero no era mi amiga.

–Tu amiga Sara –respondió con inocencia, y me sentí mal por hacerme la tonta.

–No es mi amiga, es una conocida. Pero creo que será en el salón que está junto a la cancha de tenis, en el centro.

–Primero, ese salón está muy lindo. Segundo, claro que es tu amiga. –Me dio una palmada en el antebrazo.

–Claro que no –corregí–. Que tengamos un amigo en común no la hace mi amiga en automático.

–Pero cae muy bien y se nota que tú a ella también le agradas. Vamos, me prometiste que harías más amigos. –Hizo un puchero.

Siempre me había mencionado que necesitaba aprender a socializar, a pesar de que ella tampoco tuviera una cantidad grande de amigos. Primero intentó que me hiciera amiga de más de nuestros compañeros del Linz, pero no teníamos ninguna afinidad. Luego trató de involucrarme con sus amigos, pero no hubo conexión de ninguna de las partes y lo único que consiguió fue que intercambie saludos con dos de ellas cuando nos vemos, así que se rindió con ellos. Sin embargo, nada de eso evitó que el último par de meses estuviera más insistente con el tema.

Sabía que podía hacerme bien. Precisamente, había cambiado de terapeuta por primera vez después de que me lo dejara de tarea de manera insistente y me forzara a hacer una dinámica que me provocó un ataque de pánico.

–No te prometí nada, dije que lo intentaría.

–Dalia, de verdad, ¿te mataría acercarte a ella?

–No, pero…

Otro de los meseros le hizo una seña a Maya para que se acercara. La necesitaban en una mesa.

Maya gruñó y se enderezó. Tuve que reprimir una sonrisa por el hecho de que me brindaran una excusa para terminar esa conversación.

Actos lleva «a» por amor

ANÓNIMO

Los besos bajo la lluvia están sobrevalorados.

Sí, son muy bonitos; y sí, las películas nos han hecho desear tener ese momento en el que estás frente a tu ser amado y unen sus labios mientras la lluvia los empapa tanto de agua como de emoción.

Por eso, una tarde lluviosa salí con mi esposa, cuando aún era mi novia, para tener esa escena de película.

Salimos a la calle y después de correr, resbalarse, reír y levantarse, la cargué para ponerla a mi altura y besarla.

No me malentiendan, fue un momento hermoso, pero eso no es amor.

Regresamos adentro y no sentí que nada cambiara dentro de mí. Había sido una simple cosa tachada en la lista de cosas por hacer como pareja.

Pero cuando al día siguiente amanecí con un dolor de garganta que no me dejaba hablar, y que hacía que mi cuerpo no quisiera despegarse de la cama, se presentó en mi casa con un botiquín y una bolsa con todo lo necesario para preparar un caldo de verduras.

Me cuidó todo el día. Ni siquiera dejó que mi madre hiciera más que ayudar a picar las verduras. En cierto momento del día me quedé dormido y desperté creyendo que ya se habría ido a casa, pero cuando me espabilé, la escuché platicar con mi madre como si fuera un día cualquiera, conociéndose mejor la una a la otra.

Al terminar el día, tomó su bolso y se despidió, no sin antes avisar que pasaría al día siguiente. Aun a sabiendas de que ella podría contagiarse, se encargó de que el resfriado dejara mi cuerpo.

Eso. Eso es amor.



13

Etienne

—¿Y cómo te va con la nueva *roomie*?

Caminaba bajo la sombra de los árboles en la acera, junto a Oscar sujetando la correa de su nuevo perro, un mestizo adulto que adoptaron la semana anterior. Su colita peluda se movía de un lado a otro mientras avanzaba con sus patas cortas.

–Pues bien, supongo.

–¿Supones? –preguntó entre risas.

–Es muy ruidosa y se levanta muy temprano –admití e hice un mohín, llevándome las manos a los bolsillos de la sudadera cuando el perro se detuvo a olfatear un árbol.

–Tú eres quien se empeñó en vivir con ella.

–No me malentiendas, me agrada y la convivencia es buena. No me arrepiento. Es solo que… –hice una pausa, mientras hacía memoria de todo lo referente a ella. Me había acostumbrado rápido a que acaparara el baño por un buen rato cuando se bañaba, y habíamos llegado a puntos medios con algunos desacuerdos por nuestras diferentes costumbres, como el hecho de que ella no supiera separar la basura. Pero no entendía cómo alguien podía hacer tanto ruido estando en la cocina, o lavando, o lo que fuera… sin mencionar sus conciertos privados. También había otra cosa, pero era tan personal que no la iba a mencionar–. Canta, mucho, todo el tiempo –respondí por fin.

–¿Y canta bien? –Le di una expresión exasperada–. Ya veo. –Asintió con una risita.

–Eso sí, hay más muebles que antes y más variedad de comida.

–¿Estás diciendo que yo era un *roomie* mediocre? ¿Oíste eso, Nilo? –le preguntó al perro, que volteó al escuchar su nombre por un segundo antes de continuar con el paseo.

–En general, está bien. Tampoco conversamos tanto para mi gusto, es algo reservada, pero nos llevamos bien.

–Me alegra eso.

–Convirtió tu habitación en una mezcla de biblioteca, árbol de navidad y museo de arte contemporáneo.

Me miró perplejo.

–¿Y mis paredes limpias?

–Ya casi no se ven, amigo.

Se llevó una mano al pecho con los ojos cerrados, fingiendo sufrimiento.

El segundo libro que me prestó me tenía enganchado. A pesar de que era algo tarde, seguía acostado de lado en la cama leyendo página tras página. Lo comencé sin expectativas, pero ya iba por la mitad y no podía soltarlo. ¿Quién diría que una historia juvenil de unos seres mitad humanos y mitad ángeles iba a ser tan entretenida? ¿Por qué no me dieron un libro así cuando era chico? Le habría dado una reseña completa a mi maestra si me lo pedía.

Además, seguía siendo interesante ver los fragmentos que Dalia marcaba. Por un lado, así podía conocerla un poco mejor; y por otro, tendría muchas cosas que comentar con ella… si tan solo no cortara nuestras conversaciones cuando empezaban a hacerse largas.

Un bostezo me hizo despegar la vista del papel por un momento. Los párpados comenzaban a pesarme, pero seguro aguantaba un capítulo más.

Entonces, la trama tuvo un giro que no me esperaba y caí en cuenta de que no podría dormir pronto. Dejé el libro en la mesita, con un plumón que guardaba en el cajón para no perder la página, y me levanté para prepararme un café.

Abrí mi puerta tratando de no hacer ruido, por si Dalia estaba durmiendo, pero en el silencio de la noche, escuché el ruido de una ventana al abrirse.

Me acerqué a su habitación y la escuché murmurar algo, como la otra vez.

–Dalia... –la llamé, antes tocar con los nudillos.

No contestó, pero hubo incluso más silencio que antes. Tal vez estaba bien, tal vez lo había imaginado.

Deshice mis pasos, hasta que escuché su voz.

–¿Etienne?

–Aquí estoy –me apresuré a contestar.

Tardó unos segundos en volver a hablar.

–¿Podrías venir?

Abrí despacio. Me miró desde el centro de la cama, sentada de manera que rodeaba su almohada y sus piernas flexionadas. Movió las manos con actitud nerviosa y bajó un poco la almohada para despejar su cara, cubierta de lágrimas.

–Otra vez –dijo con la voz entrecortada

Hice una mueca. No me gustaba verla así. Recordé dónde guardaba sus sobres de té y entré pensando en tomar uno para prepararlo. Sin embargo, apenas había dado un par de pasos cuando empezó a hiperventilar. Su cara se tornó en una expresión de dolor mientras se llevaba una mano al pecho.

–Hey, aquí estoy.

Me apresuré a sentarme frente a ella. Si bien ya tenía una leve noción sobre el tema, no era para nada suficiente. Por lo que había estado leyendo en internet sobre la ansiedad y los ataques de pánico, para tener más ideas sobre cómo actuar en esos momentos.

–Escúchame, por favor –hablé de nuevo mientras la hacía mirarme a los ojos–. Imagina una hoja de árbol, ¿sí? –Su cara me mostró confusión en medio de su frustración–. ¿Puedes imaginarla? Es de color verde, ¿cierto? –Asintió–. Bien, quiero que no la pierdas de tu mente, y

que la veas aquí junto a nosotros en la cama. –Señalé un punto a nuestro lado y siguió la dirección de mi mano–. Esta hoja va a subir… –Elevé la mano despacio–. Luego va a bajar... –Siguió el movimiento con los ojos. Seguía teniendo problemas para respirar, pero había dejado de hiperventilar tan fuerte–. Va a subir y bajar una y otra vez, y necesito que respires una vez cada vez que suba y baje. –Me miró de nuevo–. ¿Sí? Imaginemos juntos esa hoja, vamos a respirar con ella. –Asentí y ella imitó mi gesto.

Poco a poco, gracias a esa hoja imaginaria que subía y bajaba despacio, su respiración fue tornándose más calmada, hasta que se quedó mirando un punto fijo en la pared.

–¿Te sientes mejor?

Era probable que fuera una pregunta tonta y arriesgada, pero tenía esperanza.

–Sí. No. No sé. –Se llevó las manos al rostro, ocultándose tras ellas y elevando las rodillas hasta sus muñecas–. No sé explicarlo.

Me cambié de lugar para ponerme a su lado. Pasé un brazo sobre sus hombros y la recargué en mí.

Nunca habíamos tenido esa cercanía, así que no sabía si sería cómodo para ella o si solo estaría empeorando la situación. Pero entonces apoyó su cabeza en mi hombro.

–¿Te ayuda que te abrace? –quise saber.

Tardó unos segundos en contestar.

–Creo... Creo que sí.

La atraje un poco más hacia mí para rodearla también con el otro brazo. Me llegó el viento que entraba por la ventana y se me erizó la piel. En el exterior el aire era cada vez más frío y no podría seguirla abriendo por más tiempo o ganaría resfriado tras resfriado.

No entendía del todo lo que pasaba, por qué pasaba o cómo podía evitarlo, y no creía que la mejor manera fuera cuestionarla. Pero le ayudaría de la forma que me fuera posible. Guardé silencio, temeroso de decir algo que pudiera empeorar la situación, y me limité a hacerle compañía.

Dalia

Los ataques de pánico no duraban mucho. Si veías uno desde fuera, se trataba de unos minutos, pero, desde dentro, parecía que duraba mucho más.

El insomnio había sido mi compañero recurrente por años y era algo a lo que estaba acostumbrada; sin embargo, a veces venían con él otras cosas. Como los ataques de pánico.

Mis padres creían que estaba bajo mi control y los tenía porque quería. (¿Quién querría algo así?). Mi hermana decía que era mi manera de llamar la atención. Y Maya era la única que estaba para mí, pero tenía que ser por teléfono, porque a mis padres no les agradaba y ella no tenía permitido tener visitas de más de unas cuantas horas en su departamento.

Nunca había tenido a alguien que me cuidara en esos momentos.

Una parte de mí tenía miedo, desconfianza, vergüenza… Pero otra, la que había dejado que me viera en ese momento desde la primera vez, se sentía bien al tener compañía.

Y, para mi sorpresa, no sabía si era solo mi percepción, pero la crisis se pasaba más rápido. Etienne era amable, comprensivo y esperó hasta que me sintiera mejor para dejarme sola. No sabía lo que un abrazo podía hacer en esos momentos, y resultó ser bueno. Pero luego estaba la

otra cuestión. Abrir esa ventana y dejar que ese vínculo creciera me aterraba.

Por eso, a la mañana siguiente, preparé café para los dos. Esperé a que faltara poco para la hora a la que solía despertar y tuve el desayuno listo para cuando salió a la cocina.

–Buenos días, querida *roomie* –saludó.

–Buenos días –le dije, parada junto a la mesa–. Ya preparé el desayuno.

–¿Y eso? –preguntó, sorprendido.

–Es mi… –titubeé y jugueteé con las manos en el respaldo de mi silla–. Es mi manera de agradecerte. –Abrió la boca, pero lo interrumpí–. No digas nada y come.

Su mandíbula hizo un ruido al cerrar la boca de golpe. Hizo un gesto como si siguiera una orden y tomó asiento. El comedor tenía cuatro sillas, pero en poco tiempo ya habíamos acordado sin palabras que la que estaba junto a la cocina era la mía, mientras que él decidió quedarse con la más cercana a la entrada.

Se llevó la taza a los labios y, un momento después, hizo una mueca.

–Esto está muy cargado. ¿Cuántas cucharadas de café le echaste?

Le di un trago al mío. No me había pasado, era lo que le ponía siempre.

–No está tan cargado, es lo normal.

–¿Normal para quién? –preguntó, mirando su taza como si tuviera un líquido radiactivo.

–Para mí.

Su cara se volvió neutra al instante, me miró y carraspeó.

–¿Estás segura de que…? –comenzó y lo miré mal.

No. Lo. Hagas.

Sabía lo que estaba a punto de preguntar. Por fortuna, tomó otra dirección.

–Le pondré un poco más de leche al mío.

Se levantó hacia el refrigerador y no dijo nada más, por lo que seguí con mi café.



14

Etienne

Cerré el libro sin poder creérmelo. Según el aroma y el sonido del aceite en la sartén, sabía que Dalia estaba en la cocina preparando la cena. Así que fui de inmediato con ella.

–Dime que tienes el siguiente –pedí, llegando a su lado.

Me miró sin entender, con una espátula en la mano. En la sartén había champiñones, queso gratinado y verduras.

–Lo acabo de terminar y no puede ser ese el final –dije, alzando el libro.

Relajó los hombros y sonrió negando levemente con la cabeza, regresando su mirada hacia la comida, que aparentemente estaba lista, pues apagó la llama de la estufa.

–Es una saga.

–¿Una saga? –repetí–. ¿De tres libros?

–Eso es una trilogía. Saga es de más de tres.

–¡¿Son más de tres?! ¿En qué me metiste?

–Tú te metiste solito. –Se rio, sacando un par de platos.

–Bueno, pero ¿tienes el que sigue?

Me miró con una media sonrisa victoriosa antes de comenzar a servir.

–¿Eso significa que te gustó?

–¡Sí! Es muy bueno. Tenías razón. Ahora dame el siguiente.

–Okey. –Soltó una pequeña risa, que comenzaba a mostrar más seguido–. Te lo daré después de cenar.

Luego de la cena, nos sentamos en la sala a leer. Yo tomé asiento a la orilla del sillón más grande y ella en el sillón individual, que parecía haberse convertido en su favorito, con las piernas cruzadas sobre el asiento. No había dejado de pasar por alto las marcas de colores que encontraba, pero la historia me tenía muy atrapado. Aun así, de vez en cuando, veía de reojo a Dalia, enfrascada en su libro.

Al iniciar nuestra sesión de lectura, le pregunté de qué trataba, pero como esperaba, no habló mucho. Lo único que había logrado saber era que la novela era el último tomo de una trilogía, que tenía una bruja como protagonista y que le gustaba leer en silencio. En ese momento me

disculpé y comencé con el segundo tomo de la saga en la que me había metido.

Sin embargo, la quinta o sexta vez, la atrapé mirándome de reojo.

No pude evitar esbozar una sonrisa.

–¿No estabas muy concentrada en tu lectura?

–¿Y tú no estabas llorando porque ya querías leer la segunda parte?

–*Touché*.

Se giró de nuevo hacia su libro, con la mandíbula y el cuerpo algo tensos. Volví la mirada a las páginas del mío. Leí un par de líneas más y la miré de nuevo lo más discreto que pude.

Su expresión y su cuerpo se habían relajado, pero lo que captó más mi atención fue que sus pupilas regresaron de inmediato al libro que tenía enfrente.

No dije nada, pero sonreí como si hubiera ganado una partida.



Dalia

El domingo llegó y, mientras desayunábamos un paquete de galletas de avena con chispas de chocolate, entré a la página web del periódico para leer la columna de esa semana. No era fan de leer las noticias, pero tiempo atrás había dado por accidente con las columnas de un hombre anónimo sobre la vida con su esposa. Eran muy lindas, sobre todo si seguías la secuencia y lograbas captar sus formas de ser. Era como si los conociera y me visitaran cada semana.

Porque sí, cada domingo en la mañana las leía, sin falta.

–¿Qué haces? –me preguntó Etienne cuando me vio atenta a la pantalla.

–Nada importante –respondí, sin apartar la mirada de las palabras.

–Yo creo que sí es importante. No despegas los ojos de esa cosa.

–Solo estoy leyendo algo. –Lo miré un segundo para que no usara eso de excusa.

–¿Qué lees?

Bajé el móvil a la mesa, dejando mi lectura a medias.

–A veces puedes ser molesto, ¿sabes?

Se llevó una mano al pecho y cerró los ojos con fuerza.

–Me hieres. Me rompes el corazón, querida *roomie*.

Rodé los ojos, aunque me había causado gracia.

–Eres un tonto.

–Tal vez, pero me has tomado cariño.

Bufé, mirando mi taza antes de darle un trago al café.

–Ya quisieras –contesté.

–Estás mintiendo –aseguró, dándole un trago a su propio café, el cual había rebajado y endulzado cada vez más hasta que pareció gustarle.

Bueno. Tal vez sí que me agradaba. Pero solo eso. Y parte de convivir era eso, ¿no? No me gustaba la manera en que llevaba mi día a día con mi anterior compañera y prefería evitar que se repitiera. Pero no admitiría nada frente a él o alimentaría su pensamiento.

–No necesito mentir. Yo no me encariño fácil con nadie, así que suerte con eso –afirmé, con tono seguro.

–Yo sé que eso es solo una fachada. Vivo contigo. Y creo que ya te conozco lo suficiente como para saber que ya me has tomado cariño.

Rodé los ojos de nuevo y me centré en mi desayuno.

–Bueno, pues hablaré yo entonces, ya que de pronto decides ser la silenciosa de esta casa.

–¿Disculpa? –interrumpí.

–¿Qué? Ambos sabemos que eres muy ruidosa –dijo, pero su tono no era de queja, sino de algo más, algo amigable.

–No soy ruidosa –reproché.

–No tengo problema. –Levantó ambas manos en el aire–. Solo estoy diciendo que cualquiera sabría si estás en casa con el puro oído.

Quise defenderme, pero tenía razón, ya había escuchado algo así antes.

–¿Y de qué ibas a hablar? –regresé al tema inicial.

–Pues, ya que hoy es domingo, yo también leo algo hoy. Una columna de un periódico en internet.

Se ganó toda mi atención y curiosidad.

–¿Una columna?

–Lo sé, no es muy común, pero es muy bonita. Todos los domingos la leo.

–¿De qué trata? –No tenía que ser la misma, había más columnas en internet.

–El autor es anónimo, pero escribe sobre su vida con su esposa, lo que ha aprendido con ella, lo que han logrado juntos…

–¡Mentiroso! –lo corté de nuevo–. Estás jugando conmigo porque yo no quise decirte.

Sin embargo, me miró confundido.

–¿A qué te refieres con que estoy jugando?

Había encontrado por accidente esa columna mientras investigaba otras cosas y mi búsqueda correspondió con el título de esa semana. Lo había recomendado a mis compañeros de trabajo y había logrado que Maya lo leyera de vez en cuando, pero no conocía a nadie más que lo leyera como yo.

–De acuerdo. –Me crucé de brazos–. Si es cierto, entra a la página y dime cómo se titula la columna de hoy.

Tomó su celular, tecleó por un momento y luego de un minuto, leyó en voz alta.

–Actos lleva *a* por amor.

Me puse rígida. Extendí una mano de vuelta a mi celular, lo desbloqueé y leí el título, aunque lo había leído hacía unos minutos.

Lo bloqueé de nuevo. Regresé la mirada hacia él y me miró con aire de satisfacción.

–¿Cómo se llama la tuya entonces? –preguntó con una sonrisa triunfante, sabiendo la respuesta.

Debía haberlo escuchado de Maya. Sí, eso era, Maya le contó eso de mí y estaba jugando conmigo.

–Hiciste trampa. Te contaron.

Alzó los brazos y luego los dejó caer, con expresión incrédula.

–¿Tanto te cuesta creer que tenemos algo en común?

No me costaría si fuera otra cosa.

–¿Cuál ha sido tu favorita?

Miró al frente unos segundos con gesto pensativo.

–La de la boda.

La recordaba bien, era una combinación perfecta entre tierna y graciosa.

Hacía muchos meses que la habían publicado. Sin embargo, seguro solo estaba intentando adivinar.

–¿Y de qué trata? –pregunté, segura de que fallaría.

–De todo menos de la boda como tal –afirmó con una sonrisita–. Mi parte favorita es cuando aparece el erizo.

Me quedé sin argumentos, o pruebas. O respiración, ya que estamos.

–No puedo creerlo –respondí al fin.

Él, por su parte, solo sonrió con satisfacción antes de tomar otra galleta y empujar la última hacia mí.

–Me alegra que nos vayamos conociendo mejor y seamos más similares de lo que creíamos, querida *roomie*.



15

Etienne

Era viernes por la tarde y estaba por salir del trabajo cuando recibí una llamada de Oscar. Una semana atrás, nos había contado que Vanessa, su hermana menor, había entrado a trabajar en un taller de pintura en la ciudad, llamado Paint Soul. Ella no iba a menudo a nuestras reuniones, a pesar de que todos nos llevábamos bien y por años intentamos que lo hiciera más seguido.

Por eso, en los momentos en que ella tenía la iniciativa, procurábamos decir que sí. Como en esa ocasión. Oscar, Sara, Romeo, Nadia y yo nos apuntamos al plan y nos reunimos en un restaurante de comida mexicana que Vanessa nos recomendó.

–Y cuéntanos, ¿qué tal el nuevo trabajo? –quiso saber Nadia.

–Es más pesado de lo que creí.

–¿El de pintar dibujitos? –bromeó su hermano, ganándose una seña con el dedo.

–Ojalá así fuera. Yo me imaginé que sería divertido ayudar a otros a pintar. Pero no tienen idea del desastre que hacen algunos y que luego tenemos que limpiar. Y uno que otro cliente sale con quejas sobre que el pincel no sirve o que no tenemos el tono de morado que quería, por más que expliques que, de hecho, existe algo que se llama «mezclar colores». –Puso los ojos en blanco, exasperada–. Me gusta, la mayoría de los que van son buenos clientes, pero esta fue una semana pesada. Necesitaba salir por un trago con ustedes, chicos –finalizó y dio más de un trago a su cerveza.

Después de desahogarse, Vanessa se relajó y hablamos de otras cosas para ponernos al día. Me la estaba pasando bien. Estaba teniendo una noche agradable, hasta que llegó a mí una confusión, después un recuerdo y, por último, la gran incomodidad.

Porque Vanessa había invitado a su actual mejor amiga, quien había dicho que seguía en el trabajo y nos alcanzaría más tarde.

Y yo no sabía que se había ganado ese título, pero claro que recordaba cuando se conocieron hacía unos años. Claro que recordaba que eran de la misma edad y que habían tenido unas cuantas clases juntas, pero nunca habían hablado hasta que yo las presenté.

Y ahora eran mejores amigas. Vanessa y Melanie.

–¡Hola! –saludó con alegría, llegando directo a abrazar a Vanessa.

–Llegaste más rápido de lo que esperaba, ¿no había tráfico? –La invitó a tomar asiento, señalando la silla que le había dejado libre, entre Oscar y ella.

Mi mejor amigo me miró a modo de disculpa. Le lancé una mirada cargada de significado y él se encogió de hombros.

–Sí, por suerte no… –Y en ese momento sus ojos se posaron en mí y su expresión titubeó–. Oh. Hola, Etienne.

–Hola –saludé, tratando de sonar lo más tranquilo e indiferente posible.

La mesa se quedó en silencio y la tensión se podía cortar con el cuchillo que había junto a mi plato. El cual pensaba usar para buscarme una excusa para salir de ahí, si mis amigos seguían mirándome como lo hacían.

«Solo es la mejor amiga de Vanessa. Es todo. Ella no es nada tuya», me repetía.

–¿Cómo has estado? –me preguntó Melanie, sacándome de mis pensamientos–. Hace mucho que no sé de ti.

Sí, porque así lo quisiste.

–Bien –contesté tajante.

Vanessa juntó las palmas para atraer la atención.

–Bueno, ya que todos conocen a Melanie, no hace falta presentarla. ¿Quieren ordenar de una vez?

La comida estaba deliciosa y Vanessa era muy divertida, sin embargo, no pasaba desapercibida la tensión para nadie, a pesar de que pareció que todos hicimos un acuerdo silencioso sobre no mencionar nada de lo que había sucedido entre nosotros.

Pasada la sorpresa inicial, había empezado a marchar bien. Ordenamos y conversamos de diferentes temas hasta que llegó la comida. Mientras Vanessa partía una de sus enchiladas, preguntó algo sobre la boda de su hermano y su cuñada. De pronto ese se volvió el tema principal y nos contagiaron su emoción. Escuchamos atentos a Sara contarnos la travesía que había recorrido en la búsqueda de su vestido. Y entonces Melanie, con aire relajado y divertido, mencionó una anécdota de cuando ella fue a buscar el suyo.

Se quedó callada en cuanto notó mi vista puesta en ella.

No lo soporté más y me excusé con ir al baño. Sabía que no me creerían, pero no quería ser *tan* descortés al levantarme sin decir nada.

Oscar me siguió.

–De verdad lo siento –susurró mientras caminaba tras de mí entre las mesas.

–¿Sabías que vendría? –pregunté, también en un susurro.

Caminamos hasta el baño de hombres. Por suerte, estaba vacío.

–No lo sabía, te habría avisado.

–¿Y sabías que son mejores amigas?

Se tomó un momento en el que recorrió los lavamanos con la mirada.

–Es mi hermana, claro que lo sabía.

–¿Y por qué nunca me lo habías dicho?

–Porque no creía que fuera bueno ni necesario para ti saberlo.

–¿En serio? –Me crucé de brazos–. Porque en estos momentos me habría venido bien estar

enterado.

–Dijiste que ya estabas bien con ese asunto.

–¡Y lo estoy! Es solo que… No sé… Es raro fingir que nada pasó. Y es difícil con todos mirándome como si creyeran que me voy a desmoronar en la mesa.

Mi mejor amigo se recargó en la pared y suspiró.

–¿Cómo es que pueden ser mejores amigas? –pregunté, más para mí que para él.

–La verdad es que no sabía que eran tan cercanas hasta que un día se quedó a dormir en casa de mis padres.

Abrí mucho los ojos.

No podía ser cierto.

–Sí, amigo –continuó, como leyendo mis pensamientos, y asintió con una línea tensa en los labios–. Hablé con Vanessa, pero ella quiso mantenerse neutral. Y creo que es la única que te creía cuando decías que estabas bien. –Abrí la boca para negarlo–. Y a mí no me vengas con que lo estabas, no te atrevas a mentirme a mí. –Cerré la boca.

Me recargué junto a él en la pared. De pronto sin energía.

–No puedo volver a esa mesa. ¿Cómo se le ocurre hablar de sus preparativos de boda frente a mí?

–Eso fue un golpe bajo –estuvo de acuerdo.

Miré al techo.

–Creo que iré a casa.

Giró la cabeza para verme.

–¿Estás seguro?

Fruncí la boca en una línea tensa y asentí.



Regresé a casa y cerré de un portazo involuntario al dejar caer la puerta. Ese encuentro con Melanie me había dejado sin energía y solo quería descansar en silencio. Dalia regresaría hasta pasada la medianoche, así que no tendría problema con eso.

Recordé que había dejado zumo de naranja en el refrigerador y fui por un poco, antes de ir a mi habitación, quitarme los zapatos y sentarme en la cama apoyado en el respaldo, con las piernas extendidas.

Respiré y entonces recordé todas esas veces en las que Melanie había estado en mi casa, en mi cocina, en mi habitación. Sentado donde estaba, dejaba libre el que era el lado de Melanie, y por un segundo pude verla ahí dormida. Dejé el vaso en la mesita de noche y me reacomodé, ocupando el centro de la cama.

Estaba bien.

Me había tomado por sorpresa, pero no me importaba haberla visto. Sirvió para darme cuenta de que ya no la extrañaba. Lo que me inquietaba y me parecía injusto era lo fácil que ella parecía haberlo superado. Lo fácil que hablaba de todo, como si lo nuestro no hubiera sido nada importante. Como si nunca me hubiera dicho que yo era el amor de su vida, ni me hubiera dicho que sí.

Que se casaría conmigo.



16

Etienne

Me sentía egoísta.

Era algo bueno que Dalia hubiera podido dormir bien. Era necesario y más para ella. Pero esta vez yo había esperado el momento para ir con ella.

Me quedé despierto hasta que llegó. La escuché deambular por la casa y estar en su habitación, hasta que todo se quedó en silencio. Esperé un rato más, pero no pasó nada. Esperé y di vueltas en la cama hasta que el sueño me venció. Era algo bueno, sin duda. Sin embargo, una parte de mí necesitaba un abrazo y habría tenido una excusa para eso.

Sí. Era un ser muy egoísta.

Deseché mis pensamientos y continué con mi tarea de lavar ropa. Tomé un pantalón de la cesta, revisé los bolsillos por si había olvidado algo en ellos y…

–Hola.

Di un respingo por el susto.

–Hola –respondí–. Creí que no saldrías nunca de la ducha –comenté con una risita.

–El día que tú no ronques, yo me bañaré más rápido.

–Yo no ronco –me defendí.

–Ajá. Oye…

Despegó la mirada de mí para verse las manos.

–¿Pasa algo? –Fruncí un poco el ceño, metiendo la última prenda y cerrando la tapa de la lavadora.

–Todo bien. Solo te aviso que voy a salir, pero volveré para la hora de comer.

–¿Sí? ¿No verás a Maya mañana?

–Sí, es que, no, no voy con Maya –respondió nerviosa.

Tomé el cesto de la ropa y lo coloqué a un lado.

–Entonces, ¿qué?, ¿una cita? –bromeé alzando una ceja.

–De hecho, sí. –Miró sus manos unidas. Y una parte de mí se confundió. No sabía si estaba escuchando bien–. Cada semana tengo cita con mi terapeuta. También veo a mi psiquiatra, pero es una vez al mes.

Oh.

Me recorrió una mezcla de sensaciones que ni siquiera yo entendía. Me aclaré la garganta antes de hablar.

–Entonces, ¿los sábados vas a terapia?

–En realidad, esa es mi salida de los martes, pero este martes la doctora tuvo un imprevisto y me corrió la sesión para hoy, entonces… Sé que no te lo había contado, pero no te lo tomes personal, casi nadie lo sabe.

–Entiendo, sí, es privado. –Asentí, más fuerte de lo que debería, y me detuve de golpe–. ¿Necesitas que te lleve o…?

–No –interrumpió–. Estoy bien. Era solo por si quieres esperarme para comer. Y, bueno, terminaré de alistarme para irme.

–Sí, claro. Suerte.

¿Le había deseado suerte en su terapia?

Me miró extraño y asintió como única respuesta.

Después de que se fuera y mientras esperaba a que la lavadora terminara su trabajo, me dispuse a continuar con la saga que estaba leyendo. Aún me sorprendía lo rápido que estaba avanzando con las páginas, ya iba en el tercer libro. Y Dalia tenía razón, te ayudaba a olvidarte un poquito de lo demás.

Y sin duda necesitaba olvidar la cena del día anterior.

Y ahora también estaba el hecho de saber que Dalia estaba yendo a terapia. En específico, que ella quisiera que lo supiera. Pudo haberme mentido y decir que sí iba a ver a Maya, o a cualquier otra parte, pero fue sincera y algo en mi corazón se sintió feliz porque lo compartiera conmigo. Y, luego estaba ese otro asunto. ¿Qué me había pasado en ese segundo en el que creí que tenía una cita de verdad, en plan romántico? ¿Por qué me había disgustado creer eso?

No tenía sentido. Seguramente lo sucedido con Melanie me estaba confundiendo. Necesitaba distraerme de todo.

Por lo que, un par de horas después, con la ropa colgada en el patio para secarse, estaba por terminar el libro cuando una espada atravesó el estómago del hermano del protagonista. Me latía rápido el corazón por la emoción y le di la vuelta a la página.

Eran los agradecimientos.

–¡No! –grité, regresando la página e inspeccionando la hoja por si la del final se había quedado pegada–. ¡No puede acabar así!

–¿Qué te pasa?

Levanté la mirada, que debía parecer de loco dado la sonrisa confusa de Dalia, y me levanté rápido hacia ella.

–Dame el siguiente, lo necesito continuar ya.

–¿Ya lo terminaste? –Se veía sorprendida.

–Sí. Ahora. Cuarto libro, por favor. –Le tendí el que traía en mis manos.

–Etienne… –Tomó el libro–. Solo tengo los primeros tres.

–¿Qué? No. Dijiste que tenías los cinco.

–No, dije que era una saga de cinco, pero nunca dije que los tenía todos.

–¿Cómo pudiste quedarte en esa parte? ¿No quieres saber si murió? –pregunté, un poco exasperado.

–Pues sí, pero ya no he comprado libros.

Quería gritar. Necesitaba saber si había muerto. Era el personaje con mejor corazón y no merecía ese destino. Pero esa herida era mortal. Tal vez la amiga con poderes pudiera salvarlo,

aunque en realidad ella no estaba en el campo de batalla… Me llevé las manos a los costados un momento para pensar y lancé una especie de bufido.

De acuerdo, la respuesta era sencilla.

–Vamos –dije, tomé mis llaves del pequeño mueble junto a la puerta, y me cercioré de que mi celular estuviera en mi bolsillo.

–¿Qué dices? ¿A dónde? –preguntó sin moverse.

–A la librería –respondí. ¿No era obvio?

–¿Librería?

–Sí, hay que conseguirte ese libro. –La tomé de la muñeca y la hice salir de la casa conmigo.



Dalia

¿De qué me había perdido?

Sí, deseaba que se interesara por la lectura, pero no esperaba que fuera tan rápido ni a ese grado.

Fuimos en su camioneta. Durante el camino hablamos sobre lo que pensábamos de la trama, los giros que había en esta, los personajes… Estaba feliz y emocionada. Aunque a Maya le platicaba lo que leía, era la primera vez que podía comentar así una lectura. De pronto lo vi mirarme de una manera que no supe descifrar. Entonces sentí algo extraño en el estómago. Me aclaré la garganta y dejé que él hablara hasta que llegamos al centro comercial.

–Sé que hay una librería por aquí –aseguró, buscando con la mirada los locales a nuestro alrededor.

–Está en el segundo piso, al otro lado de la zona de restaurantes –dije, señalando a esa dirección.

Siguió mi mirada y asintió.

Caminamos al lado del otro y me pareció de lo más extraño. Era la primera vez que hacíamos algo juntos, solos, que no fuera la convivencia en casa. Recorrimos el primer piso hasta las escaleras eléctricas.

–Si encontramos el quinto, también nos lo llevaremos –dijo.

–Sí sabes que no te dejaré comprarlos, ¿verdad? Los pagaré yo.

–No –respondió firme y negó con la cabeza.

–Oye, no tienes por qué comprarme nada.

–¿Cuándo fue la última vez que viniste a comprar un libro?

Hice memoria mientras llegábamos al segundo piso.

–Creo que en mi cumpleaños. De hecho, Maya me trajo como regalo y me dejó escogerlo.

–¿Qué día?

–El siete de septiembre.

–Oh. Solo unas semanas después que el mío. Cumplo el diecinueve de agosto. –Asentí, anotando esa información en mi mente–. Entonces, como no hace mucho de tu cumpleaños, toma esto como un regalo atrasado.

Quise negarme, pero insistió con su mirada y una sonrisa inocente.

–De acuerdo –acepté con tono resignado cuando me llegó el olor a comida.

–Deberíamos ir a cenar, ya que estamos por aquí.

Ladeé la cabeza.

–¿En serio?

–Vamos por tu libro y luego a cenar. He escuchado que venden un sushi muy bueno.

Lo miré más confundida. ¿Cómo sabía que me encantaba el sushi? Aunque, en realidad, debía ser una coincidencia. Solo era una sugerencia, no era la única a la que le gustaba.

–De acuerdo. Me parece bien.

Compatibilidad

ANÓNIMO

He escuchado en una gran cantidad de ocasiones que la compatibilidad se da cuando las personas hacen lo mismo, les gusta lo mismo, piensan lo mismo... ¿Por qué tendrían que ser idénticos para hacer buena pareja? ¿O buenos amigos?

Hace mucho tiempo, era un gran fan de una banda de rock. Tenía el sueño de conocer a mi cantante favorito, el vocalista, y tener una foto con él. A mi esposa no le gustaba su música, ni poquito, pero tenía claro en su mente y su corazón que haría lo que fuera para ayudarme a conseguirlo.

Cuando anunciaron que se presentarían en nuestra ciudad, ella misma se me acercó y dijo:

–Tenemos que ir.

Estuvimos atentos a la venta de boletos y los compramos apenas empezó. Debido a que el día anterior había sido la preventa, nos tocaron asientos un poco alejados; pero ideamos un plan.

El concierto sería parte de un evento con otras bandas en un espacio abierto. Nos preparamos con ropa cómoda, una cámara y un regalo para este artista. Antes del concierto, nos colamos entre la gente y, a duras penas, logramos burlar a la seguridad (quiero agregar que era joven y tonto, no hagan esto), y llegar hasta los remolques en los que las bandas descansaban o se alistaban para subir al escenario.

Vimos al baterista entrar a uno de los remolques.

–Están ahí –me dijo.

Pero acercarnos era todavía más arriesgado porque había menos personas entre las que esconderse.

Nos quedamos pensando bajo la sombra. Y mientras yo pensaba en una posible solución, ella cayó en cuenta de que había muchos árboles por todos lados. Y se le ocurrió una idea.

Y, amigos míos, quien se cae de un árbol tras treparse al techo de un remolque para ayudarte a cumplir un sueño, es compatible con tu vida.

Dejó de importarme si nos gustaba la misma música o no, si comíamos lo mismo o no… Puede que existan las almas gemelas, que por ahí fuera haya alguien igual a ti, pero alguien igual a mí no habría pensado como lo hizo mi esposa y nunca habría tenido esa foto.

En otros aspectos, la definición cambia, pero las personas somos más complejas y la compatibilidad se trata de una conexión. Es poder decir «no lo entiendo del todo, pero comprendo que es importante para ti y aquí estoy». Que se complementen, que vayan el uno con el otro en lo que se proponen y que trabajen en la misma meta: ser felices juntos.



17

Dalia

El bar estaba demasiado vacío, incluso para ser jueves, y Maya aún no llegaba, lo cual hacía que me aburriera aún más.

Me senté en el banco de metal escondido detrás de la barra, sacando mi celular de un bolsillo para mandarle un mensaje. Seguramente estaría atorada en el tráfico, pero no era común en ella llegar tarde, así que una parte de mí no podía evitar preocuparse un poco.

Mi mensaje no le llegó y le di unos minutos por si se debía a una mala recepción de internet. Pasaron unos minutos, volví al chat y resoplé. Pensé en mi jefe. No me había preguntado nada al respecto, tal vez a él le habría avisado si por algún motivo iba a llegar tarde.

Aprovechando que al parecer no tenía tanto trabajo, me puse de pie y me adentré en su pequeña oficina. Lo encontré atento a su computadora.

–Hola, Raúl –saludé y me contestó con una mirada sonriente–. Me preguntaba si sabes por qué Maya no ha llegado.

–Ah, creí que te lo habría contado. Vendrá más tarde hoy, dijo que tenía una cita médica.

–Oh, ya veo –contesté, aliviada–. De acuerdo, gracias.

Entonces todo estaba bien. Solo había olvidado contarme.

Volví a mi puesto.

Traté de no pensar en horribles posibles motivos por los que tendría una cita médica sin contarme. Y mi corazón soltó un peso cuando la vi entrar por la puerta, radiante y sana.

–¡Maya! –saludé.

–Vaya, alguien me extrañó.

–No me dijiste que irías al médico. ¿Fue una cita de rutina?

–Déjame ir a cambiarme y dejar mi bolso primero y luego te cuento.

Me había preocupado por nada. Todo estaba bien.

Y eso pensé por los próximos cinco minutos, hasta que supe la verdad.

–¿Te vas?

En serio se veía radiante; irradiaba felicidad. Su entrevista había ido de maravilla y sonreía de oreja a oreja al pensar en su nuevo trabajo como enfermera.

–Comenzaré la siguiente semana, así que mi último día aquí será el sábado.

–Pero… ¿por qué no me lo dijiste antes? –pregunté, tratando de ocultar mi desánimo.

Tal vez no lo logré. Su expresión flaqueó un poco.

–Fue una espera larga. Pero incluso cuando recibí la llamada, hasta que no pasara los filtros y me contrataran no quería sembrar falsas esperanzas, ni siquiera en mí misma.

–Entiendo.

–Raúl aún no lo sabe, ni nadie más aquí. Tuve que inventarle que…

Era una gran noticia. Maya había estudiado mucho y al fin había encontrado el empleo de sus sueños. Estaría en un hospital, salvando personas, en vez de llevándoles bebidas. Debía estar muy feliz por ella. Y me sentía sumamente egoísta porque no lo estaba.

–… decirle que salí negativo en la prueba o verá raro que esté tan feliz… ¿Dalia?

Regresé de mis pensamientos. Me había perdido la mitad de lo que había dicho y debió notarlo por mi expresión.

–Escucha. Sé lo que estás pensando.

–No estoy pensando en nada –me defendí.

–Claro que sí. –Me tomó de las manos y suspiró antes de continuar–: Mira, la verdad es que por esto quería que tuvieras más amigos. Principalmente, esperaba que fueran de aquí, en el Linz, pero estoy segura de que te acostumbrarás… ¿Verdad? –preguntó, mirándome a los ojos de manera tan optimista que solo pude asentir–. Estoy muy feliz y quiero festejar contigo, pero esperaré a que lo digieras, ¿de acuerdo?

Me miraba a los ojos con alegría y comprensión. ¿Cómo decir que no?

–De acuerdo.

Seguí con mi trabajo como si nada pasara. Hablé con Maya como cualquier otro día, con el resto de mis compañeros y con los clientes que atendía.

Pero llegué a casa con el ánimo en el subsuelo. Cerré la puerta con más fuerza de la que quería y corrí el cerrojo de golpe.

Suspiré y dejé caer la frente contra la madera. Lo que había estado reprimiendo amenazaba cada vez más con salir.

Con pasos pesados, fui hasta mi habitación. Necesitaba mi cama, nada más. Mi puerta se había quedado abierta, así que me limité a lanzar los zapatos, uno cayó cerca y otro rebotó contra el mueble. Lo único que me importaba era tirarme en el colchón, antes de que las lágrimas corrieran libres.

Y odiaba eso. Odiaba no poder sentirme alegre por mi mejor amiga, celebrar con ella la felicidad que le traía su nuevo trabajo, en vez de pensar en que me dejaría sola trabajando en ese bar. Me sentí mala amiga y eso me frustró más.

Intenté mentalizarme. Pensar en todo lo positivo y en el orgullo que sentía por ella… Pero el pecho me dolía y comencé a temblar. Sentí una gran necesidad de gritar por la frustración.

Tomé mi almohada y hundí la cara en ella antes de soltarlo.

–¿Dalia?

Desenterré la cara, con los dedos aún aferrados a la tela.

–Estoy aquí –dijo–. En un momento te traeré el té.

Bajé la mirada, pero en vez de verlo ir hacia mi cajón, se sentó frente a mí, frotándome el hombro mientras yo abrazaba a la almohada y seguía llorando. Un momento después, fue a la cocina y lo miré confundida cuando volvió con la taza de té. No recordaba haberlos dejado en la cocina. ¿De dónde lo había sacado?

–Aquí está. ¿Lista para beberlo?

–Sí, gracias.

Estiré los brazos para aceptar la taza que me tendía con ambas manos, no sin antes hacerme a un lado para que se sentara junto a mí.

La próxima media hora transcurrió casi en automático, como un ritual que ya conocíamos los dos. Sin embargo, el clima frío oficialmente había llegado y eso significaba taparse hasta el cuello con las mantas. En otras circunstancias habría sido incómodo, completamente inapropiado, pero era reconfortante.

Comenzó un día que yo estaba acostada, tapada hasta los hombros y, de pronto, noté a Etienne temblar a mi lado. Había dejado de abrir la ventana desde que las temperaturas habían disminuido tanto, pero aun así el frío lograba hacer presencia. Sin pensarlo, me incorporé un poco y levanté las mantas para hacerle espacio. Y lo más raro fue que no tuve tiempo de pensarlo y retractarme, ya que él ni siquiera dudó. Pareció lo más natural del mundo.

Los minutos pasaban mientras me encontraba recostada con sus brazos rodeándome y mi cara hundida en su pecho, respirando y oliendo su característico aroma a menta. En esos momentos, sentía como si mis niveles de serotonina se elevaran hasta que me calmara, las lágrimas dejaran de empapar la almohada y el sueño pareciera más alcanzable. Y, no quería admitirlo, pero me gustaba la confianza que habíamos creado.

Cuando me sentí mejor, aparté el rostro de su pecho unos centímetros para intentar limpiarme el rastro de lágrimas con una mano. Sorbí la nariz y lo sentí estirar un brazo hacia la mesita de noche, donde había insistido en dejar un rollo de papel para esas situaciones. Me limpié la nariz, dejé el papel a un lado de la cama para tirarlo por la mañana y volví a mi posición, esta vez solo sobre uno de sus brazos, de pronto tranquila y muy cómoda.

–Y dime… –hablé entre la oscuridad–, ¿cuál es tu comida favorita?

Escuché su voz unos segundos después.

–La pasta.

–¿Cuál?

–Todas. Eso es lo que la hace especial, hay muchas formas de preparar pasta y todas son deliciosas.

–¿Cómo supiste que me encanta el sushi?

Volvió a tardar unos segundos en contestar.

–Lo intuí.

No creí del todo en su respuesta, pero a mucha gente le gustaba el sushi, así que lo dejé pasar.

–¿Cuál es tu color favorito? –pregunté entonces–. Algo me dice que es el verde.

Me hizo moverme junto a él con su risa.

–¿Va a ser una sesión de preguntas? –preguntó, pero su tono era divertido, no juzgador.

–Tal vez. Para romper el silencio.

–Bueno. Sí, es el verde. ¿Es muy obvio?

–Tienes un montón de cosas verdes en la casa.

Nos reímos juntos.

–¿El tuyo cuál es? –quiso saber.

–El azul.

–¿Y te has pintado el cabello de azul?

–Sí, pero es un color muy difícil de mantener. Se vuelve verde muy pronto, pero no un verde bonito, sino más bien descolorido. Y me gusta cómo me queda el rojo.

Y entre preguntas simples para conocernos más, fui olvidando que antes me había sentido mal.

Etienne

Después de una larga sesión de preguntas, me quedé sin ideas. Era mi turno y me tomé unos minutos para pensar, pero antes de que encontrara algo, noté que su respiración se volvió más pausada.

Agaché la cabeza despacio para ver si estaba dormida. Tenía los ojos cerrados y una expresión de serenidad que solo le veía cuando dormía y que desearía ver más seguido en ella.

La tenue luz del exterior me dejó ver que tenía un poco alborotado el cabello, pegado en algunas partes de su rostro debido a las lágrimas. Con una mano, despacio, le retiré los cabellos y se los acomodé detrás de la oreja o encima de su cabeza, descansando en la almohada.

Respiré hondo. Las mantas se habían corrido un poco de su hombro, por lo que las estiré para taparla bien. Recorrí sus facciones emborronadas por la poca iluminación y se me salió una sonrisa por la gracia que me causó un pensamiento. Me pregunté qué pensaría si supiera que ella me daba tanta paz.

Cerré los ojos un momento para disfrutar de esa tranquilidad que me inundó en todo el cuerpo.

Abrí los ojos y la luz me dio de lleno. Todo estaba tranquilo y normal, pero nunca había entrado tanta luz a mi habitación. Noté el cuerpo medio dormido y, mientras me espabilaba, caí en cuenta de que mis paredes no estaban decoradas a más no poder. Y que mis mantas no eran de un patrón morado con azul... Ni que alguien dormía al lado de mí.

Me había quedado dormido en su cama.

Y no solo eso, sino que estábamos abrazados.

Abrí mucho los ojos. Traté de moverme sin hacer ruido, pero mi brazo izquierdo estaba totalmente debajo de su cabeza. Con delicadeza, traté de retirarlo y acomodar la almohada en su lugar, pero entonces abrió los ojos.

–¡Etienne! ¡¿Qué estás haciendo aquí?!

–Tranquila, solo me quedé dormido un rato.

–¿Un rato? –Se enderezó y estiró el brazo hacia el buró, donde revisó la hora en su celular–. ¡Son las siete y cuarto!

–Bueno, es temprano –traté de aligerar la situación mientras me sentaba en el borde de la cama y soltaba un bostezo–. No te preocupes, ya me voy.

Me enderecé con Dalia fijando su mirada en mí y de brazos cruzados.

–En realidad, esto es un poco tarde para mí.

Me detuve en la búsqueda de mis pantuflas, que de alguna forma habían decidido esconderse bajo la cama. Debía estar bromeando.

–¿Siquiera tienes algo que hacer, o simplemente eres una persona que odia dormir?

Me miró mal.

De acuerdo, tal vez mi voz había sonado más brusca de lo que esperaba. Pero yo sí apreciaba mi tiempo de descanso.

–¿Te puedes retirar, por favor? Voy a vestirme.

–No fue mi intención incomodarte, ¿sí? Lo siento.

Me calcé las pantuflas y salí hacia mi habitación.

–Gracias –respondió con tono seco.

Fui directo a mi cama, con el propósito de volver a dormir. Corrí las mantas y me metí debajo de ellas. Pero mientras volvía a conciliar el sueño, me sentí extraño. Las mantas eran lo suficientemente gruesas como para evitar que el frío calara en mi cuerpo, pero parecía que algo me faltaba.



18

Etienne

Apesar de la mañana incómoda y tensa después de que el sol nos saludara juntos, ahí estábamos de nuevo, ella acostada boca arriba y yo a su lado, apoyado en un costado. Un mechón de su cabello cayó sobre su cara. Alcé mi mano para acomodárselo detrás de la oreja.

–¿Por qué me miras tanto? Ya duerme –ordené con suavidad, pero me miró a los ojos unos segundos más antes de responder.

–¿Por qué haces esto?

La verdad es que tampoco entendía por qué me lo había tomado tan a pecho, lo único que sabía con certeza era que me gustaba verla bien. Su sonrisa era hermosa y haría lo posible para que apareciera más seguido, y claro, ayudar a que se sintiera mejor cuando lo necesitara.

–Quiero que estés bien. –No dijo nada, pero se removió un poco sin dejar de mirarme–. ¿Tienes frío?

Esa noche estaba lloviendo y había llegado un frente frío con temperaturas de un dígito.

–Un poco.

Me acerqué más a ella y extendí un brazo para que pusiera su cabeza sobre él.

–Ven aquí.

Dudó un poco, pero se movió hasta quedar acostada junto a mí, con la cabeza apoyada en mi torso. Su cuerpo me transmitió una calidez agradable y habría estado muy cómodo, de no ser porque mi corazón comenzó a latir más rápido y temía que se diera cuenta.

–Oye… –habló de pronto.

–¿Sí?

–Creo que nunca te he dado las gracias por hacer todo esto por mí.

Sin pensar, comencé a acariciar su espalda con la mano. Sentí que dio un pequeño respingo, pero antes de que pudiera detenerme, noté que se acurrucó más a mi costado, así que seguí.

–De verdad, no tienes que agradecer. De hecho, yo agradezco que me tengas la confianza.

Entonces, si quería que mi corazón pasara desapercibido, ya lo daba por un caso perdido. Con esa cercanía y su dedo, que comenzó a mover en caricias distraídas, formando pequeños círculos en mi pecho, mi corazón parecía un tambor y era imposible que no se diera cuenta.

Tragué saliva.

–No suelo tener… personas que se preocupen así por mí.

Una parte de mí se molestó con todos aquellos que no le brindaron apoyo antes.

–¿Puedo preguntarte algo? –hablé en voz baja.

–Claro. ¿Quieres otra ronda de trivialidades sobre nosotros?

–Estaría bien –respondí con una leve sonrisa. Me gustaba que nos conociéramos mejor–. Pero, en realidad esta pregunta es algo más… personal.

–Mm… De acuerdo.

–¿Segura?

–Dispara –dijo con voz segura.

–Siempre hablas de Maya, pero… ¿y tu familia?

Lanzó un bufido.

–Mi familia es Maya.

–Lo entiendo –dije, y lo hacía–, pero sabes a lo que me refiero.

Detuvo las caricias que hacía en mi pecho.

Temí que se sintiera presionada a hablar de algo que sin duda prefería evitar. Mi corazón ahora se saltó un latido. Pensé en algún nuevo tema de conversación, pero entonces contestó:

–Mis padres nunca se han molestado en tratar de entenderme. –Su voz se tornó seria, pero su dedo volvió a formar círculos y me relajé mientras escuchaba–. Siempre han querido que sea como ellos y como mi hermana mayor, ya sabes, la típica Doña Perfecta que se cree una sabelotodo. De hecho, los tres creen que lo saben todo y trataron de convencerme de que, todo esto que me pasa, se acabaría si tan solo me esforzara por sentirme bien. Ni siquiera me apoyaron en mi decisión de llevar terapia y un tratamiento, creen que es un desperdicio de dinero.

–No puede ser –dije, descubriendo que podía estar tan molesto con personas que no conocía.

–Lo es. Busqué un trabajo para poder pagarlos. Y, aunque nunca les pedí dinero ni que me llevaran, cada vez que iba a mis sesiones era una rutina el escuchar sus inagotables comentarios y críticas. –Meneó la cabeza de un lado a otro ante el recuerdo, con una risita nada alegre–. Eso sumado a todo lo demás con lo que ya vivía.

–¿Por eso saliste de casa?

–Lo había pensado en muchas ocasiones, pero nunca me atrevía. Hasta que un día, la terapeuta me dijo que nunca iba a mejorar si seguía viviendo con ellos. Porque eran mi principal detonante. Fue… duro. Vivir ahí era horrible. Pero siempre dicen que la familia es lo más importante, y que ellos son los únicos que siempre estarán para ti a pesar de todo… Y cuando alguien externo, un profesional, te reafirma que en tu caso eso no aplica…

Su voz me dejó ver que lo estaba reviviendo mientras pensaba en voz alta y le di un apretón en el hombro. Se aclaró la garganta y continuó:

–Por eso necesitaba con urgencia un lugar para quedarme. Fui tonta al tener esperanza de que podría hablarlo, pero entonces la situación fue a parar a una fuerte discusión de tres contra uno y terminé tomando mis cosas, echándolas a una mochila mientras buscaba dónde pasar la noche. Al inicio pensé en irme con Maya, pero su departamento tiene unas reglas muy estrictas. Así que las primeras dos noches me quedé en un hostal.

Sentí un dolor en el pecho al imaginármela teniendo que quedarse en un hostal. Deseé haberla conocido antes.

–Por suerte –continuó–, una de las vecinas de Maya estaba rentando una habitación y me quedé con ella un par de meses. Estaba totalmente amueblado, así que ni siquiera tuve que ir por

mis muebles a casa de mis padres. Porque sí, me vi en la necesidad de comprar yo misma mis muebles, pero ese es otro asunto –agregó y apreté la mandíbula ante ese hecho–. Pero luego esta chica volvió con su pareja y, bueno, al menos tuvo la amabilidad de darme tiempo para encontrar otro lugar antes de que su novio volviera a instalarse. Mis padres se enteraron y trataron de convencerme de volver a su casa, pero no de la manera buena y bonita que esperarías.

–¿Tienes contacto con ellos?

–Sí, un poco. Solo lo necesario.

Asentí despacio y su cabello me hizo cosquillas en el mentón.

–Así es como terminé tocando tu puerta. Necesitaba con urgencia un lugar antes de que mis padres insistieran más y me viera obligada a decidir volver con ellos o vivir bajo un puente. –Suspiró–. Supongo que eso explica mucho de mí, ¿no? –me preguntó, tratando de sonar divertida, pero lo último que podía hacer con esa información era reír.

Me dieron muchas ganas de abrazarla muy fuerte, darle toda la seguridad y el cariño que no entendía cómo podían no darle, pero temía asustarla.

–Cuéntame algo de ti –pidió luego de un suspiro.

–¿Algo de mí?

–Es lo justo. Yo acabo de abrirme a ti.

Miré al techo. La verdad era que sentía tanta confianza en ella que podría responder a cualquier cosa que me preguntara.

–Pregúntame lo que quieras.

Se lo pensó un momento. Su dedo se despegó de mi pecho y sentí como si una parte de mí se hubiera ido.

–¿Por qué no bebes? Escuché de Miguel el otro día que estás reacio a probar el alcohol.

Era una buena pregunta. Me tomé un segundo para contestar.

–Mi padre era alcohólico, y mi medio hermano murió cuando un ebrio se impactó con su auto. –La sentí ponerse tensa, por lo que la apreté un poco y le acaricié el hombro con el pulgar para hacerle ver que estaba bien–. De hecho, eso último no lo supe hasta que mi padre murió y descubrí que tenía otra familia... Aunque –continué y solté una carcajada ruda–, creo que la otra familia éramos nosotros. Mi madre trabajaba con él y no le importó meterse con un hombre casado. Me lo confesó hasta que él murió y... Bueno, soy un bastardo. Soy el producto de una infidelidad. –Guardé silencio, sin saber cómo continuar–. Siempre quise un hermano, ¿sabes? Me habría gustado conocerlo... Tal vez nos habríamos llevado bien, tal vez no... De todas formas, imaginarás que yo tampoco tengo una buena relación familiar. –Volví a sentirla, pero ahora eran varios dedos los que me recorrían el brazo libre y, si notó que se me erizó la piel, no lo mostró. Me aclaré la garganta y proseguí–: Tengo una sobrina. Esperaba verla en el funeral de mi padre, pero ninguno de ellos acudió.

–¿Entonces nunca los has visto?

Negué con la cabeza.

–Y si lo hiciera, ¿qué le diría? –continué–. No puedo llegar y decirle a una niña: Hola, soy tu tío, tu abuelo era un idiota.

Nunca había hablado de eso con nadie. Oscar y Romeo lo sabían porque habían estado conmigo cuando lo viví, y los demás se fueron enterando poco a poco con el tiempo. Pero nunca me había abierto con alguien de esa manera. Ni siquiera con Melanie, pues ella me forzó a contárselo cuando me negué a presentarle a mi madre.

–¿Entonces… tampoco hablas mucho con tu madre?

Hablando de la reina de Roma…

–Igual que tú. Solo lo necesario. Pero ella tampoco hace mucho por frecuentarnos.

Musitó un sonido de entendimiento y volvimos a quedarnos en silencio.

–¿Sabes…? No me malinterpretes, preferiría que no pasaras por nada de eso, pero… las personas no suelen entender que hay familias que no son como las suyas, que a veces cuidar de ti mismo puede ser alejarte de esas personas... Me alegra saber que alguien me entiende.

De pronto sentí cómo se incorporaba y se apoyaba en un codo para mirarme a la cara. Estaba demasiado oscuro, pero se lograban ver las siluetas y casi se me corta la respiración al tener su cara tan cerca de la mía.

Entonces levantó la mano, como si llevara una copa.

–Por las familias que no son de sangre.

Sonreí de lado e imité su gesto.

–Por las familias que no son de sangre.

Fingimos que chocamos nuestras copas y volvió a recostarse, pegada a mi costado. Pasaron unos segundos en silencio.

–¿Puedo confesarte otra cosa? –preguntó.

–Por supuesto.

–Creo que te estás volviendo mi mejor amigo… Después de Maya, claro. Mi mejor amigo hombre –dijo con las comisuras de los labios elevadas.

Me alegró saber que me consideraba una persona importante para ella. Aunque a una parte de mí no le gustaba del todo las palabras que había utilizado. Decidí ignorar esos pensamientos y me limité a contestar.

–Pues tú eres mi mejor amiga mujer.

–No es cierto. No tienes que mentir. Solo no podía quedarme con eso guardado.

–Hablo en serio. –Y lo era. Debía serlo, eso explicaría todo el cariño que le había tomado.

–En ese caso… –Su voz sonaba tan feliz que me puso feliz a mí–. Brindemos de nuevo por eso.

Fingimos chocar las copas de nuevo. Por nuestra amistad.



19

Etienne

La renuncia de Maya había afectado a Dalia. Le había tomado unos cuantos días reunir el valor para decir en voz alta cómo se sentía, pues se consideraba una mala amiga por tener esos sentimientos encontrados. Pero hablamos al respecto y, pasada una semana, vi como buena señal cuando dejó de sentirse tan mal.

Los ataques de pánico se estaban volviendo cada vez más esporádicos. El insomnio seguía acechando, pero dado que las veces en que volvía más cansada del trabajo caía rendida a los brazos de Morfeo, le sugerí probar si con alguna actividad se cansaría y dormiría más fácil.

Así que la noche anterior nos la habíamos pasado desempolvando sus repisas mientras tomábamos unas tazas de té caliente.

En un perchero improvisado, colgué la bolsa roja brillante que le había visto el primer día. Tenía otra pequeña de color plata con una correa de cadena, pero la que solía usar más era esa de color tan llamativo.

–Tengo una pregunta –dije entre la música de fondo.

–¿Sí?

–¿Por qué roja? ¿Por qué no una bolsa negra, o blanca? Ya sabes, colores que combinan fácilmente con todo.

–Pues, esa bolsa combina siempre conmigo –dijo con una risita, la cual me contagió.

–¿En serio combinas tus accesorios con tu cabello?

–Ese fue un plus muy bueno, pero mira… –Me quitó la bolsa de la mano y la abrió antes de tomar un libro–. También le cabe un libro –dijo con orgullo mientras lo metía. Cabía perfectamente sin acaparar todo el espacio.

Me reí más fuerte.

Claro que Dalia compraría una bolsa porque le cabía un libro. Por supuesto que sí.

Después de regresar cada cosa a su lugar, continuamos con nuestro trabajo. Desde la última vez que había ido por sus pertenencias a casa de sus padres, habíamos tenido que buscar lugar para que cupieran todos los libros. Y, por ende, tardamos más de lo que esperaba en retirar, limpiar y reacomodar. Sin embargo, me fue inevitable sentirme feliz cuando se acostó y se quedó

dormida a los pocos minutos.

No se lo iba a decir, pero al inicio me había costado un poco seguirle el ritmo. A pesar de que no solía dormir muy temprano, si estaba durmiendo un poco menos desde su llegada. Pero se había convertido en mi amiga, me importaba y estaría para ella cada vez que me necesitara.

A la mañana siguiente, mientras la escuchaba hacer sus cosas cantando por la casa, pasé un rato buscando en internet más consejos para personas con ansiedad.

En la pantalla de mi computadora aparecía pestaña tras pestaña, con información desde lo más general a lo más detallado. Llegué a una plataforma en la que las personas dejaban recomendaciones, cosas que habían descubierto con la experiencia. No a todos les funcionaba lo mismo, pero valía la pena intentar.

Un chico había dejado un comentario sobre que había descubierto que la oscuridad completa le aumentaba el insomnio, así que había colocado una luz de noche en su habitación y la encendía antes de irse a dormir. Y una mujer le había contestado que ella dejaba la luz de la habitación encendida, tratando de engañar a su mente, mientras se recostaba a usar el móvil como si fuera de día, hasta quedarse dormida.

Dalia siempre apagaba todo. No sabía si ya lo habría intentado alguna vez, pero sería bueno probar.

Escuché un grito agudo desde alguna parte de la casa.

Reí, me levanté y me asomé por mi puerta.

–Si tanto te gusta cantar, ¿por qué no vas a clases de canto? –hablé alzando la voz, para que me escuchara donde estuviera.

–¡Canto con sentimiento! ¡Eso es lo importante! –gritó desde la parte trasera.

Me reí. La verdad era que me había acostumbrado a escucharla por la casa.

Seguí navegando por internet y buscando opciones entre la variedad de luces de noche, aunque todas eran sencillas o infantiles y ninguna me gustaba para ella, hasta que apareció una notificación de un mensaje de Romeo en mi celular.

Lo desbloqueé y lo leí.

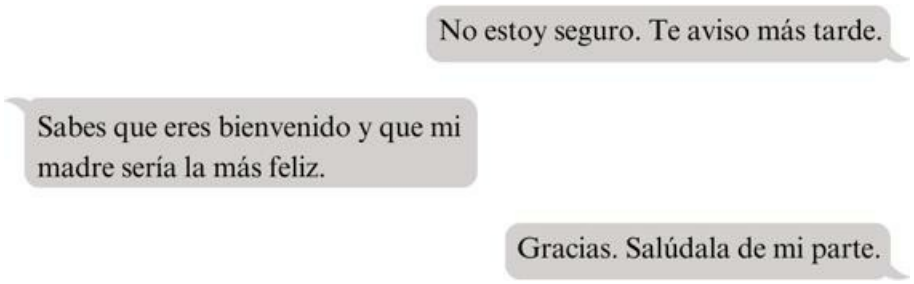


Suspiré. Había estado posponiendo esa charla.

Hacía años que no me reunía en Nochebuena o Navidad con mi madre.

Al inicio iba con la familia de Oscar, pero luego comenzó a ir con la familia de Sara. Por lo tanto, los últimos dos años había pasado esas fechas en casa de Romeo. Era divertido y acogedor, sobre todo cuando su madre bromeaba con que ojalá yo fuera su hijo, pero le había tocado uno diferente, antes de hacer un gesto hacia su hijo menor, quien fingía un drama antes de olvidarlo y clavarse el puré de papa.

Alcé la cabeza y presté atención. Escuché de nuevo esa voz desafinada cantando con emoción. Me pregunté si era consciente de que los vecinos también la escuchaban.



Dejé el celular y me pasé una mano por el pelo. Volví la vista a pantalla, a la fecha en la parte inferior. Faltaban dos semanas para Nochebuena. No era una fecha que esperara con ansias, así que no me había dado cuenta de que se iba acercando. Suspiré.

Cerré todas las pestañas y apagué la computadora. Me levanté, estiré la espalda y fui con Dalia.

El día estaba soleado y hacía un buen clima. Y encontré a mi *roomie* midiendo los espacios con su cinta métrica.

–¿Qué estás haciendo?

–Encontré un mueble en oferta y quiero ver si cabe aquí donde hay techo. Ayudaría mucho para que no estemos cargando y moviendo cosas dentro y fuera de la casa. También estaba pensando en que podríamos pintar –comentó, señalando las paredes grises–. Podríamos hacer que este espacio se vea más bonito.

Vaya.

–De hecho, me parece buena idea –acepté–. Nunca le he prestado atención a esta parte de la casa.

Siguió mirando cada espacio y pared, como visualizando el resultado. Y me gustó el hecho de que se involucrara hasta ese grado en nuestra casa. Desde que había llegado, poco a poco la había hecho más acogedora y más como, bueno, un hogar.

–Oye, emm… –Me debatí cómo formular la pregunta–. ¿Tienes planes para Navidad?

Cerró la cinta y jugueteó con ella entre sus manos.

–No, ninguno.

–Creí que tal vez, dado que es una fecha, ya sabes… familiar… –Miré hacia sus manos, que no dejaban de pasarse la cinta una a la otra–. No sé, tal vez ese día sí quieras ir con tu familia.

–Hace unos días me habló mi hermana. Cada año, el plan es ir a casa de mi abuela, donde se reúnen todos los tíos y primos. Pero vive como a cinco horas en auto de aquí. Y me preguntó si iba a dejar mi *chiflazón* para ir con nuestra familia –dijo alzando la cara hacia mí, con voz indignada.

–Algo me dice que dijiste que no –adiviné.

–El año pasado montamos toda una escena, terminé teniendo un ataque de pánico y mis padres, en frente de todos, me regañaron por arruinar el ambiente.

Cerré los ojos con fuerza. No quería ni imaginármelo.

–Sí… –agregó– le dije que no. Extrañaré a mi abuela. Me llevo mejor con mi familia de allá, pero prefiero ir a verlos después por mi cuenta.

–Entiendo.

–¿Y tú? ¿Irás con tu madre?

–Mi madre va a fiestas con sus amigos. Me invitó los primeros años, cuando aún nos llevábamos medianamente bien, pero se rindió cuando se dio cuenta de que no me interesaba. Y creo que, de hecho, se alegró de no tener que llevar a alguien que la regañe por beber de más.

–Vaya. –Me encogí de hombros–. ¿Entonces no tienes planes?

Recordé los mensajes de hacía un momento. Podría decir que sí. Podría ir con la familia de mis amigos.

Si quería.

Negué con la cabeza.

–¿Te gustaría que hiciéramos algo aquí nosotros? Puede ser algo sencillo, solo para pasarlo juntos.

Dudó un segundo, balanceando sus brazos de un lado a otro.

–¿Qué quieres de regalo? –preguntó, reprimiendo una sonrisa, y fue suficiente para mí.



Dalia

El sonido de la lluvia hacía que me sintiera cada vez más relajada, y conversar con Etienne a altas horas de la noche, tendidos uno junto al otro, se había convertido en mi momento favorito del día.

–¿Y por qué no? Harían linda pareja –pregunté, fingiendo seriedad.

Lanzó una carcajada.

–Y le pediría el divorcio al mes.

Me reí, imaginando la situación. Miguel cumpliendo cuarenta años, camino a su boda con Etienne.

–Pero podrían hacerse compañía. Quién sabe, tal vez sea más responsable para entonces.

–Créeme que todos esperamos el día en que deje de actuar como un adolescente –aseguró entre risas, las cuales hicieron que me sacudiera un poco, ya que me tenía rodeada con un brazo–. Pero no. No quiero casarme, mucho menos con él.

–¿No quieres casarte nunca? –pregunté.

Negó con la cabeza y emitió un sonido de negación.

–No está en mis planes. Quiero decir, claro que me veo viviendo en pareja, pero el asunto del matrimonio… –dudó un momento–. No me interesa. Paso.

Miré el techo un segundo, pensando en su respuesta.

–Bueno, supongo que está bien. Ya hay muchas parejas en unión libre… Yo sí quisiera casarme. –Guardó silencio y noté su cuerpo tensarse–. Si es que algún día siento que quiero estar con alguien, claro.

Y ahí estaba el problema. A esas horas, era más difícil fingir con él. Y mientras más pasaba el tiempo, incluso olvidaba intentarlo. Había pasado años cuidándome, siendo selectiva con lo que les contaba a los demás para que no tuvieran armas para hacerme daño. Pero luego estaba Etienne, que de alguna forma lograba que me abriera, a veces sin darme cuenta. Aunque podría simplemente dejar de tener esas noches de pláticas con él, no quería hacerlo. Porque una parte de mí se sentía aliviada.

–Bueno… –Me aclaré la garganta–. Yo te cuento que a Maya le propusieron matrimonio una vez en el bar –dije, tratando de aligerar el ambiente.

–¿Cómo? –preguntó, curioso y con el eco de una risa.

–De verdad. –Asentí, riéndome un poco al recordar–. Un ebrio se arrodilló y usó la ficha de una lata como anillo.

–No puede ser.

–Lo peor es que iba con su prometida real.

Compartimos una carcajada y sentí cómo la incomodidad se disipaba.

–Necesito pasarme más seguido por tu trabajo.

A pesar de que no era mi trabajo ideal, el Linz era un lugar que te dejaba infinidad de anécdotas. Maya y yo compartíamos muchas… Aunque eso se había acabado.

–¿Extrañas tenerla por ahí? –preguntó serio, leyéndome el pensamiento.

–Mucho –confesé.

Me abrazó más fuerte, hasta que pude escuchar los latidos de su corazón. Desde hacía tiempo que los notaba algo alterados y me preguntaba a qué se debía.

–Me pasaré por ahí más seguido.

–Claro que no lo harás –dije.

–De verdad. ¿A quién de tus compañeras podría pedirle matrimonio?

Solté la enésima carcajada de la noche.

–Por favor, no pongas un pie en mi trabajo.

Nos seguimos riendo juntos, hasta que depositó un corto beso en mi frente y me hizo congelarme.

–¿Por qué hiciste eso? –pregunté, de pronto aterrada.

–Disculpa, no quería molestarte. No era mi intención… Perdón –habló con tono preocupado. Su cuerpo se tensó.

–No. Está bien. No hay problema.

Salvo que ese pequeño gesto había hecho que algo en mi interior se removiera.



20

Dalia

Preparé un coctel para una mujer de cabello negro largo y lacio. Me giré para entregárselo, pero cuando volteé y encontré a un hombre mirando hacia su celular, con un mechón de cabello castaño cayéndole por la frente, parpadeé.

–Por acá –me llamó la mujer, alzando la mano llena de pulseras tintineantes.

Caminé hacia ella, ahora ubicada al otro extremo de la barra, y le entregué su bebida. Luego regresé hacia el hombre, que ahora me miraba atento.

–¿Me puede dar un *whisky* bien cargado?

–Tú no bebes alcohol –le dije, cruzándome de brazos–. ¿Qué haces aquí?

–¿Una persona no puede venir a visitar a su mejor amiga al trabajo?

Entrecerré los ojos, evaluando su respuesta.

–De acuerdo, pero si no pides nada y se dan cuenta, pueden pedirte que te vayas.

Se giró hacia un lado, luego al otro.

–Cuídame el asiento –me pidió, antes de levantarse hacia un chico y hablarle al oído. El chico asintió y murmuró algo. Luego lo vi regresar y sentarse donde estaba–. Pediré un manhattan.

Alcé las cejas.

–¿Un manhattan?

–Sí, por favor, señorita –afirmó, apoyando los brazos cruzados sobre la barra.

–Ni siquiera sabes lo que es.

–No, pero mi desconocido amigo sí –respondió con aire inocente.

Aunque con duda, lo preparé mientras lo veía esperarme, tamborileando los dedos en la barra de un negro brillante. Se lo puse en frente y me crucé de brazos, expectante.

Lo tomó y se lo pasó al chico de antes, que le agradeció alzando su bebida gratis.

–¿Es en serio?

–¿Ahora una persona no puede invitarles tragos a desconocidos? ¿Acaso es un crimen?

–Bueno, en otro contexto sí podría ser cuestionable.

–Dijiste que tenía que pedir algo para que no me corran de aquí.

–No me refería a que malgastaras tu dinero así.

–Si ese es el costo para verte, lo aceptaré.

Sonó tan seguro, que algo en mi garganta se atoró y tuve que aclarármela.

–Pues… es tu decisión. –Me encogí de hombros y me retiré para limpiar unas copas.



Etienne

La casa de Oscar y Sara tenía una sala espaciosa y un patio genial para reunirnos, lo cual nos venía bien si queríamos tomar un poco de aire o si preferíamos resguardarnos cuando las temperaturas eran extremas.

Definitivamente, iba a ser nuestro nuevo punto de reunión.

Era la primera vez que nos veíamos tan temprano. Pero luego de que les recordara los horarios de Dalia y Maya, mis amigos cambiaron la hora y nos reunimos al mediodía para tener nuestra comida navideña. Aunque, al igual que los planes que hacíamos cada año días antes de las fiestas, era más que nada simbólica, porque de navideña no tenía nada.

Dalia no había estado del todo segura acerca de la invitación, pero había visto cómo había congeniado con mis amigos, sobre todo con Sara. Quería integrarla más al grupo y entre Maya y yo la convencimos. Y aunque seguía a la defensiva durante el camino, segura de que no era buena idea, se le pasó en cuanto conoció a Nilo. Lo acarició entre las orejas con alegría, el perro le dio un lametazo en el dorso de la mano mientras agitaba la cola, y parecieron hacerse amigos.

El invierno estaba a punto de comenzar, pero ese día hacía un sol cálido y un viento agradable; así que terminamos todos sentados alrededor dos mesas acomodadas una junto a la otra en su patio.

Y Mónica, después de meses, había aparecido. Miguel no perdió la oportunidad para recordárselo.

–Hasta que somos dignos de tu presencia.

–¿Me extrañaste? –Lo miró con expresión enternecida.

–Claro. Ninguno de estos bobos me hace segunda en mis mejores ideas.

Mónica se rio y yo me llevé la mano a la frente, cerrando los ojos ante ese detalle que ya había olvidado.

–Pues he vuelto, bebé –alzó la mano y chocó los cinco con un Miguel emocionado.

–¿Qué opinará tu novia al respecto? –preguntó Nadia.

No era secreto que, a pesar de que la convivencia siempre funcionaba, ella no era precisamente su fan número uno.

–Ah, se acabó –respondió con tono despreocupado.

–¿De verdad? –preguntó, un tanto emocionada antes de cambiar su tono–. ¿En serio? ¿Estás bien?

–Sí. De hecho, creo que lo nuestro debió terminar mucho antes. –Se encogió de hombros–. Lo forcé demasiado, pero no funcionó.

–Lamento tu ruptura, pero verás que… –comencé a decir.

–Me alegro por ti.

Reprimí una carcajada.

–¡Nadia! –escuché que la reprendieron.

–¿Qué? Hizo lo mejor al terminar esa relación. Siempre dije que no me daba buena espina –dijo con tono despreocupado y tomó una papa frita–. No tengo nada en contra de ella, y fue una buena aliada cuando Miguel y tú querían hacer un reto de beber en *casa de mi suegra* –le recalcó, intercambiando una mirada con Romeo, que asintió–. Pero era demasiado controladora. Así que no, no me parecía buena para ti –concluyó, dirigiéndose a ella de forma fraternal.

–Sí… Debí hacerte caso –acordó.

–En fin. Vamos a celebrar que estás de vuelta… Y no, Mónica y Miguel, no iremos a comprar una botella, par de alcohólicos.

Se escucharon carcajadas.

Me giré hacia Dalia. La vi tomar una de sus papas a la francesa, cubiertas con demasiada salsa de tomate. No había hablado mucho, y por momentos hablaba en voz baja con Maya al extremo de la mesa, pero la veía atenta a la conversación y se le veía a gusto, sobre todo con Nilo yendo con ella cada diez minutos. Lo tomaría como buena señal.

–Maya –escuché a Sara llamarla–. Dalia nos contó que ahora trabajas como enfermera.

–Oh, sí. Logré entrar al hospital de zona. Es muy agotador, y ves… de todo –hablaba con entusiasmo, gesticulando–. Pero me encanta. No pensé que pudiera gustarme limpiar la sangre de una persona herida, o inyectar a alguien para que deje de vomitar, pero me da una especie de… satisfacción cuando se van y me doy cuenta de que hice algo para ayudarlos a estar mejor.

–Me parece hermoso ese trabajo –dijo Sara, solemne–. Yo no creo que pudiera, posiblemente me desmayaría solo de ver la sangre, así que… mis respetos para ti.

Maya le agradeció con una sonrisa sincera, llevándose una mano al pecho. Nadie pareció percatarse, pues estaba encogida en su silla, fuera de la visión de los demás, pero pude ver que Dalia pensaba algo. O, más bien, mucho. La conocía bien y sabía que debía hacer algo, rápido.



Dalia

–Dalia, ¿me acompañas un momento a la cocina? –preguntó en voz baja, de pronto agachado junto a mí.

–¿Eh? –Lo miré confundida.

–Ven conmigo un momento, ¿sí?

Dudé. No quería estar ahí, pero tampoco podía moverme. Estábamos al aire libre, ¿a dónde se estaba yendo el oxígeno?

Me tomó de un codo para impulsarme despacio hacia arriba. Sin entender por qué necesitaría mi ayuda, y sin saber si podría ayudarlo, apoyé la mano libre, y temblorosa, en el reposabrazos de la silla y me levanté.

–¿Van a la cocina? –preguntó Oscar–. ¿Pueden traer más servilletas?

–Claro –lo escuché responder, mientras ponía una mano en mi cintura para conducirme a la cocina.

Atravesamos la puerta, la sala y doblamos a la derecha hasta el fondo de la cocina, donde me soltó. Extrañé sentir ese soporte al instante. Dejé caer la cadera en la cubierta, apoyando las manos en esta a cada lado de mi cuerpo.

–Respira profundo, ¿sí? Inhala… –Se puso justo frente a mí y me hizo verlo tomar aire. Lo imité–. Ahora exhala. –Soltamos el aire–. Bien.

Respiramos así unas cuantas veces más.

Seguía con las manos apoyadas en la cubierta, pero con menos fuerza. No sentí que fuera a entrar en crisis como otras veces, pero sí se removió algo en mi interior por la conversación de hacía un momento.

Ni siquiera me di cuenta de que tenía la mirada hacia el piso hasta que sentí una mano en el mentón, tirando con suavidad hasta que vi unos ojos verdes fijos en mí.

–¿Te sientes más tranquila?

Su preocupación hizo que me diera un vuelco al corazón.

–Sí…, gracias.

–Aquí no hay té. ¿Hay otra cosa que pueda ayudar?

Las ganas de llorar se habían ido, pero ahora quería hacerlo por la emoción al escuchar su voz dulce, al ver su mirada amable preocupada por mí.

En definitiva, mi mente estaba un poco desconectada, porque no me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que noté mi propia mano acunar el rostro de Etienne.

Desvió la mirada un segundo hacia mi mano antes de regresar a mis ojos. Su nuez de Adán se movió arriba y abajo.

–Eh… –musité, nerviosa.

Iba a bajar la mano, pero él me detuvo poniendo la suya sobre la mía.

–Está bien –me dijo serio, pero con el fantasma de una sonrisa en sus labios.

–¿Cómo…? –Miré a mi alrededor y escuché las voces a lo lejos–. ¿Cómo supiste?

–Te conozco, querida *roomie*.

Me dio una sonrisa amable mientras acariciaba mi mano con delicadeza con el pulgar.

Odié que tuviera razón. Me conocía bien. Me había ayudado a evitar el ponerme a llorar frente a sus amigos. Y odié que me gustara eso.

Estaba muy cerca de mí. Inhalé de nuevo y sentí el aroma a menta. Cerré los ojos, deleitándome con ese olor ya tan familiar.

Abrí los ojos y lo vi aún atento a mí.

Pensé que lo mejor era apartar la vista de sus ojos, pero cometí un error al bajar la mirada y encontrar sus labios ligeramente entreabiertos. ¿Cómo unos labios podían ser tan delicados y carnosos a la vez? Tal vez solo era una ilusión óptica. ¿Cómo sería al besarlos…? Mecí la cabeza.

Olvidé que me estaba mirando.

–¿Qué sucede? –susurró. Su voz sonó un poco más ronca de lo usual y maldije a mi interior por sentir algo que no debería.

–Nada.

Cambié el peso de mi cuerpo de una pierna a la otra.

–¿Segura que estás bien? Te veo algo nerviosa.

Seguía hablando en voz baja y me miraba de una manera tan intensa que me hizo acercarme más a él. Despacio, me incliné hacia arriba, intercalando mi mirada de sus ojos a sus labios, los cuales se relamió de forma distraída.

Cerró los ojos y sentí su aliento al suspirar.

Y entonces dio un paso atrás.

–Creo… que deberías ir a descansar.

¿Qué?

–¿Descansar?

–No te sientes bien. Vayamos a casa.

Seguía sosteniendo mi mano con la suya, pero ahora colgaban entre nuestros cuerpos de forma juguetona.

–Pero… No. No, estoy bien.

Ya ni siquiera recordaba qué me había hecho ir a la cocina.

–Creo que está claro que no. –Esbozó una sonrisa extraña, apenada.

–Pero…

–¡Hey!

Escuchamos a Oscar acercarse y nos soltamos de inmediato.

–¿Qué pasó con las servilletas? –preguntó distraído, dándonos la espalda para sacar el paquete de una puertecita bajo el microondas.

–Ya íbamos a eso –contestó Etienne–. ¿Verdad? –me preguntó.

–Eh, sí. Sí.

Traté de espabilarme y recordar dónde me encontraba.



21

Dalia

Saben lo difícil que es encontrar un pino dos semanas antes de Navidad? Se los diré: mucho. Claro que venden todavía en muchas tiendas, pero suben demasiado los precios. Al final compramos uno artificial a un hombre con un puesto a la orilla de la carretera. Y con la diferencia de precio nos alcanzó también para comprar otras decoraciones para la casa.

Al inicio nuestro espíritu navideño era muy bajo. Ninguno de los dos estaba muy contento por esas fechas, sino que era más un intento de mantener nuestra dignidad. Pero conforme pasaban los días, ambos nos fuimos emocionando poco a poco.

Decoramos juntos el árbol, peleando contra las tiras de luces que no dejaban de enredarse y debatiendo sobre cómo se colocaban los rollos de tela (al final optamos por no ponerlos y hacer moños para decorar las sillas del comedor). Compramos manteles rojos con orillas blancas que simulaban nieve y colgamos unas pequeñas botas rojas con nuestros nombres en la cortina junto al árbol de Navidad. Fueron hechas a mano y se hizo lo mejor que se pudo.

Unos días antes de que llegara el día, lo vi acercarse a encender las luces que colgaban por las paredes y entre las ramas del pino. Luego se agachó hacia el tapete y dejó algo. Se retiró sin decir nada, y me asomé. Ahora que sabía que él escuchaba cada paso que daba, traté de avanzar despacio y en silencio hasta poder verlo de cerca. Había una caja cuadrada envuelta en papel de regalo, y la etiqueta decía mi nombre.

Reprimí un gritito. Hacía mucho que no me emocionaba por la Navidad, pero me intrigaba mucho qué era lo que había decidido regalarme. Y el hecho de imaginármelo pensando en opciones, en lo que me gustaría o lo que necesito, me calentó un poco el corazón.

Regresé en silencio, me encerré en mi habitación y me dispuse a envolver su regalo. Me había comentado que de niño siempre quiso sets de bloques para armar, pero nunca los tuvo; así que le compré uno para armar una nave que sale en unas películas que le gustan. Películas que, por cierto, me había comprometido a ver con él luego de dejarme perder una tonta apuesta. Había valido la pena, acepté mi derrota, pero conseguí una tarde de descanso.

Abrí mi puerta, me asomé por la suya y lo encontré atento a una partida de un videojuego. Con pasos suaves, llevé el regalo hacia su lugar junto al mío. Me detuve un momento para

admirarlos, iluminados por las luces blancas, y deseé que llegara el día.



El 24 de diciembre Etienne trabajó mediodía. Al parecer tenía que dejar todo listo para salir de vacaciones y regresar después de Año Nuevo. Raúl nos avisó que el restaurante permanecería abierto, pero no era necesario que hubiera tanto personal en el lado del bar. Temí por un momento, ya que yo era la *bartender*, pero sentí un gran alivio cuando escuché que alguien más se apuntaba para ocupar mi puesto. Agradecí internamente la semana de capacitación forzada que Raúl me hizo impartir meses atrás.

Así que esperé a mi *roomie* y juntos cocinamos el plato fuerte, con el que la mitad del tiempo estuvimos pegados a la pantalla del celular siguiendo la receta, pero se veía bastante bien; las guarniciones, que nos parecía mucho para dos personas, pero queríamos hacer todo bien y completo; y un postre que, si lo demás resultaba saber mal, eso nos mantendría orgullosos.

Terminamos al anochecer. Me senté y respiré hondo, algo cansada.

–Es hora de que tomemos un baño y nos arreglemos –dijo.

–Un sí definitivo al baño, pero ¿tenemos que arreglarnos? Solo somos nosotros dos.

Se lo pensó un segundo, ladeando la cabeza.

–¿Te apetece estar en pijamas?

–Tú ni siquiera tienes pijamas –me reí.

–Para tu información –dijo, levantando un dedo–, me compré una.

Abrí la boca y me llevé la mano al pecho con exageración.

–¿Quién eres y qué hiciste con mi *roomie* que no sabe vestirse?

–Ja, ja –respondió irónico–. Algo me decía que querrías estar en pijama hoy, así que me preparé para la ocasión.

Entorné los ojos.

–Ahora me llamas floja.

–Anda, ve a bañarte. –Se rio–. Luego sigo yo.

Me levanté, tomé un conjunto de pijama rojo con negro y me relajé bajo el agua caliente.

Al salir, escuché música navideña de fondo.

–Para entrar en ambiente –aclaró, mientras se dirigía al baño con su ropa oculta a propósito con la toalla.

Un cuarto de hora después, abrió la puerta y lo miré indignada por un momento. Había hecho trampa y se había afeitado y acomodado el cabello, mientras que yo sí parecía que estuviera por irme a dormir. Pero luego noté que vestía su nueva
pijama, con un patrón de cuadros de tonos rojos, y una playera gruesa de manga larga de un rojo oscuro. Se veía muy tierno.

–¿Qué te parece?

–Apropiado para la ocasión –respondí con un asentimiento, dando mi aprobación.

Llenamos la mesa de comida como para el triple de personas y probamos de todo hasta hartarnos. La música de fondo seguía sonando, aunque hacía rato que la lista de reproducción navideña había terminado. Moví la cabeza al ritmo de la canción mientras me terminaba mi porción de postre. Luego dejé el pequeño plato de vidrio y me recargué en el respaldo de la silla justo cuando siguió una algo lenta. No me había sentido tan cómoda ni feliz ni… tranquila, en

mucho tiempo.

–¿Quieres bailar? –escuché de pronto.

Etienne se inclinó hacia mí, con la mano extendida.

–Lo mío es cantar, no bailar.

Sonrió de lado con las cejas arqueadas y meneó la cabeza mientras contestaba:

–Estoy seguro de que eso no puede ser cierto.

Lancé una carcajada.

Movió la mano, insistiendo.

–¿De verdad?

–¿Por qué no? –respondió con esa sonrisa inocente que lo hacía ver más lindo.

–Está bien –acepté, posando mi mano sobre la suya.

Lo seguí cuando nos hizo levantarnos y me llevó a la sala, donde la música se escuchaba mejor. Nos colocamos uno frente a otro y poso con delicadeza sus manos en mi cintura.

Una corriente me recorrió y parpadeé.

Me aclaré la garganta y puse una sonrisa mientras posaba mis manos alrededor de su cuello. Bailamos despacio, moviéndonos de un lado a otro. Bajó la mirada y me pareció ver que sus mejillas tomaban un color rosado. Hacían como diez grados Celsius, así que no podía ser el calor. Seguro era la iluminación, no podía haber otra razón.

–¿En qué piensas, querida *roomie*?

Estábamos tan cerca que sentí su aliento en mi oreja.

Tomé un respiro largo, pero entonces sentí su aroma a menta.

–Eh… pues, la verdad es que esta está siendo la mejor Navidad que he tenido desde hace mucho tiempo.

Me miró a los ojos y sonrió con tal calidez y felicidad que me hizo desviar la vista hacia el árbol en la esquina de la sala. Perdí la coordinación por un momento y por poco lo pisaba, pero si se dio cuenta, no dijo nada.

–También lo es para mí.

¿Por qué no dejaba de mirarme? Entonces me di cuenta de algo. ¿Por qué yo no dejaba de mirarlo?

De pronto separó una de sus manos para tomar una de las mías y, de un momento a otro, me hizo dar una vuelta. Las puntas de mi cabello revolotearon y le hicieron cosquillas en los labios. Hizo un gesto gracioso, lo cual me sacó una risa que se le contagió.

Afuera, se escucharon voces emocionadas a lo lejos y se vieron destellos a través de la cortina. Al parecer, una familia vecina había salido a encender luces de bengala con sus hijos. Etienne revisó la hora.

–Feliz Navidad, querida *roomie*.

–Feliz Navidad, querido *roomie* –respondí, imitándolo.

Nos dimos un abrazo que, tal vez, duró un poco más de lo normal. Volvimos a bailar como hacía unos segundos, pero habíamos quedado más cerca. Sentí cómo me rodeaba la cintura con sus antebrazos y mis codos descansaron en sus hombros. De un momento a otro había dejado de escuchar la música, ni siquiera sabía si seguía sonando una canción lenta, ya que su aroma no me dejaba pensar en otra cosa.

–Gracias –dijo en medio de una risita–, me alegra que te guste.

Abrí mucho los ojos y me quedé quieta.

–Sí… Creo que pensaste en voz alta –agregó, reprimiendo una sonrisa.

Se detuvo también y yo hundí la cara en la curva de su cuello, sumida en la vergüenza que

me hizo sentir la cara caliente. Debía estar roja. Volvió a soltar una risita, pero no sonaba a burla, sino… diferente. Simplemente, feliz.

–Oye, Dalia…

Levanté la cabeza y me encontré con sus ojos, que en esos momentos se veían color miel.

–¿Sí?

Estábamos muy cerca. Me examinó la cara y vi su nuez de Adán moverse de arriba abajo.

–Yo… eh… Tengo algo que decirte.

Posó su vista en mis labios unos segundos y se me cortó la respiración.

–¿Sí? –pregunté, mirándolo sin aliento.

–Dalia, tú me…

–¿Te quedó espacio para la segunda ronda de postre? –interrumpí rápido.

Me separé y me encaminé hacia la cocina. Tomé un cuchillo pastelero y partí dos rebanadas de pastel de queso sin esperar su respuesta.

–Gracias –dijo cuando le tendí su rebanada.

–De nada.

Me senté frente a él, saboreando el caramelo y las chispas de chocolate sobre el queso.

–Nos quedó muy rico –dije, señalando el postre con el tenedor.

Con la vista en el postre, tomando un bocado con el cubierto, soltó por lo bajo una mezcla de risa y bufido.

–Sí. En realidad, diría que toda la cena fue un éxito.

–Concuerdo totalmente. –Asentí, llevándome otro bocado delicioso a la boca–. Hacemos un buen equipo.

Me sonrió, con un gesto parecido a la ternura.

–Sí. Lo somos.

Etienne

Ese momento mientras bailábamos me había hecho latir fuerte el corazón y sentir calientes las mejillas, pero ver a Dalia abrir su regalo como una niña recibiendo juguetes fue lo mejor de la noche. Ver esa expresión de emoción mientras rompía el papel, y luego mientras veía su regalo, con asombro y felicidad, sonriendo muy grande y con los ojos brillando.

–¿Te gusta?

–¡Por supuesto que sí! –exclamó–. Es hermosa.

Abrazó la caja por completo y extrajo una lámpara esférica en forma de luna, meciéndose con emoción de un lado a otro.

Solté una risita.

–Ahora abre el tuyo –ordenó, aún con una sonrisa, aferrada a su nueva luna.

Había olvidado que tenía un regalo para mí, habría podido verla así de feliz por más tiempo y sería mejor que cualquier regalo. De haber sabido, le habría dado más regalos.

Nos encontrábamos sentados con las piernas cruzadas sobre la alfombra que, por cierto, Dalia compró una semana antes mientras buscábamos decoraciones para esa noche. Había ido a revisar el precio de unas esferas y apareció de pronto en el pasillo, con una sonrisa divertida, cargando una alfombra que tenía pequeños unicornios por aquí y por allá. La colocamos en la sala al llegar. Y a pesar de que no combinaba para nada, lucía como si ese siempre hubiera sido su lugar.

Tal vez sí lo era.

Quité despacio el envoltorio y, confundido, fruncí un poco el ceño cuando la giré y me llegó un ruido como de cosas cayendo. Terminé de retirar el papel y abrí mucho la boca mientras echaba el papel a un lado.

–No es cierto… –Pero sí lo era, lo tenía en mis manos.

–¿Te gusta?

–¿Que si…? –Le di la vuelta a la caja, inspeccionando por si era alguna broma–. Dalia, no me esperaba esto.

–Dijiste que siempre quisiste de esas cosas.

–De esas cosas… –murmuré, meciendo la cabeza con una risita incrédula–. Pues me diste *la mejor* de *esas cosas*.

–¿Entonces sí te gustó? –preguntó sonriendo, y vi en su expresión que sabía perfectamente la respuesta.

–Mucho.

–Qué bueno. Aunque ahora creo que me puse la vara muy alta. ¿Cómo te sentirás cuando te regale otras menos…?

–¿Qué dices? –la corté–. ¿Cómo que otras?

–Pues sí. Me gustaría ayudarte a que tengas tu colección de figuras de bloques –dijo con tranquilidad mientras se abrazaba las piernas frente a ella con aire distraído y alegre–. ¡Oh! Podríamos montar repisas, como las mías, pero las tuyas tendrían figuras en vez de libros. Pero tendrás que esperar hasta tu cumpleaños para el siguiente, ¿eh?

Iba a explotar. Sentía tanto en ese momento que algo en mi pecho iba a estallar.

Y entonces me fue imposible mentirme a mí mismo. No dejaba de mirarme, seguramente orgullosa de sí misma por haber atinado con el regalo. Se veía tan tierna y hermosa en esa pijama navideña, con su cabello suelto del mismo color de su blusa, haciendo suaves ondas al caer en sus hombros. Me miraba sin saber que le estaba dando un regalo a mí yo adulto, pero también al niño que fui.

De acuerdo. Tal vez había competencia para el mejor momento de la noche. Pero el patrón era algo… alguien.

Alejé la vista cuando me fue imposible sostenerle la mirada sin sentir la necesidad de abrazarla muy fuerte. Mecí la cabeza con una risa muda.

Una hora después, habíamos guardado toda la comida, apagado las luces y la música, y nos preparábamos para ir a dormir.

–Oye… –me habló–. Me siento muy bien, pero no quisiera que el insomnio me vaya a hacer una mala jugada y lo arruine. ¿Podrías… ya sabes… quedarte conmigo solo por si acaso?

Su tono era algo nervioso, apenado.

–Oh, claro –respondí de inmediato–. No hay problema.

–Solo es por… precaución. Es un buen día y no quiero arriesgarlo.

No sabía mentir.

No me importó.

–No, tienes razón. Mejor asegurarse.

Minutos después, rodeó la cama para acostarse en su lado, el cual había reclamado desde el inicio. Y una vez cubiertos por las colchas, acostados de lado de manera que podíamos mirarnos, la escuché hablar con voz suave:

–Feliz Navidad, Etienne –dijo de nuevo.

–Feliz Navidad, Dalia.

Y por primera vez, de verdad lo era.



22

Dalia

Admiré de nuevo la luna llena sobre el soporte elegante en mi mesita de noche. Era muy linda y emitía una agradable y tenue luz cálida. Por eso, mientras conversábamos y nos conocíamos mejor, ahora podía distinguir sus expresiones y él, las mías.

–¿Cuál ha sido tu momento más vergonzoso? –me preguntó y me miró con expresión divertida.

–Veamos… –Lo pensé por un momento–. Hace un par de años, fui al centro comercial a comprar el regalo de cumpleaños de Maya, así que fui sola. Estaba usando un pantalón beis que me quedaba hermoso y yo me sentía bonita; ya sabes, era de esos momentos en los que tienes el autoestima en el cielo. –Sonreí ante esa parte del recuerdo–. Entonces noté que las personas me miraban y yo pensé: claro, es que hoy voy bien vestida. Pero luego, una chica se acercó a mí y me dijo en voz baja… Amiga, no sé si ya lo sepas, pero estás manchada.

Hice una pausa, pero Etienne pareció no entender del todo.

–Me había llegado la regla y tenía una gran mancha roja en mi pantalón de color claro –aclaré.

Abrió mucho los ojos.

–Nooo.

Asentí con la cabeza con dramatismo.

–Oh, sí. Me puse roja como un tomate. La chica me ofreció una toalla sanitaria, pero no tenía manera de cambiarme de ropa y ya había gastado mi dinero en el regalo.

–¿Y qué hiciste?

–Le acepté la toalla y medio corrí al baño. Estaba lejos del más cercano, así que avancé entre la gente que me observaba con lástima o con morbo. Fue una sensación horrible. Le llamé a Maya para que fuera a casa de mis padres por ropa y me la llevara, pero estaba ocupada. Pasé hora y media encerrada en un cubículo del baño, esperando a que llegara con ropa limpia.

–No puede ser. ¿Y no sabías que te llegaba en esos días? Creía que las mujeres tenían una especie de… ¿registro? sobre eso.

–Siempre fui un poco irregular, pero esa vez mi cuerpo ignoró por completo las fases del

periodo. No me lo esperaba para nada.

–¿Y ya no te volvió a pasar?

–Sí, pero al menos fue estando en casa. Decidí que lo mejor era comentarlo con la que ahora es mi ginecóloga y me recetó píldoras anticonceptivas, porque también sirven para regular el periodo. Y desde entonces las tomo.

–Vaya.

–¿Cuál es tu momento más vergonzoso?

–De hecho, no fue hace mucho –respondió entre risas–. Cuando fuimos a la playa como despedida de soltero de Oscar. Todo estaba bien, dormimos durante la mayor parte del viaje y literalmente salimos corriendo del hotel hacia la playa.

–Debieron parecer unos niños –comenté divertida, imaginándomelos.

–Seguro que sí –acordó–. Como no me puse protector solar antes de salir del hotel y, honestamente, se nos olvidó hacerlo antes, me llevé el bote. Una vez instalados con sillas a la orilla del mar, comencé a ponérmelo en todo el cuerpo –hablaba con las comisuras elevadas–. Entonces, solo me faltaba en la espalda y Miguel se ofreció a ayudarme…

–Ay, no –dije, temiendo lo que venía a continuación.

–Sentados uno junto al otro, me puso el protector solar en la espalda. –Rio–. Entonces, unas chicas se acercaron a preguntarle a Miguel dónde se ubicaba un lugar. Yo estaba de espaldas, así que ni siquiera presté atención… hasta que escuché que una de ellas preguntó: ¿y tu novio no sabrá?

Solté una carcajada.

–Miguel se alejó de un salto y yo me giré para aclarar que, definitivamente, *no* éramos pareja. Y lo que hizo Miguel fue reclamarme y armar una escena por decir eso. Ya que, según él, hacía parecer que él era un mal prospecto. Pero hizo que terminara pareciendo una pelea de pareja.

Me llevé una mano a la boca y aguanté la risa para seguir escuchando.

–Entonces –siguió, tratando de no reír–. Me levanté para irme de ahí con grandes pasos, pero me había puesto el protector hasta en los pies… y a los tres pasos me resbalé en mis propias sandalias y me fui de cara contra la arena. –Solté otra carcajada y él medio se unió–. La arena no sabe nada bien –agregó y nos reímos juntos, largo y tendido. Él, al recordarlo y yo, al imaginarlo.

En ese momento me sentí… bien.

No como cuando alguien pregunta cómo estás y, dado que tienes salud y no pasó nada malo ese día, dices «bien». No. Esta vez, ahí con él, me di cuenta de que me sentía verdaderamente bien. Como si volviera a respirar por completo, a pesar de que estábamos encerrados en mi habitación; como si la vida estuviera recuperando los colores, aunque estábamos casi a oscuras.

Nos miramos mientras nos reíamos y el brillo que vi en sus ojos, esa chispa de alegría que compartíamos, caló hondo en mí, de una manera que no había sentido antes. Y que quería, deseaba, necesitaba seguir sintiendo.

Pasatiempos

ANÓNIMO

Una tarde, mi esposa y yo nos encontrábamos sentados en cada extremo de nuestra banca, con nuestro hijo mayor en el centro, tambaleando los pies, y la menor en mis brazos. El mayor tenía siete años, y la costumbre de jugar a adivinar lo que las personas a nuestro alrededor hablaban.

Inició como una manera de entretenerlo para que no nos pidiera regresar a casa tan pronto, pues nos acompañaba a ver el atardecer y se aburría al cabo de unos minutos, pero luego se convirtió en un pasatiempo para nosotros.

También lo hacíamos en otras situaciones, como al hacer una larga fila para comprar algo. Pero ese era nuestro punto favorito para jugar. Entre los tres, mirábamos a los que pasaban a lo lejos en la calle, o a quienes iban al parque. Según lo que hacían o con quién estaban, creábamos los diálogos.

Y, aunque en ocasiones se nos escapaban carcajadas por lo que se nos ocurría, no nos importaba que la gente nos mirara.

Encontramos a nuestro objetivo: una pareja joven. La mujer caminaba junto a su esposo, mientras con una mano sujetaba la correa de su perro chihuahua.

De pronto, el perro alentó el paso, olfateó el suelo y se detuvo a hacer sus necesidades.

La mujer, tranquila, giró hacia su esposo y le dijo algo que no alcanzamos a escuchar.

–Dame la bolsa, por favor, querido –comenzó mi esposa.

–Eh… sí… la bolsa –continuó nuestro hijo, mientras el hombre buscaba en sus bolsillos.

El perro terminó y se paseó relajado entre los pies de sus dueños.

–¿No traes la bolsa? Tenías un solo trabajo.

–Bueno, no pasa nada, tal vez funcione como fertilizante para el césped.

–¡Pero si está justo donde la gente camina!

–¿Cuál es la probabilidad de que alguien lo pise?

La mujer se adelantó sin decir nada más y el chihuahua la siguió con paso alegre, agitando la colita.

–¡Querida, regresa!

–¿Quién eres? ¡No te conozco!

–¡Pero tú llevas al perro! –exclamé, divertido.

–¡Eres un cochino! ¡Eso no se hace aquí, Sebastián! –agregó mi esposa.

Los tres lanzamos carcajadas, mientras la pareja seguía su conversación real.

Otras familias jugaban juegos de mesa, practicaban algún deporte o miraban televisión; nosotros también lo hacíamos, pero teníamos nuestro propio pasatiempo. Nada nos gustaba tanto como poner a volar la creatividad y compartir risas mientras descansábamos.

Nunca lo dejamos. Aunque esa tarde la pareja nos descubrió y nos reclamó. Nos acusó de burlarnos de ellos, de invadir su privacidad y no recuerdo cuántas cosas más. Nos disculpamos, les explicamos que ni siquiera escuchamos su conversación y que no volvería a pasar –no con ellos–, y se marcharon molestos. Entonces dejamos salir el aire que habíamos retenido y volvimos a reír por el alivio.

Así que, si de pronto ven a alguien sentado en una banca, y se ríe de la nada, posiblemente esté creando historias en su mente sobre lo que ocurre a su alrededor



23

Dalia

Subimos al autobús y acomodamos nuestras mochilas en la repisa sobre los asientos. Etienne me hizo un gesto para que pasara primero y me dejé caer en el asiento del lado de la ventana.

Estaba nerviosa y emocionada.

–¿Ya le enviaste un mensaje? –preguntó mientras tomaba asiento a mi lado, con un termo en una mano.

–Sí, pero deben seguir dormidos.

Era 31 de diciembre y, tras hablar con mi abuela luego de que se preguntara por qué no fui en Navidad, acordamos en que la visitaría para esa fiesta. Mis padres y hermanas no estarían presentes, al igual que muchos de mis otros familiares, así que podría pasar un tiempo tranquilo y ameno con mi abuela.

Nunca había viajado sola y el miedo me hizo dudar, pero Etienne logró convencerme de que todo estaría bien y se había encargado de ayudarme a conseguir el boleto. Así que, ¿por qué no?, terminé invitándolo a ir conmigo. Al principio dudó, pero luego aceptó. Me la había pasado muy bien con él en Navidad y me parecía lindo que pasáramos también esa festividad juntos, si él estaba de acuerdo.

El autobús comenzó su recorrido y miré por la ventana. El sol estaba a punto de salir.

–¿Nerviosa? –Me pasó el termo–. Traje té. Y también eché unos cuantos sobres en la mochila.

–Gracias. Pero creo que estoy bien.

–Qué bueno. Entonces pásame ese té a mí.

Me lo quitó de las manos y le dio un trago, a lo que me reí.

–¿En serio?

–¡Sí!

–Mi abuela es un amor. La vas a adorar.

–Eso no es lo que me preocupa. ¿Y si le caigo mal? ¿Y si me echa por atreverme a pisar su casa así nada más?

–Primero que nada, no te correría. Y segundo, ¡por favor! Tú congenias con todos. Tú tienes

lo que a mí me falta en cuanto a socializar.

En las últimas semanas había logrado llevarse mejor con mis compañeros, que yo. Ahora lo saludaban al llegar o al verlo cuando pasaban por la barra.

Durante las siguientes cinco horas, miramos el amanecer a través de la ventana, charlamos, escuchamos música con los audífonos y Etienne se echó una siesta.

Cuando llegamos a la estación del pueblo de mi abuela, mi primo Pablo nos estaba esperando. Nos saludamos con un abrazo, seguido por un apretón de manos entre Etienne y él mientras se presentaban. Partimos en su camioneta hasta llegar a esa casa que había visitado tantas veces y comencé a emocionarme por ver a la única persona en mi familia que me quería tal cual era.

Al llegar a esa casa con un amplio patio lleno de flores de colores, ella ya nos estaba esperando en el porche.

–¡Mi Dalia bonita! –me saludó extendiendo sus brazos y me fundí en ellos. Amaba sus abrazos.

–Hola, abuela, la extrañé mucho.

–Oh, tú debes ser Etienne –dijo, separándose para dirigirse a él.

–Es un gusto, señora.

–El gusto es mío, Dalia nunca me había traído un novio a casa.

Abrí los ojos a más no poder y debí ponerme roja, pues Pablo soltó una carcajada silenciosa a un par de metros de nosotros.

–Es mi amigo, abuela –aclaré de inmediato.

Miré avergonzada a Etienne, quien tenía la misma expresión que yo.

–¿Así se dice ahora? –preguntó con un guiño.

–Solo somos amigos… hasta que su bella nieta quiera, ¿verdad?

Abrí la boca para comentar que por supuesto que siempre seríamos amigos, no veía por qué podríamos pelear, hasta que segundos después entendí lo que había querido decir. Volví a abrir los ojos como platos. Mi abuela se río.

–Me cae bien este muchacho.

Etienne, con su sonrisa burlona, me quitó la mochila de las manos y llevó las dos adentro, siguiendo a mi abuela, quien lo invitaba como si fuera su casa.



Etienne

La abuela de Dalia era un amor. Platicar con ella era divertido y agradable. Cuando pregunté quiénes vendrían, nos informó que seríamos solo nosotros y su hijo mayor, que al parecer era el padre de Pablo, con su familia. Eran los que estaban cerca, pues todos los demás vivían lejos, como los padres de Dalia, y por ello se ponían de acuerdo para verse en Navidad.

Dalia no dijo nada, pero se veía aliviada.

Pablo se estaba quedando en casa con su esposa y sus hijos pequeños, pero habían salido a hacer unas compras. Sus padres, los tíos de Dalia, se nos unirían más tarde, por lo que nos quedamos los tres solos conversando mientras preparábamos la comida.

–No sabía que era bisabuela –dije, sorprendido al darme cuenta–. Se ve muy joven como para que alguien se lo imagine.

–Ay, gracias, mi niño –dijo con una sonrisa tierna.

–Deja de intentar hacer méritos con mi abuela –pidió en un susurro.

–No estoy intentando nada –me defendí en el mismo tono.

Me miró con los ojos entrecerrados mientras seguía con mi tarea. Una de las guarniciones sería una pasta, y ya que era mi comida favorita y me sabía diez maneras diferentes de hacerla, Dalia me la había encomendado.

–¿Y a qué te dedicas? –me preguntó con tono amable.

–Trabajo en una recicladora. Manejo la gestión de los materiales.

–Eso es interesante. Nunca había conocido a alguien que trabajara en eso.

–Sí, yo no esperaba terminar ahí. Estudié Ciencias Ambientales y mi sueño era hacer algo para ayudar a remediar los problemas del medioambiente. Al final di con esa empresa de reciclaje y, bueno, es otra manera de aportar. Al inicio no teníamos muchos clientes grandes, pero comencé a difundir nuestros servicios y conseguí que empresas acudieran con nosotros para reciclar sus residuos.

–Así que *sí* ayudas a que se reduzca su impacto, ¿no? –preguntó con una sonrisita.

–Sí –afirmé, feliz.

Miré a Dalia, quien se había mantenido en silencio, pero que había atrapado mirándome de manera atenta. Le sonreí con una ceja alzada y carraspeó.

–Y bien, abuela, ¿hubo novedades con mis tías? ¿Cuándo nacerá el bebé de Regina?

La conversación cambió a las novedades de su familia y continué con mi tarea, feliz de participar en esa reunión.



24

Etienne

Esta vez sí nos arreglamos. Habíamos llevado ropa cómoda para el viaje y para ayudar con lo que se necesitara, por lo que después nos prestaron una habitación a cada uno para cambiarnos de ropa.

Saqué mis mejores pantalones y una chaqueta ligera que había tardado en escoger al preparar mis cosas. Quería causar buena impresión con la familia de Dalia y por suerte el clima ahí no era muy frío, así que el suéter sería suficiente. Con ayuda de un espejo que colgaba en la pared, me acomodé el cabello con algo de cera.

Al salir, bajé las escaleras y vi a Dalia sentada de lado en la sala con su sobrina detrás de ella. Le estaba peinado y decorando el cabello.

–¿Hay una estética en casa y no me avisaron? –pregunté a la niña llamada Eli, quien soltó una risita sin interrumpir su trabajo. Muy profesional.

–¿Quieres que te ponga florecitas en el cabello?

Levantó unas cuantas pincitas que cargaba en las manos.

–Gracias, pero estoy seguro de que se verán mejor en ti, no las malgasten en mí.

Tanto ella como la niña se rieron mientras me retiraba para saludar a sus tíos, que habían llegado mientras estaba arriba.

La cena estaba deliciosa. Al llegar la noche se nos había unido otra pareja, que llegó con un postre, y se presentaron conmigo como Marlene y Kevin, tíos de Dalia.

Nos sentamos en el comedor más grande que había visto, seguro pensado para sus reuniones familiares, y la conversación pasó por muchos temas, pero hicieron que me sintiera integrado en todo momento. Si hablaban de alguien o algo que no conocía, lo cual pasó muchas veces, hacían

un paréntesis para explicarme un poco el contexto.

En cierto momento, la tía Marlene sugirió que agradeciéramos por algo que nos hubiera pasado ese año.

–Yo agradezco que este año nuestra hija se haya graduado y, aunque esté lejos en este momento, está cumpliendo un sueño y está feliz –comenzó ella.

Le siguieron felicitaciones y asentimientos con sonrisas. Según lo que había escuchado, su hija estaba en otro país por trabajo.

Siguieron con la dinámica uno tras otro, y no caí en cuenta de que el turno seguía a la persona de la izquierda hasta que llegó mi turno.

De pronto me puse nervioso.

¿Qué agradecía de ese año?

Me volví hacia Dalia a mi derecha, quien me miraba expectante, y tuve mi respuesta. Se asentó sin duda en mi interior.

Sin embargo, contesté:

–Agradezco que me abrieran las puertas a su casa, con su bella familia –dije mirando a cada uno, parando más tiempo al ver a la abuela y ganándome una sonrisa dulce.

Se escucharon comentarios sobre que era bienvenido con ellos.

–Bueno, es mi turno –dijo Dalia con una sonrisita nerviosa. Se giró a verme un segundo, luego hizo una pausa, pensativa con su vista en el plato antes de continuar–: Agradezco poder verlos un año más. No estaba segura de venir sin mis padres, pero agradezco contar con ustedes.

Comentarios de cariño y apoyo le llegaron de parte de su familia. Una sonrisa sincera se posó en su rostro y le tomé la mano bajo la mesa para darle un apretón.

Más tarde, nos encontrábamos recargados en la barda que daba a la calle. A pesar de que era una calle poco transitada, y que algunas familias vecinas también se encontraban afuera, nos habíamos ofrecido a cuidar a los niños mientras jugaban con los perros, igual de emocionados que ellos por las varas que les lanzaban y los mimos que les daban.

Pablo y su esposa estaban sentados a la mesa de exterior, mientras que los demás se encontraban en el porche, enfrascados en sus conversaciones.

–¡Faltan dos minutos para las doce! –anunció uno de los tíos de Dalia.

Sus nietos gritaron emocionados y corrieron hacia al patio.

Me giré hacia Dalia, quien tenía sus ojos puestos en los niños y los perros, con expresión alegre. Se veía hermosa. Mi corazón y mi estómago se emocionaron, y junto con la felicidad que nos envolvía se me nubló un poco el juicio, así que solté algo que se pasó por mi mente.

–¿Sabes…? Algunas personas creen que hay que besarse al recibir el año nuevo para tener suerte.

Giró la cabeza hacia mí con una mirada curiosa. El nerviosismo volvió los segundos eternos, pero cambió a emoción cuando la escuché hablar.

–¿En serio? –preguntó, pero noté que, más que creerme, me estaba siguiendo el juego.

–Algo así.

–Bueno… supongo que no está mal buscar algo de suerte cuando se ofrece la oportunidad.

Se encogió de hombros y acortó la distancia entre nosotros. Un mechón de su cabello adornado con florecitas se deslizó sobre su hombro hacia su espalda y deseé que fueran mis manos las que hicieran esa suave caricia. Se veía tan linda y me transmitía tanta paz.

–Solo para atraer algo de suerte, ¿verdad? –dije en voz baja.

Asintió con el cabeza y yo recorté la distancia que quedaba.

–Verdad –respondió mirándome a los ojos.

Me incliné lentamente, por si se arrepentía. Pero entonces su mirada bajó de mis ojos hacia mis labios y se detuvo más de un segundo antes de volver a mis ojos. El corazón me golpeó el pecho.

Estábamos muy cerca. Unos centímetros y nuestros labios se encontrarían. Deshice uno a uno los centímetros y ella inclinó la cabeza hacia mí.

–¡Feliz Año Nuevo!

Nos separamos de golpe y nos giramos hacia la voz.

Pablo caminaba hacia nosotros con los brazos extendidos y una sonrisa.

–Feliz Año, primo –dijo Dalia mientras abrazaba a su primo.

–Feliz Año Nuevo –respondí cuando nos dimos un abrazo.



25

Etienne

Me encontraba mirando al techo mientras Dalia me contaba anécdotas de cuando era niña. Siempre le ponía atención. Cuando escuchaba historias de la Dalia pequeña, me la imaginaba con ternura, haciendo sus travesuras; y ahora podía imaginarla mejor, gracias las fotos que su abuela me había mostrado pese a las quejas avergonzadas de su nieta. En otros relatos, me daban ganas de regresar en el tiempo y darle un abrazo, protegerla del mundo que la hizo crecer con inseguridades.

Sin embargo, esta vez mi mente se fue a sus propios pensamientos.

Porque ya no podía ignorar esos latidos de mi corazón, esa sensación en el estómago cuando la tenía tan cerca y las ganas de abrazarla sin la necesidad de un motivo. Podía estar con ella mientras tenía sus episodios sin problema, mi única preocupación era su bienestar; pero en esos momentos en los que, simplemente, hablábamos de todo y de nada, oliendo el champú de su cabello y sintiendo los patrones que dibujaba en mi piel, no podía evitar sentir algo diferente.

Pero temía que, si hacía un movimiento en falso, todo se acabara.

–¿Me estás escuchando?

Me sacó de mis pensamientos de golpe.

–Sí, sí.

–¿Qué estaba diciendo?

Demonios.

–Lo siento, me distraje al final.

Levantó la cabeza.

–¿En qué piensas? –quiso saber.

–Nada importante.

–Vamos, dime. Quiero saber en qué piensas, mirabas mucho al techo. Y no me salgas con que en nada.

Me lo pensé mucho antes de contestar. Tal vez fueron dos segundos, tal vez dos minutos, pero me esperó. Y al final decidí decir la verdad.

Dalia era una persona durante la noche y otra durante el día. En esos momentos que

compartíamos en la oscuridad, después de sus episodios, o a veces sin necesidad de estos, se convertía en una Dalia relajada, divertida, alegre y transparente. Pero por la mañana, volvía a ser la mujer reservada y seria que aparentaba ser con todos.

Durante Nochebuena y Navidad se comportó como la versión que ahora creía que era la Dalia real. Después, gracias a mis vacaciones de la recicladora, pasamos más tiempo juntos en casa y noté cómo volvía a cerrarse. Pero pronto llegó el viaje para festejar Año Nuevo y retomó esa personalidad tan viva. Y luego, de nuevo, con el pasar de los días, fue levantando las barreras.

Sin embargo, ahora estaba convencido de que la emoción por la vida y la alegría permanecían siempre en ella, escondidas en algún rincón.

Suspiré, resignado.

Si ella podía abrirse durante esas horas, en las que la única testigo era la luna, y ahora su propia luna también, ¿por qué no hacerlo yo también?

–Estaba pensando en que me gusta estar así –respondí por fin.

–¿Acostado? –Lanzó una risa–. Qué flojo.

Sonreí.

–No, me refería a estar así, contigo.

Su risa se apagó. Y temí.

–¿Sí? –preguntó, pero su voz se escuchó… diferente.

–Sí. –Volví a acariciar su hombro para aminorar mi nerviosismo, un punto que me estaba aprendiendo de memoria.

–También a mí.

Me dio un vuelco el corazón.

–¿De verdad? –pregunté.

Se giró para ponerse frente a mí.

–No sé qué me estás haciendo, pero nunca me había sentido tan cómoda como cuando estoy contigo.

Mi corazón, que de por sí ya solía latir rápido en esos momentos, de pronto comenzó a latir tan fuerte que sentía que se me iba a salir.

–Dalia… No sé a qué te refieras tú, pero en serio me gusta estar contigo –repetí, haciendo énfasis en las últimas palabras.

Se despegó de mí y se quedó en silencio, mirando al lado contrario. Su cabello era una cortina que no me dejaba ver la expresión en su rostro. Me llevé una mano a los ojos, apretándolos con fuerza, arrepintiéndome por haberlo dicho. Me la había jugado y ahora iba a perder la confianza que me había brindado. Me había arriesgado y ahora iba a perder esos momentos con ella. Me había atrevido a decirle lo que sentía y… me besó.

Bajé la mano, abrí los ojos de golpe y la vi pegada a mí.

Pero en cuanto el segundo de sorpresa pasó, sentí sus labios sobre los míos. ¿Han bebido agua después de pasar el día fuera en pleno sol? Así me sentía, pero multiplicado por cien. Le respondí el beso y la sentí soltar un ligero suspiro. Fue lento, dulce. Le pasé una mano por el cabello hasta dejarla en la nuca. No quería que ese momento terminara. Y casi me derretí en mi lugar cuando sus manos se posaron entre mi cuello y mis mejillas con suavidad.

Nos separamos cuando nos faltó el aliento. Con las comisuras de sus labios hacía arriba, me deseó buenas noches. Nos despedimos con una sonrisa diferente a la que siempre nos dábamos y me fui a mi habitación.

Por la mañana, el sol brillaba demasiado para ser invierno. Me levanté con mucho ánimo y preparé el desayuno tarareando una canción.

–Estás muy feliz, *roomie* –comentó entrando a la cocina.

–Buenos días –saludé con una sonrisa.

Pero cuando me acerqué a su lado, ella dio un paso en dirección contraria.

–¿Qué pasa? ¿Tengo un insecto en la ropa? –preguntó, mirándose los pantalones y el suéter.

–No, yo…

–Genial, me asustaste. Oye, hoy iré al supermercado a comprar algunas cosas, si quieres hazme una lista de cosas que falten.

–Eh… claro –contesté, viendo cómo tomaba una manzana del refrigerador y caminaba hacia la barra, despreocupada–. Estoy preparando crepas –avisé con el ceño ligeramente fruncido. Había creído que era obvio desde el momento en que el aroma debió llegarle al entrar a la cocina.

–Oh, genial. Gracias.

Dejó la manzana a un lado y esperó a que le diera su plato, pero cuando intenté tocar su mano, la retiró y fingió verse las uñas.

–¿Me vas a juzgar lo mal pintadas que las tengo?

–No, solo… iba a… –pero no pude terminar la oración.

Solté el aire, resignado. No estaba distraída.

La Dalia distante apareció otra vez.

Era sábado por la tarde y yo revisaba las cuentas de los gastos del mes, mientras ella caminaba del baño a su habitación una y otra vez, preparándose para salir. Recorrí la silla y me asomé. La vi sin ánimo y ni siquiera cantaba.

Salí de mi habitación y encontré la puerta del baño abierta. Ella estaba frente al lavabo, con una mano apoyada en este, mientras lavaba sus dientes.

Me acerqué sin hablar, pero hicimos contacto visual a través del espejo. Inmediatamente retiró su mirada seria y escupió la pasta dental. Tomó el cepillo para el cabello del estante en la pared y, mientras se desenredaba el cabello rojo, comencé a hacer caras.

Primero apreté la mandíbula hacia atrás, pero mantuvo la vista fija en su reflejo. Probé sacando la lengua, pero sus ojos estaban clavados en el mismo lugar. Hice cuanto gesto se me ocurrió y pronto me miró a través del espejo; fue solo por un segundo, pero las comisuras de sus labios temblaron. Continué hasta que sus labios se tensaron, tratando de contener su sonrisa.

Sonreí triunfante y la dejé continuar con su rutina.

Cuando estaba por salir, yo ya la estaba esperando en el sillón más cercano a la puerta. Me levanté de un salto y abrí la puerta. Me vio con los ojos abiertos, congelada a mitad de ajustarse la correa del bolso.

–¿A dónde vas? –preguntó.

–Tengo que ir a comprar algo. Te llevaré de paso.

Frunció el ceño.

–Estoy segura de que el Linz está más lejos de aquí que todas las tiendas a las que vas.

–Tengo que ir por allá. Anda, aprovecha que puedo llevarte.

No muy convencida, cruzó el marco y caminé detrás de ella. Cerré la puerta y ya estaba en el asiento del copiloto para cuando me dirigí a la camioneta.

–¿Qué vas a comprar? –cuestionó mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

–Algunas cosas que necesito. Pero dime, ¿cenaste algo antes de salir? No te vi comer nada.

Sí, estaba cambiando el tema de conversación, pero también me preocupaba el hecho de que saliera a trabajar sin comer antes.

–Ah, no te preocupes. Hoy cumple años un mesero. Comprarán pizza y un pastel.

Alcé las cejas mientras ponía en marcha el motor.

–¿En serio? No sabía que hacían eso en los cumpleaños.

–No lo hacen. ¿Recuerdas al mesero de la primera vez? Estábamos en lo correcto: hoy cumple la mayoría de edad.

–No puede ser –dije con una risita incrédula.

–No estoy segura de si vamos a celebrar que es su cumpleaños o el hecho de que ya no nos pueden clausurar por tenerlo de empleado.

Soltó una risita. La miré de reojo y la vi taparse la boca con una mano de manera discreta, apoyando el codo en la puerta.

Logré que platicara conmigo un poco mientras conducía.

Al llegar a su trabajo me orillé junto a la acera. Sonreí por dentro, agradecido de que hubiera un espacio. Dejó correr el cinturón a su lugar y estaba a punto de abrir la puerta cuando yo apagué el motor.

Me miró con los ojos entornados.

–¿Por qué apagaste la camioneta?

Desabroché mi cinturón.

–Porque también llegué a mi destino.

Salí sin dudar. Rodeando la parte delantera, la vi cerrar la puerta con el ceño fruncido y la boca abierta, buscando las palabras.

–Dijiste que ibas de compras –reclamó.

–Sí. Voy a comprar unos tragos a desconocidos.

–No. Dijiste que era algo que necesitabas –respondió en tono firme.

–Sí, es algo que necesito para estar contigo. –Cerró la boca y me miró subir las escaleras–. ¿No vienes? Llegarás tarde al trabajo.

Dalia

Estábamos acostados uno al lado del otro, ambos mirando hacia el techo.

–Oye… –hablé, pero mi voz sonó tan baja que no sabía si me escucharía.

Pasaron unos segundos y, al no recibir respuesta, creí que podría ser una señal de que no debía decir nada. De que así sería mejor…

–¿Sí? –habló entonces, sacándome de mis pensamientos.

–Lo que pasó la otra noche… Ya sabes…

Su cuerpo se quedó de piedra. Su pecho subió y bajó con más fuerza al respirar.

–Sí. Emm… –comenzó, pero no pude descifrar su tono de voz. ¿Estaba asustado? ¿Preocupado?–. De verdad te pido perdón. No quiero que vayas a creer que estoy aquí porque… quiera aprovechar para…

–No, no –me apresuré a decir mientras me incorporaba girándome hacia él, apoyándome en mis hombros para verlo de frente–. No es eso, yo sé que no harías algo así. –En su expresión vi que había pensado eso en serio–. En realidad, quería disculparme yo, por si te hice sentir… comprometido de alguna manera a corresponderme, a no hacerme sentir mal. Así que te quiero pedir una disculpa si te hice sentir incómodo.

No respondió, pero ladeó la cabeza como si no entendiera lo que decía. Se llevó una mano a los ojos y soltó una mezcla de bufido y risa.

–¿Qué fue eso? –pregunté.

–Nada –respondió de inmediato, mirando hacia el techo.

–Etienne… Dime.

–¿Quieres que te diga la verdad?

–Claro.

Se volvió hacia mí. La tenue luz de mi luna me dejaba ver claramente su rostro, sus ojos mirando fijamente cada punto del mío. Negó con la cabeza.

–Ni en un millón de años podría sentirme incómodo por besarte, si tú también lo quieres.

Mi mandíbula cayó un centímetro, aunque bien podría haber llegado hasta el colchón. Hasta el suelo.

Me aclaré la garganta, de pronto muda. Miré hacia sus labios y mi mente me traicionó de inmediato, mostrándome los recuerdos de cuando se fundieron con los míos.

–¿En serio?

–Muy en serio.

Tragué saliva y el estómago me dio un vuelco.

–Entonces… –Y aunque los nervios me acompañaban, algo dentro de mí me hizo continuar–: Entonces está bien si hago esto…

Acorté la poca distancia que había entre nosotros. Pasé un brazo sobre él para llevarlo a su cabello, con mi mano recorriendo su cuello, y mi pecho descansó en el suyo. Tomó una bocanada de aire.

–Dalia, necesito saber que estás segura de lo que estás haciendo. ¿Lo estás?

No. Sí. No lo estaba. Pero quería estarlo.

–¿Tú no? –pregunté, acortando la distancia entre nosotros.

–Necesito saber que estás bien con esto. Es que… no te entiendo.

Yo tampoco me entendía, pero eso no importaba en ese momento.

–Dalia, también necesito que sepas algo antes.

Cinco centímetros de distancia entre sus labios y los míos.

–¿Qué sucede? –pregunté en un susurro.

–No sé si haya sido obvio o no, pero… –Tres centímetros. Sentí su aliento–. Debes saberlo para que tomes decisiones conscientes. –Un centímetro–. Dalia, tú me gustas –soltó.

Me detuve.

Parpadeé, asimilando sus palabras. No podía ser cierto. ¿Por qué lo sería?

Pero me gustaba estar así con él. Y si en esos momentos podía disfrutar de esa mentira, que así fuera.

Pegué mis labios a los suyos y, esta vez, me respondió de inmediato con las mismas ganas.

Etienne

Se hacía tarde. Los párpados me pesaban y los labios me ardían después de un rato. Pero no quería irme. Quería aprovechar todo el tiempo que pudiera. Por la mañana volvería a ser la chica con muros en su corazón, y yo me quedaría afuera.



26

Dalia

El domingo por la mañana, me dispuse a preparar el café. Abrí la puertecita de la alacena y dejé caer la mandíbula al ver el frasco. Cruzada de brazos, esperé a que Etienne... saliera del baño para encararlo.

–¿Qué es esto?

Me miró confundido.

–Café.

–No es mi café. Cuando hiciste la compra fui muy clara con la lista que te di.

–Es la misma marca, solo que descafeinado.

–¡Exacto! –exclamé.

–Sabe igual y no te dará más inquietud de la habitual.

–¿Disculpa?

–Ya te lo he dicho, no creo que la cafeína sea una ayuda de verdad.

–Te metiste con mi café sin mi consentimiento.

–Trato de ayudar –se defendió–. Solo pruébalo, y si no te gusta, la próxima semana te compro tu café lleno de cafeína.

Lo miré mal.

–Dos frascos, por los intereses.

–¿Intereses? –Se rio–. Primero prueba con este por esta semana y ya hablaremos sobre los intereses.

Accedí de mala gana y continué con mi tarea. Minutos después, me lo bebí sin reconocer en voz alta que, efectivamente, tenía el mismo sabor.

Etienne

Era consciente de que a Dalia tal vez no le gustara que le cambiara su café, pero era por su bien. Debía al menos tratar. Por suerte, y para mi alivio, se lo estaba bebiendo.

Estaba frente a mí, al otro lado de la mesa para cuatro personas. Solo un poco más de un metro de distancia. Y, aun así, tenía le necesidad de estar más cerca de ella. Ya no servía de nada negarlo, solo me quedaba lidiar con eso. Una cosa era poder abrazarla cuando se permitía ser ella misma y otra muy diferente cuando levantaba los muros.

Sin embargo…

Despacio, me quité una pantufla y moví el pie hacia el frente hasta tocar uno de los suyos. Ella actuó como si nada pasara, viendo videos en su celular, mientras deshacía el contacto de nuestras calcetas. Me estiré un poco más para volver a tocar su pie.

–¿Desde cuándo tenemos un gatito? –preguntó, mirándome un segundo con una media sonrisa, antes de volver a lo suyo y alejar su pie.

–¿Acaso uno ya no puede estirarse cómodamente en su casa? –bromeé.

–Es malo estirarse mientras estás comiendo.

Abrí la boca para contestar, pero mis ojos se desviaron al movimiento que hizo al subir las piernas a la silla, alejando sus pies de mi alcance.

Reí por lo bajo, pues la ternura que irradió le ganó al sentimiento de rechazo.

Después de desayunar, Dalia puso una película de ciencia ficción en la televisión de la sala. Habíamos acordado verla juntos luego de una apuesta sobre si la lavadora estaba descompuesta (ella aseguraba que sí, pero por alguna mágica razón conmigo sí funcionó y lavé dos tandas de ropa sin problemas), por lo que nos sentamos el uno junto al otro en el sillón.

A mitad de la película, me di cuenta de que nuestras manos descansaban a muy pocos centímetros de distancia.

¿Sería prudente un segundo intento?

Mientras mi sentido común me decía que lo dejara estar, los recuerdos de Dalia buscando mis labios, de la suavidad de los suyos al encontrarse con los míos, me impulsaron a seguir.

Su mirada estaba fija en la pantalla mientras yo, de reojo, intercalaba la vista de la película a nuestras manos. Teníamos los meñiques tan cerca el uno del otro que no podía concentrarme. Moví un poco el mío y, al rozar el suyo, sentí una electricidad recorrerme del dedo a la columna.

Ella fingió no darse cuenta, pero la vi girar los ojos por un segundo hacia nuestras manos.

Lo rocé de nuevo, pero esta vez se alejó para tomar el vaso de agua que había dejado en la mesita. Su mano descansó sobre su regazo. Hacia el lado contrario.

–No puedo creer que nunca la había visto, está muy buena.

–Sí –respondí, resignado–. Te lo dije.

Me concentré en la película hasta que aparecieron los créditos, luego me levanté para lavar el bol, que había quedado manchado de la mantequilla de las palomitas y la salsa picante.

–¿Y ahora qué harás? –pregunté mientras enjabonaba el recipiente–. ¿Tienes planes para hoy?

–No –contestó.

Me giré para verla. Veía su móvil recostada en el sillón, deslizando un pulgar por la pantalla una y otra vez.

–Bueno, se me ocurrió que podríamos salir.

–No, yo paso, gracias. Pero si quieres salir tú, pregunta quién está disponible.

–Bueno, en realidad creí que podríamos salir a hacer algo los dos… –me aventuré, acomodando el plato en el escurridor antes de secarme las manos.

Guardó silencio, así que me volví hacia ella. Estaba sentada, mirándome con expresión

indiferente.

–¿Para qué?

–Bueno… –Me metí las manos a los bolsillos del pantalón, de pronto nervioso–. Simplemente creí que podríamos hacer algo fuera de casa. ¿Qué tal ir a la librería?

Miró hacia varios puntos de la sala, no sabía si pensando o evitando mi mirada.

–Ahora que lo pienso, sí me haría bien salir. Llamaré a Maya para ver si hoy tiene turno en el hospital. –Tomó su celular. Abrí la boca, pero ella continuó antes de que pudiera hablar–: ¿Sabes? Si quieres invitar a los demás a venir, adelante. Siento que desde que estoy aquí los dejaste de invitar por mí.

Miré al piso y tragué saliva, desanimado.

–Okey… Si eso quieres.

–Sip –la escuché decir, antes de verla de reojo levantarse.

¿Cómo podía ser tan indiferente después de todo lo que habíamos pasado?

–Te prefiero en las noches –solté de pronto sin pensar.

Se paró en seco. Sentí su mirada tan fuerte que tuve que voltear.

–No puedo creer que dijeras eso, sabes que es cuando me siento peor.

Aunque los ataques de pánico ya eran escasos, la ansiedad seguía siendo frecuente.

–Lo siento, pero solo en esos momentos te permites ser quién eres. –Me miró con la boca abierta–. Solo entonces te permites sacar lo que sientes y lo que quieres. Y, ¿sabes? Tal vez si sacaras todo eso más a menudo, sin importar si es de día o de noche, no sería tanto lo que se desborda en esos momentos.

Negó con la cabeza, con los ojos entrecerrados, como juzgándome.

–Tú no lo entiendes.

–Quizá no. Quizá nunca lo haga, y menos si no me lo permites.

Negó, mirando al suelo, antes de caminar de nuevo hacia su habitación con pasos pesados.

–No necesito que lo hagas –dijo con voz fría y se perdió detrás de su puerta cerrada.

Días después, conducía de regreso del trabajo. El sol se estaba poniendo mientras avanzaba por la avenida, pero al llegar a la intersección giré hacia la izquierda en vez de hacia la derecha, donde se encontraba mi casa.

Respiré y volví a cuestionarme si estaba haciendo bien.

Pronto encontré la cafetería y me estacioné en el pequeño estacionamiento. Apagué la camioneta, tomé otro respiro y salí. Mientras caminaba hacia la entrada, pude ver su auto estacionado a dos cajones de distancia.

Una pequeña campanilla sobre la puerta de cristal hizo ruido cuando entré y algunas personas se giraron a verme. Pero todas regresaron de inmediato a lo suyo, excepto una.

Caminé hacia su mesa y me senté en el banco acolchado frente a ella.

–Hola, Etienne –me saludó con las comisuras elevadas.

–Hola, Melanie.

–¿Cómo te fue hoy en el trabajo?

–Bien. ¿Cómo te va en el tuyo? Creía que salías más tarde.

–Me acaban de promover.

–Oh. Qué bien.

Y hasta ahí llegó el primer intento de conversación. Tomé uno de los menús que descansaban junto a las servilletas y el azúcar para disimular la incomodidad. Ella hizo lo mismo y ordenamos un *latte* de caramelo. Los dos.

Había olvidado que teníamos gustos muy similares y ambos amábamos ese café.

–Escucha –rompió el silencio, inclinándose con los brazos en la mesa–, primero que nada, quiero disculparme por lo que sucedió el otro día. No tenías que irte. Yo saqué a colación el tema y estuvo mal, pero creí que… no lo sé, es que, ya ha pasado tanto tiempo.

–Melanie… –Suspiré y deslicé las manos sobre la mesa, procesando mis ideas–. Puedes hablar de lo que quieras con tus amigas, ¿sí? Y sé que tal vez puedas aconsejar a Sara con aspectos de la boda, porque, a pesar de todo, *sí* sabes de esas cosas… –Tragué saliva, pero ella habló antes de que yo pudiera continuar.

–Y eso es otra cosa por la que quiero disculparme. –La miré mal, sin decir nada–. Sí, muy tarde. Lo sé. Pero quiero que sepas que yo sé que fui una cobarde. Podría intentar explicarte, pero no tengo excusa ni justificación para lo que hice.

La mesera regresó y dejó las tazas frente a nosotros.

–¿Si acepto tus disculpas, podremos bebernos el café sin hablar ya de eso? –pregunté.

La verdad era que por mucho tiempo había esperado ese momento. Además, se había cumplido un año de lo que pasó y, sumado a la boda de mis amigos, hacía que pensara más en ello. Sin embargo, ahora sus disculpas me sabían amargas. Las deseaba, pero a la vez no parecían ser suficientes, y al mismo tiempo ya no las quería. Mi mente estaba tratando de asimilar todo cuando volvió a hablar.

–Es que… No, no es solo eso de lo que quiero hablar contigo… –Jugueteó con su taza entre los dedos de ambas manos–. Pasa que… yo creía que había hecho lo correcto al mantenerme alejada, pero cuando te vi aquella tarde, me di cuenta de que lo que hice estuvo terriblemente mal, por todos los motivos… y entre ellos, porque te extraño.

Los dedos que habían estado tamborileando a un lado de mi taza se detuvieron.

¿Había escuchado bien?

La vi encogerse y darle un trago al café, mirando hacia los lados, nerviosa por mi respuesta. Tenía diez segundos para contestar algo antes de que comenzara a hablar rápido para darme a entender lo que pensaba, aunque la mayoría de las veces solo terminaba confundiendo todas sus ideas. Y odié conocerla tan bien.

–Melanie, yo… –titubeé, sin poder mirarla a los ojos–. ¿A qué quieres llegar con esto?

–Que te extraño. Que me arrepiento totalmente. Todo fue mi culpa, pero quiero arreglarlo.

–Pero lo que tú…

–Lo sé –me cortó–. Pero quiero empezar de cero contigo.

Una décima parte de mí había creído que podría volver a lo que teníamos, retomar nuestra relación por todo lo que habíamos vivido juntos; pero… empezar de cero, como si fuera un desconocido para ella, era humillante. Lancé un bufido sarcástico.

–No lo creo –respondí.

–¿Tienes a alguien más? –preguntó. Deseé no haber escuchado ese atisbo de dolor en su voz.

Miré mi taza, la mesa, las mesas de los lados. Pero solo lo estaba retrasando, para mi pesar, la respuesta era:

–No.

–Entonces podemos darnos otra oportunidad –insistió–. Considéralo, por favor.

Nos quedamos en silencio unos minutos mientras nos bebíamos el café. No la miré a los ojos,

pero la vi acomodarse el cabello castaño, como cada vez que estaba nerviosa; la observé alzar el dedo meñique cada vez que levantaba la taza; vi sus uñas pintadas, siempre de tonos azules. Y fue inevitable sentir algo de nostalgia.



27

Etienne

Me encontraba pasando a la licuadora los ingredientes para hacer una salsa cuando vibró mi celular en el bolsillo del pantalón.

Vi el nombre de Sara en la pantalla y contesté.

–¿Hola?

–Estoy viendo lo que serán los recuerdos de la boda y encontré unos vasos muy lindos para ponerle sus nombres. Hay de todos los colores. A los invitados en general les llevaré unos acorde a la paleta de colores, pero mis amigos gozan del privilegio, así que dime qué color quieres. ¿Dalia está por ahí también?

Estiré la cabeza. Seguía recostada leyendo en el mismo lugar que hacía una hora. Me apoyé el celular en el hombro antes de hablar.

–Dalia, es Sara. Nos va a dar vasos con nuestros nombres, ¿quieres pedir el tuyo en color azul?

–¡Sí! –respondió sin apartar la mirada del libro, al cual había avanzado considerablemente.

Me giré de nuevo hacia la estufa.

–Dalia dice que azul.

–De acuerdo –contestó al otro lado de la línea–. ¿Tú cuál quieres?

–Rojo, por favor.

–Bien. Ahora solo me…

–¿Rojo? ¿Pediste la tuya en rojo?

Me giré y la encontré con la cabeza hacia mí, con expresión confusa.

–… ¿te parece bien? Yo estoy segura de que queda bien, pero a Oscar no le convence mucho.

–Eh… –No había escuchado los últimos segundos. Aunque, en realidad confiaba más en el gusto de Sara, así que ni siquiera tenía qué saber de qué estaba hablando–. Sí, estoy de acuerdo contigo.

–Excelente. Gracias. Si Oscar dice algo diré que el padrino estuvo de acuerdo –sabía que estaba sonriendo por el tono en el que hablaba–. Seguiré viendo qué más encuentro. Hablamos luego.

–Claro, hasta luego.

En el momento en que colgué, vi de nuevo a mi *roomie*, ahora sentada con el libro cerrado a un lado y el cuerpo inclinado hacia mí.

–¿Por qué no lo pediste en verde?

Me encogí de hombros.

–Me los imaginé y me gustó más en rojo.

–Pero… tienes el verde en todos lados –dijo, abriendo los brazos para señalar todo en la casa–. Eso no queda con tu paleta de colores.

Solté una risita mientras retiraba la tapa de la olla para revisar que nuestra cena estuviera bien cocida.

–¿Por qué rojo? –insistió, ahora con los brazos cruzados sobre la barra.

–¿Por qué es importante? Me gusta el rojo ahora, ¿cuál es el problema?

–Que todos tenemos una razón para nuestro color favorito, ya sea profundo o no, *por algo* es nuestro favorito.

Cerré la perilla de la estufa y me giré, apoyando las manos sobre la encimera a cada lado de mi cuerpo. Me miraba expectante, esperando su respuesta.

–¿Quieres saber por qué? Ahí va. El rojo es mi nuevo color favorito porque me recuerda a ti.

Hizo la cabeza hacia atrás, como si hubiera esquivado un golpe.

–¿Qué tengo que ver yo en eso? Solo es un color de cabello. Y no soy la única en el mundo con el cabello rojo.

Me encogí de hombros otra vez.

–En mi mundo sí. Para mí, sí.

Negó con la cabeza, bajando la mirada un segundo antes de volver a hablar:

–¿Y por qué soy tan importante? Solo soy tu *roomie*.

Miré hacia el techo e inhalé despacio. Ya era suficiente. Teníamos que hablar.

–Pues, querida *roomie*, ¿no recuerdas lo que dije la otra noche? –pregunté, acercándome a la barra hasta apoyar los brazos en ella.

Vi un atisbo de nerviosismo en sus ojos, pero se mantuvo firme.

–¿Qué cosa? Hablamos de muchas cosas.

–Sabes bien a qué me refiero.

Una mezcla de risa sarcástica y bufido salió de sus labios.

–Por favor, no me digas que te gusto –pidió mientras negaba con la cabeza.

–No. No me gustas.

–Gracias –dijo, cerrando los ojos mientras daba la vuelta–. Sabía que lo habías dicho solo por…

–Te amo.

Dalia

Me giré de golpe cuando me interrumpió. ¿Había escuchado bien? En su cara se veía mucha seguridad, pero debía estar muy equivocado.

–Desde el primer momento me gustó tu cabello suave y tan vivo; tus ojos oscuros que atrapan, todo, hasta mi corazón. Me gustó tu voz, que quería, y quiero, seguir escuchando cada

día. Me gustaste mucho cuando te conocí de verdad… Pero ahora todo eso te queda corto. Porque… Te amo, Dalia.

Me perdí en sus palabras y tardé en reaccionar.

–No sabes lo que dices.

Ladeó la cabeza.

–Creo que puedo saber si amo a alguien –dijo, entre risas, apoyándose en el muro frente a mí.

Me enderecé.

–No. Etienne, no me amas. Somos buenos amigos, pero no quieres estar conmigo de esa manera.

–¿Y por qué estás tan segura de eso?

–Porque así es. Soy un desastre y no necesitas meterte en eso. Una cosa es… esto, esta amistad extraña que tenemos, pero otra muy diferente sería tener una relación. –Negué con la cabeza–. Ahora dices que está bien, pero te hartarás cuando ya no puedas estar solo un rato conmigo y luego volver a tu vida tranquila.

–No eres un desastre.

–¡Por supuesto que sí! –Alcé un poco el tono para sonar firme, pero me traicionó la voz y casi se me quebró. Me aclaré la garganta–. Escucha, tal vez creas que esto pasará y no volveremos a saber de noches malas. Porque sí, estoy en tratamiento y se acabarán… Pero no puedo saber cuánto tardaré. Ni si, en el futuro, tendré una recaída... –Me miraba con una expresión tan dulce que me dolía, por lo que aparté la mirada–. Y esto no es como en los cuentos de hadas. No me voy a curar con el poder del amor.

Un mechón rebelde había quedado bailando hacia un lado de mi cara y me tensé cuando acercó su mano para acomodarlo detrás de mi oreja.

–Pero puedo ayudarte.

Resoplé.

–Sé que no voy a curarte. Ni siquiera voy a pretender que pueda, porque eso solo tú puedes hacerlo –continuó. Me tomó de la mejilla para que lo mirara a los ojos–. Solo… déjame ser quien te abrace cuando llores, quien te tome de las manos cuando te tiemblen y quien te prepare tés para que te relajes un poco. Ahora y siempre que lo necesites. Quiero apoyarte desde mi lugar para celebrar tus avances y abrazarte en los tropiezos. –Se acercó hasta estar a un paso de mí–. No seré la escalera que te lleve a esa meta, pero intentaré ser al menos un escalón que te acerque un poco más.

Algo en mi interior dio un vuelco y los ojos se me pusieron calientes, con lágrimas amenazando con salir. Me miraban de tal forma que me llegó al alma… Y me di cuenta de que, si seguía por esa línea, iba a sufrir.

–Esto puede que regrese. Puede que me recupere en unos meses, pero luego de unos años regrese. ¿Quién aceptaría de buena gana meterse en eso?

Meció la cabeza y sus comisuras se elevaron un poco.

–Alguien que te ama más de lo que crees.

Cerré los ojos. Unas lágrimas salieron de mis ojos y me las limpié con fuerza.

–No somos compatibles. Yo quiero estabilidad y seguridad, *necesito* estabilidad y seguridad –remarqué–. Me veo casándome algún día y lo sabes. Y sé que es tonto, que es contradictorio, y eso es lo peor de la maldita ansiedad… –Me di cuenta de que mi voz denotaba coraje, mis ojos se empañaron por un momento y parpadeé para ahuyentar las lágrimas–. Y tú no quieres lo mismo, y es igual de válido… Pero entonces, estar contigo sería renunciar a lo que necesito, o sentir que te obligué a hacer algo que no querías. –Hice una pausa, pero no añadió nada, entonces

continué–: Eres mi mejor amigo, la primera persona que me importa de verdad después de tanto tiempo, y no quiero que perdamos esta amistad por forzarla a ser algo más.

Pensó antes de hablar, sin apartar la mirada en ningún momento.

–Tienes razón –aceptó.

Cerré los ojos. Ahí estaba otro motivo por el que sabía que no estábamos hechos el uno para el otro. Lo sabía.

¿Entonces por qué había dolido como una aguja en el corazón?

–¿Lo ves? –Intenté poner una sonrisa indiferente mientras me tragaba el nudo en la garganta.

–Pero quiero estar contigo.

¿Por qué tenía que ser tan terco? ¿Por qué se empeñaba en tratar de ver algo más en nuestra amistad? Sí, me gustaba estar con él, más de lo que admitiría en voz alta, pero no pasaría nada más.

Mi mente repasó todas sus palabras una y otra vez, las estudió y me hizo sentir cosas contradictorias.

–Pero nuestra relación no tendría futuro porque no quieres casarte –insistí en voz baja.

Lo vi tragar saliva.

–¿Y tú cómo planeas casarte si te cierras tanto al amor? No tiene sentido –cuestionó con tono amargo.

Inhalé profundo, di un paso atrás y retomé las ideas que tenía desde hacía tiempo. A las que debía aferrarme por mi bien.

–Algún día conoceré a una persona y nos tendremos cariño, nos sentiremos cómodos, y vamos a llevar una vida tranquila, estable y sin dramas... –Di otro paso atrás. Sus manos cayeron cuando dejó de alcanzarme.

–¿Y sin amor? –preguntó a la defensiva–. ¿No vas a sobre pensar sobre si él se enamora algún día de otra persona?

¿Ahora estaba molesto?

–Lo he pensado mucho –comenté–. Y no me va a importar tanto, por eso va a funcionar.

–Entonces… –Me miró a los ojos con repentina determinación–. ¿Eso quiere decir que yo te importo de esa manera? ¿Sientes lo mismo por mí?

Abrí mucho los ojos de manera instintiva y me arrepentí en cuanto vi sus comisuras empezar a elevarse. Pero, bueno, ¿qué caso tenía ya mentir?

–Tal vez –confesé, tratando de sonar neutral.

Una sonrisa engreída se le formó lentamente.

–Entonces no podrás convencerme de que luchar por ti no vale la pena –dijo, meciendo la cabeza, aún con esa expresión. Cerré los ojos para no verla.

–¿Podemos, por favor, cambiar de tema? Es en serio.

Tardó unos segundos en contestar.

–Claro que sí –dijo–. Cuéntame sobre ese libro que estás leyendo, yo prepararé unas tazas de té de lavanda.

Abrí los ojos, aún con duda, pero su petición iba en serio. Se acercó a la alacena y abrió una puertecita para tomar un par de sobres de té, de ese paquete que él compraba. Pasó a sacar dos tazas y su cuerpo se vio cada vez más relajado. Le agradecí en mi mente y comencé a contarle. Poco a poco volvió la calma y luego llegó la emoción por ese libro al recordarlo. Decidí pasar por alto la atención y la intensidad con la que me escuchaba y miraba.

Durante las siguientes horas, no pude dejar de imaginar las diferentes situaciones que podrían suceder con diferentes decisiones. Y por la noche, volví a tener mi mente muy inquieta. Pero los

abrazos que me confundían y hacían que mi mente fuera a mil por hora eran los mismos que me ayudaban a calmarme. Me obligué a no abrir la boca y pasamos el rato en silencio.



28

Dalia

Abrí los ojos y encontré mi habitación bañada en luz. Me seguía pareciendo extraño que algunos días despertara un poco más tarde, con la sensación de haber descansado.

Era algo bueno, agradable, pero no entendía del todo por qué sucedía. Era cierto que había una constante, y es que pasaba cuando Etienne se quedaba dormido conmigo. Pero debía ser una coincidencia.

¿Verdad?

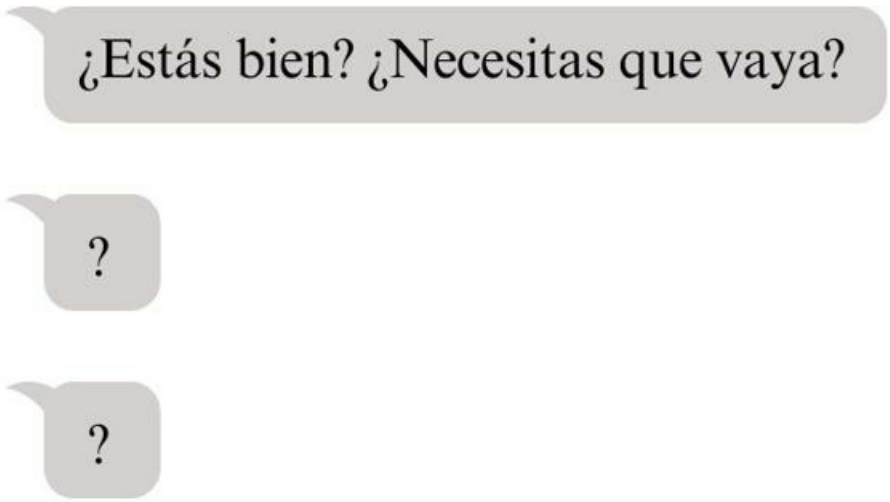
Me estiré para tomar el celular del buró. Eran las siete y media. Faltaba media hora para que Etienne se levantara. Tenía una expresión tan en calma que no me atreví a despertarlo antes de que sonara su alarma.

Entré a la aplicación de mensajes y le envié uno a Maya.

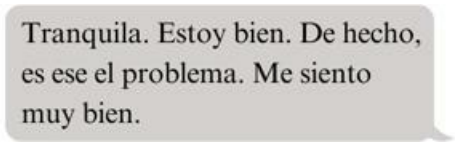
Tengo un problema.

Me giré a verlo de nuevo. Estaba recostado de lado, le había crecido mucho el cabello y tenía un mechón castaño sobre uno de sus ojos. Reprimí una sonrisa. Mi problema se veía muy tierno.

Suspiré. Me pasé las manos por la cara y volví la atención a mi celular.

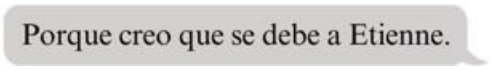


Me sentí mal por haberla asustado. Había olvidado que la última vez que le envié un mensaje así, estaba a media crisis de ansiedad en el centro comercial, luego de haber pasado una situación embarazosa.



Tardó unos segundos en contestar, seguramente tratando de entender lo que le decía:





Vi los tres puntos suspensivos, que indicaban que escribía un mensaje, aparecer y aparecer una y otra vez, hasta que por fin envió el mensaje.

Oh, por Dios. Te gusta Etienne. Quisiera decir que lo sabía, pero te lo tenías bien guardado. ¿Por qué no me contaste nada? ¿Ha pasado algo? TIENES QUE CONTARME TODO.

Y eso era por lo que no se lo había dicho. Ni siquiera estaba segura yo misma de lo que sentía. Pulsé las teclas un poco nerviosa.

Ese es el problema. No estoy segura. Pero creo que comienzo a sentir algo por él.

Estoy gritando. Te lo juro.

Tal vez no es nada. No te emociones.

Esto no pasa seguido. Claro que me emocionaré.

Rodé los ojos. Tal vez debería decirle que era una falsa alarma. De todas formas, tal vez lo era.

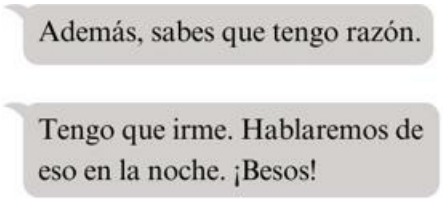
Bajé el celular un momento sobre mi pecho y miré a Etienne durmiendo plácidamente a mi lado. Solo era mi amigo. Estos sentimientos eran de amistad.

No quiero una relación y lo sabes.

Creo que ya ni siquiera tú sabes si lo quieres o no.

¿Sabes? Prometí no cambiar de terapeuta, pero no de mejor amiga.

No lo harías. Me amas.



Después de un par de horas, había limpiado la barra y la cristalería hasta que quedó impecable. Estaba nerviosa por la conversación que tendría con Maya en cuanto pusiera un pie en la zona del bar. Por desgracia, ahora era una clienta y no habría mesas que la mantuvieran ocupada.

Cuando la escuché saludar al de seguridad en la entrada, supe que mi tiempo de ventaja se había terminado.

–¡Tú! –Me señaló.

–Baja la voz –pedí, mirando alrededor.

Acabábamos de abrir y aún no había gente, pero no necesitaba que se enterara el resto de los empleados.

Se acercó hasta la barra y se sentó de golpe, inclinándose hacia mí.

–¿Qué fue lo que pasó?

–Nada –respondí, tratando de actuar natural–. O sea, sí comienzo a pensar que *puede* que sienta algo por él, pero no es que haya pasado nada entre nosotros –mentí.

–No me la creo. Algo debió pasar para que me mandaras ese mensaje.

Lancé un suspiro y me apoyé en la barra. Sí, ese acto de desesperación me delataba.

–¿Recuerdas que mencioné que no había estado durmiendo bien? –Asintió despacio una vez–. Supongo que comprendes que era por los ataques de pánico, no solo el insomnio.

–Me lo imaginé.

–Bueno, pues Etienne me ha estado ayudando con eso desde entonces. Cada vez que me pasa, él va a mi habitación, me ayuda a calmarme y me hace compañía.

Omití por completo una parte que podía asegurar que, de saberla, armaría un alboroto. Y solo con lo que le conté fue suficiente para que se tapara la boca con las manos, entusiasmada.

–No puedo creerlo. Qué bello.

–Exacto. Pero ya lo conoces y sabes que es buena persona. Y eso es todo. En serio, lo estuve pensando durante el día y no tienes nada de qué emocionarte –aseguré, alzando las manos con gesto inocente–. La razón por la que me siento cómoda con él es porque somos buenos amigos. Él hace cosas por mí, como tú las haces por mí, y como yo haría por ustedes. ¿Cierto?

–Cierto –contestó, con los brazos cruzados sobre la barra.

–Es un buen gesto que me prepare un té para calmarme, pero es porque se preocupa por mí como su amiga que vive con él. Me ayuda porque se dio el tiempo de investigar las cosas que puede hacer para ayudar a alguien con ansiedad. Y duermo mejor porque no me siento sola. –Eso último me salió solo. No lo había pensado y me obligó a tomar una pausa–. Pero solo somos

amigos. Así que no te alteres y dejemos este tema por la paz.

Hice un gesto con las manos para recalcar mis palabras y guardó silencio. Pero entonces ladeó la cabeza, pensativa.

–Dalia…

–¿Sí? –pregunté, mirando hacia la entrada por si entraba algún cliente, de pronto con prisa por comenzar a trabajar.

–Te creo que solo sean amigos.

Lo sabía. Todo estaba en orden. No estaba acostumbrada a tener un amigo así, eso era todo.

Agradecí haber decidido no contarle lo de las últimas semanas. Podría seguir con mi vida como lo estaba haciendo.

–Gracias –respondí con alivio.

Etienne pasaría página pronto y yo solo tendría que aprender a manejar esos nuevos sentimientos hasta que me acostumbrara. Volveríamos a la normalidad.

–Pero… –interrumpió mis pensamientos–. No te creo que no sientas nada por él. Te brilló toda la cara mientras hablabas de él, y eso no pasa con cualquier *amigo*.

Y en ese momento me di cuenta de que tenía la cara ardiendo. Debía estar roja desde hacía unos minutos y no me di cuenta. Balbuceé, sin saber que decir.

–Iré a pedir unas papas a la francesa y vuelvo para hablar más del tema –dijo mientras se levantaba con una sonrisa torcida.

Le había avisado a Etienne que Maya me visitaría en el Linz y que me llevaría a casa al salir, así que, cuando llegué, lo vi en la sala a punto de terminar un libro. Lo saludé, pero estaba tan concentrado que solo despegó la vista un segundo para sonreírme, y luego seguir pasando los ojos por las palabras.

Me dirigí al baño para tomar una ducha, pues los nervios y el trabajo extra que me había autoimpuesto me habían acalorado. Cuando salí vistiendo mi pijama, Etienne estaba parado frente a mis libros con los brazos cruzados, leyendo los lomos.

–¿Cuáles son tus favoritos? –preguntó sin dejar de inspeccionarlos.

–¿Eh? –pregunté mientras seguía secándome el cabello con la toalla.

–Quisiera leer tus favoritos.

Dudé antes de volver a hablar.

–Te he recomendado ya algunos.

–Sí, pero te he visto y hay algunos con los que te emocionas más. Quiero leerlos. –En realidad, mis favoritos y los que le recomendaba no eran precisamente los mismos. Mi corazón se emocionó ante esa petición y tuve que ocultar mi sonrisa detrás de la cortina que creaba mi cabello–. El último creo que tenía una portada rosa.

Me paré en seco.

–Emm… –Extendí la toalla húmeda sobre la silla para ganar unos segundos–. Son libros de romance –aclaré. Me miró expectante e hizo un gesto con la cabeza para que continuara–. Pues eso, no creo que te gusten.

–¿Crees que no puedan gustarme? Está juzgando por la portada, señorita lectora –se burló.

Rodé los ojos.

–Solo digo que no creo que te emociones como yo, si es lo que buscas.

Se encogió de hombros.

–Quiero probar.

Lo estudié con los labios tensos. ¿Era en serio?

–Vaya, nunca pensé que te engancharías tanto con la lectura. Admito que me siento orgullosa.

Y que me gustaba que compartiéramos eso.

–Gracias, aprendí con la mejor. –Me sonrió. Estaba sonriéndole de vuelta cuando volteó hacia mi derecha y su expresión cambió, como si hubiera encontrado algo–. Oh, ese lo recuerdo. Recuerdo que me hablaste mucho de él –dijo mientras se acercaba y tomaba un libro celeste con una pareja en la portada. Me congelé.

–Sí, pero…

–Este *sí* es de tus favoritos. Tiene que serlo, te oía chillar mientras leías.

–Bueno, sí…

–Voy a leer este ahora –me interrumpió de nuevo, decidido–. Sí me lo prestas, ¿verdad?

A juzgar por su cara de pronto preocupada, debía haber puesto una cara de espanto.

Solía marcar y dejar notas en mis libros. La mayoría no eran tan relevantes o comprometedoras, por lo que no me solía importar que las leyera. Sin embargo, con esos libros era diferente. Dado que no solía prestar libros antes de Etienne, no esperaba que nadie más los hojeara siquiera.

–De acuerdo. Perdón –su tono se volvió serio–. Tomaré otro.

Extendió el brazo para colocarlo de nuevo en su lugar.

–No. –Llevé una mano a su muñeca para detenerlo–. Está bien. Puedes leerlo.

–¿De verdad?

Me miró a los ojos. Noté que su deseo de leerlo era genuino, pero que lo dejaría si le decía que no lo leyera. Reprimí un suspiro y le sonreí con calma.

–De verdad.

Volvió a darme su gran sonrisa.

–Gracias. –Lo tomó con las dos manos–. Mañana lo empezaré entonces.

Se retiró para dejarlo en su habitación y cambiarse de ropa para dormir.

Me dejé caer en la cama. Después de mi conversación con Maya habíamos llegado a la conclusión de que, en definitiva, sentía algo por él. Maya opinaba que debía decírselo. Sin embargo, los sentimientos no significaban que tuviera que pasar algo entre nosotros. Y lo más seguro era que, si se lo decía, saliera mal. Y nuestra relación era muy buena. Me encantaba el vínculo que habíamos creado y no quería que eso cambiara.

La peor palabra del mundo

ANÓNIMO

Aun cuando pasas años con tu pareja, hay cosas que no sabes del otro. Ya sea porque nunca terminan de contarse cosas sobre el pasado o porque seguimos cambiando con el paso del tiempo. Por ello, mi esposa y yo jugábamos a hacernos preguntas, por más triviales o extrañas que parecieran, para conocernos todavía más a detalle, o a veces con pura intención de reírnos juntos.

Un día, me preguntó cuál era la peor palabra que existía para mí.

Lo medité unos segundos, pues nunca lo había pensado, hasta que una vino a mi mente y respondí sin dudar.

–Remordimiento.

–¿Remordimiento? ¿Por qué?

Esa palabra tiene una definición un poco amplia, pero el peor aspecto es aquel que se siente por algo que nunca se hizo.

La vida está llena de acciones y decisiones, todos los días, y a veces hay cosas que no quieres, pero debes hacer. Cosas que parecen ser lo mejor, pero que después te enteras de que no lo eran. Y te puedes arrepentir, pedir perdón y no repetirlo. Pero el remordimiento por las cosas que no hiciste, es peor. Porque solo queda en nuestra imaginación un montón de hubieras.

El remordimiento de saber que pudiste haber dicho o hecho algo, que estuvo en tu control, pero ya es tarde, es el peor.



29

Etienne

Eran las diez de la noche cuando mis pies avanzaron directo a la barra y tomé lugar en un asiento vacío a un extremo. La *bartender* estaba de espaldas a mí, entregando unas cervezas a unas personas.

–Señorita, ¿podría darme el trago más fuerte y adulterado que tenga? –pregunté.

Un hombre con canas en las sienes me juzgó con la mirada y otro susurró algo al oído de la que parecía ser su cita, antes de reírse juntos.

Tal vez debí pensar primero lo que iba a decir.

–Disculpe, aquí no vendemos nada adulterado, pero si gusta le traigo el alcohol del botiquín de primeros auxilios –respondió mi *bartender* favorita con una media sonrisa divertida.

Que la gente se burlara lo que quisiera.

–¿Cómo te ha ido hoy? –pregunté, viéndola tomar un vaso de vidrio y verter en él un par de cosas que no reconocí.

–Bien. Estuvo más movido hace un rato, vino un grupo grande de universitarios. –Hizo una mueca mientras vertía un líquido verde de una botella transparente al vaso–. Llegaste a buena hora, te habría estresado ver a quince Migueles reunidos.

Me lo imaginé.

Alcé las cejas y lancé un leve silbido.

–Recuérdame dejar una buena propina cada vez que salgamos con él.

Se rio mientras me tendía el vaso con el líquido verde, hojitas flotando y una rodaja de limón en el borde. Después de gastar mi dinero en alcohol para decenas de desconocidos, había insistido en servirme bebidas sin alcohol. Llevábamos un tiempo con esa dinámica y siempre era una sorpresa.

–¿Qué tomaré el día de hoy? –pregunté, dándole un trago. Era dulce y refrescante–. Sabe a menta –comenté, tratando de ocultar mi ternura.

Esbozó una sonrisa tímida.

–Es mi propia receta de un mojito de menta.

–Me gusta –elogié mientras alzaba mi bebida para admirarla.

Le hice compañía durante las próximas horas, charlando con ella cuando se desocupaba. Al cerrar, la esperé en las escaleras hasta que saliera. A pesar de las altas horas, seguían pasando personas por la calle. Desde ahí, podía ver una plaza grande y una pareja compartiendo lo que parecía un café, sentada en una banca, mirándose de la forma que hacen los recién enamorados. Me pregunté si sabrían qué hora era. Me los imaginé pasando el tiempo juntos, sin darse cuenta del paso de las horas.

–Listo –escuché detrás de mí.

Volteé a verla bajar las escaleras hasta que llegó hacia mí y caminamos adonde tenía estacionado mi auto.

–No puedo creer que haya gente a estas horas con este frío. Por suerte yo tengo a un buen amigo que me lleva a casa –dijo con una sonrisita.

Me metí las manos a los bolsillos de la chaqueta. Miré hacia el frente, hacia mi auto calle abajo.

–Gracias por ser el mejor amigo que podría tener.

–Dalia… La verdad es que…

–Lo eres, ¿verdad? –insistió con tono firme.

No. Esa no era toda la verdad. Pero su voz delataba que no quería otra respuesta, que no *podría* recibir otra respuesta.

El estómago me dio un vuelco. Tal vez lo que yo sentía sí era recíproco, pero eso no significaba que pudiera obligarla a que sucediera algo. Quizás había estado actuando egoísta, pensando en lo que yo quería. Pero me importaba su bienestar, su felicidad.

Recordé todo lo que me había contado, todo lo que habíamos vivido en esos meses, y no pude más. Esa debía ser su manera de zanjar el tema y no volver nuestra convivencia incómoda. Tal vez, si yo insistiera, decidiera irse. Y prefería vivir en la zona de amigos, fingiendo no querer nada más, que arriesgarme a perderla por completo. Si quería un mejor amigo, si necesitaba que fuera solo eso, eso era lo que le daría.

–Por supuesto –afirmé con una sonrisa.

La miré y, por primera vez, me regaló una sonrisa muy dulce y sincera lejos de las paredes en las que se permitía abrirse y sin que fuera un día especial. Conduje de vuelta a casa, con el peso de la aceptación en el pecho, pero seguro de que, si la amaba, y estaba seguro de que lo hacía, debía respetar lo que ella quería.

En casa, realizamos nuestra rutina juntos, pero la ansiedad no la había dominado ni por asomo. Me alegró de verdad que tuviera ese avance. Estaba muy tranquila y la vi bostezar varias veces desde que llegamos, así que supuse que debía irme. Me removí para salir de entre las mantas.

–Espera.

Me detuve y giré la cabeza hacia ella.

–¿Sí?

Me miró un segundo a los ojos antes de responder.

–No te vayas.

–Oh, lo siento, creí que estabas bien. –Regresé a mi lugar.

–Lo estoy. Es solo que... Creo que aún no estoy lista para quedarme sola, es todo. Unos minutos más, ¿sí?

–Claro –respondí–. Para eso están los mejores amigos, ¿no?

Nuestras caras quedaron una frente a la otra sobre las almohadas.

–Sí –respondió–. Los mejores amigos.

Cerró los ojos y no volvió a hablar. Permanecí a su lado hasta que su respiración se volvió lenta, luego me deslicé despacio y salí de la cama. Me aseguré de que estuviera bien tapada y me fui dejando la puerta entreabierta para hacer el menor ruido posible.



Romeo movía los ganchos hacia un lado para ver las tallas. Ya teníamos las camisas, las corbatas y los zapatos, solo nos faltaba comprar los trajes.

–Te lo juro. Se va a poner hasta el frente y va a luchar por ese ramo, ya puedo verlo.

Reí, imaginando a Nadia pelear con el resto de las mujeres por atrapar el ramo de Sara.

–Si de todas formas se van a casar, ¿para qué hacer eso?

–No tengo idea. Las mujeres parecen tener esa obsesión por atraparlo –dijo, encogiéndose de hombros–. Mira, este es de tu talla.

Me tendió un saco color café claro. Lo tomé y vi que traía también el pantalón colgando del gancho. No me convencía el color, así que lo regresé a su lugar después de agradecerle.

–¿Sabes…? Estoy muy feliz por ustedes –confesé–. No se los he dicho así, directamente, pero… –Moví unos ganchos, pensando en las palabras. Él se giró para prestarme atención–. Ustedes saben por qué no lo hice. Pero, en realidad, me alegro mucho por ustedes, porque puedan casarse con alguien que aman y que encima son sus mejores amigas, es como un premio doble –dije con una risilla–. Me parece muy bueno… y se lo merecen.

Guardó silencio, así que lo miré. Tenía sus ojos fijos en mí y los brazos cruzados con aspecto fraternal.

–Es que así debería ser –respondió–. Todos deberían casarse con una persona que, además de tenerlos totalmente enamorados, sea la mejor compañera que puedan tener. Que no solo haya gestos románticos, o buenos en general, sino que puedan ser ustedes mismos, que compartan momentos de torpeza y sean cómplices de experiencias. Estar juntos en días de enfermedad y en días en los que no sepan cómo lograrán pagar las facturas. Lo ideal es compartir la vida con alguien con quien sean una pareja, mejores amigos, confidentes, un apoyo… el uno *la persona* del otro –recalcó–. Todos deberían poder encontrarla y no ser tan tontos como para dejarla ir.

Rompí el contacto visual. Di unos pasos para acercarme a otra fila de trajes, aunque seguía sintiendo la mirada de mi amigo sobre mí. Encontré uno de mi talla en color gris claro.

–Este me gusta.

–Oye…

–Me lo voy a probar –dije y me apresuré a entrar a un probador.



30

Dalia

El salón de la despedida de soltera estaba decorado con temática de naturaleza, con plantas reales y artificiales por aquí y por allá.

Las paredes blancas hacían que las tiras de enredaderas y las macetas en las esquinas y en los centros de mesa resaltaran. También, la mesa en la recepción tenía tonos blancos y transparentes, con detalles verdes. El nombre de Sara estaba escrito con rotulador verde metálico, con la leyenda «*bride to be*», en un espejo grande para tomarse fotografías.

Justo estaba tomándome una foto con Maya, yo luciendo mi vestido casual color amarillo y ella su *palazzo* celeste, aprovechando que el invierno estaba terminando y hacía un clima agradable, cuando una mujer apareció a un lado. La vimos a través del reflejo y nos giramos hacia ella.

–Hola, disculpen, ¿han visto a Sara o a Vanessa? –preguntó.

–Hola, sí, fueron a resolver algo con el dueño del salón, pero dijeron que no tardarían en volver.

–Está bien, gracias –respondió amable mientras caminaba hacia las mesas, donde aparentemente había dejado su bolso.

–¿Quién es? –me preguntó Maya en voz baja.

–No lo sé, nunca la había visto. –Me encogí de hombros–. Alguna prima, tal vez. O amiga de la familia.

Seguimos con nuestra mini sesión de fotos hasta que la reunión comenzó. Primero disfrutamos algunas cosas de la mesa de botana y postres, pero cuando sirvieron la comida, que estaba deliciosa, Maya agradeció que una de sus compañeras aceptara cambiar de turno.

Maya tenía razón. Sara era amable, divertida y muy buena amiga; y, si había podido entablar una buena amistad con Etienne, seguro podría hacerlo con ella.

Había dudado en ir por si el ambiente era demasiado para mí, pero en realidad parecía más un picnic de interior que una estereotípica despedida de soltera.

Éramos quince personas distribuidas en dos mesas largas. Y pese a que todas se conocían entre ellas, excepto por nosotras, me encontraba muy cómoda mientras jugábamos un juego en el

que teníamos tarjetas con las caras de famosos apuestos y otros… no tanto.

–Dime, por favor, que tú tienes a Henry Cavill y que aceptarías intercambiar conmigo –pidió Maya en un susurro desesperado.

–Lo siento –le dije, negando entre risas.

De pronto Sara lanzó una carcajada, mientras su cuñada miraba sus tarjetas con el ceño fruncido y la boca muy abierta.

–¡No puede ser que me lo hayas hecho otra vez!

Sara se retorcía en su asiento por la carcajada, junto con la otra chica que habíamos conocido un rato atrás, aunque aún no sabía su nombre.

–¿Cuál era la probabilidad de que esto se repitiera? –preguntó la chica, inclinada por la risa, con el cabello castaño cayéndole a un lado de la cara.

Algunas intercambiamos miradas extrañadas mientras veíamos la escena divertidas.

–¿Qué está pasando? –preguntó Nadia a gritos para hacerse oír al otro extremo de la larga mesa.

–¡Lo mismo que la otra vez! –respondió Vanessa alzando su tarjeta. Pero su voz denotaba que su molestia era fingida y que quería reírse.

Las que no habían escuchado al inicio comenzaron a reírse al comprender, salvo unas cuantas, entre ellas Maya y yo.

–¿Cuál otra vez? –quiso saber Maya.

–Ah, es que el año pasado tuvimos… eh… –Sara hizo una pausa, antes de aclararse la garganta mirando a las demás–. Jugamos este mismo juego en su despedida de soltera –dijo, señalando a su amiga, quien ya solo sonreía con expresión divertida–, y también le robé a Vanessa su novio –dijo, haciendo comillas con los dedos.

–Es mi novio, pero quiere que lo mantengamos en secreto –agregó rápido Vanessa, alzando el mentón.

Se escucharon expresiones de comprensión y más risas. Una vez continuaron jugando, me incliné en dirección a su amiga de cabello castaño.

–¿Entonces te casaste hace un año? –le pregunté.

Se miró las manos sobre el regazo, jugueteando con la tarjeta antes de voltear de nuevo hacia mí.

–En realidad, no.

Ladeé la cabeza, confundida.

–Dalia –me llamó Vanessa y me giré a verla–. Ella es Melanie.

Le respondí con un asentimiento de cabeza y volví hacia la chica.

–Cierto, no nos habíamos presentado. Es un placer, Melanie, yo soy Dalia.

–Mucho gusto, Dalia.

Nos sonreímos con amabilidad, pero ambas vimos con duda a Sara y a Vanessa cuando estas intercambiaron una mirada extraña.

–¿Qué sucede? –pregunté.

Melanie bajó la mirada y se mordió el labio inferior, de pronto incómoda.

¿De qué me estaba perdiendo?

–¿Eres la compañera de Etienne? –me preguntó.

–Sí… –respondí, sin entender qué tenía que ver él en eso–. ¿Por?

–Bueno, pues, al parecer tenemos más amigos en común de los que creía. –Lanzó una risa corta y tensa.

–¿Sí? ¿Desde cuándo son amigos?

Nunca lo había escuchado mencionar ese nombre, así que supuse que o era reciente o no era una amiga tan cercana como ella creía.

Apartó la mirada de nuevo y se llevó un mechón de cabello tras la oreja, titubeando.

–Bueno, en realidad, esa despedida de la que hablábamos… era la mía… Por mi boda con él.

Me quedé de piedra.

–¿Tú… tú te…? –Maya titubeó, tan confundida como yo. Sin embargo, yo ni siquiera podía formular una palabra.

Y al parecer, Melanie tampoco podía hablar más. Vanessa salió en su ayuda.

–Melanie y Etienne estuvieron juntos por años, iban a casarse el año pasado.

Casarse. Etienne iba a casarse con ella.

Entonces el aire abandonó mis pulmones.



Maya me abrazó fuerte mientras lloraba en el baño.

Si alguien necesitaba entrar tendría que esperar, pues Maya había cerrado con llave para que no nos molestaran. El maquillaje se me había corrido por completo y Maya se había llevado una mancha de máscara de pestañas en un hombro de su ropa.

Apenas si había tenido tiempo de levantarme, decir que iba al baño con un hilo de voz que no estaba segura de que escucharan, y caminar rápido hacia el baño, con Maya pisándome los talones.

Cuando por fin pude respirar normal, dejaron de salir las lágrimas y mi cuerpo dejó de temblar, Maya aminoró su agarre.

–¿Te sientes mejor? ¿Quieres sentarte? Acabo de ver una banquita allá al fondo.

La seguí y, efectivamente, había una zona que parecía diseñada para funcionar más como un vestidor que como un sanitario. Nos sentamos una junto a la otra.

–¿Quieres decirme qué fue lo que te puso así?

–No lo sé.

–A ver, ambas sabemos *qué* fue el detonante, pero… ¿por qué? –su voz sonaba realmente preocupada, así que no pude mentir más.

Y menos en ese lugar. Todo me recordaba a él. Adonde mirara, las plantas y las decoraciones en color verde me recordaban a la casa en la que vivíamos, a sus ojos que él aseguraba que eran solo de color miel, pero que cambiaban a verde a veces. Y pensar en él solo hacía que fuera más difícil suprimir lo que sentía.

–No te conté todo, perdón. –Maya me miró con expresión maternal mientras me acomodaba un mechón húmedo por las lágrimas tras la oreja–. Etienne y yo hemos tenido una… situación. Pero yo no quería ilusionarme. Creía que sería mejor si lo ignoraba lo suficiente, manejarlo hasta que Etienne lo superara. Podríamos ser solo buenos amigos. Pero hay momentos en los que… no sé qué me pasa, pero… me gusta. Me gusta estar con él. Cuando me abraza es muy diferente a cualquier otro abrazo y, cuando nos besamos… –Maya hizo una expresión de asombro, pero no dijo nada–. Creo que… creo que sí me estoy enamorando, Maya. –Las lágrimas volvieron a salir y me dejé caer en el pecho de mi mejor amiga, mientras sus brazos me rodeaban con fuerza.

Etienne

Me encontraba cenando cuando Dalia cruzó la puerta. Unas horas atrás, cuando la vi salir, iba radiante, pero ahora se veía muy desanimada y tenía la cara como si se hubiera desmaquillado mal.

Me levanté rápido para ponerme frente a ella. La intercepté justo cuando iba a entrar a su habitación.

–¿Qué pasó? –pregunté, preocupado.

–Un mal día, ya sabes. No te preocupes.

Se hizo a un lado y abrió su puerta.

–¿Necesitas…?

–No –me interrumpió–. No necesito nada.

Entró a su habitación y dio un portazo.

Creí que lo mejor era darle su espacio.

Dejé pasar un rato, sin embargo, toqué y llamé, pero no hubo respuesta. Cuando quise entrar, la manija no cedió y la puerta no se abrió. Me dolió el pecho al saber que estaba pasándola mal del otro lado de ese trozo de madera y yo no podía hacer nada. Por más que insistí, no me lo permitió.

Terminé regresando a mi cama sin entender lo que estaba pasando, preocupado y frustrado por no saber qué había cambiado, si había hecho algo mal para que decidiera dejarme fuera.

Esa noche fuimos dos los que no podíamos dormir.

Al final, yo me bebí ese té para calmarme y el sueño comenzó a saludarme, pero no podía evitar estar al pendiente por si escuchaba algo del otro lado de la pared. Necesitaba saber que, a pesar de todo, ella estaba bien. Y guardaba la esperanza de que, en algún momento, me abriera la puerta.

Pero la madrugada llegó, el sueño me venció, y cuando a la mañana siguiente me levanté, su puerta seguía cerrada.



31

Dalia

Me fue inevitable tener la ansiedad a tope y, más tarde, un ataque de pánico. Traté de respirar, pensar en otras cosas y utilizar todos los trucos que había aprendido con Etienne. Y logré controlarlo mejor que al inicio, pero no lograba sacar de mi mente lo que había escuchado horas atrás.

No quería que me importara, ni siquiera debería hacerlo. ¿Por qué le daba importancia?

Por suerte, durante la mañana logré evadir las preguntas que Etienne tuviera en la cabeza, pues nunca me cuestionaba cuando me ponía mal. Y dado que amanecí con los ojos hinchados, sabía que estaría más al pendiente, pero esperaría a que yo fuera quien tocara el tema. Cosa que no tenía pensado hacer.

Pasé el día manteniéndome ocupada para no pensar demasiado, reordenando y limpiando mi habitación y la sala. Fui a trabajar en modo automático y traté de darle un buen servicio a todos los clientes. Sin embargo, cuando regresé a casa, lo encontré esperándome sentado en mi cama.

Respiré profundo, dejé caer mi bolso en el tocador, pero ninguno dijo nada. Tomé mi pijama y realicé mi rutina, esperando que hubiera desistido. Sin embargo, cuando me dispuse a acostarme, él seguía allí. Quería pedirle que se fuera, pero una parte de mí no me dejaba ni abrir la boca. Así que por media hora permanecimos en silencio; pues, aunque mi cuerpo ya se había relajado, mi mente seguía sin querer irse a dormir.

Me encontraba mirando al techo y, al ver que él hacía lo mismo, opté por sacar algún tema de conversación.

–¿Jugamos a las preguntas?

–Claro.

–¿Qué harías si no tuvieras miedo? –pregunté, ganándome otro momento de silencio.

Escuché una leve risa.

–Empezamos fuerte.

–Perdón, no tienes que contestar.

Habíamos hecho varias preguntas personales en otras ocasiones, pero tal vez eso era meterme demasiado. Estaba pensando en alguna otra que aligerara el ambiente, pero entonces lo escuché:

–Tomar un avión, viajar.

–¿Le temes a los aviones? –Musitó en confirmación–. Nunca habías mencionado algo al respecto.

–Por *mí* tuvimos que ir en camión a la playa para la despedida de soltero de Oscar. Nos tomó mucho más tiempo que si hubiéramos ido en avión, pero los demás ni siquiera lo sugirieron porque saben que habría estado con pánico todo el camino. Son los únicos que lo saben, y es importante que lo sepan porque, sino, ¿cómo podrían comprenderme? Me habrían obligado a montarme a ese avión.

Intenté imaginarlo, asustado y aferrado al asiento del avión. Nunca lo habría pensado.

–No pensé que le temieras a algo.

–Si te soy honesto, le temo a muchas cosas, algunas ni siquiera sé por qué –dijo con una pequeña risa–. No es tan… normal, supongo, que un hombre comparta esas cosas. Pero que no las diga no quiere decir que no las tenga.

Asentí, procesando lo que me decía.

–Gracias por compartirlo conmigo.

Sentí una caricia conocida en mi hombro.

–¿Y tú? ¿Qué harías si no tuvieras miedo? –me preguntó.

Me tomé unos segundos mirando al techo blanco, pero la respuesta vino a mí al instante, a pesar de que la mantuviera enterrada. Con la mayoría de la gente, fingía que nunca había ocurrido, pero ese fragmento de vulnerabilidad que me mostró hizo que me sintiera aún más cómoda con él.

–Volvería a la universidad.

Se giró ligeramente hacia mí.

–¿Estuviste en la universidad? ¿Qué estudiabas?

–Medicina.

–Vaya. –Hizo una pausa–. ¿Y por qué lo dejaste?

–Era demasiado estrés. De verdad. Y no pude. Lo intenté por un par de años, pero a mitad del tercero exploté. Fue mucho para mí y decidí dejar la carrera porque supuse que no era para mí y… y entonces mis padres se molestaron conmigo, para variar –dije con ironía–. Fue justo cuando comencé a trabajar en el Linz. Se suponía que sería algo provisional mientras me ocupaba de mi salud mental, ya sabes. Además, tiene sus ventajas, por ejemplo, el horario hace que termine cansada y, dado que me acuesto tarde, era menos tiempo el que tenía para ponerme a sobre pensar y dar vueltas en la cama. –Hice una pausa, aún faltaba decir lo que más me costaba admitir–. Pero… creo que me estanqué en ese aspecto. Y me siento igual de lista para volver a estudiar hoy que en aquel entonces.

Lo sentí removerse y acercó un brazo para pasarlo por debajo de mi cabeza. Lo acepté y dejé que me acercara a él.

–Algún día lo harás. Eres más fuerte que tus miedos.

Lo dijo con tal seguridad que me la quise creer. Una lágrima se escapó de uno de mis ojos antes de que pudiera darme cuenta. A veces odiaba a la Dalia que se volvía transparente en la oscuridad. No me gustaba convertirme en una persona vulnerable. Pero, otras veces, sentía que esa era la Dalia de verdad. Y eso también me daba miedo.

Llevaba una hora aburrida. Era un día muy frío, el bar estaba muy flojo de clientela y las únicas personas estaban sentadas hasta el otro extremo y solo pedían cervezas.

Así que en cuanto lo vi entrar, lo saludé y me acerqué al asiento en el que tomó lugar. Iba vestido con un abrigo, una gorra de punto y unos guantes a juego que se estaba retirando.

¿Ya le había agradecido lo suficiente por visitarme incluso con ese clima? Bueno, lo haría en otro momento. Ya que había tenido mucho tiempo para idear, tenía algo que hacer primero. Me puse creativa con la bebida que le preparé y, una vez lista, la puse frente a él, reprimiendo una sonrisa.

–¿Qué es esto? –preguntó, mirando el brebaje. Una aceituna flotaba en el líquido color lila.

–Es sorpresa.

Le dio un trago y se retiró el vaso de vidrio al instante, torciendo el gesto. Lo vi tragar con pesar.

–Rico, ¿verdad? –pregunté, antes de reírme ante su mueca.

–Es lo más empalagoso que he probado en mi vida. Y también lo más amargo. ¿Cómo es posible que alguien tome esto?

–No lo hacen, lo acabo de inventar.

Me lanzó una mirada incrédula y lancé una carcajada, llevándome una mano al abdomen.

–No pienso pagar por esto –exclamó, alejando el vaso de él y tratando de ocultar su risa.

–Tenemos un trato –me crucé de brazos.

–Sí, lo hice cuando no pensé que mi querida *roomie* trataría de envenenarme.

Lancé otra carcajada, llevándome una mano al estómago. Las únicas cuatro personas en el lugar se giraron hacia mí, pero no me importó.



32

Etienne

Nos encontrábamos jugando en la sala de mi mejor amigo cuando Sara y su madre entraron cargando varias bolsas. Oscar pausó el juego y soltó el mando de inmediato para levantarse a ayudar. Hice lo mismo y pude ver que cargaban una pequeña en particular con mucho cuidado.

–¿Qué traen ahí? –quise saber.

–Son las invitaciones –dijo la madre de Sara, emocionada–. Vamos con el tiempo contado, así que las repartiremos entre hoy mismo y mañana.

–¡Genial! ¿Emocionados porque falta poco para el gran día? –pregunté a los novios, quienes se miraron con una sonrisa cómplice.

–No puedo creer lo rápido que se me está pasando el tiempo –dijo Sara.

–Se pasa muy rápido –agregó su madre–. Todavía faltan varias cosas y no sabemos cuánto tardarán. Menos mal que tenemos ayuda y mi hermana aceptó ser madrina de cubiertos y servilletas. Sara no quería que eso se hiciera, pero yo aún tengo unas con las iniciales de mi esposo y mías y…

–Mamá, por favor, no cuentes de nuevo la historia de tus servilletas –pidió su hija antes de volverse a mí, tendiéndome un sobre–. Ya que estás aquí, toma tu invitación.

Dejó en mis manos un sobre grueso satinado color crema, con unas delicadas enredaderas verdes que enmarcaban las esquinas. Lo abrí y extraje la tarjeta con sus nombres en la parte superior, enmarcados con las mismas enredaderas.

Me percaté de que en el sobre venía algo más. Lo saqué y encontré un pequeño cartón blanco con las casillas de «sí» y «no» debajo del espacio para escribir mi nombre.

Lo examiné por delante y por detrás.

–Necesitamos saber si llevarán algún acompañante –me explicó.

–Bueno, ya saben mi respuesta –dije, encogiéndome de hombros–. ¿Tengo que marcarlo de todos modos?

–Solo para llevar un control –me respondió su madre, tendiéndome una pluma–. ¿En serio no llevarás una cita? ¿Irás en modo soltero entonces? Porque tengo una sobrina que…

–¡Mamá! –intervino Sara–. ¡Por favor!

–Discúlpame por querer ayudar a tu amigo. –Se llevó una mano al pecho con expresión quejumbrosa, luego se volteó hacia mí para rodar los ojos y señalarla con disimulo–. Ya le está afectando la presión de novia –me susurró y compartimos una sonrisita.

Cuando terminamos de acomodar las compras, volvimos a nuestra posición en la estancia, ahora con Sara viéndonos jugar mientras descansaba en el sillón junto a su prometido.

–Oye, Etienne, necesito decirte algo.

Me giré hacia ella un segundo antes de volver a la pantalla.

–Claro, dime.

Pasaron unos segundos sin que la escuchara hablar. Giré la cabeza de nuevo y vi cómo dudaba.

Oscar volvió a pausar el juego e intercambió una mirada con su prometida. En su expresión noté entendimiento y algo más, como si le ofreciera su apoyo.

–¿Qué pasa?

–Pues, creo que ya sabes que Melanie me ha estado ofreciendo su ayuda para conseguir proveedores, detalles con el vestido, dudas que me van surgiendo… –Asentí despacio, confundido. En realidad, no sabía que le estuviera ayudando tanto, pero no dije nada–. Pues… decidimos invitarla a la boda.

Me giré hacia Oscar.

–¿Qué?

–Queríamos decírtelo juntos.

Traidor.

–No pueden hacer eso –dije–, es mi ex.

Sara tensó los labios, mirando a Oscar un tanto preocupada. Mi mejor amigo se irguió y se inclinó hacia mí con expresión seria.

–También es la mejor amiga de mi hermana, se ha ganado el cariño de mis padres y ha ayudado mucho con los preparativos.

Me pasé las manos por la cara y por el cabello.

–Ahora solo falta que digan que será la dama de honor.

–¡No! –aclaró de inmediato Sara, negando con las manos–. Aunque Vanessa sí lo será y posiblemente esté cerca de ella –dijo con pesar.

Saqué el aire con un gruñido y apoyé los codos en las rodillas, llevándome las manos a la cabeza.

¿Por qué tenían que haberse hecho tan amigas?

–Sé bien lo que te hizo pasar –Oscar tomó la palabra de nuevo–. Pero, a pesar de todo, sabemos que es buena persona. –Lo miré con los ojos entrecerrados–. Sabes que lo es. Fue mala novia contigo, la peor, pero es buena persona, buena amiga y, de hecho, se siente muy arrepentida por lo que hizo… Pero si te hace sentir incómodo, trataremos de que estén lo más lejos posible.

Suspiré. La verdad era que tenían razón. Y no solo eso, era su boda, y en su evento deberían tener la tranquilidad de poder invitar a quien quisieran. Sería un pésimo amigo si se los impedía.

–Lo sé –dije sin verlos. Mi yo de meses atrás no creería lo que estaba por decir–. Por más que quise convencerme de lo contrario. Ella es… una persona genial. Está bien.

–¿De verdad? –preguntó Sara, con una sonrisa esperanzada, pero mirada angustiada.

Asentí.

–De verdad, no se preocupen.

Sara sonrió grande, con alivio, y Oscar le dio una palmada en la rodilla mientras me sonreía

con orgullo.



Pasaron unas horas, regresé a casa y, cuando mi mente había logrado pensar en otra cosa, su llamada apareció en la pantalla de mi celular.

Había borrado su contacto hacía tiempo, pero no hacía falta tenerla registrada, me había aprendido su número de memoria y no podría borrarlo de ahí.

Lo dejé sonar hasta que el buzón de voz se encargara, pero enseguida volvió a llamar. Dudé, pero recordé la conversación de horas antes y decidí contestar.

–¿Hola?

–Hola, Etienne.

–¿Qué necesitas?

Tenía la esperanza de que se hubiera tratado de contactar con Sara o con Oscar, que no pudiera, y que su plan fuera que yo pasara el recado.

–¿Puedo pasar?

¿Qué?

Abrí una rendija de la cortina para asomarme por la ventana y se me congeló el corazón.

Parada frente a mi casa, con el teléfono pegado a una oreja y los brazos cruzados por el frío, estaba Melanie.

–¿Qué estás haciendo ahí parada? –pregunté, sin saber qué me hacía sentir exactamente.

Estábamos en uno de los últimos frentes fríos, debíamos estar a cinco grados.

Abrí la puerta y la invité a pasar con un gesto. Rápido, entró y ambos colgamos la llamada al mismo tiempo, antes de que yo cerrara la puerta.

Tenía la nariz roja por el frío y seguía abrazándose los brazos.

–Gracias.

–Solo te invité a entrar porque no quiero tener a una persona congelada en mi banqueta –dije, cruzándome de brazos a un metro de ella–. ¿Qué haces aquí?

–Me equivoqué… contigo.

–Sí, eso ya me lo dijiste.

–No. Quiero decir, sí, pero no me refiero a eso. Si no lo último que te dije, sobre… empezar de cero. –Me miró con una expresión suplicante que, para mi pesar, me removió algo en el interior–. No podría. No eres un desconocido para mí y, por más que queramos, parece que estamos destinados a estar cerca el uno del otro.

–Por un año no supe nada de ti, ¿recuerdas?

Bajó la mirada.

–Lo sé, y es algo que nunca me perdonaré. –Volvió a mirarme, pero sus ojos estaban brillosos–. En realidad, tuvimos muchas oportunidades para vernos, pero creía que si no te veía sería más fácil.

–¿Más fácil? –Solté una risa sarcástica–. No sabes lo difícil que fue para mí regresar solo a casa después de la que sería *nuestra boda*, donde me quedé esperando a ver si aparecías y me decías que era una confusión, que era el estrés o el miedo, pero que nos casaríamos. Y cuando no apareciste, tuve que llamar a la agencia y cancelar nuestras reservaciones para la luna de miel. Tuve que lidiar con las preguntas, con la lástima de las demás personas. Y todo sin saber siquiera

qué estabas pensando tú. –No supe en qué momento comencé a hablar más alto, y mojarme las mejillas, al igual que las de ella–. Lo único que supe de ti fue por una breve carta, que me diste un día después, por medio de un mensajero.

Emitió un sollozo y dio un paso hacia mí.

–Sí, creí que sería fácil. Pero no fue así –confesó entre lágrimas–. Me sentía horrible. Confundida. Triste y enojada. No sabía qué hacer…. Creí que lo mejor para los dos era que me alejara. Y que, si no te veía, podríamos olvidar todo lo que tuvimos, todo lo que sentíamos, pero de mi parte no fue así. Y yo acepté el papel de la mala, de la maldita que dejó a su novio en el altar. De la cobarde que no sabía si estaba segura de dar ese paso.

–Pues tomaste la decisión.

–¡Pero no fue la correcta! –gritó, de pronto más cerca de mí. Ambos teníamos lágrimas manando de nuestros ojos–. Tenía veintidós años, aún me faltaba mucho por vivir y me entró el pánico por empezar una vida de casada. Cambiaría mucho mi vida y...

–Yo no te habría impedido hacer tus cosas.

–¡Lo sé! Ahora pienso todo más claro y, por eso y más, me arrepiento.

–Qué lástima que sea tan tarde.

Soltó un leve sollozo.

–Fui una completa cobarde. Me dejé llevar por el miedo y corrí y… para cuando me di cuenta, dejé ir a la persona que amaba… y que aún amo. –La sala se quedó en un silencio pesado. Tragué saliva–. Y sí, me tardé, pero ayudar a Sara con los preparativos de su boda me hizo pensar en la nuestra… *en lo nuestro*… Y me equivoqué cuando dije que quería empezar de cero. Porque nunca podría actuar como si no te conociera. –Negué con la cabeza y abrí la boca, pero me interrumpió–. No, ya sé que no podemos solo olvidar lo que pasó. Lo sé y odio lo que hice. El remordimiento por no haber sido clara contigo, por no haber hecho nada cuando estuve a tiempo, me ha consumido, aunque tal vez no lo parezca, pero ya no quiero pretender que nada pasó… Y tampoco pretender que no quiero estar contigo… Quiero volver a lo que teníamos, ahora mejor. El destino nos está diciendo que tú y yo siempre debimos estar juntos.

Miré mis botas, evitando su mirada, y me pasé las manos por la cara para limpiar las lágrimas.

Había pasado mucho tiempo buscando respuestas, reprimiendo emociones, deseando ese momento y a la vez temiéndolo. Y todo el asunto de la boda no hacía más que recordármelo y empeorarlo.

Y ahora, después de tanto, tenía las respuestas. Y le hice saber todo lo que pensaba, lo que me había hecho sentir. Y ahora sentía… nada. La enorme mochila que había estado cargando se había ido.

La miré de nuevo, se había medio secado las mejillas y tenía su vista atenta en mí. Y me di cuenta de que ya no la miraba con la misma sensación de antes.

–Hoy me llevaron la invitación –añadió de pronto–. Me gustaría ir contigo.

Abrí mucho los ojos.

–¿Quieres… qué?

–A menos que… –Sorbió la nariz–. A menos que lleves a alguien más, claro.

A mi mente llegó la imagen de mi tarjeta, marcada con una «x» en la casilla de negación. Reprimí un suspiro pesado.

–No. Iré sin acompañante. Ya entregué la tarjeta.

Asintió y dio otro paso hacia mí con sus ojos brillosos.

–Ve conmigo. Danos esta oportunidad –pidió, acercándose más–. Si no funciona, te dejaré en

paz.

Mi garganta se negaba a emitir un sonido. Y odié no poder olvidar todo lo que habíamos vivido juntos.



Dalia

Le tendí una copa de vino a un hombre sentado en la barra. Se veía que había tenido un buen día, pues se había portado muy amable desde que llegó y se la bebió como si estuviera celebrando algo.

Pasé el trapo por la barra por décima vez en esa noche cuando escuché gritos y una disculpa en la entrada. Me giré hacia los ruidos, sin entender lo que estaba pasando.

Un joven, que al parecer apenas iba entrando con sus amigos, tenía su chaqueta café claro bañada en alcohol. Un mesero había tirado la bebida encima de él, pero algo me decía que el problema no había sido él. Otro hombre, que de seguro lo había empujado, venía corriendo hacia la barra.

–¡Dalia!

–¿Etienne? ¿Qué…?

–Ve a la boda conmigo –me pidió acelerado, una vez recargado en la barra frente a mí.

Miré a nuestro alrededor. La gente nos miraba.

–¿Necesitas que Maya y yo te llevemos?

Noté que se asomó un atisbo de sonrisa aliviada, pero de inmediato siguió hablando.

–No. No vayas con Maya. Ve conmigo.

Mi corazón latió más rápido.

–Etienne… ¿Qué estás…?

–Ve conmigo como mi cita. Quiero llevarte en mi auto, combinar nuestro atuendo y tomarte las fotos que quieras con tu vestido.

De pronto, las personas alrededor desaparecieron. Sentí mis mejillas calentarse y titubeé.

–Pero, pero tú ya tienes un traje y, no combina con mi vestido.

–Me compraré otro, no importa, solo quiero ir con la mujer a la que amo.

Me le quedé mirando, tratando de descubrir si estaba hablando en serio. Vi la determinación en sus ojos, la súplica y, en el fondo, algo más. Algo que me regresó el aire a los pulmones. Y me sonrió con un brillo en los ojos cuando las comisuras de mis labios se elevaron sin que pudiera controlarlas.



33

Etienne

En el momento en que Melanie terminó de hablar, me di cuenta de qué era lo que tenía que hacer.

Por más que la perdonara, pues lo había hecho, la había comprendido después de todo, nunca me volvería a sentir cómodo en una relación con ella. Sin embargo, por fin, terminamos nuestra relación de buena manera.

Y luego estaba Dalia.

Esa chica, que al poco tiempo había logrado hacerme sentir seguro con solo abrazarme, era la única persona con la que quería ir a la boda.

Así que, en cuanto Melanie y yo terminamos de hablar y se retiró, tomé las llaves y me apresuré para ir hacia la mujer que tenía mi corazón.

Sabía que era un movimiento arriesgado, sabía lo que ella pensaba al respecto, pero me dije que sería mi último intento. Si me decía que no, no volvería a molestarla.

No podía esperar más. Al llegar al Linz, subí los escalones con prisa bajo la luz azul neón y corrí hacia ella en cuanto la vi. Le saqué la vuelta a un grupo de personas, pero no vi al mesero que pasaba por un lado y choqué con su espalda. Me disculpé sin detenerme y recorté los pocos metros que faltaban mientras la llamaba.

Estaba impaciente y nervioso, pero cuando vi esa sonrisa que me decía que sí, una ola de felicidad me invadió y un alivio me recorrió el cuerpo entero.

No quería despegarme de ella.

La esperé hasta su hora de salida para irnos juntos a casa.

Por primera vez, no esperé a que se sintiera mal para ir con ella, ni tuvo que contar con una excusa para invitarme a estar con ella.

Estábamos ahí por mero gusto, con mi espalda recargada en la puerta, sus manos rodeando mi cuello y las mías en su nuca y en su cintura. Sin tés de por medio, ni lágrimas. Y con un medio abrazo que, en vez de significar apoyo, nos permitía estar más juntos mientras nos besábamos como si fuera la primera vez, pero al mismo tiempo como si fuera algo de toda la vida.

A Dalia se le cortaba la respiración y por momentos tenía que tomar aire, pero esta vez no era por los ataques de pánico, y me hacía sentir aún mejor ser yo el que le provocara eso.

Las sensaciones se intensificaron cuando su boca dejó la mía y pasó a mi mejilla, luego a la parte baja de mi cuello y fue bajando hasta la clavícula, donde dejó un pequeño mordisco, mientras me retiraba la chaqueta.

–Dalia…

–¿Sí? –murmuró antes de volver a besarme.

–Si vuelves a hacer eso no me hago responsable.

Entonces volvió a hacerlo, más despacio y jugando con sus labios, dejándome sentir su aliento en mi cuello. Solté un pequeño gruñido, lo que le hizo reír un poco.

Conque quería jugar.

Le quité la chaqueta y la tomé de la cintura más fuerte para pegarla más a mí. Fundí nuestras bocas, esperando a que me dijera que me calmara, pero cuando escuché un pequeño gemido y desapareció el poco espacio que quedaba entre nosotros, me perdí.

La hice dar unos pasos conmigo y fuimos hacia esa cama que había sido testigo de todos los momentos que habíamos pasado juntos.

Se recostó sin soltarme, dejándome encima de ella. Me apoyé en los codos para no dejar caer todo mi peso sobre su cuerpo. Estuve a punto de hablar, pero no tuve tiempo de decir nada, pues sus labios volvieron a los míos.

Nos besamos los labios, la cara, el cuello. Su cabello me hizo cosquillas y compartimos una risita mientras se lo acomodaba a un lado para continuar. En ese momento supe que podría pasarme la vida saboreándola.

Llevé mi boca una vez más a su cuello, donde me demoré un poco más mientras Dalia volvía a formar patrones en mi cuerpo, recorriendo mis hombros y mis brazos. Me encantaba que lo hiciera, pero esta vez no era suficiente, necesitaba sentirlo directamente en mi piel.

–Dalia, necesito que me digas si…

–No.

Parpadeé.

Me aparté un poco para verla.

–Ni siquiera dije nada –bromeé, al mismo tiempo que intentaba leer su expresión.

–Sé lo que ibas a preguntar. –Me tomó de las mejillas. En sus ojos pude ver lo mismo que debía estar en los míos–. No te atrevas a parar.

En ese momento, agradecí haber leído esos libros que Dalia había leído y marcado, dejando pistas sobre lo que le gustaba o deseaba hacer. ¿Quién diría que un libro de romance podía ser tan útil?

A mi mente llegó la página de un libro con una tira de color celeste translúcido pegada en un párrafo y una anotación sobre que, supuestamente, si le hacían eso se derretiría.

Era el momento de ponerlo a prueba.

Dalia

No podía pensar en nada más que en lo que estaba sucediendo. Todo ese tiempo negándome a sentir algo había sido una pérdida de tiempo.

Estaba más que perdida por Etienne y ahora era demasiado tarde para intentar hacerlo a un lado y superarlo.

Y en cuanto sus manos se deslizaron despacio por mis costados y, con delicadeza, comenzó a desabrochar los botones de mi camisa, olvidé por completo el frío del invierno.

Arqueé la espalda para ayudarlo a retirarla. Cerré los ojos cuando bajó la cabeza y sentí sus labios acariciando mi piel. Y entonces olvidé todas esas veces que dije que Etienne podría hacerme sentir mal. Porque, en ese momento, era todo lo opuesto.

Quería sentirme en las mismas condiciones, quería sentir su piel cálida, así que estiré mis brazos y tiré de su suéter y playera al mismo tiempo hacia arriba. Se separó y en un segundo se deshizo de las prendas. Volvió a colocarse sobre mí y recorrí su piel con las manos, dejando leves caricias desde su nuca hasta la espalda baja. Escuché un suspiro pesado y, en ese momento, olvidé por qué me cerraba al amor.

Y no quise volver a recordarlo.

–Te amo –soltó.

Su comentario me hizo espabilarme.

Lo miré con la boca abierta, examinándolo para descifrar la verdad. Una parte de mí insistía en que lo decía por la emoción del momento; pero otra parte veía en sus ojos, en su lenguaje corporal, mientras me acariciaba la mejilla con delicadeza, que no era un pensamiento nuevo para él.

–No digas nada. Solo quería que lo supieras –continuó, pero en su voz escuché un tono de decepción, un atisbo de tristeza.

–Qué lástima que no quieras que diga nada –respondí despacio, recorriendo el contorno de su hombro y su brazo con los dedos–, porque estoy muy enamorada de ti.

Me miró de una forma que nunca le había visto, antes de ver mis labios y lanzarse a besarme otra vez.

Y reclamarnos el uno al otro.

Atardecer

ANÓNIMO

Durante los últimos dos años de nuestro noviazgo, cada vez que la visitaba y el clima nos lo permitía, íbamos a sentarnos en una banquita en particular.

En una esquina, a un par de cuadras de su casa, se encontraba una banquita de madera con molduras de metal en los reposabrazos. Un árbol alto y frondoso le daba sombra y tenía una vista al parque que, más allá, dejaba ver la puesta del sol tras las montañas rodeadas de nubes que se tornaban rosas.

Nos encontrábamos ahí una tarde, sintiendo el viento soplar agradable, oyendo algunas aves cantar por aquí y por allá y viendo a otras cruzar el cielo con total libertad. A lo lejos, unos niños jugaban a las escondidas; y, por otro lado, un perro olfateaba la banqueta, antes de parar las orejas al escuchar su nombre y correr alegre hacia su dueño.

Cerré los ojos, inhalé el aire fresco del comienzo del otoño y lo solté despacio mientras abría los ojos. A mi derecha, estaba mi novia. Su cabello se movía levemente con el viento y tenía una expresión relajada, con su vista fija en las nubes, admirando su color favorito. Apoyé mi cabeza en su hombro. Entre nosotros descansaban nuestras manos, muy cerca la una de la otra y, por instinto, rocé sus dedos con el índice. De pronto, depositó un tierno beso en mi sien antes de apoyar su cabeza sobre la mía.

–El atardecer es maravilloso –dijo de pronto, con voz suave.

Una paz inmensa me inundó y deseé pasar muchas más tardes así.

Segundos después, me reí. Solté una carcajada.

No lo podía creer.

Ella se separó un poco de mí, girando su cabeza para verme con los ojos entornados y una sonrisa burlona. Me enderecé y la miré.

–¿De qué te ríes, loquito?

–¿Te sientes feliz? –le contesté con otra pregunta.

–¿Qué? –Se rio levemente–. Por supuesto que sí.

Me llevé ambas manos a la cara, incapaz de contener mi risa, mi desborde de felicidad.

–¿Qué tienes? –me preguntó, contagiándose de mi risa.

Tomé aire y traté de ponerme serio.

–Que soy un tonto.

–Oh, apenas te das cuenta.

Estuve a punto de fingirme ofendido, pero miré esa sonrisa y volví a reír por lo bajo, negando con la cabeza.

–Es que… cinco meses. Llevo cinco meses intentando planear algo perfecto, pero no he podido. Seguía esperando porque, por un motivo u otro, no conseguía que fuera el momento perfecto, lo ideal para ti… –Tomé su mano con mi mano derecha, mientras que la izquierda la llevé al bolsillo de mi chaqueta.

–¿De qué estás hablando? –preguntó con una mezcla de gracia y confusión.

–Buscaba algo perfecto, pero el momento perfecto siempre ha estado frente a mí, contigo.

Ladeó la cabeza. Su mirada se llenó de curiosidad y abrió la boca, pero entonces volvió a cerrarla. Seguí hablando:

–Y por eso… quiero una vida entera contigo.

Saqué la mano del bolsillo, sosteniendo la cajita cuadrada de terciopelo rosa para abrirla frente a ella. Casi reí de nuevo al verla abrir tanto los ojos y la boca.

–Eso… ¿Eso es…? –Alternaba la vista entre la cajita y mi rostro–. ¿Has cargado con eso cinco meses?

Asentí. Volví a reír y, esta vez, cuando sus labios se abrieron en una gran sonrisa, sus ojos formaron esas arrugas en los costados que tanto me gustaba ver, pues significaban una felicidad sincera.

–Eres un tonto –acordó, antes de acercarse a mí y darme un beso.

Sin soltar su mano, me levanté y llevé una rodilla al suelo frente aquella banca, tan simple a los ojos de las demás personas. Tan importante para nosotros.

Y luego, con su sonrisa de oreja a oreja y sus ojos algo cristalinos, me vio poner el anillo en alto y preguntar:

–¿Te casarías conmigo?



34

Dalia

Pasaron un par de semanas en las que la rutina fue cambiando. Bueno, tal vez no la rutina, sino la percepción de ella por la cercanía y los constantes mensajes que nos enviábamos durante el día cuando no estábamos en casa.

De repente, mi mente intentaba jugar conmigo. Metía ideas a mi cabeza, pero me sentía muy feliz y me permití sentir todo creyendo que lo valía. Mi terapeuta me felicitó y se alegró porque había estado viendo un buen progreso y creía que esto era otra buena señal.

En la primera oportunidad de reunirme con Maya me ganó la emoción y le confesé lo que estaba pasando entre nosotros. Luego de un «lo sabía», me abrazó muy fuerte y me pidió que le contara todo mientras me escuchaba atenta y feliz por mí.

Todo marchaba bien.

Llegó la primavera y, con ella, el día de la boda de nuestros amigos. Maya y yo nos preparamos juntas escuchando música y cantando en mi habitación.

–No puede ser, ahora son dos cantantes –se burló Etienne, asomándose desde la cocina y ganándose un gesto grosero de Maya antes de volver a lo suyo en medio de una risa.

Ya estaba usando su traje. Le quedaba muy bien y tuve que resistirme para no lanzarme sobre él. Aunque no podía evitar sentirme nerviosa al saber que Etienne y yo iríamos como cita. Si bien él tendría que irse antes para llegar a la ceremonia, ya que era el padrino del novio, durante el resto de la noche estaríamos juntos. Pero, por primera vez, la emoción le ganaba al miedo.

El maquillaje era una de las habilidades menos desarrolladas de Maya, por lo que me encargué de maquillarnos a las dos; por otro lado, ella me ayudó a planchar mi cabello antes de recogerse el suyo con una trenza elegante.

Su vestido era de color lila, con encaje transparente en la parte superior y una falda lisa que le caía hasta los pies, con una abertura desde el nivel de la rodilla. El mío, por otro lado, era ceñido y de color azul marino, con la espalda descubierta en un corte V hasta media espalda.

Me calcé unos zapatos de tacón mediano, con tiras encima del puente de los pies. A Maya le presté unos tacones de plataforma cerrados.

Unos minutos antes de salir, revisé mi celular por si tenía algún mensaje. Lo último que había

sabido de Etienne era que estaban por entrar a la ceremonia, destinada para la familia directa y los más cercanos.

–¿Lista? –preguntó Maya.

Tomé mi bolso de mano y me miré al espejo una última vez, confirmando que todo estuviera en orden.

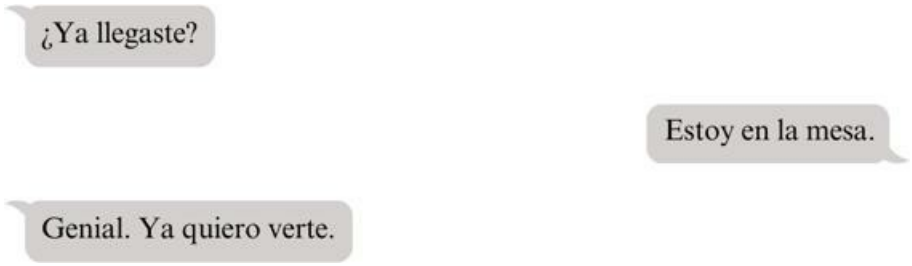
–Lista.

Subimos a su auto, cuidando de no arrugar los vestidos. Condujo mientras charlábamos y cantábamos con la música de fondo hasta llegar a la recepción. Ahí, nos encontramos un salón decorado con la misma temática que la despedida de soltera, con cortinas blancas y delgadas colgando de las largas paredes, así como arreglos de plantas y enredaderas por todos lados.

Buscamos nuestra mesa y tomamos asiento. Saludamos a una pareja joven y reconocí a la chica de la despedida de soltera. No recordaba su nombre, pero era prima de Sara y era agradable. Estaba cerca de la pista y de la mesa principal, por lo que tendríamos la vista despejada para ver a los novios y Etienne podría estar atento a sus labores de padrino.

Tomé mi celular de nuevo y lo desbloqueé esperando tener un mensaje de él.

Sonreí cuando lo encontré.



–¿Qué te tiene tan sonriente?

Me giré hacia la derecha, encontrando a mi mejor amiga dándome una sonrisa acusadora.

–Vi un meme.

–Claro, ¿te lo mandó Etienne?

Rodé los ojos, pero no podía borrar mi sonrisa.

–Es él, ¿verdad? –preguntó, y levantó la voz cuando cayó en cuenta–. Ay, Dios. ¿Cómo va todo?

Apagué la pantalla del celular, me pegué a su oreja y le conté nuestra semana. Desde lo más cotidiano hasta lo que más me emocionaba, mientras esperábamos a que los novios hicieran su aparición.

Tuve que pedirle que se controlara cuando estuvo a punto de gritar y los otros invitados de nuestra mesa, que ya eran más, nos miraron extraño.

Por suerte, se tranquilizó cuando Etienne entró por la puerta. Y aunque sí siguió hablando, no supe de qué, pues toda mi atención se centró en él, vestido con un traje azul marino y cabello bien peinado hacia atrás, pero con un par de mechones rebeldes que lo hacían ver aún más atractivo.

Lo vi recorrer el lugar con la mirada y, cuando me miró, sonrió de una manera que hizo que dejara de escuchar por completo lo que pasaba a mi alrededor.

Caminó hacia nuestra mesa y regresé al mundo cuando un mesero apareció a mi lado.

–¿Quiere algo de beber?

–Limonada. –Y de inmediato agregué–: Dos, por favor.

El mesero asintió una vez con la cabeza antes de retirarse.

–Hola –me saludó con esos ojos que se veían aún más verdes con ese atuendo.

–Te queda bien ese color –dije mientras tomaba asiento junto a mí.

Esos ojos que me gustaban se estrecharon un poco y las comisuras de sus labios se elevaron unos segundos.

–A ti también te queda bien.

Sonreí. Después de todo, sí fuimos del mismo color.

–Ay, por Dios –se escuchó decir a mi derecha y rodé los ojos hacia ella–. Por favor, sé que están iniciando esa fase empalagosa, pero no olviden que hay más personas en esta mesa.

Se me escapó una risita. Lo miré y a él le pasaba lo mismo.

A través de un altavoz se hizo un anuncio y todos los invitados nos quedamos atentos. Los novios hicieron su entrada y, entre aplausos y vítores. Sarah se veía hermosa con su vestido blanco y nos lanzó un beso cuando pasaron cerca de nuestra mesa. Después nos reímos cuando Miguel, a un par de mesas de nosotros, le gritó piropos a Oscar.

Esa noche me sentí como hacía mucho tiempo que no me sentía. La música sonaba muy bien, el aire me parecía más puro y tenía el cuerpo ligero. Era demasiado raro, no parecía yo, pero al mismo tiempo era como si por fin fuera yo misma.

Etienne

Bailamos en grupo, divirtiéndonos todos juntos; y algunas canciones solos, con mi mano en su cintura y haciendo un esfuerzo por resistir la cercanía y el perfume a flores que llevaba encima. Se veía hermosa y, como prometí, le tomé fotografías en varios puntos del salón, donde el fondo se viera lindo. Algunas eran de ella sola, otras eran de nosotros dos y varias más con nuestros amigos.

Después llegó la comida y el postre, el cual Dalia y yo compartimos, ya que, supuestamente, el mío sabía más rico.

Durante un rato nos quedamos en la mesa a platicar y conocí mejor a Maya, hasta que Oscar me pidió aclarar unas cosas con el camarógrafo. No me tomó más de dos minutos, pero era tanto el volumen de la música que tuve que caminar detrás de él varios metros antes de que me escuchara. Y no había caído en cuenta de lo cerca que había quedado de la mesa de Melanie hasta que me desocupé con el hombre, me giré y la tuve en frente.

Aunque la había visto de lejos cuando se encontró con Vanessa al terminar la ceremonia, en el salón la habían ubicado en una mesa hasta el otro lado, lejos de la mía. No había hablado con ella desde que rechacé el venir juntos a la boda. Y ahora estaba a un metro de distancia, con una sonrisa tímida.

Traía un vestido color pistache sencillo con el que su cabello castaño contrastaba, cayendo sobre sus hombros en esas ondas que le encantaba hacerse y que yo había aprendido a hacer por ella.

–Hola –me saludó.

–Hola.

–Solo quería confirmar que todo está bien entre nosotros y que no lo dijiste para que me fuera de tu casa.

–Sí, descuida. –Asentí con una media sonrisa–. Soy consciente de que estamos en las vidas de las mismas personas, así que vamos a seguir viéndonos y lo mejor es que no haya incomodidad entre nosotros.

–Me alegra saber eso. –Sonrió–. Ya el futuro nos dirá si sí debemos estar juntos –agregó, encogiéndose de hombros.

Una mujer que no conocía, seguramente familiar de Sara, nos miró con expresión enternecedora desde su silla a un metro de nosotros. Debía de estar pensando que presenciaba un reencuentro amoroso.

–Ven –pedí con un gesto de cabeza y caminé hacia a las puertas.

–¿A dónde?

Me giré y la vi en el mismo lugar.

–Ve con él, linda –agregó la mujer con voz dulce.

–NO –le dije a la entrometida mujer y tomé a Melanie del brazo para llevarla conmigo afuera.

Me hizo detenerme un instante para tomar su bolso del respaldo de la silla y colgárselo al hombro. El viento nos pegó de lleno cuando salimos. A pesar de que había comenzado la primavera, el viento de la noche era fresco.

–Escucha –dije luego de pensar unos segundos–. Te amé. Te amé mucho. Pero se acabó. Tú misma le pusiste fin y debes aceptarlo.

–¿Y si es solo una pausa? –insistió, acercándose a mí con las manos unidas en su pecho–. Sé que no es bueno forzarlo y no pienso intentarlo, pero recuerdo bien lo que formamos y creo que podemos superarlo, solo hace falta tiempo.

–No. –Negué con la cabeza–. Es muy tarde, Melanie.

Apretó los labios en una línea, sin dejar de mirarme.

–Creí que me habías perdonado.

–Te perdoné. Pero me dejaste parado en ese maldito altar por más de una hora, con la esperanza de que aparecieras. Te habría perdonado ahí mismo que dudaras y habría seguido sin importar nada. Si aparecías, habría valido la pena la espera, porque eras con quien quería compartir mi vida. –No noté el coraje con el que salían mis palabras hasta que vi sus ojos volverse brillosos por las lágrimas y parpadear para alejarlas. Un sentimiento de culpa me atravesó y traté de calmar mi tono–. Melanie, incluso temí que te hubiera pasado algo. Estuve a nada de ir a buscarte... Hasta que me avisaron que te habías ido por tu propia cuenta –finalicé con un hilo de voz.

La había perdonado, pero eso no cambiaba nada. No volvería a estar con ella de esa manera.

Una lágrima corrió por su mejilla y se la limpió de inmediato.

–Quisiera poder borrar eso.

–Pues yo no –afirmé–. Porque en ese caso, regresaría contigo, y empezaríamos algo que volvería a terminar mal.

Sollozó y se llevó ambas manos a la cara para limpiar las lágrimas, que caían más rápido, dejando un reguero negro en sus mejillas.

–Te amo, Etienne. Me di cuenta tarde de lo mucho que te amo, pero lo hago.

–Pues… –Miré hacia el salón, donde me esperaba alguien más–. Qué lástima que no nos amáramos al mismo tiempo.

Sorbió la nariz y la cara se le transformó por el llanto. Un auto pasó por la calle y la mujer que iba en el asiento del copiloto se le quedó viendo.

Suspiré.

–Toma. –Tomé mi pañuelo y se lo tendí.

Lo miró por un segundo, después a mí y de nuevo al pañuelo, el cual sacudí para insistir.

–Gracias –dijo, aceptándolo.

Respiré profundo.

–Melanie, hablaba en serio. Creo que necesitamos llevarnos bien, creo que podemos hacerlo, pero solo eso. Aquí ya no va a pasar nada más.

Un momento después se miró las manos y respiró profundo, sujetando el pañuelo manchado de maquillaje.

–No es solo eso –dijo, más serena–. Es ella, ¿cierto? La chica a la que amas ahora. Es esa chica con la que vives. Dalia.

Y como por arte de magia, pensar en ella hizo desaparecer la pesadez que había tomado mi cuerpo.

–Sí. –Asentí–. No lo planeé, pero sí.

Sacudió la cabeza de arriba a abajo despacio, mirando al suelo, pensativa.

–¿Y ella te ama?

Me miró. Yo asentí de nuevo, tratando de disimular mi alegría al recordarlo.

Lanzó una pequeña risa triste.

–De acuerdo. Respetaré eso –contestó con tono honesto, de pronto calmado.

Elevé las cejas.

–¿En serio?

–No lo sabía. Debiste contármelo. No habría insistido en tener algo contigo de haber sabido que me estaría intentando meter en su relación. –Su mirada era diferente. De pronto me recordó al tiempo en el que era mi amiga, cuando me brindaba su apoyo en algo y hablaba con una sonrisa ladeada, como justo ahora. Abrí la boca, sorprendido, pero no supe qué decir y la volví a cerrar–. Siempre serás una persona importante para mí, Etienne. Aunque me gustaría, no espero que podamos ser amigos. De todas formas, me alegrará que podamos llevarnos bien, por los demás. Y… si soy honesta, creo que me pondrá triste verlos, pero supongo que ahora me toca a mí pasar unos meses difíciles. –Forzó una risa–. Sigue en pie que intentemos llevarnos bien, ¿verdad?

Tragué saliva y me mecí de un lado a otro un poco. Después de todo, tenían razón, no era una mala persona. Se había equivocado, mucho, pero...

–¿Sabes…? Me gustaba ser tu amigo.

Un nuevo brillo se instaló en sus ojos.

–¿En serio?

–Por supuesto.

Sonrió un poco y me tendió una mano. Le devolví el gesto y le estreché la mano.



35

Dalia

—¿Dónde está Etienne? –me preguntó Vanessa, agachándose un poco hacia mi silla para escucharse sobre la música.

–Creí que estaba con ustedes –contesté junto a su oreja–, mencionó algo sobre hablar con el camarógrafo.

–Sí, lo mandamos con él, pero ya no regresó. Creí que habría vuelto a su mesa.

Fruncí el ceño, confundida, y negué con la cabeza.

–Bueno, voy a buscarlo, gracias –dijo y se fue, agarrándose la falda del vestido largo.

Recorrí el salón con la mirada. La gente bailaba en la pista, se tomaba fotografías o charlaba en sus mesas.

Me levanté para buscarlo. Caminé entre algunas mesas y, para evitar molestar a quienes caminaban o estaban en plena sesión de fotos con sus celulares, me acerqué a la pared de ventanales. Y entonces lo vi.

Estaba afuera. Con Melanie.

Estaban hablando, lejos de todos.

No supe qué pensar. Sabía que tenían su historia, pero Etienne me había dicho que no quería saber nada de ella. Que a pesar de que tuvieran que compartir lugares y eventos, como esa boda, mantendría su espacio.

Y ahora habían salido para estar a solas.

Regresé a mi mesa. Me senté en mi silla y Maya quiso saber si lo había encontrado.

–¿Lo encontraste?

–No –mentí.

Podía sentir mi corazón golpear mi pecho y mi estómago revolverse. Respiré hondo y me concentré en la mesa, en la música, en mi amiga que me contaba algo a lo que no le podía prestar la suficiente atención.

–Acompáñame al baño –pidió mi amiga de repente.

Asentí y caminé detrás de ella. Una vez entramos, se asomó a todos lados antes de llevarme hacia el fondo del lado derecho.

–Puedo ver en tu cara que algo sucede. Estabas muy feliz hace unos minutos y de pronto ya no. ¿Qué pasa? ¿Te quieres ir?

Pensé en contarle la verdad, pero no me sentía en posición de contar lo que vi sin llorar, y sin duda era muy mal momento y lugar para crear esa escena.

Me tragué el nudo en la garganta.

–Creo que ya fue demasiado para mí. Mi batería social se acabó. –No era la razón principal, pero mentira no era.

Asintió.

–Entiendo. Vámonos entonces.

–¿De verdad?

–Ya estuvimos en lo importante. Podemos irnos –aseguró, tomándome una mano con un apretón.

Asentí y caminamos de vuelta.



Etienne

Melanie tenía que arreglar su desastre de maquillaje antes de regresar a la fiesta. Una de las ventajas de ser el padrino era que me habían dejado un espacio para estacionarme cerca, en el lado lateral del salón, por lo que caminamos hacia mi camioneta para que se mirara al espejo. Bufó al ver su reflejo y agradeció haber llevado su bolso con ella.

Cuando volvimos adentro, nos despedimos y avanzó directo a su mesa mientras yo buscaba a Oscar con la mirada. Lo encontré a un lado de la pista, hablando con unos invitados.

–Oscar –lo llamé y volteó hacia mí.

–Etienne, ¿dónde te metiste? El camarógrafo ya se fue, dime que alcanzaste a hablar con él.

–Perdón. Sí, todo está en orden. Dijo que primero tiene que revisar el material y se comunicará con ustedes en un par de días para acordar los detalles.

–Ah, genial –dijo, aliviado–. Ahora, ¿podrías llamar a los del carrito de *snacks*? Deberían haber llegado hace media hora. Lo haría yo, pero si Sara se entera, se va a poner nerviosa y quiero que disfrute la fiesta.

Deseaba ir con Dalia, pero acepté.

Después de hacer mis deberes de padrino, me dirigí a mi mesa, esperando ver a Dalia con ese vestido que le quedaba tan hermoso. Pero sus sillas estaban vacías.

Tampoco vi sus cosas.

–Disculpa –me dirigí a la prima de Sara, cuyo nombre no recordaba–. ¿Sabes a dónde fueron? –pregunté señalando las sillas vacías.

–Creo que ya se fueron.

Fruncí el ceño.

–¿Del salón?

–Sí… Tomaron sus cosas y se despidieron de nosotros.

Visualicé a Sara junto a su mesa, tomándose fotos con algunos invitados. Esperé a que el *flash* apareciera y las personas se dispersaran para hablar con ella.

–¿Ya se fueron Dalia y Maya?

–Sí, hace poco. ¿No sabías? –preguntó confundida.

Sí, yo también estaba confundido.

–No me avisaron. ¿Pasó algo? ¿Te dijeron algo?

–No, nada –respondió, encogiéndose de hombros–. Solo se despidieron. Pero se veían bien.

Tomé mi celular y le envié un mensaje:

¿Te fuiste?

Esperé viendo la pantalla, pero no me respondía. Ni siquiera me aparecía que estuviera en línea.

Me fui hacia la mesa para sentarme y le pedí a un mesero que me llevara un vaso con agua. Revisé de nuevo, pero Dalia no contestaba mi mensaje.

Mi pierna temblaba bajo la mesa mientras bebía agua y esperaba su respuesta. En cuanto mi celular vibró, me incliné hacia adelante en la mesa para desbloquear la pantalla y leerlo.

Mi batería social se agotó y decidimos irnos.

Contesté al instante.

¿Está todo bien? Me preocupó no encontrarte.

Di por hecho que nos iríamos juntos, pero tal vez había pensado mal, tomando en cuenta que Maya estaba ahí. Aun así, envié el mensaje:

Creí que nos iríamos juntos al terminar la fiesta.

Tardó unos segundos en contestar.

Tienes cosas de padrino que hacer.

Seguía sintiéndome mal por el hecho de que se marchara sin que me diera cuenta, pero tenía razón. Era el padrino de bodas. Me había dejado llevar por la ilusión de estar con ella, pero sabía que estaría ocupado.

Alcé la vista y, luego de recorrer el salón unos segundos, encontré a Vanessa a un lado de su cuñada, acomodándole el vestido para que saliera bien en la foto que estaba a punto de tomarse con unos invitados. Se había pasado toda la noche al pendiente para actuar de inmediato si necesitaba algo.

Suspiré.

Está bien, nos vemos en casa.

En realidad, me quedaré en casa de Maya. Quiero aprovechar para pasar tiempo con ella.

Nunca había sabido que se quedara a dormir con ella y me pareció extraño, pero era cierto que se veían menos por los turnos de Maya en el hospital. Tenía sentido que quisieran aprovechar su tiempo juntas.

Entiendo. Pásensela bien, nos vemos luego.

Me permití relajarme. Todo estaba bien.

Después de que me enviara una imagen de un gatito elevando el pulgar, guardé mi celular en el bolsillo y regresé mi atención a la fiesta, aunque con menos emoción que antes.

El resto de la boda se pasó rápido.

Bailé con mis mejores amigos y el carrito de *snacks* llegó por fin, haciendo que muchas personas hicieran fila para pedir algo. Después, cuando apagaron la música, las personas que aún festejaban con los nuevos esposos se empezaron a despedir para retirarse.

Vanessa y yo nos encontrábamos junto a la mesa de regalos, guardándolos con cuidado en una bolsa grande.

–¿Crees que lo hayan comprado de camino? –preguntó con una mueca graciosa, mostrándome la caja de una batidora de mano. No llevaba ni un moño.

Me reí.

–Al menos es un buen regalo. –Alcé uno que tenía cerca–. ¿Qué crees que venga aquí?

Lo tomó para verlo mejor, era una cajita que cabía en la palma de la mano.

–¿Serán las pilas para ese otro? –Señaló una caja enorme que habían dejado bajo la mesa. –Definitivamente tenemos que pedirles que nos dejen estar presentes cuando los abran.

Reímos mientras seguíamos guardando los regalos.

–Vane, ¿podemos hablar? –escuché a alguien llamarla. No tuve que girarme para saber quién era.

Vanessa me miró, como preguntando, y yo asentí.

–No abras ninguno… –advirtió mientras se retiraba un poco– sin mí.

Me reí sin pausar mi tarea. Había comenzado a llenar otra bolsa cuando regresó.

–Oye, ¿te irás solo en tu camioneta? –me preguntó Vanessa.

–Sí, ¿por?

–¿Crees que puedas llevar a Melanie a su casa?

Ladeé la cabeza.

–¿Es en serio?

–Olvidé decirle que yo no podré llevarla.

–¿Cómo se te va a olvidar? –reproché.

–Ya lo sé. Y, precisamente, es culpa mía, no de ella –insistió–. Anda, ¿no que estaba todo bien entre ustedes?

–Sí, pero… –Guardé silencio sin saber qué decir y la miré de reojo. Estaba a unos metros de nosotros y parecía absorta tecleando en su celular.

–Por favor, Etienne. Yo no la puedo llevar porque de aquí me pasaré a llevar cosas en mi camioneta a casa de los padres de Sara. Además, tú vives más cerca de ella, ni siquiera tendrás que desviarte mucho. Yo iré literalmente al sentido contrario.

Hice una mueca, dejando la bolsa de lado.

–¿Y si le pagamos un Uber?

Abrió los ojos, como si hubiera dicho una tontería.

–No la enviaré sola en un auto con un desconocido a estas horas –susurró, antes de juntar las manos bajo el mentón–. Por favor, solo llévala a su casa.

Suspiré.

–De acuerdo –acepté.

–¡Gracias! –exclamó en voz baja.

Después de despedirme de mis amigos y sus padres, caminé hacia mi camioneta, con Melanie detrás de mí.

–Gracias por llevarme –dijo con una sonrisa amable, poniéndose a mi lado.

Le regresé la sonrisa.

–No es nada.

Era tarde y el aire que antes se sentía fresco ahora era frío. La vi tiritar.

–¿No trajiste un suéter? –pregunté.

–No pensé necesitarlo.

Me quité el saco y se lo tendí.

–Toma.

Me miró sorprendida y lo tomó con cierta timidez. Pasó un brazo por la manga y luego el otro, luego sacó su cabello y lo dejó caer sobre su espalda. Antes, ese cabello castaño me encantaba, ahora no podía recordar por qué y no podía evitar pensar en un cabello rojo cereza.

–Gracias.

Caminé casi en automático, pensando en que unas horas atrás creía que mi noche terminaría de otra manera.

Era la primera vez que Melanie se subía a mi camioneta después de un año y, por costumbre, le abrí la puerta.

–Gracias –dijo de nuevo, con las comisuras de sus labios elevadas, regresándome a la realidad.

–Oh, sí, de nada. –Cerré la puerta cuando tomó asiento y rodeé para llegar al lado del conductor. Una vez adentro, la camioneta de los nuevos esposos pasó por un lado y nos despedimos con la mano. Saqué las llaves de un bolsillo y volví a hablar–: ¿Entonces sigues sin aprender a conducir? –pregunté para cortar el silencio.

Ese había sido un tema recurrente en nuestros años juntos.

Me vio con la boca abierta.

–¿En serio? ¿Después de tanto tiempo, volvemos a charlar y lo primero que haces es reprocharme eso? –se quejó, pero con un tono divertido, que me hizo soltar una pequeña risa.

–Siempre te dije y lo seguiré diciendo: necesitas aprender a conducir.

Arranqué el motor y me miró incrédula mientras se colocaba el cinturón de seguridad.

Soltó una risita incrédula.

–Tal vez ya habría aprendido si *alguien* me hubiera enseñado.

–Yo *sí* te lo ofrecí –dije, mientras salía del cajón de estacionamiento, el cual ahora se estaba

vaciando.

–Exacto, dijiste que tú me ayudarías con eso, pero nunca lo hiciste –se defendió.

Negué con la cabeza, tratando de buscar un argumento.

–¿Sabes qué? Tienes razón. Te voy a enseñar.

–¿Qué?

Éramos los últimos, así que me detuve al inicio de un pasillo.

–Ahora. Te cambio el asiento.

–Estás loco. –Negó con la cabeza.

–Vamos. Aquí está solo, puedes aprovechar para empezar a practicar.

Miró hacia nuestro alrededor y luego a mí. Tenía una mirada extrañada en su cara.

–¿Por qué?

–Porque necesitas aprender.

–No. ¿Por qué me ayudas ahora?

Dudé un momento antes de responder.

–Dijiste que querías que fuéramos amigos, ¿no?

Asintió sin despegar su mirada.

–Sí, de verdad lo quiero.

–Bien, un amigo quiere enseñar a su amiga de una vez por todas. –Tomé la manija y abrí mi puerta–. Ahora, cambio –dije y salí.

Rodeé el frente y pasó a mi lado antes de que cada uno volviera a tomar asiento en el interior, ahora en diferentes posiciones.

–De acuerdo –dijo, tomando el volante con una mezcla de seguridad y torpeza–, aquí vamos.



36

Dalia

Después de que Maya y su casera se pelearan por el hecho de que yo pasara la noche con ella, debatiendo su reglamento, mi amiga me dejó frente a la casa a media mañana y nos despedimos con la mano antes de verla arrancar su auto.

La noche anterior, cuando se ofreció a llevarme a mi casa y, en cambio, pedí que me llevara al hostal, insistió en llevarme con ella a pesar de los problemas que pudiera tener. No hizo preguntas, pero la verdad era que no me sentía *tan* mal. Simplemente, no quería estar ahí. No me sentía de humor como para hablar con Etienne cuando llegara a casa.

Pero ya era de día. Me había prestado ropa cómoda y había descansado y procesado las cosas. Cuando el auto de Maya giró en la esquina, me dirigí hacia la puerta sacando la llave de mi bolsa y abrí la puerta.

En cuanto entré, vi una manta en el sillón de la sala. Me pareció extraño y apenas iba a gritar un saludo para Etienne, cuando lo escuché hablar. Pero no parecía hablarme a mí.

Fruncí el ceño y caminé despacio hacia su voz, pero no alcancé a dar más de unos pasos cuando algo en la barra me hizo detenerme.

Había dos platos hondos con sus respectivas cucharas. Usados.

Mi mente pensó en diez posibles razones al mismo tiempo, pero me negaba a aceptar ninguna hasta saber la verdad.

–Vamos, antes de que empiece a hacerse el tráfico –lo escuché, ahora con más claridad.

Abrí la boca para hablar, pero entonces:

–Y aquí estamos otra vez, contigo apurándome para salir.

Me quedé de piedra. Reconocía esa voz, pero, ¿qué hacía allí?

–No es mi culpa que sigas sin poder… –comenzó hablando entre risas, pero se paró en seco cuando salió del baño e hicimos contacto visual.

–¿Te quedaste sin un argumento? –Rio–. ¿Acaso será la primera vez que no…? –Melanie me vio al salir de la habitación y dejó su frase a medias.

–Hola –saludé, sin poder mover más que mis labios.

Reconocí la camisa que llevaba puesta y el pantalón que le quedaba holgado.

–Dalia, hola, no sabía a qué hora ibas a volver.

Ah.

–Me da gusto verte –dijo Melanie–. Yo, yo ya me iba.

–No. Quédate. Supongo que debí avisar que regresaría temprano.

–Oye, no es lo que crees –aseguró Etienne, serio, dando un paso hacia mí, pero yo di otro atrás, sacando mi celular del bolso para disimular.

–Llamaré a Maya para… –Mi corazón y mi cabeza iban a mil por hora, pero no lo suficiente como para dar con una buena excusa.

–Dalia, en serio, no tienes nada de qué preocuparte y yo ya me iba –habló Melanie, acercándose hasta mí sin dudar. Logré disimular el respingo cuando me tomó del brazo con gesto amistoso–. No sé cómo soportas vivir con él –bromeó en voz baja.

Traté de copiar su sonrisa.

–Voy a… solo voy a llevarla a la estación –informó Etienne.

Melanie se giró hacia él.

–No es necesario, puedo ir caminando.

–No quiero impedir que llegues a salvo a casa –dije, tratando de sonar relajada.

Melanie negó con la cabeza.

–Estaré bien, pero gracias. Y gracias por ayudarme anoche, Etienne –añadió, volviéndose hacia él.

–Claro, de nada.

Sin movernos, como si nos hubiéramos congelado en nuestras posiciones, la vimos regresar a la habitación y volver con su bolso y su vestido, doblado sobre su antebrazo. Nos despedimos y la vimos salir en un silencio incómodo.

–Solo iba a llevarla a la estación –aseguró.

–Lo sé.

Lo conocía. Sabía que preferiría asegurarse de que llegara bien a casa. Eso no era lo que me preocupaba.

Sentía mis piernas temblar un poco mientras caminaba hacia mi habitación y mi corazón parecía querer salir de mi pecho. ¿Cómo pude ser tan tonta? Sabía que no debía meterme en eso.

–Oye, ¿podemos hablar?

–No –respondí firme antes de cerrar la puerta y refugiarme detrás de ese trozo de madera.

Los ataques de pánico no me tocaron. Punto para mí. Sin embargo, la ansiedad sí hizo de las suyas durante el día. Logré mantenerme cuerda y hacer mis actividades. Aunque casi lloré cuando tropecé y me golpeé un brazo con el respaldo de una silla. No me había dolido el golpe, pero llevaba horas tragándome las ganas de llorar.

Por lo general, me era fácil contenerme mientras me mantuviera ocupada, pero esta era una de esas veces en las que simplemente era más difícil. Mucho más. Por suerte, Etienne no me visitó. Tal vez había entendido que necesitaba algo de tiempo para mí.

Sin embargo, cuando regresé a casa, estaba leyendo en la sala y cerró el libro de golpe cuando me vio entrar, antes de levantarse de un salto.

–Hola –saludó con tono nervioso–. ¿Cómo te fue hoy?

–Normal –respondí.

No estaba segura de querer hablar con él. Una parte de mí, gran parte de mí, necesitaba aclarar muchas dudas y decir muchas cosas; pero la otra me decía que no era la mejor idea, que eso solo terminaría mal.

–¿Mucha gente? –preguntó, siguiéndome por la casa.

–No. Más o menos –dije mientras me adentraba a la cocina y me disponía a prepararme un sándwich. Había olvidado llevar algo para comer y estaba hambrienta.

–Qué bien.

Aunque lo disimulé preparando mi cena, el ambiente era tenso y el silencio incómodo. Etienne se metió una mano al bolsillo del pantalón y se rascó la nuca con la otra.

–Bien. Eh… Te estaba esperando porque…

Lo miré de reojo, guardando todo de vuelta al refrigerador.

–No quiero hablar.

–Lo de la mañana… No es lo que crees.

–¿Entonces tu ex no durmió en tu casa? –pregunté, algo borde, dejándome caer en una silla del comedor.

Bajó un poco la cabeza mientras se recargaba en el respaldo de la silla frente a mí y tensó la mandíbula.

–Esa parte sí es verdad. Pero te juro que no es como te lo imaginas.

Me crucé de brazos sobre la mesa.

–Anoche te vi a solas con ella antes de irme y, por la mañana, cuando regreso, la encuentro en tu habitación. Dime, ¿qué te imaginarías tú?

Cerró los ojos con fuerza.

–Lo sé, lo sé –dijo y pareció frustrado–. Por eso quiero explicarte.

–No tienes nada qué explicar –interrumpí sin mirarlo. Después de todo, la verdad era que no me debía ninguna explicación–. No eres mi pareja. A pesar de lo que ha estado pasando, en realidad no somos pareja. Somos amigos y eres libre de hacer lo que quieras.

Me dolía cada palabra que decía, y sí que necesitaba una explicación para callar esas mil preguntas que rondaban mi mente, pero esa era la verdad.

Guardó silencio un momento mientras yo comía, aunque de pronto se me había revuelto el estómago.

–Dalia, sabes que yo quiero ser más que tu amigo.

–Claro, eres mi mejor amigo y mi *roomie*.

–Dalia… –se le quebró la voz, y entonces mi firmeza flaqueó.

Me aclaré la garganta para que desapareciera el nudo y me acomodé en la silla para continuar comiendo. Pero entonces rodeó la mesa y se puso junto a mí.

–Estás mintiendo –dijo, de pronto más calmado, tomándome de las mejillas para que lo mirara a los ojos–. No es eso lo que sientes, sino que estás poniendo esas barreras de nuevo. Te conozco, llevo meses conociéndote y enamorándome de ti, así que no esperes que me rinda ahora.

Me miraba de una manera tan intensa que me dejó sin habla. Tenía razón. Odiaba que tuviera razón. Aunque solo fuéramos amigos, yo también quería que fuéramos algo más, pero…

–No creo poder –dije.

–Todo ha estado marchando bien.

Recordé los momentos que habíamos pasado y de inmediato los quité de mi mente. Las lágrimas estaban amenazando con escapar y parpadeé varias veces.

–Te quiero en mi vida, Dalia –dijo, acariciando una de mis mejillas, mientras bajaba la mano libre hacia mi mano–. Estoy enamorado de ti y sé que tú también de mí. Por favor, no nos quites esta oportunidad.

La imagen de lo que encontré en la mañana regresó a mi mente.

–¿Qué fue lo que pasó con Melanie?

Hizo una media sonrisa, antes de sentarse en la silla junto a mí, sin soltar mi mano.

–Estuvimos hablando y queremos intentar ser amigos. Caí en cuenta de que ya no siento rencor y, antes de todo, llevábamos una buena amistad. Y la verdad es que seguiremos topándonos y sería incómodo fingir que no nos conocemos… –Hizo una pausa en la que unió nuestras manos y me acarició el dorso con su pulgar–. Ayer me pidieron que la llevara a casa, pero entonces decidimos pasar un rato como amigos y se nos fue el tiempo. Y no te preocupes por eso, de verdad, fue un rato de amigos en el que le enseñé a conducir en un estacionamiento –recalcó, tomándome ambas manos con firmeza, mirándome a los ojos–. Al terminar, era tan de madrugada que nos empezó a vencer el sueño. Para llegar a su casa se necesita tomar la autopista y no me atreví a conducir por ahí adormilado. Así que vinimos aquí, le ofrecí mi cama y yo dormí en la sala. Y eso fue todo.

Esperé unos segundos más antes de hablar.

–¿Entonces… son amigos ahora?

–Entiendo que te pueda parecer… raro. Pero en serio, creo que es algo que ni yo sabía que necesitaba. Es como si una espina que había estado clavada en mi pecho por fin hubiera salido.

Asentí, mirando nuestras manos.

Quería confiar en él. Necesitaba confiar en él.



Escucharlo pronunciar esas palabras no era suficiente, necesitaba sentirlo cerca de mí, sentir ese amor que aseguraba tener por mí, para que me fuera más fácil creer en lo que decía.

Cuando logré tranquilizar mi mente y mi corazón, con mi brazo sobre su torso y los suyos rodeándome, me quedé dormida.

Por la mañana, desperté sola en la cama. Me calcé las pantuflas y abrí mi puerta para ir a la cocina, donde escuchaba ruidos.

Encontré a Etienne sentado en la barra con una taza de café en una mano y su celular en la otra. Por cómo deslizaba el dedo en la pantalla y mantenía su vista en ella, parecía estar leyendo algo.

–Buenos días –saludé, atrayendo su atención.

Levantó su mirada y sonrió cuando me vio.

–Buenos días. ¿Dormiste bien?

–Sí, ¿y tú? –Me acerqué a la barra, que estaba limpia, sin nada más que su café y un plato con migajas a un lado.

–Todo bien. –Soltó su taza para tomarme una mano.

–¿Ya desayunaste? –pregunté, aunque la respuesta era obvia.

–Eh, sí –dijo, mirando un segundo al plato antes de regresar a mí–. Hay pan, cereal, y creo que aún quedan unas…

–No me esperaste –lo corté, ganándome una mirada confundida de su parte.

Debía parar, debía dejarlo pasar. No era nada relevante.

¿Verdad?

Pero entonces recordé que el día anterior había dos platos. ¿Él le había preparado el desayuno a Melanie? Quería confiar en él, y un desayuno no significaba nada… ¿Entonces por qué me importaba?

–Creí que era mejor dejarte dormir. Ya sabes, aprovechar ahora que no tienes insomnio.

–Sabes que me gusta levantarme temprano de todas formas.

–Sí, pero está bien si descansas un poco más de vez en cuando, ¿no? Decidí dejarte dormir y traté de no hacer ruido para no despertarte.

–Okey. Pero… –insistí y tomé aire–, pudiste haberme preparado el café. –Me miró extrañado–. Siempre hago café para los dos. Pudiste haber hecho el mío y, si tardaba mucho, solo había que calentarlo.

–Bueno, tampoco sabía qué ibas a desayunar. Tal vez hoy querías otra cosa.

Hablaba con tal calma e inocencia que tuve que tomar aire para calmarme.

–¿Sabes qué? –Lo miré, tratando de esbozar una sonrisa–. Olvídalo.

Me dirigí hacia el refrigerador para tomar el litro de leche. Etienne siguió leyendo en su celular mientras yo me preparaba una taza de café descafeinado. Al terminar, abrí la bolsa de papel y saqué un pan dulce que coloqué en un plato. Me senté a la mesa y me enfrasqué en mi desayuno y mi celular.

Tenía algunas notificaciones, por lo que revisé las redes sociales hasta que volvió a hablarme.

–¿Ya leíste la columna de esta semana? –me preguntó.

–No –respondí, un poco más seca de lo que pretendía.

–Bueno, pues es muy tierno, pero no comentaré nada hasta que lo leas.

Fingí una sonrisa y tomé una bocanada de aire antes de llevarme el pan a la boca y darle otra mordida. Me concentré en el sabor dulce del glaseado.

–Solo diré que…

–No –interrumpí de inmediato. Tragué el bocado y di un trago al café.

–¿Estás bien?

Generalmente no me molestaba que hiciera pequeños comentarios antes de que yo lo leyera, tampoco me pasaba con los libros o las películas. Pero en ese momento no estaba de humor.

–Sí. No digas nada, ya lo voy a leer –dije, tecleando en la pantalla para abrir la página del periódico.

–De acuerdo –dijo y se levantó, llevando sus trastes sucios con él–. ¿Tienes planes hoy? Pensé en ir a comprar la despensa, y me vendría bien algo de compañía… –Volteó hacia mí y alzó las cejas y las comisuras de sus labios antes de abrir el grifo para lavar los trastes.

–¿Y si le preguntas a Melanie si te acompaña? –solté sin querer. Aunque sí que era algo que me reconcomía por dentro.

Lo escuché cerrar el grifo antes de girarse. Su expresión cambió a una seria.

–¿Qué quieres decir?

–Pues… Ya que son amigos, pueden hacer ese tipo de cosas, ¿no? –Le di un trago a mi taza para esconderme. La verdad era que me daba miedo su respuesta.

–Pues sí, pero quisiera ir contigo.

Tomé la taza con ambas manos, pensando.

–Hoy tengo planes con Maya antes de ir al trabajo.

Frunció el ceño sin dejar de verme.

–¿No tiene turno hoy?

–No.

Bebí de mi café, que por desgracia casi se terminaba.

–Bueno… Sí, claro. Entiendo que quieran aprovechar, ya no se ven tanto como antes. –Volvió a su tarea–. Supongo que en ese caso sí podría pedirle a Melanie que me acompañe. De todas formas, acordamos vernos en estos días.

Tuve que ocultar que casi me ahogo con el café.

¿Qué?

–¿Cómo que verse? –pregunté, aferrándome a la taza como un salvavidas.

–Le estoy enseñando a conducir y necesitará varios días de práctica. Así que puedo llamarla y decirle que aprovechemos para tener otra lección hoy.

–Entonces… vas a estar viéndote con ella.

–Sí –dijo con naturalidad, secándose las manos con el trapo de la cocina–. Quiero decir, de vez en cuando nos veremos en reuniones. Y… supongo que de vez en cuando como un plan de los dos, para situaciones como esta.

¿A quién quería engañar? No podía con eso.

–¿Seguro que ya no sientes nada por ella? –pregunté, más seria de lo que esperaba.

–¿En serio tienes que preguntarlo? Dalia, sabes que te quiero a ti.

–Es que, no estoy tan segura de que *tú* estés seguro de eso.

Supe por su expresión que no le gustó saber eso. Suspiró mirando al suelo y se llevó las manos a los costados, pensativo.

–Dalia. Te he demostrado desde el inicio lo importante que eres para mí y lo mucho que me gusta estar contigo, que me gustas tú.

–Pero a ella sí le preparaste el desayuno –dije a modo de afirmación.

Abrió la boca, sorprendido por mi comentario. Sí, yo también me sorprendía, pero necesitaba sacar eso de mi sistema.

–¿Acaso importa?

Una parte de mí esperaba que lo negara, pero no lo hizo, y eso abrió una herida.

–Sí importa –reclamé.

–Pues sí –respondió, un poco brusco–, fue mi invitada, así que sí.

–¿Y a mí no puedes prepararme un café?

Miró al techo con expresión exasperada.

Miré mis manos jugando con la taza.

–Etienne, me dijiste que no querías casarte, nunca. Pero sé lo que pasó entre ustedes. –Su mirada cambió a una nerviosa, pero solo duró unos segundos antes de volverse seria–. Sé que con ella te ibas a casar. –Tensó la mandíbula–. Y sé que es demasiado pronto para nosotros pensar en eso, ni siquiera hemos llegado a hablar sobre términos y tal vez suene ridícula, pero necesito saber…

–No.

Su interrupción brusca me hizo sobresaltarme.

–¿No? Ni siquiera sabías lo estaba por decir.

–No quiero casarme con nadie –habló en un tono tan serio que nunca le había escuchado–. Te lo he dicho. Te daría lo que quieras, Dalia. Pero una boda… –Meció la cabeza de un lado a otro–. Lo siento, pero no.

Se me formó un nudo en la garganta.

Y en el estómago.

Y en el pecho.

–Y en cambio, con ella sí lo ibas a hacer. –Cerró los ojos con fuerza y se aferró con las manos al respaldo de la silla frente a él–. No puedo estar en una relación en la que la exprometida esté presente. ¿Entiendes eso? –solté de pronto.

–¿Qué? –Frunció el ceño con la boca abierta, balbuceando como si buscara las palabras en las paredes–. ¿Quieres que elija a una de ustedes?

No.

Sí.

Tal vez.

Ni siquiera había pensado en eso.

–No. No te haría elegir –contesté con firmeza, mientras nuestros ojos se encontraban–. Yo elegiría por ti… Ella.

–No puedes estar hablando en serio. –Negó con la cabeza, dejándola caer unos segundos antes de volver a elevarla para mirarme–. Dalia, sabes que yo te quiero a ti. Lo mío con ella se acabó hace mucho.

–¿Entonces podrías alejarte de ella?

Cerró los ojos y respiró profundo.

–Sabes que no puedo prometerte eso.

–¿No puedes o no quieres?

Abrió los ojos, mirándome con súplica. Cuando no contesté nada, habló con pesar:

–Ninguna de las dos.

Abrí la boca, pero no sabía qué contestar. No sabía qué pensar. No me gustaba ser esa chica que te hacía decidir entre ella y otra persona, pero necesitaba saber en qué me estaba metiendo para tomar una decisión.

–Sabía que era mala idea.

–¿De qué hablas? –preguntó, aún con tono molesto.

–Esto. –Alcé las manos para señalarnos–. ¿Crees que un día decidí, de buenas a primeras, que no quería intentar nada? Estoy harta de sentir que no soy suficiente para nadie. Estoy harta de tratar y tratar y tratar y que la otra persona siga sin entender que lo único que necesito es comprensión. Alguien que me escuche, de verdad, y tenga el mínimo de empatía para pensar en cómo me siento.

–Sé cómo te sientes, la ansiedad te hace exagerar las cosas y...

–¡No es así! –exclamé frustrada–. Es decir, sí. Pero no se trata solo de verlo de esa manera y esperar que deje de importarme. Quiere decir que lo que no es importante para ti, para mí *sí* lo es. Y eso que dices sentir por mí debería ser suficiente como para que te importe a ti también. Pero al parecer no soy suficiente.

Guardó silencio.

Dejé caer las manos a los costados, rendida de pronto. Me dolía la garganta, los ojos me ardían y una de mis piernas no paraba de temblar. El corazón se me quería salir del pecho y el dolor se escapó en lágrimas que no dejaban de manar.

–No puedo… estar en una relación así –dije, tratando de calmar mi respiración–. No necesito estar en donde me ocasionen más ansiedad.

Eso último pareció golpearlo. Se aclaró la garganta antes de responder con tono serio.

–Creí que te ayudaba con eso.

–Así era, pero creo que ahora eso podría cambiar.

Se apoyó de nuevo en la encimera y se llevó las manos a la cabeza, pasándolas desde la cara hasta su cabello.

–¿Después de todo lo que ha pasado entre nosotros?

–Todo lo que ha pasado ha sido una buena amistad –afirmé lo más seria que pude, con la mirada fija en la mesa.

No vi su reacción, pero escuché una risa amarga.

–No somos amigos.

–¡Somos amigos! –exclamé, alzando la voz más de lo que quería.

–Los amigos no duermen juntos solo porque sí. Los amigos no se besan. Los amigos no juegan con los sentimientos de sus amigos.

No supe si su tono estaba bañado en dolor o en reproche.

–Entiendo… Está bien… Ya no tendrás que preocuparte por nada de eso –traté de hablar calmada, pero mi voz se quebró. Al igual que mi corazón.

–Hey, no. No me gustó cómo sonó eso. –Se acercó apresurado hasta quedar agachado junto a mí–. Dalia…

–Será mejor que ya no seamos nada –lo corté.

–No. No tiene que ser así.

–No, pero lo es.

Me llevé las manos al regazo, tratando de ocultarlos mientras temblaban y no podía dejar de removerlas. Respiré hondo, pero el oxígeno no me llegó. Cerré los ojos y traté de concentrarme en otra cosa.

–Dalia…

–Se acabó la charla –susurré.

Nuevas lágrimas inundaron mi rostro, impidiéndome ver. Sus manos les ganaron a las mías, pero, de manera instintiva, di un respingo y me alejé unos centímetros.

Había recobrado la visión y supe por su mirada que algo en él se rompió.

–Te… –Tomó una bocanada pesada de aire–. Te dejaré sola un momento.

Mi corazón dio otro vuelco.

¿Se iba? ¿De verdad estaba pasando? ¿Eso era todo? Claro que sí, yo misma llevé la conversación a ese punto.

Negó con la cabeza de nuevo, mirando al suelo mientras soltaba el aire, antes de dar la vuelta y entrar a su habitación cerrando la puerta tras él.

Cerré los ojos con fuerza. Tragué saliva para pasarme el nudo en la garganta, pero eso no impidió que las lágrimas comenzaran a brotar, una tras otra sin pausa.

Sentí cómo mi cuerpo se inquietaba aún más. Necesitaba distraerme con urgencia. Tomé el celular, me levanté y caminé hacia mi habitación, pensando en cinco cosas que podía ver: estufa, ventana, mesa, alacena, sillón.

Cerré mi puerta, apoyándome en ella para dar un respiro profundo. Cuatro cosas que podía sentir: pared, puerta, manija, mi ropa.

Desbloqueé mi celular y marqué rápido.

Mientras esperaba, busqué tres cosas que pudiera escuchar: el sonido de la llamada, ruidos que provenían de afuera, mi respiración acelerada.

–¿Hola? –escuché a Maya al otro lado de la línea. Estuve a punto de hablar, pero un sollozo me interrumpió antes de que pronunciara una palabra–. ¿Estás bien? –su voz sonó preocupada.

–Sí, solo… Es que… –mi voz volvió a quebrarse y las lágrimas corriendo por mis mejillas mojaron la pantalla, por lo que tuve que separarme para limpiarla.

Dos cosas que pudiera oler. No percibía ningún aroma, así que miré mis libros y pensé en su aroma. Luego giré hacia la cama, donde sabía que el lado derecho olía a menta… Negué con la

cabeza, como si así pudiera desechar ese pensamiento.

–¿…en casa? Voy ya mismo –alcancé a escuchar cuando regresé el móvil a mi oreja.

–Sí, por favor –pedí en un hilo de voz.

Colgamos y apagué la pantalla antes de sentarme en mi cama. Una cosa que pudiera saborear: la sal de las lágrimas llegando a mis labios.



37

Etienne

Necesitaba despejarme, enfriarme antes de seguir hablando. Tomé mis audífonos, me los coloqué en los oídos y puse música en mi celular mientras me sentaba frente al escritorio y hacía cualquier cosa en la computadora. Entré a revisar mi correo y eliminar la basura, después hice limpia de archivos que ya no necesitaba…

Para cuando me di cuenta ya había pasado poco más de una hora.

Pausé la música y me retiré los audífonos. Me recosté en el respaldo de la silla y suspiré. ¿Qué había pasado antes?

Dalia tenía razón en algunas cosas y me sentía mal por haber llegado a ese punto, pero luego estaban otras, y me preguntaba por qué ella no podía entenderme a mí.

De cualquier forma, quería que supiera que algo que dijo sí que era mentira.

Salí de la habitación, dispuesto a hablar con más calma, pero su puerta estaba cerrada. Pegué mi oreja a la madera, pero parecía haber mucho silencio. No sabía si en ese momento entrar sería lo mejor. Quizá debía esperar a que abriera la puerta.

Entonces se me ocurrió algo.

Regresé a mi escritorio y tomé una pluma del portalápices, luego abrí un cajón y saqué una hoja de papel. Escribí una nota y, tomándola con cuidado, caminé despacio hacia su puerta otra vez, deslicé la nota por debajo de esta y regresé a mi habitación, repasando las palabras que había escrito:

Tienes razón, no eres suficiente. Eres mucho más que eso.

Dejé que pasara un rato. Que leyera la nota, pensara lo que tuviera que pensar, y entonces hablaríamos. En mi mente, visualicé los posibles escenarios. Practiqué mis posibles líneas que la pudieran hacer ver que sí que me importaba.

Pasó una hora. Pasaron dos. Quizá se había quedado dormida. A veces, luego de un mal rato,

se sentía agotada y necesitaba descansar.

Se me ocurrió pedir sushi a domicilio; creí que quizá la animaría. Sin embargo, mientras hacía la orden desde el móvil, algo pasó por mi mente.

Me acerqué de nuevo y toqué. Nada. Toqué una vez más, pronunciando su nombre. Más silencio.

El miedo me recorrió. Tomé la manija y abrí la puerta. La nota seguía en el suelo y ella no estaba ahí. Aunque había rondado la casa en el último rato, la busqué por todas partes, sin encontrarla.

Dando vueltas de un lado a otro, le envié mensajes, pero no contestaba; después la llamé, y me mandó a buzón. ¿A dónde había ido?

Tal vez solo había salido a despejarse, seguro lo necesitaba tanto como yo. Debía ser eso. Entonces recordé que había mencionado tener planes con Maya. Sí. Era eso. Solo había salido con Maya.

Me detuve y me hice respirar profundo.

Tenía que calmarme.

Pero una parte de mí no dejaba de preocuparse. ¿Estaría bien? No la había visto bien cuando la dejé en la cocina, pero tomando en cuenta que estaba en medio de una situación tensa y comparando con otras veces, no creí que fuera tanto como para preocuparse.

Me dejé caer en el sofá, enterrando la cara en las manos. ¿Por qué había dejado que eso pasara? Es más, ¿cómo es que había pasado?

El tiempo que había pasado con Melanie después de la boda a mí también me había sorprendido. Si bien tenía mis dudas, pasar el rato con ella como amigos había sido muy sanador para mí y parecía que para ella también.

Le ayudé a que aprendiera a conducir, bromeamos, reímos y… no sentí nada. Quiero decir, nada de lo que sentía cuando éramos pareja. Y ella tenía una nueva mirada. Como si estuviera con una persona que le importa y a la que le tiene cariño. No vi el brillo que tenía cuando era mi novia. Eso me alivió.

El tiempo se pasó volando y, cuando de pronto nos golpeó el sueño, nos dimos cuenta de que eran casi las 3 a. m. No me sentía seguro con la idea de manejar por la autopista, que sí o sí tenía que tomar para llevarla a casa, por lo que sugerí dormir en la mía y llevarla por la mañana.

Nos conocíamos. A pesar de todo, siempre sería una persona presente en mi vida y fue agradable saber que no todas las personas que conocemos se quedan, pero también que algunas se quedan de otra forma, una más adecuada, una mejor.

Ni siquiera lo dudó. Sabía que yo no conducía si lo veía muy arriesgado; y, de todas formas, había dormido mil veces en mi casa antes, así que aceptó.

Llegamos, saqué una manta de mi habitación y, dado que estaba usando un vestido de fiesta, le ofrecí algo de ropa. La dejé en mi habitación y yo me recosté en la sala, apoyando mi cabeza en un cojín. Caí dormido casi de inmediato.

Sin embargo, no pensé en que, lo que podía ser sanador para mí, podía hacerle daño a quien menos quería dañar.

Dalia

Maya condujo en silencio, escuchando todo lo que yo le contaba mientras las lágrimas seguían corriendo por mi rostro. Por suerte, o tal vez porque me conocía, tenía un rollo de papel en la guantera y me lo había ofrecido.

Cuando estábamos por llegar a su casa, giró hacia el lado contrario y avanzamos hasta un parque. Nunca nos había gustado ir a ese lugar porque solía estar muy solitario. Aunque en ese momento me alegró tener privacidad.

–¿Por qué paramos aquí? –quise saber.

–Están fumigando el edificio y me estoy quedando con mis padres.

–Oh, lo siento, no quería ser inoportuna.

Negó con la cabeza.

–Saben que estás entre mis prioridades, así que salí corriendo y cuando dije que tenía que ir por ti lo único que dijeron fue que condujera con cuidado –dijo con una mezcla entre risa y bufido. Le sonreí entre la tristeza–. Pero me temo que no podrás ir a mi casa hoy por esa razón. Quiero decir, si quieres, podrías ir con mi familia, pero sé que no te gusta que te vean… ya sabes.

–Sí. No. –Me miré las manos, que se movían por su propia voluntad y las hice detenerse–. Lo entiendo.

Suspiró, se acercó a mí y me pasó un brazo por los hombros.

–Y bien. ¿Qué piensas hacer ahora?

Resoplé, mirando hacia el frente y a la nada al mismo tiempo.

–No sé… Es que… –Suspiré–. No estoy en posición para que me rompan el corazón.

De reojo, la vi ladear la cabeza.

–¿Entonces te lo vas a romper tú misma?

–Bueno, es mejor ahora antes de que sea peor –dije tratando de esbozar una sonrisa, aunque las comisuras me temblaron y se interpusieron más lágrimas.

Sabía que esto iba a pasar si me abría. Lo sabía y, aun así, me entregué de lleno. Había mentido, ya era tarde para fingir que no me dolía el corazón. Pero prefería tomar los pedazos ahora antes de que fueran aún más pequeños.

Sentí una de sus manos pasar por mi cabello, acomodándolo hacia un lado para retirar los cabellos que se me pegaban en la cara.

–No puedo volver. No… no creo que pueda verlo en este momento.

–¿Estás segura?

En mi mente había un revoltijo de pensamientos, de razones para tomar o no tomar cada una de las opciones. De lo único que sí estaba segura era de que no quería sentirme así. Necesitaba desconectarme un rato. De pronto me sentí agotada.

–Sí –usé el tono más firme que logré soltar–. Estoy segura.

Guardó silencio por un momento, antes de asentir despacio.

–Puedo ayudarte a pagar una habitación en el hostal.

Me alisé la ropa mientras pensaba.

–Podría preguntarle a Sara.

En ese momento, odié tener pocos amigos. Por mucho tiempo había insistido en que no los necesitaba, que podía sola y que Maya era más que suficiente; pero tal vez siempre había tenido razón: sería mejor con una red de apoyo. Que sí, había formado una relación con los amigos de Etienne, pero eran eso, las personas de Etienne, no las mías. Y en estos momentos no sabía qué tanto podía contar con ellos.

Pero Sara era diferente. Sentía que ella me veía como su amiga de verdad.

Nos quedamos un rato más ahí, en el que volvimos a hablar de detalles que no le había contado. Me volvió a escuchar y a ofrecerme su hombro; y luego, cuando iba siendo hora de irse, me distrajo hablando de otras cosas. Sin embargo, aunque me sentía mejor, había dejado mi uniforme en casa. De todos modos, sabía que estaría muy distraída, así que le envié un mensaje a Raúl avisándole que no podría ir a trabajar ese día.

También le mandé un mensaje a Sara. Pasé unos cuantos minutos leyendo y releyendo lo que le enviaría. Era la primera vez que hablaría con ella en un momento de vulnerabilidad y me sentía un poco nerviosa. Pero cuando por fin le envié un mensaje, contestó accediendo a que fuera a su casa con mucha amabilidad.

Maya me llevó con ella en su auto y, a pesar de que Sara me vio con los ojos hinchados desde el momento en que llegué, no hizo preguntas. Una vez que nos despedimos de mi mejor amiga, entramos a su casa y me invitó a tomar asiento en su sala. Sus sillones eran muy suaves y dejé caer mi cuerpo agotado. Agradecí un momento de comodidad.

–¿Quieres hablar? ¿Quieres ver una película? ¿Quieres hacer alguna otra cosa? La verdad no estoy segura de qué hacer, pero haremos lo que me pidas –habló rápido. En su rostro se notaba la preocupación y el cariño.

La abracé y me rodeó fuerte con sus brazos.

–Una película estaría bien –pedí sobre su hombro.

Media hora después, sentadas una junto a la otra en la sala, mirábamos la película a medias mientras le contaba poco a poco lo que había pasado. No me juzgó, ni trató de defender a su amigo. Y me sentí afortunada por tenerla.

Cuando Oscar llegó a casa, me saludó confundido. Sin duda no esperaba encontrar esa escena.

Lo saludé con una leve sonrisa desde mi posición en el sillón, hecha un ovillo. Sara se puso de pie para recibirlo. Sentí una mezcla de alegría y melancolía por verla recibirlo con un beso y una sonrisa amorosa.

Regresé mi vista a la televisión, aunque mi atención regresó por un segundo a ellos cuando escuché mi nombre. Se me removió el estómago, nerviosa porque el plan se arruinara, o que todos terminaran enterándose de lo que estaba pasando. Ni siquiera yo estaba segura de qué estaba pasando exactamente. Pero entonces Sara se limitó a hacerle saber que pasaría la noche allí, en la habitación libre, y Oscar aceptó sin dudar, a pesar de que se le notaba confundido.

Cuando Sara regresó a su lugar frente a la televisión, giré la cabeza hacia su esposo y, cuando hicimos contacto visual, le mostré una sonrisa agradecida. Él me dio una mirada amable, como un abrazo de lejos, y entendí por fin algunas cosas.



38

Etienne

Cayó la noche y no pude cenar. Lo intenté, pero cada vez que me llevaba un bocado a la boca era como si mi cuerpo se negara a aceptar comida.

No dejaba de pensar en lo que había pasado. Y el silencio era muy fuerte. No había tarareos, pisadas, ruidos, música, comentarios inesperados sobre libros…

Me levanté, me coloqué el primer suéter que vi, tomé mis llaves y salí a la calle.

Conduje hasta el Linz y subí las escaleras de dos en dos. El guardia me saludó como cada noche que aparecía por ahí y avancé con prisa hacia la barra, pero me detuve de golpe cuando vi a Raúl sirviendo las bebidas.

Seguí caminando, buscando con la mirada a Dalia, hasta que llegué con él.

–Hola, Etienne, ¿qué te trae por acá? Dalia no está.

–¿Qué? ¿No vino?

–Me pidió el día, dijo que no se sentía bien.

Diablos.

–Cierto –mentí–, lo había olvidado. Gracias.

Me despedí con la mano y me regresó el gesto, antes de volver la atención a sus clientes mientras yo regresaba con el alma en el suelo.

Después de tocar dos veces con los nudillos, me abrió la puerta con los ojos adormilados, pero los abrió de golpe cuando me vio, parado en su puerta a medianoche.

–Etienne, ¿qué estás haciendo aquí? –preguntó, mientras se abrazaba por el frío.

Al volver después de buscar a Dalia y descubrir que prefería estar en otra parte antes que en nuestra casa, la sensación de estar ahí era peor.

Hablé apenado por llegar así:

–Oscar, lamento molestar a estas horas, pero ¿puedo pasar la noche aquí?

A mitad de la frase, noté en su expresión que ya sabía lo que le iba a pedir. Sus labios eran una línea tensa y se dejó caer en el marco de la puerta.

–Supe lo que pasó. Pero ¿por qué no te quedas en casa?

–Se siente muy… sola, no creo poder dormir ahí.

Hizo una mueca.

–Lo siento, amigo. De verdad quisiera ayudarte, pero Sara habló con Dalia y parece que está de su lado. No querrá que te quedes aquí.

Uní las manos frente a mi pecho, suplicante.

–Te lo pido, solo esta noche y mañana veré cómo me las arreglo. ¿Podrías tratar de convencerla?

–¿Quieres que esta noche seamos dos los que tengamos problemas con su mujer?

Suspiré.

El problema era que Dalia no era mi mujer. Y ahora nunca lo sería.

Bajé las manos, rendido. Me pasé una por la cabeza, revolviéndome el cabello, luego la volví a bajar. Miré hacia la calle. Me sentía inquieto, pero no encontraba las palabras.

–Ni siquiera sé dónde está. Fui al departamento de Maya, pero no estaban ahí.

Tal vez fue mi desesperación, pero algo en sus ojos se debatió unos segundos antes de lanzar un suspiro.

–Está aquí. Con nosotros –susurró.

Respiré, sintiendo algo de alivio por primera vez en unas interminables horas.

–Necesito verla –dije apurado, dando un paso adelante, pero negó sin hacerse a un lado.

–No te puedo dejar verla. Ni siquiera debería habértelo dicho –continuó.

–Debo hablar con ella –intenté entrar, pero su brazo extendido me lo impidió.

–Estoy de acuerdo, pero creo que ahora ambos necesitan enfriarse. Consultar todo con la almohada antes de que digan algo de lo que luego se arrepientan.

Me debatí entre ignorarlo y entrar a buscarla, o hacerle caso y respetar su decisión. Seguramente estaría pasándola mal. Me imaginé la escena y el pensar en no estar para ella me hizo sentir mal, pero luego me hizo sentir horrible que, de hecho, su malestar fuera por mi culpa.

–¿Sara está con ella? –pregunté.

Él asintió. Miré al suelo y me tragué el nudo en la garganta mientras me metía las manos en los bolsillos. Suspiré. Al menos sabía que estaría bien.

–Quisiera poder ayudarte. Te he dicho que siempre serás bienvenido en esta casa, pero… en estos momentos, Dalia nos necesita más. Tú tienes tu casa.

–La casa es de los dos.

Levanté la mirada. Él me veía con la cabeza ladeada.

–Sí, sé cómo eres, pero hablo en serio.

–También yo –afirmé–. Ella hizo de esa casa algo suyo. Igual que hizo conmigo.

Guardó silencio un momento.

–Okey. ¿Y qué pasa si un día quiere sentir de verdad que viven en un lugar que es de los dos por igual? ¿O si simplemente quiere vivir en otra parte?

Por mi mente pasaron imágenes de ella, tan cómoda entre esas paredes, haciendo y deshaciendo como si nunca pensara irse. Él no la conocía como yo. Él no sabía todo lo que había hecho, la manera en que había dejado su huella en esa casa. No se lo dije. De todas formas, ya había pensado en una respuesta, por si acaso surgía la necesidad de mudarnos en un futuro.

–La rentaremos y nos iremos a donde prefiera. ¿No lo entiendes? Estoy seguro de que ella hará de un hogar adonde sea que vaya. Pero por ahora, ese es nuestro hogar y no quiero estar ahí si no es con ella.

Pasó otro momento en silencio.

–Dame un minuto –dijo de pronto.

Cerró la puerta despacio, dejándome solo en el silencio de la noche.

Solté un suspiro pesado. Con la cabeza gacha, di unos pasos alrededor del patio hasta que lo escuché volver.

Salió con una sudadera y unos tenis, y cerró la puerta tras él.

–Vamos. –Señaló hacia la banqueta.

Caminamos en silencio hasta llegar al parque. Lo seguí hacia los columpios, donde cada uno tomó asiento sobre uno de ellos. Sentí el frío del metal y miré al suelo de arena, luego al cielo estrellado.

Ahí estábamos, un hombre con el ánimo por los suelos, junto a su mejor amigo consolándolo sobre unos columpios a medianoche. Si bien no eran los mismos de la última vez, ¿cómo había vuelto a ese punto?

–Sabes que tienes mi apoyo siempre. Pero como tu mejor amigo también es mi deber decirte cuando metes la pata. –Levanté la mirada y vi sus ojos compasivos–. Y sea lo que sea, *debes* resolverlo.

–¿Cómo? –pregunté desesperado–. Dime, explícame cómo es que Sara y tú nunca han pasado por esto.

Soltó una mezcla de risa y bufido, mirando a las estrellas.

–¿Quién dice que nunca hemos pasado por algo así? Bueno, no sé exactamente, pero no somos robots programados por igual. Claro que hemos tenido nuestras discusiones, la diferencia tal vez está en que siempre lo hablamos pensando en resolverlo.

–¿Entonces es eso? ¿Hablar? Yo hablé y empeoré las cosas.

Se me quedó mirando, como estudiándome.

–¿Qué fue lo que pasó? –preguntó.

Tragué saliva, sin saber cómo responder.

–La verdad, no estoy seguro.

Me lanzó una mirada de reprensión.

–¡Es que no lo entiendo! –respondí, impulsándome un poco con las piernas para moverme en el rectángulo de metal. Las cadenas emitieron un leve chirrido–. Todo empezó por un café. Un mísero café.

–¡Amigo! –me reprendió–. Estoy seguro de que no fue solo un café. Habla. Escúpelo si quieres que te ayude.

Aún me sentía inquieto. Respiré un momento, meciéndome lentamente, y se lo conté mientras miraba la fina arena adhiriéndose a mis botas.

–Esta mañana me desperté primero y me levanté para prepararme un café. No quise despertar a Dalia para que descansara, porque, bueno, no es como que suela dormir muy bien. Pero luego, se levantó, cruzó la puerta y lo primero que hizo fue quejarse porque no le preparé un café –hice una pausa, pero lo vi de reojo limitarse a asentir, así que continué–: Comenzamos a discutir y, de pronto, metió a Melanie en la conversación, lo cual me pareció totalmente fuera de lugar. Dejamos de hablar por un rato para que se enfriara el asunto, pero después vi que se había ido de casa sin avisar. –Suspiré–. Y no me contesta desde entonces.

Asintió de nuevo y entrecruzó los dedos de las manos sobre su regazo, meciéndose

suavemente con las piernas a la par que yo.

–De acuerdo. Vayamos por partes, ¿sí?

–Está bien –acepté y lo miré.

–Dices que te levantaste temprano y te preparaste un café. ¿Todas las mañanas tomas café?

Asentí con fuerza.

–Exacto. Por eso es…

–Espera –me interrumpió, levantando una mano hacia mí. Guardé silencio y aferré mis manos a las cadenas a mis lados–. Todas las mañanas lo tomas, pero ¿quién lo prepara?

–Dalia –contesté–. Desde que inició el invierno prepara café para los dos.

–¿Siempre?

–Bueno, ella se levanta primero que yo, así que sí.

Miró un segundo al cielo antes de volver a mí.

–Amigo, el problema no tiene nada que ver con el café. –Negó con la cabeza, mirándome fijamente–. Todas las mañanas ella hace café pensando en los dos. Luego, un día se despierta tarde y ve que tú hiciste café para ti. Que solo pensaste en ti. El problema es que no haces por ella lo que ella hace por ti.

–Pero hago otras cosas por ella.

No es que lleváramos las cuentas, pero ambos teníamos diferentes actividades en el día a día y las hacía con gusto. Nunca había surgido un problema al respecto.

–Estoy seguro de que sí. Pero escucha… –pidió con las manos unidas, inclinado hacia mí–. Cuando uno siempre hace algo por el otro, y luego se voltea la situación, y este otro piensa en sí mismo nada más… –dejó la frase a medias, mirándome expectante.

Sus palabras flotaron en mi mente, procesándolo, mirando lo ocurrido desde otra perspectiva. Repasé esa mañana. Había tenido una buena intención, pero tenía razón, debí actuar de otra manera. Al entenderlo, recargué los codos en las rodillas y escondí la cara en las manos. Me sentí un tonto.

–Si no haces esas cosas, esos detalles del día a día que involucran a los dos, creerá que no piensas en ella.

–¡Pero sí hago cosas por ella! –insistí.

–¡No se trata de que unas cosas sí y otras no! –remarcó con una risa exasperada–. Siendo sincero, a veces estamos medio ciegos en eso. Tenemos las respuestas en nuestras narices y no las vemos.

Me erguí en el columpio.

–¿Entonces… debo prepararle café? ¿Se arreglará si le preparo café todos los días a partir de ahora? –pregunté mirando al piso de arena.

Miré su sombra antes de sentir el zape en la nuca.

–¡Oye!

–Te lo ganaste –afirmó, meciéndose despacio como si no acabara de golpearme–. No sé cuántas cosas así hay en su relación, pero debes poner más atención. Algo que he aprendido con Sara es que no esperan que lo hagas siempre, sino que quieren sentir que ambos hacen las cosas. A veces uno, a veces el otro.

Asentí, repasando sus palabras.

–Ahora… –continuó, deteniéndose para mirarme con atención–: ¿Qué pasa con Melanie?

Suspiré.

–Nunca le conté, pero creo que ya sabe todo lo que pasó entre nosotros. Y al parecer cree que aún me casaría con ella si pudiera. Le he comentado que el matrimonio no está en mis planes de

vida, pero ahora cree que solo me casaría si fuera con Melanie.

–¿Y qué le respondiste?

–Que no quiero casarme con nadie… ¡Ay! ¡Deja de hacer eso!

–Deja de decir estupideces y dejaré de intentar reiniciarte la cabeza.

Me llevé una mano a la nuca, a modo de protección.

–Bueno, tal vez no escogí las palabras adecuadas.

–¿Tal vez? –se burló.

–¡De acuerdo! ¡Hablar no se me da, al parecer! –Me pasé las manos por el rostro, frustrado–. Lo que quería decir es que no pienso volver con Melanie.

–¿Y por qué te cierras tanto a esa idea con Dalia? No quiero decir que le propongas matrimonio ya, pero ella no es Melanie, no puedes asegurar que te hará lo mismo.

–Es que… Hay cosas que no te puedo decir, pero que me hacen creer que, cuando llegue el momento, podría sobrepensar y decidir que al final no es lo que quiere, o que no se siente lista. –Recordé las contradicciones que ella me había contado que era consciente de tener–. Además, no puedo evitar pensar en que a Melanie también la creí incapaz. –Lo vi tensar los labios–. ¿Cómo puedo estar seguro? ¿Cómo sé si ella lo estará? ¿Cómo lo estuviste tú?

–Es que nunca estás seguro de nada. Se trata de tener fe en la relación.

Miré al cielo. La luna se había escondido entre algunas nubes.

–Me da miedo.

Lo escuché suspirar.

–Lo sé. Y seguro que Dalia también lo entendería si se lo explicaras. Pero necesitará que le ayudes también con sus propios miedos. Deben apoyarse el uno al otro a enfrentarlos, no hacerlos más grandes… Pero si no pueden hacerlo… entonces sí es lo mejor acabar con esto antes de que sea más difícil.

Me mecí de nuevo e hizo lo mismo. El chirrido de las cadenas fue lo único que se escuchó por unos minutos.

–Tengo que volver a casa –dijo de pronto.

Supe que no tenía caso insistir. Y, de todas formas, agradecía que Dalia contara con ellos.

–Sí, por supuesto.

–¿Estarás bien? –preguntó, poniéndose de pie.

Suspiré una vez más, pero conseguí levantarme.

–Creo que sí… Gracias, amigo.

Me dio una media sonrisa fraternal.

–Si necesitas otra cosa… Que no sea alojamiento –dijo con una leve risita y me sacó una sonrisa–. Ya sabes que cuentas conmigo.

Asentí con otra media sonrisa.

Caminó hacia su hogar y yo lo acompañé por la banqueta hasta llegar a mi auto. Por suerte había un tráfico casi nulo a esas horas, ya que conduje mitad atento, mitad a modo automático.

Al llegar a casa abrí la puerta, pero apenas puse un pie dentro me pareció enorme. Era demasiado espacio para mí solo.

Cerré y, por enésima vez en el día, suspiré. Di unos pasos hasta quedar al nivel de su puerta, abierta y dejando ver su cama hecha, gracias a la poca luz que lograba colarse por la ventana.

No fui capaz de adentrarme más en la casa y deshice unos pasos para tirarme en el sofá.

Repasé en mi mente una y otra vez todo mi día. Lo que hice, lo que no hice, lo que pude haber hecho… A pesar de que no dejaba de pensar, y de que algo pesado se instalaba en mi pecho, en algún momento me quedé dormido. Sin embargo, fue como si hubiera sido solo un

parpadeo. Por la mañana, desperté con dolor de cuello y un cansancio en el resto de mi cuerpo.

Me levanté y me obligué a iniciar mi día.

Todas las veces que me quejé por lo ruidosa que era durante el día me vinieron a la cabeza. Desde el inicio había sido algo que consideraba negativo, aunque me hubiera acostumbrado, pero ahora, me era más ensordecedor el silencio.

La casa se sentía vacía, sin vida.



39

Etienne

Regresé un poco tarde del trabajo, ya que no era como si tuviera prisa por volver a casa. Habían pasado algunos días desde que Dalia se fue, y antes de salir trataba de estar todo lo posible en casa, por si ella aparecía. Pero era de noche y seguramente ella estaría en el trabajo en esos momentos.

Estacioné la camioneta en su lugar y, justo mientras apagaba el motor, vi una cara conocida sentada bajo la puerta.

Con una mezcla de confusión y nerviosismo, me bajé sin retirarle la mirada.

–¿Maya? ¿Qué pasó? ¿Dalia está bien?

Alzó las manos para calmarme.

–Tranquilo, está bien.

Asentí despacio, obligándome a guardar la calma. ¿Entonces qué hacía allí?

–Bien. Eh, ¿quieres pasar? –la invité, apresurándome a abrir la puerta.

–Gracias –dijo cuando le hice un gesto para pasar primero.

Una vez adentro, noté que lo primero que hizo fue girarse hacia la puerta cerrada de Dalia. La había mantenido así. No podía mirar adentro ni por asomo sin sentirme mal, más de lo que ya lo hacía.

–¿Te ofrezco agua, jugo o…?

–No, no te preocupes –negó con una sonrisa amable, aunque pude ver algo más detrás.

–Eh… no quiero ser grosero, pero… –No sabía cómo formular la pregunta. Por suerte, Maya pareció entender.

–Vine por algunas cosas de Dalia.

Sentí un golpe en el estómago. Y hasta ese momento caí en cuenta del par de bolsas que traía en las manos. Eran iguales a las que Dalia utilizaba para comprar la despensa, esas que tanto le gustaban porque se doblaban hasta volverse una miniatura y podían caber en una mini bolsita.

–Oh… –Fue todo lo que pude decir.

–Sí. Emm… –Se balanceó un poco en su sitio y se acomodó los lentes sobre el puente de la nariz–. ¿Puedo…? –preguntó, señalando a su puerta.

–S-sí, claro. Adelante.

Cuando dio los primeros pasos hacia allá, yo me giré y fingí hacer cualquier cosa en la cocina. Los minutos se sintieron eternos. Me bebí un vaso entero de agua para tragarme el nudo de la garganta y esperé hasta que salió. El nudo volvió al verla con las bolsas llenas.

–¿Encontraste todo lo que necesita?

Agradecí mentalmente que volviera a cerrar la puerta.

–Sí, eso creo. Me dio una lista y cubrí todo.

–Son… son muchas cosas.

–Etienne… ¿sabes que no piensa volver?

¿Había dicho que las otras palabras me habían golpeado? Eso no era nada comparado con esas últimas. Abrí la boca una y otra vez, pero nada lograba salir de mis labios.

Frunció los labios en una línea.

–Quiero que sepas que lamento esto.

Negué con la cabeza y tomé un largo respiro.

–No es cierto. La apoyas en esto, y está bien, eres su mejor amiga.

–Sí, pero eso no quiere decir que me alegre lo que está pasando. –Se acomodó las bolsas en los hombros sin moverse de lugar–. ¿Cómo estás?

Resoplé.

–¿Te importa?

–Claro que sí.

Dudé antes de volver a hablar.

–¿Qué te digo? –Me encogí de hombros, luego añadí sin mirarla–: La extraño. Yo no quería que pasara esto. Pero no me contesta y ahora te manda a ti para no verme. Me está haciendo lo mismo que… –Me detuve, si seguía por ahí, iba a estallar frente a Maya–. No importa. Solo… cuídala, ¿sí?

Tenía la cabeza hacia al piso mientras dije eso último, pero sentí su mirada sobre mí.

–Por supuesto.

Una vez que nos despedimos y cerró la puerta de la entrada, me encaminé a la sala. Segundos después, escuché a su auto arrancar y alejarse.

Y me desplomé en el sillón.

Dalia

–Aquí están tus cosas –informó mi mejor amiga, entrando a mi habitación con una enorme bolsa a cada lado de su cuerpo.

La última vez que vi esa escena, era a la inversa. Me estaba ayudando a sacar las cosas de casa de mis padres; ahora, me ayudaba a regresarlas.

Había sido una decisión muy premeditada, pero terminé optando por regresar con ellos. Las charlas incómodas, la tensión en el aire, y muchas otras cosas que conocía muy bien serían algo con lo que tendría que lidiar, pero ahora tenía confianza en que lo sabría manejar.

–Muchas gracias, Maya –agradecí mientras tomaba una de las bolsas y la colocaba en una esquina, y mi amiga hacía lo mismo.

Ya acomodaría todo en las próximas horas.

Nos sentamos en mi cama, con el edredón de estampado rosa y naranja que hacía mucho que no veía.

–Sabes que estaré para ti siempre.

–Lo sé.

–Y… –Ladeó la cabeza–. Sabes que eso implica muchas cosas, ¿verdad?

–Sí… –Entorné la mirada–. ¿Por qué lo dices?

–Pues, hablé con Etienne.

Cerré los ojos con fuerza.

–Te dije que entraras con mi llave y actuaras rápido.

–Lo sé, pero necesitaba saber cómo lo está manejando él.

–Pues bien, ahora estará con Melanie sin problemas.

–Dalia –me reprendió.

Suspiré.

–De acuerdo… ¿Y bien? ¿Qué descubriste?

–Está mal. –Rodé los ojos–. Hey, es en serio. Cuando me vio, se asustó. Debió creer que iba a darle una mala noticia. Y luego, cuando supo que no piensas volver, su actitud cambió. Se volvió… frío. No te pienso obligar a cambiar de opinión, pero… ¿no crees que deberías hablar con él?

Por supuesto que se había vuelto frío. Me había ido sin avisar. Había pasado días sin saber nada hasta que envié a mi mejor amiga y se enteró por ella que yo no volvería. Tomé una bocanada de aire mientras me llevaba las manos a la cabeza.

Era obvio que, tras escuchar eso, había cambiado su actitud. Ahora sin duda no querría que volviera.

–También descubrí otra cosa.

–Ya no, por favor –pedí con las manos aún cubriéndome los ojos, calientes por las lágrimas que amenazaban con salir–. Esto, junto con lo de mis padres y la mudanza, es mucho por hoy.

–¿Estás segura? Tal vez te…

–¡No! –insistí, bajando las manos, y me sentí mal tras alzarle la voz–. Perdón, pero no –intenté de nuevo con voz calmada.

Me miró con comprensión.

–Está bien.

–Gracias.

Volví la mirada a las bolsas llenas, a juego con las que yo había dejado en una cocina que no volvería a usar y que había olvidado agregar a la lista. De todas formas, no importaba, ya conseguiría otras.

–De acuerdo –volví a hablar–, creo que debo empezar a desempacar.

–Te ayudo.

–Gracias. Toma tú una bolsa y yo la otra.

Agarré la que tenía más cerca. Lo primero que vi fue un montón de la ropa que más uso. Solo Maya podía hacer que tantas cosas cupieran en una bolsa.

Mientras yo guardaba unos pantalones, vi a mi amiga sacando unos libros de la otra bolsa. Le había pedido traer los que tenía intención de leer pronto.

–¿Y cuál será tu próxima lectura? –preguntó de pronto.

Agradecí que guiara la conversación por otro tema y pensé en la respuesta mientras cerraba un cajón y abría otro.

–Creo que terminaré la bilogía que empecé, esa del protagonista científico que te conté.

–Oh, genial. Me cuentas cómo termina.

Cuando llegó la noche, ordenamos una pizza y cenamos en mi habitación. Después terminamos de acomodar entre las dos, nos despedimos y se fue a su hogar, dulce hogar.

A pesar de que yo había crecido en esa casa, hacía años que no la consideraba un hogar. Aunque, rodeada de mis libros en sus repisas, de las fotografías que había dejado desperdigadas por aquí y por allá, del resto de mis cosas, logré sentirme cómoda; sin mencionar que esas paredes me habían resguardado tantas veces, como un escudo personal.

Revisé el reloj de la cómoda con forma de fresa. Aún faltaba una hora para la medianoche. Me levanté con la intención de leer un rato, pero cuando alcé la mano para tomar la segunda parte de la bilogía que le había comentado a Maya, pensé en que tal vez leer romance no fuera lo ideal en esos momentos.

Bajé la mano y la dirigí hacia una novela de suspenso que ahora se me antojaba más. Mis repisas se veían muy solas, pero ese sería un asunto para después.

Regresé a mi cama y me dispuse a leer.

Destino a Viena

ANÓNIMO

Un día, después de quince años de casados, a mi esposa le dio por rememorar nuestros primeros años juntos. Me recordó desde los viajes que hacíamos hasta las cafeterías locales que solíamos visitar.

Y concluyó que hacía mucho que no hacíamos algo así juntos, solo los dos.

Tranquilo, le dije que ya se nos había terminado esa etapa.

Y claro, se molestó.

–¿Y quién decide cuándo se terminan esas etapas? –me preguntó y se levantó, sin mirar atrás cuando le pedí volver al sofá.

Claro que en el momento no entendí su punto y seguí poniendo trabas cada vez que volvía a tocar el tema. Incluso me defendí con que habíamos pasado unas vacaciones muy lindas con nuestros hijos y nietos en la playa hacía no mucho tiempo.

Me gané dos días de discusiones y dos más de actitud seria, en los que estaba muy atenta para mencionarme todo lo que había dejado de hacer con el tiempo, pero que a mí me parecía normal.

Eso me desesperó y comenzamos a discutir.

Pero después de la última discusión al respecto, lo entendí.

Extrañaba la versión de mí que la enamoró.

No era que dejara de amarme, o que lo hiciera menos. Eso ni siquiera lo cuestioné. Y creo que no dudó en ningún momento que yo siguiera amándola. Lo que pasaba era que yo había puesto tanta atención a nuestros papeles de padres, incluso de abuelos, que había dejado que nuestros papeles como pareja se fueran apagando.

Entonces, comencé a regalarle una flor de vez en cuando, ya fuera de verdad, echa de papel o un dibujo.

Y me miraba con un brillo que creí que ya no podría tener a esas alturas de nuestras vidas. La invité de nuevo a recorrer las cafeterías de la ciudad, revisitando las viejas y conociendo las nuevas. Y nos divertimos mucho probando cada bebida fría y caliente que encontrábamos. ¿Cuándo inventaron los *frappés* de cacahuate? Están deliciosos.

Y, un día, tomamos un avión a Viena.

Al inicio no se la creía, pero cuando tuvo los boletos en sus manos volvió a ser esa mujer joven que se emocionaba ante una aventura, pequeña o grande.

Su cara de felicidad al llegar a la ciudad no la olvidaré nunca. Esa gran sonrisa de oreja a oreja al contemplar la Biblioteca Nacional de Austria se instaló en mi corazón para siempre. Y cuando, admirando el río Danubio, me abrazó fuerte y me llenó de besos el rostro, me pregunté cómo había dejado que pasara tanto tiempo sin proponerme a seguir enamorándola.

Hoy en día escucho a los jóvenes decir que el amor no es tan necesario. Pero el que conoce el amor, el de verdad, no ese que uno fuerza por capricho, sabe que nada se disfruta igual cuando lo haces con tu persona favorita en el mundo. Cualquier viaje será más lindo, más completo, más memorable, si tienes con quien recorrer las calles, con quien tomar fotos de bellos lugares, con quien reír al probar comidas exóticas que tal vez no saben tan bien como se ven.

Y también comprende que cada día es un viaje. Cada día es una aventura diferente, un logro diferente. ¿Y qué mejor que enfrentar la vida con tu mejor amiga? ¿Con la persona que más amas? ¿Con el mejor equipo que podrías tener?



40

Dalia

Mientras paseaba por la librería, buscando una nueva lectura, recorrí un pasillo y encontré a un hombre de tercera edad, con el cabello blanco y un bastón, que leía la sinopsis de un libro.

Al verme, hizo un comentario sobre que le alegraba que los jóvenes todavía se interesaran por la lectura, a lo que estuve de acuerdo y comenzamos a platicar.

–El periódico sí fue perdiendo popularidad. Antes, las personas lo leían mientras almorzaban, sin falta. Ahora se enteran de todo por redes sociales.

–Sí, recuerdo que mi padre y mi abuelo lo leían cuando yo era pequeña. Me daban a mí la sección de las caricaturas –comenté, sonriendo ante el recuerdo–. Pero al menos los periódicos se han digitalizado. Sé que no es lo mismo, pero me agrada porque hay una columna que nunca me pierdo.

–¿En serio? –preguntó, colocando el libro en su lugar y tomando otro del mismo estante.

–Sí, me parece muy linda. Es sobre las historias de un hombre con su mujer, anécdotas de su vida juntos.

El hombre sonrió mientras miraba la portada del libro, antes de mirarme a mí.

–¿Y nunca se lo pierde?

–Nunca –afirmé, tomando un libro de la estantería de al lado. La cubierta era muy bonita.

–¿Sabe? Nunca había escuchado que alguien dijera eso.

–Sí, no conozco a muchos que la sigan como yo. Mi… –dudé un segundo–. Mi antiguo *roomie* y yo siempre lo leemos. De hecho, fue de lo primero que notamos que teníamos en común, fue como una señal.

Apoyó una mano en su bastón y, ya que con la otra aún sujetaba el libro, posó la muñeca encima.

–¿Y sabe quién es el autor?

–No. –Hice una mueca, colocando el libro de vuelta–. Solo dice que es alguien anónimo.

Meció la cabeza de arriba abajo, despacio.

–Pues… –Ladeó la cabeza con un gesto amable y una sonrisa cómplice.

–No –dije, sorprendida–. No me diga que es usted.

–Me alegra saber que le gustan mis columnas, señorita –dijo con una leve sonrisa.

–No puede ser. ¿Está gastándome una broma?

–¿Por qué lo haría? No suelo compartir esto con nadie. Me gusta mantener el anonimato. Pero cuando conozco a alguien que me sigue con esa lealtad, lo agradezco –dijo, llevándose una mano al corazón.

–Oh, por Dios –dije, emocionada.

Entonces seguimos charlando. Descubrí que su nombre era Joel y hablamos sobre la columna, sobre cómo empecé a leerla hacía años, gracias a una casualidad; y con una mezcla de nostalgia y pesar, sobre cómo nos unió más a Etienne y a mí.

–¿Y cómo está su esposa?

Tardó un segundo y miró a su bastón antes de contestar.

–Ella murió hace seis años.

Me quedé muda un instante, invadida por la pena

–Oh. Disculpe, creí que… que… –titubeé–. Lo siento.

–No se preocupe –su voz era serena–. Beatriz dejó este mundo en paz y todos los que la amamos tuvimos oportunidad de despedirnos. Escribo esa columna para mantener su recuerdo vivo.

–Eh… Disculpe mi pregunta, tal vez sea entrometido, pero es que no lo entiendo. ¿Cómo lo hace? ¿Escribir de ella cada semana recordando que ya no está?

Me dio una media sonrisa, sin apartar la mirada.

–Es peor vivir sin nada de ella.

No supe qué decir. Sin embargo, la paz con la que hablaba se me contagió y no se creó ninguna incomodidad.

–También –continuó–, espero que nuestras anécdotas puedan ayudar a otros a tener y mantener una relación como la nuestra, que no dejen ir el amor de verdad.

En ese momento sí aparté la mirada. Fingí ver los lomos de los libros, pues no pude evitar pensar en Etienne.

–Conozco esa expresión. ¿Está bien?

Reprimí un suspiro.

–Sí. Estoy bien –aseguré, mirándolo por un momento, pero sin poder sostener su mirada–. Es solo que recientemente creí que había encontrado el amor, pero no fue así.

–¿No lo fue? –Negué, tratando de parecer indiferente–. ¿Es ese chico, Etienne?

–Sí –respondí–. Primero nos consideramos mejores amigos, pero sabía que lo que estaba sintiendo por él era… diferente, y sabía que él sentía lo mismo. Pero es raro que tenga personas así de importantes en mi vida y por eso no quería arruinar nuestra relación. Pero él insistió y… –Lo miré–. Le creí. Confié y entregué mi corazón. Y parecía que era lo correcto; de hecho, por un momento fui muy feliz. Pero luego todo se echó a perder.

–Si eran mejores amigos, entonces debía de ser una relación bonita la que tenían. ¿Por qué lo dejaron terminar así?

Hice una mueca y me abracé con un brazo.

–No lo sé. Simplemente… se acabó.

Habían pasado varias semanas sin que supiera nada de él y, aunque aún me dolía, había estado ocupada y los días se pasaban cada vez más rápido.

Por otro lado, el señor Joel movió la cabeza de lado a lado.

–Los jóvenes creen que tienen tiempo para esas cosas –dijo, más para él que para mí–. Voy a ir a pagar este libro. Me dio mucho gusto conocerla, señorita Dalia. Espero de verdad que su

chico y usted resuelvan eso –agregó, señalándome con el libro antes de alejarse.

Le agradecí y me despedí, pero me costó un poco sonreírle de vuelta.

Un rato después, caminé hacia el área de bancas al aire libre. No habíamos vuelto al centro comercial al que solíamos ir desde que habíamos descubierto este, cerca del hospital en el que trabajaba Maya. Era extenso, con casi todas las tiendas al nivel del estacionamiento y un área de bancas al centro para descansar bajo la sombra de los árboles.

Mi mejor amiga ya me esperaba sentada en una al fondo, vistiendo su uniforme, y me encaminé hacia ella.

–Creí que llegaría tarde, pero resulta que llegué antes que tú. ¿Encontraste algo interesante en la librería? –preguntó luego de saludarnos.

–La verdad es que sí. Primero, este libro de fantasía sobre dos hermanas mitad humanas, mitad ángeles –dije y le tendí mi nueva adquisición.

Maya leyó la sinopsis y asintió con aprobación.

–Me lo cuentas cuando lo termines.

–Claro que sí.

–¿Y qué es lo segundo?

–Conocí al señor Joel –dije con entusiasmo.

–¿Y él es…?

–El autor anónimo de la columna.

Abrió los ojos como platos.

–¡No es cierto! ¿El hombre que te tiene obsesionada con esa columna desde hace años? ¿Cómo?

Le conté cómo lo encontré y lo que conversamos, omitiendo las partes en las que mencionamos a cierta persona, y me emocioné de nuevo. Y aunque Maya solía darle poca importancia, se emocionó conmigo.

–Qué buena visita a la librería tuviste hoy.

–La mejor.

Pero en cuanto lo dije, vino a mi mente un recuerdo, luego otro, de aquellos en los que fui acompañada de alguien y me divertí charlando e inventando juegos para decidir cuál libro compraría.

Meneé la cabeza.

–De acuerdo, ya leeré este libro después. Es hora de enfocarnos a lo que vinimos.

Guardé la novela en mi mochila y saqué mi libreta y un par de plumas de diferentes colores. Al otro lado de la banca, Maya sacó un gran libro de su mochila y lo dejó sobre la mesa, abriéndolo para nuestra cuarta sesión de estudio.



41

Dalia

Raúl me dio un abrazo a modo de despedida y me meció de un lado a otro con cariño.

–Sabes que siempre serás bienvenida aquí. Te diría que tendrás descuentos cuando vengas, pero sigues negándote a probar nuestras bebidas –dijo con una media sonrisa–. Aunque podría hablar con los de cocina para invitarte unas alitas o algo.

Sonreí.

–Te agradezco mucho, por todo. Voy a extrañar estar aquí.

Me despedí de todos y salí, bajando por las escaleras una a una mientras saboreaba el inicio de mi nueva vida.

Maya me estaba esperando en la acerca, recargada en su auto. Me miró con una sonrisa orgullosa cuando se retiró para que yo pudiera abrir la puerta y ella rodeó el frente para adentrarse por el lado del conductor.

–¿Lista para invitarme la cena ahora que te liquidaron? –preguntó con una sonrisa de niña pequeña.

–Ja, ja –fingí reír y rodé los ojos con una media sonrisa.

Sabía que bromeaba, Maya era consciente de a qué estaba destinado el sobre con dinero que tenía en mi bolso. Después de tener que gastar mis ahorros en un nuevo celular, ya que el anterior se me estropeó cuando lo lancé más fuerte de lo que esperaba, en una las primeras noches en las que me debatía entre responder a las llamadas de Etienne o no, tenía que administrar bien mi dinero para pagar la colegiatura.

Aún se me revolvía un poco el estómago al pensar en lo que iba a hacer, pero por primera vez se debía totalmente a que estaba entusiasmada. Después de tanto, iba a volver a la universidad y estaba muy feliz por eso. Y eso también quería decir que necesitaba otro trabajo, con otros horarios.

–Estoy muy orgullosa de ti. Lo sabes, ¿verdad? –preguntó mi mejor amiga, mirándome antes de arrancar.

Me lo había dicho muchas veces en las últimas semanas.

La decisión de volver a estudiar fue algo que requirió mucha meditación. Repasé mis

opciones con sus pros y sus contras día y noche. Pero cuando me inscribí para presentar el examen de admisión, me embriagué de felicidad y Maya y yo salimos a cenar a modo de festejo.

Después, fuimos a un karaoke cuando mi psiquiatra dijo que mi tratamiento estaba dando muy buenos resultados; además, mi terapeuta había notado una mejoría en cómo manejaba las situaciones, como la convivencia con mis padres.

Había tenido que volver a su casa, escuchando «te lo dije» varias veces, pero sus comentarios y actitudes habían dejado de importarme como antes. Establecí límites, enfrenté lo que tenía que enfrentar e ignoré el resto.

Ahora estábamos muy felices por el hecho de que estaba cambiando de trabajo. Siempre habíamos sabido que el trabajo en el bar era temporal. Y ese tiempo se había terminado. Aunque todo dependía de que ingresara a la facultad de enfermería, me había estado informando y hablando con diferentes personas, hasta que conseguí una oportunidad para ser becaria en el hospital de la universidad. Empezaría en el área de guardarropa, pero, si todo salía bien, después iría subiendo poco a poco de puesto.

–Lo sé –respondí con una sonrisa sincera.

El examen cada vez estaba más cerca. Agradecía el que Maya me ayudara a estudiar con sus libros y notas, y aumentaba mi confianza. Ahora que no tenía un empleo, nos reuníamos cada vez que ella tenía tiempo libre y nuestro sitio favorito era el área de bancas del centro comercial.

Por ello, me pasaba muy seguido por la librería, aunque no comprara nada. La colegiatura sería una prioridad por un tiempo. En uno de esos días volví a encontrarme con el señor Joel y nos saludamos con más agrado, como si fuéramos dos amigos.

Entramos al mismo tiempo y recorrimos los pasillos juntos, charlando de libros, de las últimas columnas que había publicado, de las dudas que me surgió sobre una de ellas, y dimos una actualización de nuestras vidas desde el día en que nos conocimos.

Lo puse al día y, aunque noté cierta mirada extraña al mencionar que mi historia con Etienne había terminado, se alegró por todo lo demás.

Me deseó mucho éxito con mi examen y, tal vez con mucha confianza en mí, me dijo que sería una buena enfermera algún día.

–Pero espero no tener que verla –bromeó y me reí con él.

–Mantengamos nuestros encuentros en la librería, por favor –pedí entre risas.

–Mi hija me creó un perfil en una de esas redes sociales que manejan. Si quiere, podemos hacernos amigos ahí. Así siempre podría hablarme si gusta o si necesita algo.

–Oh, ¡claro! –acepté alegre.

Después de un rato, nos despedimos y fui a mi sesión de estudio con Maya, feliz por tener un nuevo amigo, y precisamente alguien que por años admiré y ya me había acompañado indirectamente.

Una vez instaladas en la banca, abrió el libro por uno de los últimos capítulos que había marcado y comenzó a indicarme los temas.

–Creo que una sesión más y estarás lista –comentó, hojeando sus notas–. Pero podemos repasar temas si sientes que no te quedaron del todo claros. –Asentí, mirando mis propias notas–. ¿Estás nerviosa?

Elevé la vista hacia ella.

–Un poco, sí. No quiero hacerme ilusiones porque sé que presentan muchas personas cada semestre.

–Y tú serás de las que entren, ya lo verás –aseguró.

–¿Me invitarás un café descafeinado si no lo logro? –pedí con un puchero.

–Te invitaría diez –respondió con una sonrisa dulce–. Pero en diferentes días –aclaró, apuntándome con un dedo y me reí–. Pero *cuando* te den tu carta de aceptación, que sé que pasará, me invitarás uno a mí por ser la mejor asesora.

Volví a reír y accedí. No quería hacerme ilusiones, pero tenía esperanza.

–De acuerdo –usé mi voz seria, abrí mi libreta y pulsé el botón de la pluma para sacar la punta–, empecemos con los últimos temas.



42

Dalia

Luego de cuatro horas, salí por el gran corredor con un montón de personas que no conocía, pero que tal vez conocería pronto. Si todo salía bien, algunos de ellos se convertirían en mis compañeros de clase.

Maya me estaba esperando de pie como una madre a su hija. Cuando llegué con ella, me recibió con un gran abrazo, insistiendo en lo mucho que se alegraba por mí, en lo orgullosa que se sentía y haciendo planes para el día en que trabajáramos juntas.

Estaba soñando despierta. Pero se le veía tan feliz que me lo contagió. Y, siendo honesta, sentía que sí podía aprobar el examen.

–Más te vale que no tengas planes porque hoy vamos a ir a cenar. Hablé con Raúl y se emocionó y dijo que nos va a invitar para celebrar. Como es hasta la noche, revisé las funciones del cine para ir a ver la película que quieres ver. Pero antes pasaremos a la librería. Te has ganado un libro –anunció, guiándome hacia donde tenía estacionado su auto, que al parecer había quedado lejos.

–¿De verdad? –pregunté como niña pequeña escuchando que le darán un juguete.

–Aprovecha que estoy de buenas y no me cuestiones.

–De acuerdo –accedí con una gran sonrisa.

Llegamos al centro comercial, ese que se había vuelto nuestro lugar favorito en los últimos meses, y paseamos por las tiendas antes de ir a nuestros planes.

Un par de horas después, entramos a la sala de cine cargando un combo grande para las dos. Cada una tomó un refresco, ella se quedó con las palomitas picantes y yo con los nachos y los dulces. La película, a pesar de que era de terror, no nos provocó miedo o sustos, pero el suspenso y la trama interesante hicieron que valiera la pena.

Después pasamos a la librería, donde gastamos otro rato recorriendo los pasillos y revisando opciones. Al final me debatí entre tres novelas.

–Este ha estado en mi lista por mucho tiempo, pero este me llama muchísimo la atención, *pero* este otro es el final de una trilogía que estoy leyendo…

–¿Y qué tanto te gusta esa trilogía?

Lo pensé por un segundo.

–No tanto como para que sea el ganador. Descartado.

Lo solté y puse un libro en cada mano. Levanté mi mano derecha, pero Maya lo tomó antes de que pudiera hablar.

–Veamos… –Lo inspeccionó y le dio la vuelta para leer la sinopsis de nuevo–. Se ve muy bueno esto, y tiene los clichés de romance que te gustan.

–Ah, sí… Cierto. –En ese momento lo vi con otros ojos. Tenía meses sin leer ese tipo de novelas–. Creo que me iré por el otro entonces.

–¿Por qué ese cambio tan repentino? A ti te fascina el cliché de rivales a amantes.

–Sí, pero… Ya no soy tanto de leer romance.

Maya inclinó la cabeza, como si de pronto me desconociera.

–Pero tú *amas* leer romance.

–Supongo entonces que estoy en una fase en la que no.

Le quité el libro de las manos, tomé el otro descartado y los regresé a sus respectivos lugares. Me encaminé hacia el mostrador para pagar y me siguió.

–Oye, ¿y qué hay del libro de la otra vez? Nunca me contaste cómo terminó esa bilogía.

–Ah, es que aún no la termino.

Se paró en seco.

–¿Qué?

Me detuve con ella, confundida.

–¿Qué pasa?

–Pero, ¿lo empezaste al menos?

–No. ¿Por qué? –pregunté. La vi mirar a diferentes puntos, pensativa–. ¿Qué tiene de importante eso?

–Dalia, tienes que tomar ese libro cuando vuelvas a casa.

Entorné los ojos, tratando de entender a qué se debía eso.

–¿Tanto te interesa saber cómo termina? Si quieres te lo presto.

–No –negó, gesticulando con las manos–. Primero que nada, sabes que prefiero que me los cuentes. Y segundo, *tienes* que tomar ese libro.

Parpadeé, aún más confundida.

–De acuerdo, tranquila. Lo haré llegando a casa.

–Genial –dijo, un poco aliviada.

Me pareció que estaba actuando extraño, pero decidí no decir nada al respecto. Pagó el libro y me lo tendió con una sonrisa. Parecía que todo volvía a la normalidad y hablamos de otras cosas durante el trayecto hasta el bar donde solíamos trabajar.

Raúl nos recibió a ambas con un abrazo, diciendo lo feliz que estaba porque ambas estábamos realizando nuestros sueños de hacer algo más importante con nuestras vidas. Olía a esa colonia masculina que siempre usaba y la nostalgia me tocó la fibra sensible. Y pude notar que Maya también se sentía así.

Tantas veces que dijimos que no iríamos a ese lugar por gusto, y con una mirada que compartimos supe que pensamos lo mismo: le teníamos cariño al Linz y volveríamos en más ocasiones.

Cenamos con cortesías de nuestro antiguo jefe, conversamos con él sobre las novedades del bar y de otras cosas más personales, y tuvimos breves charlas con excompañeros.

Fue un buen día. Al finalizar, ya entrada la noche, Maya condujo hasta la casa de mis padres, donde me dejó y se despidió, no sin antes darme una mirada extraña otra vez.

Entré a casa, saludé a mi madre que estaba en la sala, y avancé directo hacia mi escritorio, donde dejé la mochila apoyada en un costado. Fui a la cocina para tomar un vaso, pero mientras se llenaba de agua no podía dejar de pensar en lo que Maya me había pedido que hiciera en cuanto llegara.

Me bebí el agua, enjuagué el vaso y regresé a mi habitación. Me detuve frente a la repisa con el libro en cuestión y lo miré con los brazos cruzados. ¿Qué podía tener de importante?

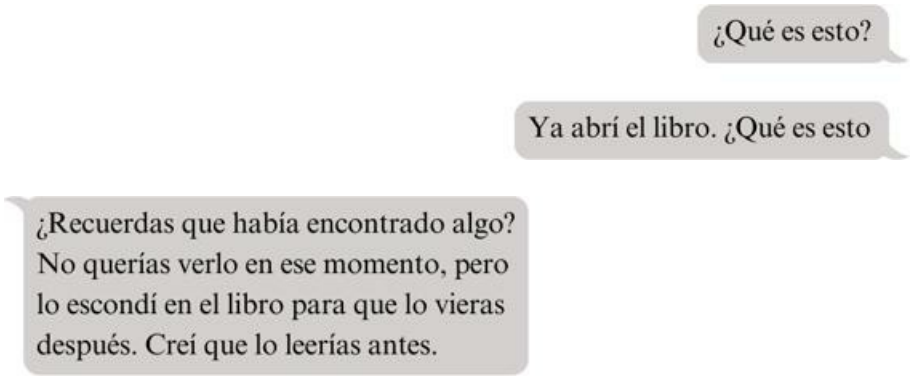
Suspiré, decidida a averiguarlo. Quizá solo fuera una broma, y ya estaba pensando en lo que le diría. Lo tomé del lomo y tiré de él para llevármelo hasta la silla de escritorio, donde lo abrí.

Todo se veía normal. No saltó una cucaracha de plástico ni ninguna otra cosa. Con el ceño fruncido por no entender nada, lo tomé de las pastas y lo hojeé. Entonces algo cayó al suelo. Era un trozo de papel. Lo recogí. Le di la vuelta.

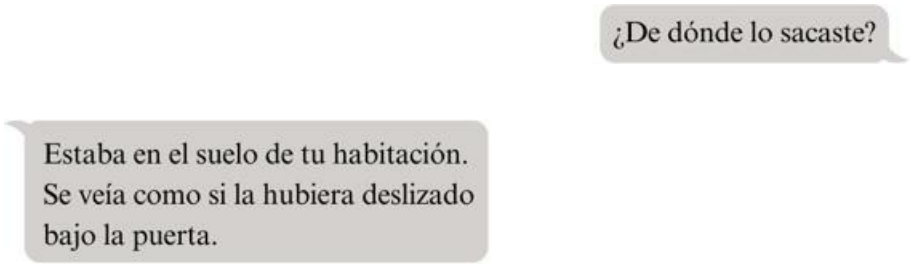
Y me congelé. Lo releí unas diez veces antes de dejar el libro a un lado sin poder despegar los ojos de ese papel.

¿Qué era eso? ¿Qué hacía allí?

Cuando recuperé la movilidad. Dejé la nota en el escritorio y saqué rápido mi celular para enviar un mensaje.



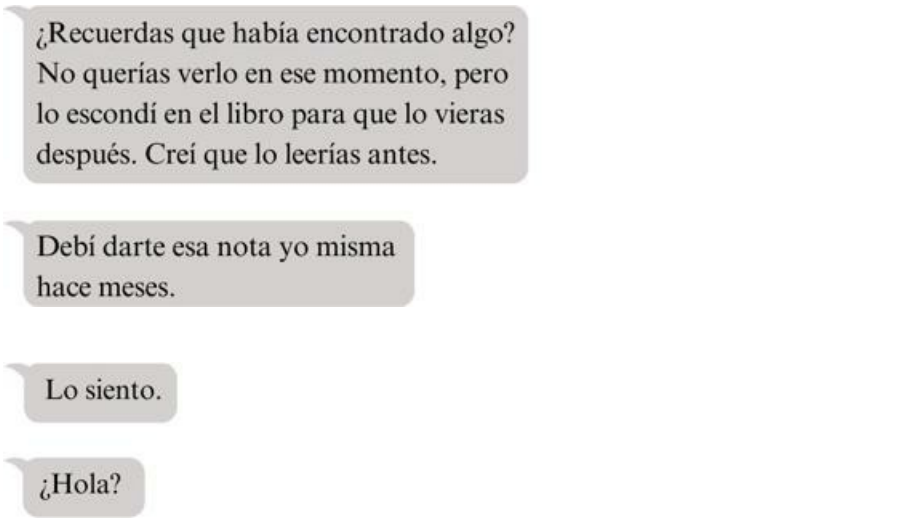
Hice memoria. Había descubierto algo. Claro, solo que no había pensado que fuera una nota escrita a mano de Etienne.



Ese momento regresó de golpe a mi memoria. El cómo tomé mis cosas y salí sin hacer ruido. Le hice creer que seguía ahí y, entonces, trató de pasarme esa nota.

Quería llorar. Quería gritar. Quería correr. Y al mismo tiempo no podía hacer nada. Estaba congelada, con el celular en las manos, que se me había bloqueado hasta que llegó otra notificación.

Volví a abrir la conversación con los dedos temblorosos.



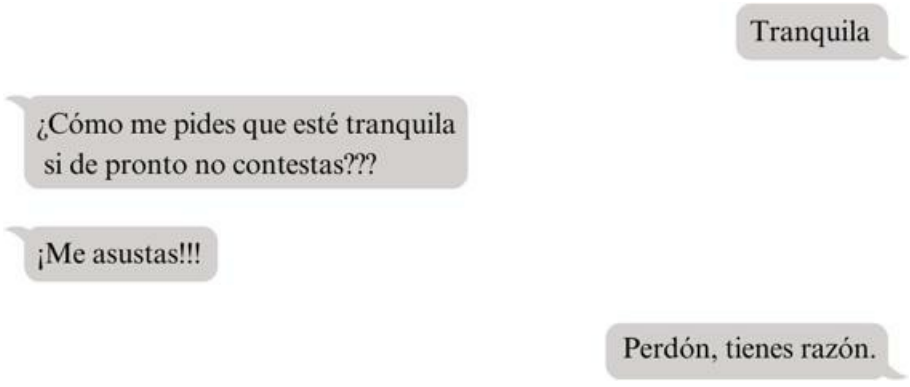
Vi sus mensajes, pero no sabía qué responder.

¿Qué había hecho?

Habían pasado meses. Y, seguramente, esas palabras ya no tuvieran validez.

Me sentí horrible.

Mi celular comenzó a sonar una y otra vez. Revisé la pantalla, confirmado que Maya me estaba llamando.



Siguió mandando mensajes, pero dejé de leerlos. No podía dejar de pensar en que, para Etienne, yo había sido más que suficiente. Se había enamorado de mí. De verdad.

Y lo había echado a perder.



43

Etienne

Era domingo por la mañana cuando esperaba a que cargara la página en mi móvil. El título «Destino a Viena» aparecía en la parte superior, pero un círculo color gris daba vueltas mientras el internet permitía que cargara el resto.

Bajé la mano que sostenía el móvil y me llevé la otra a mi izquierda para tomar la taza. Le di un trago al té y, una vez que aparecieron todas las palabras, coloqué de nuevo la taza en el buró y me dispuse a leerlas sentado en mi cama, apoyado en el respaldo con Nilo a mis pies.

En realidad, era la cama en la habitación de invitados de Oscar y Sara, que había estado ocupando durante los últimos meses.

Entonces, algo se removió dentro de mí.

No tenía idea de quién era la persona detrás de esa columna, pero por mucho tiempo había leído lo que escribía como si fuera un amigo que me visitaba cada semana, dejándome alguna lección oculta entre sus anécdotas o una sensación de entendimiento. Sin embargo, nunca me había sentido como esa vez. Y no podía dejar de pensar en que había cometido un error.

Necesitaba hablar con él. Deslicé la página del periódico hasta la parte inferior y encontré el correo del editor. Dudé unos segundos, hasta que pulsé el correo y lo copié.

Cambié a la aplicación del correo y comencé a escribir. No sabía si sería leído siquiera, pero debía intentarlo.

> *Buenos días, mi nombre es Etienne y soy un fiel seguidor de esta columna desde hace años. Sé que el autor se mantiene en el anonimato, pero me encantaría poder conversar con él de alguna manera y le agradecería que pudiera aconsejarme con una situación que estoy viviendo.*

Me detuve, pensando en cómo continuar. Tenía la idea en mi mente, pero no estaba seguro de escribirlo.

Suspiré y continué. A esas alturas, ¿qué podría perder?

Hay una chica, Dalia, que creo realmente que es el amor de mi vida. Pero si no hago algo pronto, el amor de mi vida no estará en ella nunca más.

Al terminar no estaba seguro de que fuera suficiente como para que me consideraran digno de ser contestado, mucho menos convincente como para que el autor accediera a perder el anonimato. Aunque, en realidad, sería más que feliz si el editor hiciera de intermediario.

Pegué la dirección de correo del editor en la sección de destinatario y le di en «enviar».



Por la noche, estaba preparando la cena para tres, mientras Oscar y Sara platicaban conmigo sentados en el comedor.

Estaban mucho más relajados desde que se acabó el estrés de la boda y volvieron de su luna de miel, semana en la que yo me quedé cuidando su casa y haciéndome más amigo de su perro. Y sí, desde entonces yo estaba siendo su inquilino por tiempo indefinido.

–Haré como que no me ofende que no me extrañaras tanto cuando yo me fui –dramatizó mi mejor amigo cuando volvieron de sus pequeñas vacaciones y les pedí quedarme más tiempo.

Pero ni él ni Sara hicieron algún comentario sobre que debía irme a mi casa. Me aceptaron sin dudar. Fue como volver a ese tiempo en el que vivíamos los tres juntos cuando recién se habían comprometido.

Removí la olla con el cucharón y el vapor me picó en la garganta gracias al jalapeño que le había echado a la comida. Al parecer iba a quedar más picante de lo que pretendía. Le di un trago al vaso con limonada que había preparado momentos antes, cuando el celular vibró en la mesa.

Lo tomé, desbloqueé la pantalla y encontré una notificación del correo. Era la respuesta al que envié por la mañana, pero abrí aún más los ojos al ver que estaba enlazado otro correo con un nombre desconocido.

¿Sería posible que se tratara de él?

Buen día, joven Etienne.
Soy la persona detrás de la columna y le agradezco que la siga semana a semana; así que, si hay algo que pueda hacer por usted, será un placer para mí ayudarlo.
Por favor, reunámonos para conversar en la cafetería junto a la librería en la dirección que le adjunto. Usted dígame cuándo le es más conveniente.

Abrí la boca, sin poder creerlo.

Al ver la notificación esperaba que el editor se ofreciera a pasar mi mensaje, pero ahora conocería a ese hombre.

La cafetería quedaba a las afueras de la ciudad, pero no importaba. Pulsé el ícono para responder de inmediato, acordando una fecha y hora para reunirnos. Necesitaba que fuera pronto,

así que redacté un mensaje esperando que pudiera al día siguiente.

–Tienes cara de loco, ¿qué tiene esa limonada? –cuestionó Oscar.

–Nada, nada. Estoy programando una reunión con el hombre de la columna, esa que leo los domingos.

–¿En serio? ¿No era anónimo?

–¡Exacto! –respondí en voz alta, aún sin tragármelo.

Le di a enviar, tan nervioso como emocionado.

–Espera, ¿estás seguro de que sí es él? ¿Cómo lo contactaste? –intervino Sara.

–Envié un correo al editor –respondí, releyendo el correo, sin creer que funcionara, pero lo había hecho.

–Vaya, pues qué bien... Y ¿por qué?

–Necesito un poco de ayuda.

Intercambiaron una mirada socarrona.

–Etienne, te estás quedando en nuestra casa, necesitas mucha ayuda –comentó mi mejor amigo y lancé una risa fingida–. De verdad me preocupa que esto sea un acto desesperado.

–Sí estoy desesperado –afirmé entre risas nada alegres.

–Sabes a lo que me refiero. Hace tiempo estabas devastado por Melanie y ahora son amigos, ¿no crees que solo necesitas tiempo?

Solté el móvil con la pantalla bloqueada antes de recargar la cadera en la cubierta y mirarlo.

–¿Saben de qué me di cuenta? –pregunté con calma. Ambos me hicieron un gesto para que les dijera–. Cuando Melanie me dejó, me sentí devastado, sí. Sentí que era lo peor que me podía pasar, me sentí un tonto por creer que me amaba como yo la amaba, y necesitaba respuestas. –Hice una pausa, jugando con mis manos, y las detuve cuando eso me hizo pensar aún más en ella–. Pero… con Dalia… Sé que esto sí es amor. Que me ama tanto como yo a ella, pero que lo dejamos pasar por error. No necesito respuestas, la necesito a ella.

Sara me miró pensativa. No solía meterse en ese asunto porque mantenía su amistad con Dalia. A pesar de que no quería darme información y de que evitaba hablar de ella frente a mí, me había dado cuenta de que se enviaban mensajes y la había visto algunas veces.

Por otro lado, Oscar frunció los labios y me lanzó una expresión de lástima. Odié que hiciera eso. Sabía que no me creía. Que pensaba que solo estaba en negación. Pero yo sabía que era verdad.

–Chicos, de verdad –insistí–. No puedo estar en mi casa sin ella. Se siente tan sola y… es como si hubiera dejado de ser mi hogar.

La puerta de Dalia no se había abierto desde que Maya se fue con sus cosas, pues no me atrevía a ver espacios vacíos. Suficiente tenía con mi corazón.

Y entonces se volvió insoportable estar entre esas paredes, entre las mejoras que había hecho. Lo había vuelto un hogar. Pero no podía serlo de esa manera.

–Sabes que te puedes quedar aquí cuanto quieras, pero eventualmente tendrás que volver a tu casa –habló Sara con cuidado.

–Lo sé –afirmé–. Pero lo haré con ella a mi lado.



44

Etienne

Me estacioné en un cajón libre de la cafetería. Tal como me había dicho, había una librería justo al lado. Tal vez me pasara después de salir. Me había acostumbrado a leer y ahora había pasado mucho tiempo sin tomar un libro.

Entré por la puerta y de inmediato me invadió el aroma a café. Busqué con la mirada a mi alrededor, esperando lograr reconocer al hombre que me esperaba.

Un hombre con el cabello blanco y vestido con una camisa me observó de frente desde su mesa y alzó una mano para saludarme.

Le regresé el saludo con una sonrisa amable y caminé hacia él. Un bastón descansaba a su lado.

–Usted es el señor Joel, ¿verdad?

–A sus órdenes.

–¿Se vio muy obvio que lo buscaba? –pregunté mientras tomaba asiento frente a él.

–Podría decirse –respondió con una pequeña risa. Parecía un hombre amable y alegre–. Es un placer conocerlo, Etienne.

–El placer es mío, señor. Soy su fan desde hace mucho tiempo.

Hizo un gesto con la mano para restarle importancia a lo que dije. Un mesero se acercó, pedimos algo para tomar y, luego de una charla trivial sobre el día y el tráfico, fuimos al motivo que nos había llevado ahí.

–La verdad es que no sabía qué hacer. No lo sé todavía –comencé–. Pero siento que usted podría entenderme y ayudarme. Mis amigos creen que solo necesito superarlo. –Me acomodé en el asiento mientras organizaba mis palabras en la mente–. Tengo una historia con otra persona y creen que, al igual que con ella, pasará el tiempo y volveré a estar bien de nuevo. Y sí, puede que sí, pero yo quiero una vida con esta chica. Nunca será lo mismo sin ella, ¿sabe? –Hice una pausa y asintió, mirando a la ventana un momento antes de volverse a mí.

–Tus amigos se preocupan por ti y buscan la solución más fácil: dejarlo pasar, intentar superarlo. Pero no comprenden lo que significa ella para ti.

–¡Exacto! –expresé, soltando el aire, feliz de que me entendiera–. Pero también está la otra

situación, que ella no quiere hablarme, que hasta bloqueó mi número –dije, recordando todas esas veces que me fue imposible llamarle y enviarle mensajes–. Y mandó a su amiga a recoger sus cosas de nuestra casa para no verme. Pero no se llevó todo porque… Dalia hizo suyo ese espacio, e hizo cambios que hicieron que fuera…. un hogar. Pero ahora no está. Y eso hace que no pueda poner un pie en esa casa. Pero no sé qué me mataría más, tener algunas de sus cosas recordándomela cada día, o que un día se lo lleve todo. Porque eso significaría que nunca volverá –se me quebró la voz.

Sentía que aún tenía muchas cosas por decir, pero no lograba organizarlas y el nudo en mi garganta el recordar todo eso no ayudaba. Llegaron nuestros cafés y dimos las gracias. El señor Joel tomó un sobrecito de azúcar del centro de la mesa y comenzó a hablar:

–¿Hace cuánto que pelearon?

–Hace cuatro meses.

–Es mucho tiempo.

–Lo sé. Es que… Al inicio fue porque ella se alejó de mí y… fue como un *déjà vu*. –De reojo, vi que el señor Joel ladeó la cabeza e hizo una mueca–. Al igual que mi ex, se fue sin avisar, dejándome a la espera... para que no volviera –expliqué–. Pero no quiero que me pase con Dalia lo mismo que con la otra chica. Amo a Dalia –añadí con un suspiro–, lo que me ha hecho tardar tanto es que, tal vez el problema soy yo y esté mejor sin mí. Dos ya es un patrón, ¿no? –Solté una risa amarga y me escuché soltar un pequeño sollozo, aunque no me había dado cuenta de que estuviera por llorar–. No lo sé. Tengo miedo de hablar con ella y que todavía no quiera verme, descubrir que me odia.

Me pasé la mano por el cabello y luego me llevé la taza a los labios.

El hombre me había escuchado atento y lo vi suspirar antes de hablar.

–¿Sabes por qué escribo esas columnas?

Lo miré verter el azúcar en su café.

–Porque ama a su esposa –respondí.

–Sí, muchísimo, pero hay algo más. –Dejó a un lado el sobre vacío y revolvió el café con una varita de madera–. Mi esposa murió hace varios años.

Abrí la boca, sin esperarme ese golpe. Todos estos años me lo había imaginado diferente.

–Esas columnas son en honor a ella –siguió–. Son una manera de honrar su memoria... Y de sentirla conmigo cada vez que escribo sobre nuestros recuerdos. ¿Y sabes qué es lo peor? –Soltó todo y se cruzó de brazos sobre la mesa, mirándome fijamente–. Que pudieron haber sido muchos más. Que hay un espacio vacío en nuestra historia que pude haber llenado de recuerdos con ella, pero, por tonto, no los tengo. –Hizo una mueca y pude ver un atisbo de dolor en sus ojos.

–Disculpe, creo que no entiendo del todo lo que quiere decir.

–Que todos cometemos errores. Ninguna relación, de ningún tipo, está exenta de tener discusiones, desacuerdos o momentos tensos. El problema es que sentimos que tenemos el tiempo del mundo para permitirnos el orgullo. Sí, volvimos a estar juntos, pero cuando mi esposa enfermó y, eventualmente, esa enfermedad me la arrebató, me di cuenta de que perdí mucho tiempo valioso por ese orgullo, porque me importaba más ser quien tenía la razón… Por tonto, perdí años con el amor de mi vida –confesó con una sonrisa irónica, enderezándose para volver a su café.

»Todos tenemos el tiempo contado. Todos. Y si esperamos a la persona perfecta, la relación perfecta, el momento perfecto… Se te va a ir el tiempo y lo que esperabas nunca llegará, y las personas que te importaban habrán quedado atrás, o te habrás ido sin decirles lo que querías... No

dejes que el miedo, o el orgullo o lo que sea que sientas le gane al amor.

Me miraba tan fijamente mientras hablaba, que me quedé congelado, pensando en cada una de sus palabras mientras él bebía de su café.

–¿Qué le dirías si pudieras? –preguntó.

Había pensado en cien respuestas para eso, dando vueltas en la cama cada noche.

–Que… que me equivoqué. Que no comprendí a tiempo lo que quería decir y lamento mucho haberla herido. Que… –Lancé una pequeña risa por lo ridículo que podía sonar–. Que me veo haciendo una vida con ella. Yo tenía un trauma con la idea de casarme, debido a mi ex, pero si su sueño es tener una boda algún día, seré feliz de cumplirle ese sueño. Todos los que tenga.

Bajé la mirada a mi café. De reojo, lo vi ladear la cabeza.

–Deberías decírselo.

Negué con la cabeza.

–¿Cómo si no quiere hablarme?

–¿Por qué estás tan seguro de que no quiere?

Alcé la mirada hacia él.

–Porque ni siquiera pudo ir ella por sus cosas, mandó a su amiga.

–Tal vez también la estaba pasando mal y creyó que así era mejor. He escuchado que la ansiedad puede ser una mala compañera.

Respiré pesado.

–Sí, es cierto, puede ser que eso… –Me detuve. Parpadeé, confundido–. Disculpe, yo nunca le dije que ella tuviera ansiedad.

Me dio una sonrisa de medio lado mientras contestaba.

–Tal vez, también conocí a cierta señorita con una historia muy similar.

Mi mandíbula cayó, sin poder creérmelo. ¿Había hablado con Dalia? ¿Qué le había dicho ella?

–¿Usted… usted sabe si ella…? –Me aclaré la garganta, sin saber qué preguntar exactamente–. ¿Está muy enfadada conmigo?

–Creo que está más enfadada con ella misma que contigo, muchacho. Pero puedes preguntárselo tú mismo.

Antes de poder decir algo, con una media sonrisa, señaló con el mentón algo detrás de mí.

El nerviosismo me recorrió de pies a cabeza y me giré despacio. Entonces, si había creído que me había congelado momentos antes, ahora estaba completamente paralizado, escuchando mi corazón latir como loco.

–Hola, Etienne.

Tenía los ojos brillosos por las lágrimas. Entonces de ella había provenido el sollozo que escuché. ¿Desde cuándo había estado ahí? ¿Qué tanto había escuchado?

–Da-Dalia –tartamudeé–. Hola.

–Perdona que no te lo dijera, pero no sabía cómo lo tomarías si desde un inicio te hubiera dicho que los cité a los dos aquí –dijo el hombre, aunque no podía retirar la mirada de esos ojos marrones y esa sonrisa tímida que añoraba volver a ver.

–Estuve hablando con él sobre nosotros –agregó Dalia, encogiéndose de hombros. Parpadeé, negando con la cabeza. No podía creerlo– ¿Estás molesto por esto? –preguntó entonces, un tanto preocupada.

¿Cómo podía creer eso?

–¿Por esto? Por supuesto que no.

Se limpió las lágrimas mientras me acomodaba en la silla para verla bien. Ese cabello rojo

que solo a ella se le veía tan bien. Aunque en las raíces se alcanzaba a distinguir una franja oscura, y me inundaron las ganas de conocerla con ese color de cabello. Quería conocer cada versión de ella que me permitiera ver. Entonces vi una mochila en la silla de al lado, lo cual me pareció extraño.

–Estaba haciendo tarea con Maya.

–¿Tarea?

–Acabo de ingresar a la universidad.

Abrí los ojos muy grandes. Era una gran sorpresa, una muy buena.

–¿De verdad? –pregunté, emocionado–. ¿Volviste a la escuela de medicina?

–En realidad, a enfermería. Estuve investigando y la verdad es que suena muy bien y mejor para mí. No sé por qué no la consideré antes. Y dado que Maya estudió eso, puede ayudarme.

Se veía diferente. La Dalia que me habló sobre el estudio hacía meses y esta que tenía en frente eran dos personas diferentes. Y me sentí orgulloso de ella.

–Es… una muy buena noticia. Felicidades.

–Gracias. La verdad sí me… me hace feliz –dijo con una sonrisa alegre.

–Me habría gustado estar ahí para celebrarlo –confesé y vi que algo en su mirada se removió.

–Creí que me odiabas. Y ahora veo que estabas en todo tu derecho de hacerlo –dijo mientras su mirada se volvía triste y bajaba la cabeza–. Lo lamento mucho, hice lo mismo que te habían hecho antes.

–Sí… –afirmé, haciendo una línea con los labios–. Y necesito una explicación.

Asintió con gesto preocupado y sus ojos se volvieron cristalinos otra vez.

–Sí, sí. Y no es que quiera justificarme…

–No. No me refiero a eso –la interrumpí y me miró expectante–. Me hiciste una de las cosas que más podían lastimarme… –Bajó la cabeza de nuevo, pero yo estiré el brazo para tomarle el mentón y elevarla–. Explícame entonces por qué no importaría nada de eso si vuelves conmigo.

La sorpresa invadió su expresión y dejé caer el brazo, pero no dejamos de vernos a los ojos en ningún segundo. Esbocé una sonrisa tímida, pero esta se agrandó y mi corazón sintió una calidez agradable cuando vi sus comisuras levarse poco a poco.

Luego se inclinó un poco para mirar a nuestro acompañante. Había llegado a olvidar por un momento que no estábamos solos.

–Muchas gracias, señor –habló con tono honesto y agradecido–. Y de nuevo, lamento haberlo metido en esto.

Hizo ese ademán que le quitaba importancia.

–Si puedo evitar que dos jóvenes que encontraron el amor de verdad pierdan el tiempo que se les brindó, lo haré con gusto. –Asintió una vez con una sonrisa–. Y hablo en serio, si de aquí en adelante vuelven a perder el tiempo ignorándose o discuten sin escuchar, voy a regresar a estirarles las orejas –bromeó, sacándonos una risita–. Hablen. De verdad, hablen, pero también escuchen. Solo así podrán volver a aprovechar su tiempo juntos pronto.

Vi a Dalia lanzarle una mirada agradecida, con cierto cariño y una de sus cálidas sonrisas.

Sentí un alivio en el pecho. La había extrañado tanto.

No quería que volviéramos a pasar por eso y me esforzaría todos los días para que fuéramos felices juntos.

Entonces me surgió una duda.

–Disculpe… Si no es muy entrometido de mi parte –dije–. ¿Cómo logró que su relación con su esposa volviera a funcionar tan bien después de su pelea?

Soltó una pequeña risa, mirando a la mesa, como si recordara ese momento.

–Supongo que ya habrán leído la última columna. –Asentí y vi a Dalia hacer lo mismo–. Pues, esa no fue la primera vez que fuimos a Viena. La primera vez fue en nuestra luna de miel. Sabía que ella soñaba con ir desde que era muy joven, lo había mencionado varias veces, así que planeamos un viaje a esa ciudad; sin embargo, en mi trabajo no me dieron muchas vacaciones y no conocimos tanto como queríamos. Por eso, cuando surgió esa situación tensa, yo necesitaba hacer algo que demostrara lo mucho que me importaba y que haría lo que fuera para hacerla feliz. Así que saqué mis ahorros y le regalé el boleto de avión. Visitamos los lugares que nos había faltado conocer. –En su mirada se reflejaron los recuerdos–. Se volvió un lugar significativo para nosotros. La fuente de una serie de recuerdos que atesorábamos. Por eso volvimos a ir cuando pasó lo que narro en la columna.

Miré a Dalia, que tenía la vista puesta en mí, luego bajé la mirada entre nosotros. Tenía una mano colgando, no lejos de la mía. Me estiré y toqué despacio sus dedos, midiendo la cercanía que me permitiría tener, hasta que de pronto entrelazó nuestros dedos.

Una calidez cubrió mi corazón y sentí que mi pecho volvía a armarse.

–¿Y qué? ¿Entonces vamos a Viena? Con lo mucho que te gustan los aviones –bromeó.

Esa familiaridad me reconfortó, a pesar de que sí me aterraba la idea.

–¿Quieres ir? –pregunté, temeroso, pero si ella quería…

–No tienen que ir a Viena –habló él de nuevo y nos giramos a mirarlo al mismo tiempo–. Su destino es su sueño, su lugar. Lo importante es que signifique algo para ustedes y que vayan juntos.

Nos miramos de nuevo y noté que ambos sentimos el peso de esas palabras. Un montón de recuerdos y emociones llegaron a mí, y con una mirada supe que pensamos lo mismo. Sabíamos cuál era nuestro Viena.

–¿Vamos a casa? –pregunté.

Mi felicidad se reconstruyó cuando volví a hacerla sonreír de verdad y dijo:

–Vamos a casa.

Maravillosa

ANÓNIMO

En el mundo hay gente que ve el vaso medio vacío, gente que ve el vaso medio lleno, gente que ve el vaso en perspectiva, a medias… Y luego estaba ella, que agradecía el simple hecho de tener un vaso con el que jugar a llenar y vaciar.

Durante todos los años que compartí con mi esposa, de su boca salía mucho una palabra. Tal vez ustedes ni siquiera la utilicen, tal vez se sientan más cómodas con otras, pero en mi familia es la más valiosa y hermosa de todas.

"Maravilloso"

Cuando algo le gustaba a mi esposa, ponía una sonrisa, y decía:

"Esta canción es maravillosa"

"Fue un día maravilloso"

"El pastel de chocolate sabe maravilloso"

Casi a diario (porque también tenía sus días malos, como cualquier ser humano) escuchaba esa palabra salir de su boca.

No importaba dónde estuviera. Si tenía que decirla en español, en inglés o en francés. Pues incluso investigaba la traducción en cada idioma, para adaptarla a nuestros viajes, y buscaba la oportunidad para usarla como si de un juego se tratase.

Cuando tuvimos a nuestro primer hijo, cuando tuvimos nuestra propia casa, cuando le llevaba flores, cuando preparamos un pastel que se nos quemó y reímos mucho… La acompañó hasta en sus últimos días, cuando el médico acudía a casa y, al retirarse, decía que el analgésico era maravilloso.

Nunca supe cómo empezó o por qué, y ella aseguraba no recordarlo. Pero eso nunca fue tan importante como lo que provocaban esas once letras, y la calidez con la que las pronunciaba.

Una simple palabra puede hacer mucho. Y se impregnó tanto en mí que, cuando se fue, comencé a usarla también. Sin darme cuenta. Y me hace sentir más cerca de ella.

De pronto me escucho decir:

"La cena estuvo maravillosa".

"Los dibujos de mis nietos son maravillosos".

"Este libro es maravilloso".

Y entonces veo a mis hijos sonreír con ternura. Y sé que pensamos lo mismo.

Claro que ellos también la tienen en su vocabulario. ¿Cómo no hacerlo si nacieron escuchándola? Pero supongo que siempre será diferente. No marcó un antes y un después en sus vidas, no como ella lo hizo conmigo.

También, a veces, cuando solo la pienso, la voz en mi cabeza es la de ella. La palabra surge como si estuviera aquí conmigo compartiendo esos momentos y fuera ella quien la dijera.

Me enseñó a ver la vida así. Sin pretender que no haya momentos difíciles, duros, horribles… Tan solo apreciando esas cosas, pequeñas o grandes, espontáneas o que se construyen, que la vida tiene para nosotros. El mundo no tiene siete maravillas, ni catorce, ni cien… Está repleto de ellas.

Pero lo más maravilloso de mi vida, por mucho, ha sido ella.

Y si acaso estás viendo esto desde algún lugar, mi amor, déjame decirte que sigues haciendo maravillas.

Hace muchos años, me dijiste que me hiciera columnista. Siempre apoyaste a este pobre viejo en sus ocurrencias, pero estabas convencida de que, de alguna manera, podría ayudar a

otros con esto. Yo no entendía cómo podría hacerlo, ¿qué impacto podría tener en las personas?

Ni siquiera me sentía seguro en ese entonces de que fuera lo mío. Ni sabía sobre qué escribir… Pero un día, lo hice… Y tenías razón.

El crédito es todo tuyo.

Nota de la autora

En esta novela se habla sobre la ansiedad y los ataques de pánico para visibilizar la salud mental. Si te sientes identificado (o ya eras consciente de que padeces algo como esto, pero aún no se trata), no dudes en pedir ayuda profesional antes de que sea aún más difícil.

Si no sabes a dónde acudir, aquí dejo un código con el que se puede acceder a algunos datos para pedir ayuda de forma virtual y gratuita, con opciones para diferentes casos:



Este código es solo para la República Mexicana, pero puedes buscar los contactos que hay en tu país o región.

Pedir atención psicológica o psiquiátrica es necesario y está bien. Podemos con todo, y podremos más con ayuda.



Agradecimientos

Gracias a Charito Arroyo, por hacer la cubierta de este libro con amor y paciencia, a pesar de que este proyecto nos tuvo a contrarreloj. Y a mi amiga y colega Belu Elein, por ayudarme a darle forma a este libro. Siempre es un placer compartir nuestra pasión por los libros.

A Lucía, con quien escribí mi primer borrador de una historia de amor cuando teníamos doce años. No la terminé, pero nunca dudaste de que podría hacerlo. Esos comentarios se quedaron en mi cabeza y en mi corazón, y me motivaron a no rendirme con esta historia. Ojalá que la Grisel de veinticuatro años no te haya decepcionado.

A esos amigos, locales y a distancia, que me dieron consejos y se emocionaron conmigo por este proyecto. Sobre todo, a Oscar, por contribuir con algunos aspectos de la trama y prestarme tu nombre.

A mi novio, por motivarme a escribir cuando el síndrome del impostor me hacía tener dudas, por darme opiniones objetivas y honestas que me ayudaron a mejorar el desarrollo de la historia, y por ser mi propio Etienne, tan diferente como igual al de esta novela.

A mis padres, por alentar a su hija científica a vivir su sueño de ser escritora. Las miradas y sonrisas de orgullo cuando me ven trabajando en un libro se han quedado grabadas en mí. No podría hacer esto sin ustedes, los amo.

A mis lectoras beta: Galy, Jane, Arancha, Fernanda, Jess, Karime y, en especial, a Tania Morales, por ayudarme a pulir la historia con tanto cuidado y cariño.

A la comunidad de Bookstagram. Saben bien que son mi lugar seguro y feliz, y espero también ser el suyo si necesitan uno. Su apoyo es una curita al corazón y un empujoncito para seguir haciendo lo que amo.

Esta vez me daré un momento para agradecerme también a mí misma. Porque he enfrentado muchas cosas, algunas más de una vez, y este libro es una manera de sacar un poquito de eso de mi sistema. La escritura siempre ha sido un refugio para mí, pero esta novela es más personal. Así que…

Gracias a ti, que estás leyendo esto. Gracias por darle la oportunidad a este libro, por compartir conmigo esta historia que ojalá fuera pura ficción y nadie pasara por algo similar en cuanto a salud mental. Espero que hayas encontrado apoyo o un amigo en alguno de los personajes. Si quieres hablar o contarme qué opinas de este libro, mi chat siempre está abierto en mi cuenta de Instagram (@grisbooks).